
LA NOVIA
DE NAVIDAD
del mafioso
AJME WILLIAMS

LA NOVIA DE NAVIDAD DEL MAFIOSO

THE NAUGHTY LIST: MAFIA EDITION (SPANISH TRANSLATION)

AJME WILLIAMS

ÍNDICE

Descripción
1. Roman
2. Isabella
3. Roman
4. Isabella
5. Roman
6. Isabella
7. Roman
8. Isabella
9. Roman
10. Isabella
11. Roman
12. Isabella
13. Roman
14. Isabella
15. Roman
16. Isabella
17. Roman
18. Isabella
19. Roman
20. Isabella
21. Roman
22. Isabella
23. Roman
24. Isabella
25. Roman
26. Isabella
27. Roman
28. Isabella
29. Roman
30. Isabella
31. Roman
32. Isabella
Epílogo

Epílogo Extendido

Copyright © 2025 by Ajme Williams

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Formateado con Vellum

DESCRIPCIÓN

Se casó conmigo para proteger a la familia.
Yo acepté para seguir con vida.

Roman Ginetti: el sicario más temido de La Corona.
Viudo. Padre soltero.
Él, cuarenta y cinco; yo, veinticinco.
El doble de mi edad. Infinitamente más peligroso.

Se suponía que nuestro matrimonio era solo un negocio.
Vigilarme. Controlarme. Matarme si era necesario.

Hasta que me pilla con el móvil de prepago en nuestra noche de bodas.
—¿A quién le está escribiendo, Isabella?
Su voz se convierte en un susurro letal mientras me acorrala contra la pared…
con una mano sujetándome las muñecas y la otra en mi garganta.
No para ahogarme. Para reclamarme como suya.

Debería estar aterrorizada.
En cambio, olvido todas las razones por las que se supone que debo odiarlo.

Es el monstruo que podría haber matado a mi madre.
El hombre al que todos temen.
El padre que hace galletas de Navidad con su pequeña.
Y la única persona que jamás me ha hecho sentir a salvo.

Pero este mundo no perdona los secretos.
Ni bajo el muérdago.
Ni bajo las luces titilantes.
No cuando te enamoras de tu captor.

Porque esta Navidad…
Escondo algo que nos destruirá a los dos.
Estoy esperando un hijo suyo.

Feliz Navidad, papi.

1

ROMAN

Me ajusto la corbata mientras subimos los escalones de piedra de la finca de los Vitale, cada vez más irritado por esta inesperada llamada de mi jefe, don Marco Calabresi, que al parecer se está reuniendo con don Vitale. Sabe que hoy libro.

—Papá, ¿vamos a tardar mucho? —pregunta Angelica, mi hija de siete años, tirándome del abrigo con el rostro contraído por la decepción.

—No mucho, Angel. Solo un asunto rápido y nos vamos.

Dios, espero no estar mintiéndole, pero es probable que sí. Con Marco no existen los «asuntos rápidos».

Cuando el don llama, respondes de inmediato y por el tiempo que haga falta.

Angelica pone una mueca. —¿No habías prometido que hoy compraríamos el árbol de Navidad? Los más grandes se van a agotar.

Bajo la mirada hacia mi hija; sus rizos oscuros se balancean a cada paso y su labio inferior sobresale en ese puchero obstinado que tanto me recuerda a su madre.

La culpa me oprime el pecho.

—Encontraremos el árbol perfecto —le prometo—. El más grande y frondoso de todos.

—Eso dijiste la última vez. —La decepción en su voz es como una cuchillada.

Tiene razón. Ya he pospuesto la compra del árbol dos veces.

La primera por un problema con un cargamento en los muelles, y ahora esto.

La cuenta atrás para Navidad avanza y yo le estoy fallando.

Las enormes puertas de roble de la mansión Vitale se alzan ante nosotros.

Dentro espera Marco, mi amigo más antiguo, mi jefe, el hombre que ha sido como un hermano para mí desde que éramos niños.

El hombre cuyas órdenes nunca cuestiono.

—¿Y si le decimos al tío Marco que tenemos un asunto navideño importante? —dice, con un atisbo de esperanza en su rostro.

Quizá en el mundo normal eso sería una opción. No en el mío.

La lealtad a la familia no es opcional. Nunca lo ha sido.

Los Calabresi le dieron una vida a mi padre cuando no tenía nada. A mí me dieron un propósito después de perder a Emilia, la madre de Angelica.

Y, aunque esté jodiéndome este momento, Marco me da espacio para ser padre.

Llamo al timbre y la puerta se abre. Roberto, el mayordomo de don Dominic Vitale, nos recibe con un formal asentimiento de cabeza.

—Señor Ginetti, señorita Angelica. Don Vitale y don Calabresi están en el despacho con los demás.

¿Los demás? ¿Acaso se está reuniendo La Corona, el consejo de líderes de la mafia? Su próxima reunión oficial no es hasta dentro de varias semanas.

La mirada de Roberto se enternece al ver a mi hija. —La señorita Elena y sus pequeños están en la cocina haciendo galletas de Navidad, por si la joven señorita prefiere esa compañía.

El semblante de Angelica se transforma al instante al oír que Elena, la prima de Dominic, y sus trillizos están aquí.

El puchero malhumorado se desvanece, reemplazado por unos ojos muy abiertos y una sonrisa desdentada.

—¿Galletas? ¿De las de Navidad de verdad, con virutas de colores?

Da saltitos sobre la punta de sus pies y sus botas de invierno chirrían en el suelo de mármol.

—Con virutas de colores, glaseado y todo lo demás que asegura un buen subidón de azúcar —confirma Roberto con un guiño cómplice.

Ayudo a Angelica a quitarse el abrigo, mientras mis dedos se afanan con los pequeños botones.

La transición de ejecutor a padre se produce sin pensarlo. Las manos endurecidas que rompieron la mandíbula de un hombre la noche anterior ahora desenredan con delicadeza una bufanda de los rizos de mi hija.

Por supuesto, ella no sabe a qué me dedico.

¿Se decepcionará de mí cuando lo descubra?

—¿Puedo ir, papá? ¿Porfa? —Casi vibra de la emoción.

—Claro. —Cuelgo su abriguito rojo en el perchero—. Pero pórtate bien con Elena. Y no comas demasiadas…

—Antes de cenar. ¡Ya lo sé! —termina mi advertencia habitual.

Estos son los momentos que me recuerdan quién soy en realidad, debajo de todo lo demás.

Para el mundo fuera de estos muros, soy Roman Ginetti, la sombra de Marco Calabresi, el nombre que se susurra con miedo.

Pero aquí, ahora, solo soy un padre preocupado por un lazo torcido en el pelo de su hija.

La dualidad ya no me parece una contradicción. Ambas facetas sirven al mismo propósito: proteger lo que es mío.

Le doy un beso en la frente a Angelica. —Venga, ve. Iré a buscarte cuando termine.

Se va corriendo por el pasillo, donde ha aparecido uno de los empleados de Dominic para llevarla a la cocina.

La observo hasta que desaparece al doblar la esquina hacia la cocina, llevándose la alegría con ella.

Sigo a Roberto por los conocidos pasillos de la finca de los Vitale, y cada paso me aleja más del padre que era hace unos instantes.

Mi postura se yergue, mi mandíbula se tensa.

Roman el padre se desvanece y emerge Roman el ejecutor.

—Por aquí, señor Ginetti. —Roberto me guía al despacho de Dominic.

—¿Están presentes las cuatro familias? —Mantengo un tono de voz neutro y profesional.

Roberto asiente una vez, con una expresión que no revela nada. —Llevan reunidos casi una hora.

Eso es preocupante.

Sea lo que sea, es lo bastante serio como para apartar a los cuatro dones de sus operaciones justo cuando la temporada navideña está

en pleno apogeo.

Llegamos a las pesadas puertas de caoba. Roberto llama dos veces, espera la respuesta ahogada y luego se hace a un lado.

—Le están esperando —dice, y desaparece por el pasillo.

Tomo una respiración mesurada y cuadro los hombros antes de entrar. La sala se queda en silencio en cuanto entro y todos los ojos se giran hacia mí. Mantengo una expresión neutra a pesar de la curiosidad que me quema por dentro.

Los cuatro dones de La Corona están sentados alrededor de la mesa redonda.

Marco se cruza brevemente con mi mirada, su rostro no revela nada.

A su lado, Dominic Vitale, el más joven de los dones con treinta y seis años, tamborilea los dedos sobre la madera pulida.

Don Antonio Monti mira su reloj con irritación.

Don Leonardo Ferraza ocupa el asiento más alejado; tiene la tez sonrojada y se le ven gotas de sudor en la frente a pesar de la fresca temperatura de la habitación. El viejo parece que está a punto de sufrir una apoplejía.

Me quedo de pie, firme, con las manos entrelazadas a la espalda, la viva imagen del respeto mientras mi mente repasa las posibilidades a toda velocidad.

¿Una disputa territorial? ¿Una traición dentro de las filas? ¿Problemas con la policía?

—Roman. —Marco finalmente me reconoce con un leve asentimiento —. Gracias por venir tan rápido.

Inclino ligeramente la cabeza. —Por supuesto, don Calabresi.

Examino cada rostro metódicamente, buscando pistas. Lo que sea que tiene a don Leonardo Ferraza tan agitado debe de ser

importante.

—Tenemos un problema. —Los penetrantes ojos oscuros de Marco se posan en don Ferraza—. Uno muy serio.

Espero a oír más.

—Isabella Ferraza se ha estado reuniendo con un agente federal —explica don Vitale.

Mi rostro no delata nada mientras proceso lo que estoy oyendo.

Isabella, la hija de Leonardo, se está reuniendo con un agente federal.

La implicación es que está pasando información.

Traicionando a La Corona.

Eso no es bueno. Nada bueno.

Miro a Marco, sosteniéndole la mirada. Nos conocemos desde la infancia. Puedo leer lo que no dice con los ojos.

No estoy aquí como subjefe, sino como verdugo.

—¡Mi hija no sabía lo que hacía! —exclama don Ferraza, golpeando la mesa con la palma de la mano. La desesperación desfigura sus rasgos, normalmente dignos—. Fue manipulada, le contaron mentiras…

—¿Mentiras sobre qué? —pregunta don Monti.

Los hombros de don Ferraza se hunden. —El agente la convenció de que la familia Calabresi, en concreto, fue responsable de la muerte de Sophia.

Sophia Ferraza. La madre de Isabella.

Marco suelta una risita despectiva. —¿Por qué coño iba a matar a tu mujer, Leo?

Buena pregunta.

—Por ninguna razón, Marco. Yo lo sé, y es mi opinión la que importa, no la de Isabella.

—¿Por qué los federales? —pregunta don Vitale.

Don Ferraza parece un hombre al borde del abismo. —No lo sé. Quiere respuestas sobre la muerte de su madre.

—¿Existe la posibilidad de que este federal la haya elegido como objetivo? —pregunto.

Todos los ojos se vuelven hacia mí.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Marco.

Me encojo de hombros. —Isabella parece una mujer lo bastante inteligente como para saber que acudir a los federales es una estupidez. Pero si buscaba respuestas sobre la muerte de su madre, quizá…

—Quizá vieron una oportunidad. —Marco se recuesta y lo considera, al igual que los demás.

—Eso no cambia el hecho de que ha estado hablando con un federal —dice don Monti.

El rostro de don Ferraza se descompone. —Ella cree que está buscando justicia para su madre.

Don Vitale se aclara la garganta. Sus ojos están sombríos cuando se vuelve hacia don Ferraza. —Siento de veras esta situación, Leonardo. De verdad. —Su voz transmite una simpatía genuina—. Isabella es de la familia. Ha sido como una prima para mí desde que éramos niños.

Don Ferraza asiente agradecido, un destello de esperanza cruza sus facciones.

—Pero nos ha puesto en peligro a todos. —El tono de don Vitale se endurece—. A cada familia en esta mesa. Cada negocio. Cada hombre y mujer bajo nuestra protección. No podemos permitirlo. Ni siquiera si se trata de uno de los nuestros.

La esperanza en los ojos de don Ferraza se extingue. Sus hombros se hunden aún más, y el orgulloso don parece de repente tener sus cincuenta y ocho años.

—Es mi única hija. Mi niñita.

Cambio el peso de mi cuerpo, incómodo con la emoción en carne viva.

En nuestro negocio, el sentimentalismo es peligroso. Pero entiendo su dolor.

Si fuera Angelica…

El pensamiento me detiene en seco. Ni siquiera puedo completarlo.

—El verdadero problema es el agente —digo—. Si la eligió como objetivo adrede, si usó su dolor como un arma…

Marco me mira con los ojos entornados. —¿Estás defendiendo a la informante, Roman?

—No. —Le sostengo la mirada con firmeza—. Estoy identificando la amenaza mayor. Si eliminamos a su contacto, quizá podamos salvar la situación.

—O podría correr directamente a otro agente con todo lo que sabe —replica don Monti.

—Hay otra manera —dice don Ferraza—. Un matrimonio.

Eso me pilla totalmente por sorpresa. Un matrimonio no impide que Isabella hable o que se retracte de lo que ya haya contado.

—No puedes hablar en serio. —La risa de Marco es aguda y fría—. ¿Sugieres que recompensemos la traición con una boda?

—No es una recompensa. —Leonardo se inclina hacia adelante, de repente animado—. Una solución. Se casa con alguien de la familia Calabresi, contigo, Marco. Queda atada por la sangre. Su lealtad se transfiere. Su silencio está garantizado.

Gracias a Dios que se me da bien el póker, porque de todas las soluciones que don Ferraza podría haber sugerido, esa es la más loca.

Marco ha evitado el matrimonio con éxito durante sus cuarenta y seis años. Yo había estado en el mismo barco que él en cuanto a no casarse hasta que conocí a Emilia hace diez años.

Cuando la perdí hace tres años, por un momento pensé que la postura de Marco sobre el matrimonio era una buena idea.

No pueden herirte si no amas.

Pero si no hubiera amado a Emilia, no tendría a Angelica.

Así que ahora, a mis cuarenta y cinco, estoy de acuerdo con Marco. No más amor. Sexo casual, claro, pero no amor.

—¿Propones que me case con tu hija? —La voz de Marco es peligrosamente suave—. ¿Con una mujer que cree que asesiné a su madre?

—El matrimonio probaría tu inocencia —insiste Leonardo—. ¿Por qué la traerías a tu familia si…?

—No. —Marco lo interrumpe—. No voy a meter a una soplona de los federales en mi casa, en mi cama.

Don Ferraza se estremece. No estoy seguro de si es por el tono de Marco o por la mención de la cama.

Pero ¿qué cree don Ferraza que pasaría si Isabella se casara con Marco?

Por supuesto que se la follaría.

Observo atentamente el rostro de Marco. Su asco inicial cambia. Claramente está calculando, sopesando.

Entonces sus ojos se deslizan hacia mí.

Me muevo, aunque no sé por qué me siento incómodo.

—Supongo que podría tener alguna ventaja. ¿Cómo dicen? «Mantén a tus enemigos más cerca» —declara Marco. Me quedo de piedra. ¿No estará considerándolo en serio, verdad?

La esperanza florece de nuevo en los ojos de don Ferraza.

—Pero Roman sería una pareja más adecuada —continúa Marco, en un tono práctico—. Mi hombre de mayor confianza. Mi hermano en todo menos en la sangre.

Un momento. ¿Qué?

Por muy sereno y controlado que pueda estar, esto me descoloca. Mis cejas deben de estar en la línea del pelo mientras mi mirada se clava en Marco.

Todos los ojos se vuelven hacia mí.

—Roman la mantendría a raya, averiguaría exactamente qué ha divulgado a los federales. —La voz de Marco baja a un tono mortalmente bajo—. Y si no se comporta…

La amenaza queda suspendida en el aire. Si no se puede controlar a Isabella Ferraza, se esperará que yo elimine la amenaza. Incluso siendo mi esposa.

El rostro de Leonardo se contrae brevemente, su orgullo herido al ver que su hija es entregada a un subjefe en lugar de a un don.

—Mi hija merece…

—Tu hija nos ha traicionado —espeta Marco.

—Si quieres que viva, Leo, deberías aceptar esta oferta —dice don Vitale.

Al parecer, la desesperación gana. La vida de su hija pende de un hilo, y él lo sabe. —De acuerdo.

—Para mí, Roman es de la familia —añade Marco, como si intentara suavizar el golpe—. Esta unión uniría nuestras casas con la misma eficacia. —Se vuelve hacia mí—. ¿Roman?

¿Puedo decir que no a esto? No lo parece.

Siento el peso de todas las miradas sobre mí, midiendo mi reacción. Por dentro, se me amontonan las objeciones.

Angelica, mi libertad, lo absurdo de casarme con una mujer que podría tener que matar.

Pero por fuera, permanezco estoico.

—A Angelica le vendría bien una figura materna. —Marco no me está pidiendo que haga esto. Es una orden.

Pero al menos intenta ofrecer beneficios al acuerdo.

Claro que no ve lo jodido que sería que Angelica se encariñara con Isabella y luego yo tuviera que matarla.

Angelica habría perdido esencialmente a dos madres.

—Es una unión estratégica —me oigo decir. Mantener a Isabella cerca. Vigilar sus comunicaciones. Extraer información sobre su contacto.

—Eso es —dice don Monti.

—¿Y si demuestra ser leal? ¿Y si de verdad solo era un peón? —pregunto, sorprendiéndome a mí mismo con la pregunta.

—Entonces habrás ganado una esposa para que te caliente por las noches y Angelica ganará una madre. Considéralo un extra. Digo, es

una mujer preciosa. —Su tono casual enmascara la gravedad de lo que está proponiendo.

Esto no son solo negocios.

Es mi vida. La vida de mi hija.

Pienso en Angelica esperando en la cocina, emocionada por las galletas de Navidad y la compra del árbol.

¿Cómo le digo a mi hija de siete años que va a tener una madre nueva por Navidad?

¿Una madre que podría no sobrevivir al invierno si da un paso en falso?

—Lo haré —digo finalmente—. Por la familia.

Marco asiente, satisfecho. —Por la familia. Los preparativos se harán de inmediato. En la finca de Leonardo. Este fin de semana. Ceremonia íntima, solo la familia.

Tres días. Tres días para reorganizar mi vida por completo.

Hago un repaso mental de lo que hay que hacer: hacer un barrido de seguridad en mi casa, preparar un espacio para Isabella, preparar a Angelica.

¿Cómo se tomará ella la noticia?

—La historia oficial —continúa Marco— es que os habéis estado viendo discretamente durante meses. Una boda navideña, lo bastante romántica como para que nadie cuestione la rapidez.

Don Ferraza parece físicamente enfermo, pero logra asentir. —Informaré a Isabella esta noche. Ella… entenderá su posición.

Lo dudo. Una mujer que traicionó a La Corona para vengar a su madre no se volverá dócil de repente.

Será una gata salvaje enjaulada en mi casa.

Cerca de mi hija.

Joder.

La reunión concluye con apretones de manos; el de don Ferraza tiembla ligeramente cuando estrecha la mía.

En sus ojos, veo la súplica desesperada de un padre.

Mantenla viva si puedes.

Salgo de la sala, mi mente todavía procesando esta nueva realidad.

Isabella Ferraza. Mi esposa.

La he visto en eventos familiares a lo largo de los años, siempre elegante, serena. Con unos ojos que lo observan todo sin revelar nada.

Guapa. Inteligente. Peligrosa.

Sería una pena tener que matarla. Un desperdicio de belleza y buena cuna. Pero lo haré, sin dudarlo, si amenaza a mi familia.

Me dirijo a la cocina, dejando atrás activamente a Roman el ejecutor, de modo que para cuando llego al umbral de la cocina, vuelvo a ser solo un padre.

Sonrío al ver a mi hija con las mejillas llenas de virutas de colores mientras ayuda a los trillizos de Elena a decorar galletas.

—¡Papá! —Angelica me ve y agita una galleta en forma de estrella como si fuera un trofeo.

—¿Lista para irnos, Angel? Todavía tenemos tiempo para elegir nuestro árbol.

Una última tarde normal antes de que todo cambie.

Un último recuerdo de nosotros dos solos.

Joder… que me caso.

2

ISABELLA

Estoy sentada, muy tiesa, en la silla de cuero antiguo frente a mi padre, que no me ha mirado directamente desde que entré en su despacho hace cinco minutos.

—Isabella. —Por fin pronuncia mi nombre y deja su vaso de whisky —. La reunión de La Corona de hoy te concernía a ti.

El corazón me da un vuelco.

¿La Corona?

Me obligo a mantener una expresión neutra, aunque las palmas de las manos me sudan.

—Se ha tomado una decisión. —El tono de mi padre se vuelve más grave—. Vas a casarte. De inmediato.

Siento que la habitación se inclina. —¿Casarme? ¿Con quién?

—Con Roman Ginetti.

Roman Ginetti, el sicario de Marco Calabresi.

El hombre que tiene las manos permanentemente manchadas de sangre.

El hombre que trabaja para la familia que creo que asesinó a mi madre.

—No. —La palabra se me escapa de los labios sin poder evitarlo, y la rebeldía se apodera de mí—. De ninguna manera.

Mi padre por fin me mira a los ojos; su mirada es cortante como un cristal roto. —Esto no es una negociación.

—Tengo veinticinco años. Tengo mi propia vida. No puedes, sin más…

—Querían matarte, Isabella. —Sus palabras cortan el aire.

El mundo se detiene. —¿Qué?

La expresión de mi padre se endurece mientras se levanta de la silla. —Saben de tus reuniones con el FBI. De las acusaciones que has estado haciendo contra la familia Calabresi.

Se me hiela la sangre en las venas. *¿Cómo demonios…?*

—Matrimonio o muerte por decreto de La Corona. —Su voz es plana, carente de emoción—. Esas son las únicas opciones que he conseguido para ti. Agradece que los convenciera de que merece la pena preservar el linaje de los Ferraza.

Miro a mi padre, tratando de procesar sus palabras.

Matrimonio con Roman Ginetti o la muerte.

En realidad, no es una elección.

—Siempre has sabido que nuestro mundo tiene reglas, Isabella. —La voz de mi padre se suaviza ligeramente—. Roman es un buen hombre. Leal. Respetado.

—Es viejo y es el carnicero de Calabresi. —Esto no puede estar pasando.

Mi padre hace un gesto despectivo con la mano. —No es tan viejo. Cuarenta y cinco o así. Es viudo y tiene una hija pequeña. La niña necesita una figura materna.

Presenta estos detalles como si de alguna manera debieran consolarme, como si ser la madrastra de la hija de un asesino hiciera este acuerdo más aceptable.

—Ha estado entregado a su hija desde que murió su mujer. Eso demuestra su carácter. Tendrás una familia ya hecha.

Me levanto de la silla, con las piernas temblándome. —¿Una familia ya hecha? ¿Con un hombre que se gana la vida eliminando gente? ¿Que me matará si no me caso con él?

—Isabella…

—¿Un sicario? ¿Ni siquiera un don? —Las palabras brotan de mí, crudas y dolidas—. ¿Me has rebajado a ser la esposa del esbirro de alguien?

Es arrogante decirlo, pero sé que a mi padre tuvo que ofenderle eso.

La expresión de mi padre se endurece. —Agradece que negociara por tu vida, para empezar. Marco nunca habría aceptado casarse contigo. No con tus… actividades.

El dolor me atraviesa.

Mi propio padre, vendiéndome como si fuera mercancía dañada.

El apellido Ferraza solía significar algo. Yo solía significar algo.

—¿Cuándo? —pregunto con voz hueca.

—La ceremonia será este fin de semana. Algo pequeño, privado. Te mudarás a casa de Roman inmediatamente después.

Tres días. Tres días para que me entreguen a un hombre que trabaja para la familia que he estado intentando hundir.

La familia que creo que asesinó a mi madre.

—¿Por qué no luchas por mí? —Se me quiebra la voz mientras el miedo y el dolor se apoderan de mí—. Soy tu hija. Tu única hija.

Los ojos de mi padre se endurecen. —¿Luchar por ti? ¿Qué crees que es esto? —Golpea con la palma de la mano el escritorio de caoba—. Este matrimonio SOY YO luchando por ti, Isabella. La Corona quería tu sangre. Exigían tu ejecución. Yo los convencí para que te perdonaran la vida.

Me dejo caer de nuevo en la silla, mis rodillas de repente demasiado débiles para sostenerme.

—Si no fuera por mi intervención, ya estarías muerta. Roman fue el acuerdo que te mantuvo con vida.

—Pero la familia Calabresi…

—Es parte de La Corona, igual que nosotros. —Mi padre me interrumpe—. Nos has puesto a todos en peligro con tu traición.

—¿Traición? —La palabra me hiere al salir de sus labios—. ¿Así es como llamas a buscar justicia para mamá?

La expresión de mi padre cambia, un destello de dolor cruza sus facciones antes de que la máscara de don Ferraza vuelva a su sitio. —Te saliste de la familia. Te saliste de La Corona. Hablaste con agentes federales.

—Tengo pruebas. —Me inclino hacia delante, la convicción me impulsa—. Documentos que demuestran la conexión de los Calabresi con la muerte de mamá.

—¿Pruebas? —Mi padre se burla—. ¿De quién? ¿De ese agente del FBI que te ha estado dando información? ¿Desde cuándo reparten pruebas? No. Te están utilizando para hundirnos. Para hundirme a mí. ¿Es eso lo que quieres?

—El agente Blackwood me ha estado ayudando a encontrar la verdad. Una verdad que tú has ignorado durante el último año. —Me enderezo—. La familia Calabresi ordenó su asesinato.

Mi padre me estudia durante un largo momento, algo parecido a la lástima cruza su rostro. —Isabella, si Marco Calabresi hubiera

querido matar a tu madre, habría venido a verme primero. Así es como funciona La Corona. No actuamos contra las familias de los demás sin la aprobación de La Corona. Pero lo más importante, ¿por qué razón querría matarla? No hay ninguna.

—Entonces, ¿quién…?

—No sé quién mató a tu madre. —Su voz se suaviza—. Pero sé que no fue Calabresi.

—¿Por qué no buscas justicia para ella?

Entorna los ojos. —¿Quién dice que no lo hago? ¿Quién dice que no lo he hecho?

Me echo hacia atrás, confundida. —No me has dicho…

—¿Para que puedas correr a contarles mis fechorías a los federales? Me rompes el corazón, Isabella.

Me siento un poco mal, pero sobre todo, creo que me está manipulando.

Intentando que me sienta culpable.

—Si sabes algo sobre el asesinato de mamá, quiero saberlo.

Niega con la cabeza. —Perdiste tu derecho a saber nada sobre esta familia, sobre La Corona, cuando empezaste a hablar con los federales; una acción que se castiga con la muerte. Pero no morirás, Isabella. Te casarás con Roman Ginetti, lo ayudarás a criar a su hija, y si no lo haces…

No tiene que terminar la frase. Sé lo que pasará si no lo hago.

Me levanto bruscamente, recuperando la fuerza. —No me casaré con un hombre que podría haber matado a mi madre.

La expresión de mi padre cambia, algo peligroso parpadea tras sus ojos.

Se levanta lentamente, colocando ambas palmas sobre el escritorio mientras se inclina hacia mí. —Permíteme que sea muy claro. Si rechazas este acuerdo, Roman no será tu marido. Será tu verdugo. La Corona ya ha autorizado tu muerte. Este matrimonio es la única razón por la que sigues respirando.

Un escalofrío helado me recorre las venas. La frialdad con la que pronuncia esta sentencia de muerte, mi sentencia de muerte, lo hace todo aún más aterrador.

—¿Dejarías que mataran a tu propia hija? —susurro, buscando en su rostro alguna señal del padre que una vez conocí.

—No tengo elección en el asunto —responde, sin apartar los ojos de los míos—. Las decisiones de La Corona son definitivas. Este matrimonio es tu única opción para sobrevivir, Isabella. Elige sabiamente.

Me despide con un gesto y vuelve a centrar su atención en unos papeles que tiene sobre el escritorio.

Lo miro fijamente por un momento, guardándole rencor a él y a esta vida. Luego me doy la vuelta y corro a mi habitación.

Cierro la puerta de mi cuarto de un portazo y echo el cerrojo, aunque sé que es un gesto inútil.

Si mi padre quiere entrar, el cerrojo no lo detendrá.

Nada detiene a un don de La Corona cuando ha tomado una decisión.

Paseo por mi habitación, buscando una escapatoria que no existe.

Tres días para que me entreguen a Roman Ginetti como una ofrenda de paz medieval.

Roman Ginetti.

Sé de él más de lo que lo conozco.

Siempre está en un segundo plano.

La única imagen que consigo evocar de él es la de un hombre mayor con ojos sin vida.

Niego con la cabeza, incrédula de que mi vida haya llegado a esto, todo por querer justicia para mi madre.

Mis ojos se posan en la fotografía con marco de plata de mi mesilla de noche.

La sonrisa de mamá me devuelve la mirada, captada en medio de una carcajada durante nuestras últimas vacaciones de verano juntas.

Solíamos tomarnos un tiempo, solo nosotras dos, para ir a Long Island, disfrutar de la playa y de las compras.

Pero hace un año, fue abatida a tiros en lo que tuvo que ser un golpe, pero la policía lo calificó como un tiroteo desde un coche en marcha en el que se vio envuelta por accidente.

Pero el agente Blackwood está de acuerdo conmigo. Sí, sabía el riesgo que corría al hablar con él.

Pero mi madre lo valía.

Sostengo el marco en mis manos, trazando su rostro a través del cristal. —¿Qué harías tú? —Me dejo caer en el borde de mi cama—. Quieren que me case con alguien de la familia que te alejó de nosotros.

Para ser sincera, probablemente se sometería a la voluntad de mi padre, que siempre pone a La Corona en primer lugar.

El sagrado consejo por encima de todo.

Por encima de la justicia para su esposa.

Por encima de la felicidad o la paz de su hija.

Por encima de la verdad misma.

Dejo la fotografía, sintiéndome derrotada. Mi padre preferiría verme casada con un asesino antes que arriesgarse a perturbar el precioso equilibrio de poder entre las familias.

Siempre ha sido primero don Ferraza y segundo hombre de familia.

Me dirijo a mi armario y abro las puertas de golpe.

No seré un sacrificio para la paz continua de La Corona.

No me casaré con un hombre que trabaja para la familia que asesinó a mi madre.

Saco una bolsa de viaje y la tiro sobre la cama.

Cojo puñados de ropa y los meto dentro.

Necesitaré dinero en efectivo, mi pasaporte, lo esencial que pueda llevar.

Tengo ahorros de los que ellos no saben nada.

Tres días es tiempo más que suficiente para desaparecer.

Busco debajo de mi colchón y saco mi teléfono de prepago, el que padre no conoce.

He sido cuidadosa, manteniéndolo cargado pero apagado, escondido en varios lugares diferentes de mi habitación.

Tras tres tonos, el agente Blackwood responde. —¿Ocurre algo? No es nuestra hora de contacto programada.

Mantengo la voz baja, con los ojos clavados en la puerta cerrada de mi dormitorio. —Lo saben. La Corona sabe que he estado hablando con usted.

Una brusca inspiración al otro lado de la línea. —¿Cuánto saben?

—Lo suficiente como para quererme muerta. —Se me quiebra la voz —. Mi padre ha hecho un trato para salvarme la vida. Me van a casar con Roman Ginetti, el sicario de Marco Calabresi.

Se hace un silencio, lo que me sorprende. Esperaba un plan de extracción inmediato.

—¿Agente Blackwood? ¿Me ha oído? Necesito salir. Ahora.

—En realidad, esto podría jugar a nuestro favor.

Se me cae el alma a los pies. —¿Qué?

—Piénselo, Isabella. Como esposa de Ginetti, tendría un acceso sin precedentes. El círculo íntimo de la operación Calabresi…

—¿Está loco? —siseo, agarrando el teléfono con fuerza—. Vigilarán todos mis movimientos. A la primera señal de que sigo hablando con usted, Roman me pegará un tiro en la cabeza.

—Podemos tomar precauciones. Nuevos protocolos. Diferentes métodos de comunicación.

La incredulidad se convierte en ira. —No me casaré con él. Trabaja para la gente que mató a mi madre.

—Esta es la oportunidad que hemos estado esperando —insiste Blackwood—. La oportunidad de reunir pruebas concretas contra las cuatro familias. Piense en lo que podríamos lograr. Usted misma dijo que quería librarse de esa vida. Esta es su oportunidad. Su mejor oportunidad.

—No si quiero seguir con vida —espeto—. Por favor. Necesito su ayuda. Necesito desaparecer antes de la boda.

Otra larga pausa. Contengo la respiración.

—Está bien —concede finalmente—. Puedo organizar la protección de testigos. Eso lleva algo de tiempo, pero quizá pueda esconderla hasta entonces. Empaque solo lo esencial. Nada que se pueda rastrear.

El alivio me inunda. —Gracias.

—No me dé las gracias todavía. Una vez que hagamos esto, no hay vuelta atrás. Su padre, su vida, todo desaparecerá.

—Lo sé. —Miro la fotografía de mi madre—. Pero prefiero desaparecer que casarme con el asesino de mi madre.

Me dice dónde encontrarlo y colgamos.

Pido un VTC y luego meto lo último de mis cosas esenciales en la bolsa.

Miro mi reloj. Tengo una hora para llegar al bajo Manhattan.

Me siento eufórica, aunque estoy aterrorizada. La libertad está al alcance de mi mano.

Pero la muerte acecha si fracaso.

Abro la cerradura y la puerta de mi habitación con cuidado, haciendo una mueca ante el leve chirrido.

Corro por el pasillo hacia la escalera de atrás, usada solo por el servicio.

Ya hemos cenado, así que la mayoría debería estar en la cocina o en otras partes de la casa.

Bajo a hurtadillas y, después de mirar hacia la cocina, corro en la otra dirección por el pasillo hacia el ascensor de servicio.

La bajada parece eterna, pero finalmente salgo del edificio.

Manteniéndome en las sombras, bordeo el perímetro del edificio, evitando las cámaras de seguridad que sé que vigilan la zona.

Tres manzanas más allá, por fin me permito respirar.

Lo he conseguido.

He escapado.

El agente Blackwood se reunirá conmigo en el lugar designado.

Apresuro el paso hacia el lugar donde he pedido que me recoja el VTC.

El coche llega justo cuando yo lo hago. Me subo y, mientras se aleja del bordillo, empiezo a relajarme.

El miedo empieza a transformarse en euforia.

Soy libre. Libre del control de mi padre. Libre de la crudeza de la vida en la mafia.

El conductor me deja a una manzana del parque donde el agente Blackwood me dijo que nos encontraríamos.

Miro mi reloj y veo que he llegado un poco pronto. Está oscuro y hace frío, lo que da un poco de miedo.

Pero cerca, veo luces y adornos navideños que me hacen sentir un poco más segura.

Llego al parque, dejo mi bolsa en un banco mientras me ajusto más el abrigo. Mi mirada se mueve por todas partes, ansiosa por ver al agente Blackwood. Una vez que lo haga, por fin podré respirar.

Oigo un ruido detrás de mí. Me doy la vuelta de golpe, pero unas manos ásperas me agarran antes de que pueda hacer nada.

El terror me atraviesa, y me tira hacia atrás con una mano, mientras con la otra saca un destello de metal.

—¡Suélteme! —Lucho contra su agarre, el pánico crece.

Al momento siguiente, el hombre es arrancado de mi lado.

—¿Quién te envía? —exige el segundo hombre.

El momento de alivio es rápidamente reemplazado por el horror cuando reconozco la imponente figura de Roman Ginetti. Su enorme cuerpo llena mi visión mientras agarra a mi atacante por el cuello.

Empiezo a retroceder, sin querer tener nada que ver con ninguno de los dos.

—Será mejor que te quedes cerca, joder —me gruñe Roman.

Niego con la cabeza. ¿Dónde está el agente Blackwood? Debería estar aquí ya.

—¡Isabella! —me ladra Roman.

El miedo me desgarra y me doy la vuelta para correr.

—¡Mierda!

Solo doy unos pocos pasos cuando unas manos enormes me agarran y me tiran hacia atrás contra un muro de hombre, duro como una pared.

—¿Ibas a alguna parte?

—Esto no es asunto suyo. —Lucho contra Roman—. ¡Váyase!

—Eso no va a pasar. —Su mano carnosa sigue agarrando mi brazo como un tornillo de banco mientras se gira para mirar hacia donde había estado el otro hombre.

Pero ya se ha ido. Roman vuelve a centrar su atención en mí. —Vamos.

Me arrastra por el camino. Entre el ataque y la aparición de Roman, mi cerebro se ha vuelto loco, pero ahora se centra en un solo pensamiento.

Estoy muerta. Roman va a matarme.

Mi instinto de supervivencia toma el control.

Con mi brazo libre, le doy un golpe con la bolsa con todas mis fuerzas. Impacta en el hombro de Roman, sin apenas inmutarlo.

Me agito contra él, pateándole las espinillas, arañando cualquier piel expuesta que puedo alcanzar.

—¡Suélteme! —grito.

Roman absorbe el golpe sin inmutarse, pero algo peligroso destella en sus ojos.

En un movimiento fluido, me inmoviliza contra un árbol, con una mano sujetando mis dos muñecas por encima de mi cabeza y la otra presionando ligeramente mi garganta, sin ahogarme, solo manteniéndome en mi sitio.

—Realmente debes de querer morir. —Su voz se reduce a un susurro mortal.

El frío cálculo en sus ojos me hiela la sangre.

Esto no es una amenaza vacía. Este es un hombre que ha acabado con vidas sin dudarlo.

Me quedo paralizada, la lucha se desvanece.

—Tu padre negoció por tu vida —continúa Roman, con su rostro a centímetros del mío—. Y aun así, aquí estás, corriendo directamente hacia tu ejecución.

El corazón me martillea tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo.

He cometido un terrible error.

Roman va a matarme.

3

ROMAN

Pero ¿qué coño le pasa a esta mujer?

La arrastro hasta mi coche y la meto dentro. Espero un momento después de cerrar la puerta para asegurarme de que no intenta salir pitando.

Cuando estoy seguro de que se va a quedar quieta, abro la puerta trasera y tiro su bolso dentro. Luego, voy al lado del conductor y me siento.

Segundos después, me alejo del bordillo.

—Pero ¿en qué coño estaba pensando? —mi voz suena grave y peligrosa, el tipo de tono que hace que los hombres hechos y derechos se meen encima.

Isabella está sentada, rígida, en el asiento del copiloto, con los brazos rodeándose a sí misma. No responde.

—¿Está intentando que la maten? —le lanzo una mirada.

Sigue sin responder.

—¿Con quién se había citado?

Vuelve la cara hacia la ventanilla. —Con nadie.

—Paparruchas —tomo una curva demasiado rápido y los neumáticos chirrían—. ¿Se escapa en mitad de la noche para verse con «nadie»?

Mi mente baraja posibilidades. «Más le vale que fuera un amante secreto y no su contacto del FBI». Aunque apuesto por lo segundo.

¿Era solo una reunión para intercambiar información o iba a meterla en el programa de protección de testigos?

Si es así, debe de tener información que él quiere, lo cual no es bueno para sus perspectivas con La Corona.

Me doy cuenta de que tiembla a mi lado.

¿De miedo?

Esta noche hace un frío que pela, así que a lo mejor tiene frío.

O a lo mejor es rabia.

Con ella es difícil saberlo.

—¿Tiene frío? —le pregunto.

—Estoy bien.

—Está temblando.

—He dicho que estoy bien.

De todos modos, me estiro y subo la calefacción. Se estremece cuando mi mano se acerca a ella, y algo se me retuerce por dentro.

Llevo años haciendo que la gente me tema. Me ha mantenido con vida, ha mantenido a Marco con vida y ha mantenido fuerte a la familia.

Pero ver a esta mujer encogerse ante mí es diferente. Acabo de salvarla.

Además, no mato mujeres.

Y bueno, hay que reconocer que tiene agallas.

—No voy a hacerle daño —digo, sorprendiéndome de la gentileza de mi voz—. No a menos que me obligue.

Se ríe, pero su risa no tiene ni pizca de gracia. —¿Se supone que eso debería consolarme?

—Se supone que es la verdad.

Isabella se vuelve hacia mí, con los ojos entornados con recelo. —¿Cómo me ha encontrado? ¿Me está siguiendo?

Mantengo la vista en la carretera. —Fui a su casa esta noche. He pensado que, si vamos a casarnos, deberíamos hablar. Imagínese mi sorpresa al verla escabullirse por la calle y meterse en un VTC.

Aprieta la mandíbula, pero no responde.

—He seguido al coche hasta aquí —sacudo la cabeza—. ¿Se da cuenta de lo estúpido que ha sido eso?

—Puedo cuidar de mí misma.

Me río. —Sí, ya lo he visto. Nos ha dado una buena lección a ese tipo y a mí —aunque puede que tenga un moratón donde me ha dado un par de golpes.

—¿Y a usted qué le importa?

—Está a punto de ser mi esposa. Es mi trabajo protegerla.

—Ah, sí, claro. No soy estúpida, Roman. Este matrimonio consiste en vigilarme, mantenerme a raya. Matarme si es necesario.

No se equivoca. Se supone que debo vigilarla.

Averiguar lo que sabe.

Matarla si es necesario.

La idea me pesa en el pecho. Nunca he dudado en eliminar amenazas para la familia. Es mi trabajo.

Pero la idea de meterle una bala en la cabeza a Isabella hace que algo dentro de mí retroceda.

—Este matrimonio… —empiezo, y luego hago una pausa, buscando las palabras—. No es lo que ninguno de los dos quería. Pero va a celebrarse.

—Sé que mató a mi madre —escupe Isabella, furiosa—. Y ahora se supone que también tiene que matarme a mí.

Niego con la cabeza. —Yo no maté a su madre.

—Tengo pruebas —levanta la barbilla con desafío, aunque puedo ver el miedo en sus ojos.

Mantengo mi voz plana, impasible. —Lo dudo.

Sus ojos relampaguean. —¿Por qué? ¿Porque se cree tan bueno en eso de asesinar que puede salirse con la suya?

La acusación me escuece más de lo que debería. He hecho un montón de cosas terribles en mi vida, pero esta no es una de ellas.

—Porque yo no lo hice —digo, sin más.

Isabella me mira fijamente, buscando el engaño en mi cara. Dejo que me mire. No tengo nada que ocultar al respecto.

—Miente.

—No miento —detengo el coche en el arcén y me giro para mirarla de frente—. Escúcheme. Nunca toqué a su madre. De hecho, me caía bien. La «prueba» que cree tener es una sarta de gilipolleces.

Sus manos tiemblan en su regazo. —Entonces, ¿por qué mi padre aceptó esto? ¿Por qué me entregaría a la familia responsable de su muerte?

—Porque su padre sabe que los Calabresi no tuvieron nada que ver con la muerte de su madre —estudio su rostro, viendo una auténtica confusión y dolor en él. Lo entiendo. Sé lo que es perder a alguien a

quien amas—. Alguien le ha estado contando mentiras, Isabella. La pregunta es quién y por qué.

Ella se aparta de mí, mirando por la ventanilla.

Me encojo de hombros y vuelvo a la carretera para llevarla a casa. Entro en el garaje que hay bajo la casa de su padre.

Sus guardias se sorprenden al ver a Isabella conmigo, pero me dejan pasar.

—Vamos —digo, abriendo mi puerta—. La acompañaré hasta dentro.

Me lanza una mirada. —No necesito que me acompañen a la puerta de mi propia casa.

—No se lo he preguntado.

Rodeo el coche antes de que pueda discutir más y le abro la puerta. Ella duda, luego sale, manteniendo la mayor distancia posible entre nosotros. Cojo su bolso y la acompaño hasta el ascensor.

Subimos en silencio. El frío que emana de ella es más gélido que el aire helado del exterior.

Cuando llegamos a la planta principal, las puertas se abren y don Ferraza está esperando. Sus ojos se abren de par en par al ver a su hija. Me mira a mí… y al bolso.

—¿Isabella? —su mirada pasa de ella a mí, la confusión evidente en su rostro—. Creía que estabas en tu habitación.

El pánico cruza el rostro de Isabella mientras busca una explicación.

—Culpa mía, don Ferraza —intervengo con fluidez—. Quería hablar con ella antes de la boda —coloco una mano ligeramente en la parte baja de la espalda de Isabella, sintiendo cómo se tensa ante mi contacto—. Debería haber llamado primero.

Leonardo entrecierra los ojos, claramente escéptico mientras vuelve a mirar el bolso. Dejaré que ella le explique eso.

—Es tarde —dice—. Isabella debería descansar un poco.

—Por supuesto —asiento respetuosamente—. Entonces, le digo buenas noches.

Mientras Isabella pasa junto a su padre para entrar en la casa, anoto mentalmente que apostaré hombres alrededor de la propiedad esta noche.

Si ha intentado escapar una vez, lo intentará de nuevo.

De vuelta a mi coche, me pregunto si estoy protegiendo a una víctima o vigilando una amenaza.

La mujer que se enfrentó a mí en el parque no era un simple peón inocente.

Era decidida, ingeniosa. Incluso peligrosa.

El dolor en sus ojos cuando habló de su madre era real y probablemente es lo que está alimentando su comportamiento arriesgado.

La pregunta es, ¿con quién se había citado?

Y el hombre que la atacó, ¿era un simple atracador que vio una oportunidad, o lo enviaron allí para matarla?

No lo reconocí como alguien que trabajara para ninguna de las familias de La Corona, pero eso no significa que no fuera contratado por una de ellas.

Conduzco mi coche por las calles de Manhattan, mi mente repasando los acontecimientos de la noche.

Las acusaciones de Isabella resuenan en mi cabeza. La mujer cree que maté a su madre.

Está dispuesta a arriesgar su vida reuniéndose con agentes del FBI antes que casarse conmigo.

¿En qué coño me he metido?

Veinte minutos más tarde, estoy abriendo la puerta de mi ático. No es una mansión como las que tienen los Dones, pero es cómodo.

Tres dormitorios, un despacho, una cocina moderna y la joya de la corona: una enorme terraza con vistas a la ciudad.

Perfecto para un padre soltero y su hija.

—Señor Ginetti, ya ha vuelto —la señora Rossi aparece por el pasillo, con su pelo cano recogido en su habitual moño—. Angelica se acostó hace una hora. Intentó esperarle despierta.

—Gracias, señora Rossi —me quito el abrigo—. ¿Ha ido todo bien?

—Perfecto, como siempre. Está muy ilusionada con las Navidades y con decorar el árbol.

La culpa me pellizca. Compramos el árbol, pero el trabajo me impidió decorarlo con ella.

El trabajo y luego la curiosidad sobre Isabella. —Mañana lo decoraremos.

La señora Rossi asiente. —Me voy a mi habitación —lleva conmigo desde que nació Angelica.

Era una viuda que necesitaba trabajo. Mi esposa, Emilia, y yo necesitábamos una niñera y ama de llaves. La señora Rossi se volvió aún más importante cuando Emilia enfermó por primera vez, y se quedó cuando falleció.

—En realidad… —me doy cuenta de que no le he hablado de mi inminente matrimonio—. ¿Tiene tiempo para una copa? Tengo noticias.

Me sirvo dos dedos de whisky para mí, una copita de vino tinto para ella, y paso al salón con vistas a la terraza y a la ciudad.

La señora Rossi se une a mí. —Algo le preocupa.

Tomo un largo sorbo de whisky, dejando que me queme la garganta. —Voy a casarme.

Sus cejas se disparan. —Eso es… inesperado.

—Sí —me río sin gracia—. Para mí también.

—¿Lo sabe Angelica?

Niego con la cabeza. —Todavía no. Es complicado.

Entrecierra los ojos mientras me estudia. Conoce el mundo en el que vivo.

Su marido era un socio de la familia Calabresi. Blanqueamos una gran cantidad de dinero a través de su restaurante.

Cuando murió, Marco compró el local, lo que le proporcionó unos buenos ahorros.

La necesidad de tener una familia y un vínculo la trajo a trabajar para mí.

—No sé cómo decírselo a Angelica —admito, haciendo girar el líquido ámbar en mi vaso—. ¿Cómo le explicas a una niña de siete años que va a tener una madrastra que no conoce?

La señora Rossi sorbe su vino pensativamente. —Los niños se adaptan mejor de lo que creemos —se mueve incómoda—. ¿Le preocupa cómo la cuido? ¿Por eso cree que necesita una madre?

Su pregunta me pilla por sorpresa. —Joder, no. Esto no es un matrimonio de verdad. Son negocios —vacío mi vaso, agradeciendo el ardor—. Son negocios. Su puesto está seguro. Más que nunca, de hecho —me vuelvo para mirarla—. Angelica necesitará estabilidad. Caras conocidas.

El alivio suaviza sus facciones. —Se lo agradezco, señor Ginetti.

Vuelvo a llenar mi vaso, dudando antes de volver a hablar. —La mujer, Isabella… No estoy seguro de qué esperar. Es complicada.

—¿No lo somos todos?

Resoplo. —Me odia. O lo que cree que soy.

—¿Y qué es eso?

Me quedo mirando mi whisky. —Un monstruo.

La señora Rossi no me contradice. Es demasiado inteligente para darme ánimos vacíos.

—Mi prioridad es Angelica —digo con firmeza—. No importa lo que pase con este matrimonio, ella es lo primero. Siempre.

—Como debe ser.

Las luces de la ciudad se desdibujan mientras me pierdo en mis pensamientos.

Durante seis años, hemos sido solo Angelica y yo, nuestra pequeña familia de dos.

Ahora meto a una extraña en nuestra casa.

Una mujer que cree que asesiné a su madre, que ha estado pasando información a los federales.

Una mujer que quizá todavía tenga que ser eliminada si resulta ser demasiado peligrosa.

Jodido Marco.

Quiero a ese hombre como a un hermano. Lo respeto como mi jefe. Pero de todos los hombres que podría haber elegido para este deber, ¿por qué yo?

¿Por qué exponer a mi hija a la incertidumbre de Isabella?

—Todo está a punto de cambiar —murmuro, más para mí que para la señora Rossi.

—El cambio no siempre es malo —ofrece.

Pienso en los ojos desafiantes de Isabella, en la forma en que luchó contra mí en ese parque. No solo contra el atracador, sino contra mí.

Había algo en esa lucha, algo más allá del miedo. Algo que podría admirar si no lo estuviera usando en mi contra.

Si pensara que mostraría la misma ferocidad protegiendo a Angelica.

—No —convengo en voz baja—. No siempre es malo.

A la mañana siguiente, me levanto temprano como de costumbre para prepararle el desayuno a mi niña. Suelo perderme muchas cenas, así que me aseguro de estar siempre ahí para el desayuno.

Le doy la vuelta a la tortita con un movimiento de muñeca practicado, viendo cómo el disco dorado cae sobre la pila terminada.

—¿Ya está, papi? —Angelica bota en su taburete en la encimera, todavía con su pijama de unicornio, los rizos oscuros alborotados por el sueño.

—Casi, ángel. Solo una más —vierto el resto de la masa en la sartén —. ¿Quieres ponerle las pepitas de chocolate?

Su cara se ilumina cuando le doy un cuenco pequeño. Coloca las pepitas con cuidado dibujando una cara sonriente, con la lengua fuera por la concentración.

Son estos momentos los que me mantienen anclado cuando todo lo demás parece estar fuera de control.

—Perfecto. Ve a sentarte a la mesa. Ahora te lo llevo.

Se sube a su silla, con las piernas colgando bajo la mesa. Deslizo una pila de tortitas delante de ella, ya cortadas en trozos pequeños como a ella le gusta.

—Papi hace las mejores tortitas del mundo entero —declara, ahogándolas en sirope.

Me sirvo una taza de café y me siento frente a ella, viéndola comer con entusiasmo.

Se me oprime el pecho al pensar en lo que tengo que decirle.

La boda se va a celebrar muy rápido, en solo dos días.

No puedo posponer esta conversación.

—Ángel, hay algo de lo que tengo que hablar contigo.

Levanta la vista, con las mejillas llenas de tortita. —¿Es por el árbol de Navidad? Prometiste que lo decoraríamos hoy.

—Lo haremos. Te lo prometo —respiro hondo—. Es sobre otra cosa. Algo importante.

Su carita se contrae de preocupación. —¿Es algo malo?

—No, cariño. No es malo, solo… diferente —le cojo la manita por encima de la mesa—. ¿Te acuerdas de que el padre de Lily se casó el año pasado? ¿Y que ahora tiene una madrastra?

—Sí. A Lily no le cae bien.

Joder. Esto puede salir mal.

—Sí, bueno… Voy a casarme. Se llama Isabella.

Su tenedor cae contra el plato. —¡Pero… pero las madrastras son malas! ¡Te hacen limpiar chimeneas y comer manzanas envenenadas!

A pesar de todo, casi sonrío. Malditos cuentos de hadas.

—Eso solo pasa en los cuentos, ángel. Las madrastras de verdad no son así —le aprieto la mano con suavidad.

—La madrastra de Lily le grita todo el tiempo.

La verdad es que no tengo ni idea de qué clase de madrastra será Isabella. Me odia, y podría transferir ese odio a Angelica.

Pero el amor por su madre me dice que entiende la necesidad de que una niña tenga una figura materna.

—Necesita nuestra ayuda.

—¿Nuestra ayuda? —la confusión sustituye al miedo en sus ojos.

—Sí. Verás, Isabella perdió a su mamá, igual que tú. Y ahora está sola y no tiene a nadie que la proteja —la mentira me sale más fácil de lo que esperaba, pero la culpa es igual de feroz—. Necesita una familia que la mantenga a salvo.

Angelica lo medita, su mente de siete años lo procesa. —¿Como me proteges tú a mí?

—Exactamente igual —le aparto un mechón de pelo de la cara.

Angelica pone una mueca mientras pincha una tortita con su tenedor. —¿Y si es mala?

—No lo permitiré —tomo la mano de Angelica y la aprieto suavemente hasta que me mira—. Te lo prometo.

Se encoge de hombros, vuelve a comer y a hablar de la Navidad. Me alegro de que sea capaz de pasar a otro tema.

¿Yo? Isabella sigue dando vueltas en mi mente. Me dormí repasando el incidente en el parque, tratando de averiguar si fue una víctima al azar o el objetivo de un sicario.

Y si se había citado con su contacto, ¿dónde estaba él?

¿Por qué no apareció?

Más inquietante fue cómo el forcejeo que tuvimos mientras intentaba escapar de mí se transformó en nosotros revolcándonos desnudos en mi cama.

Me desperté con una erección, algo que no me había pasado en mucho, mucho tiempo.

No es que no haya tenido sexo desde que murió mi esposa. De vez en cuando me acuesto con alguien cuando Angelica está en casa de una amiga pasando la noche.

La mayoría de mis orgasmos provienen de mi propia mano en la ducha.

Como esta mañana, cuando me imaginé a Isabella de rodillas chupándomela, con mis dedos en su largo y oscuro pelo mientras me miraba con esos ojos desafiantes.

Pero este matrimonio no va de eso.

Vale, no tengo dónde meterla más que en mi cama, pero no tengo planes de follármela.

Y estoy jodidamente seguro de que ella no quiere follarse a mí.

Miro mi reloj. Es hora de que Angelica se prepare para el colegio y yo me vaya a trabajar.

Puntual, la señora Rossi entra en la cocina. —Hora de vestirse, Angelica.

—Vale —Angelica baja de un salto de su silla y lleva su plato al fregadero de la cocina.

Me levanto, cojo la chaqueta del traje del respaldo de la silla y me la pongo. —¿No vas a darle un beso a papi antes de irte?

Corre hacia mí. Me agacho mientras sus brazos me rodean y me besa la mejilla. —Dile a Isabella que eres mío, papi, ¿vale?

Miro a la señora Rossi, que me dedica una sonrisa compasiva.

—Nada cambiará eso, ángel. Siempre te querré con todo mi ser, para siempre jamás.

Angelica sonríe y me abraza de nuevo, luego se va corriendo con la señora Rossi.

Me dirijo a mi habitación, cogiendo mi pistola de donde la guardo lejos de Angelica. Me pongo la funda y la pistola, transformándome lentamente en el sicario de Marco.

Me ajusto la corbata en el espejo. El hombre que me devuelve la mirada parece confiado, con todo bajo control.

Es la misma cara que pongo cuando cobro deudas o soluciono problemas para Marco. El sicario que nunca duda.

Pero por dentro… Por dentro la historia es diferente.

¿De verdad irá todo bien?

Le he vendido a Angelica una versión de cuento de hadas de este matrimonio. Que Isabella necesita nuestra protección, nuestra familia.

La verdad es más liosa, más oscura.

Isabella podría ser la amenaza de la que necesitamos protección.

¿Qué le ha dicho ya al FBI? ¿Nombres? ¿Operaciones? ¿Horarios de envío?

La idea me revuelve el estómago. Si ha comprometido ciertos aspectos de nuestro negocio, podría morir gente.

Gente que me importa.

¿Y qué pasa con Angelica?

Los niños no son tontos. Se dará cuenta rápidamente de que esto no es un matrimonio por amor. De que su nueva madrastra mira a su padre con recelo, quizá incluso con odio.

En los negocios, siempre sé qué hacer.

¿Alguien se cruza con la familia? Me encargo de ello.

¿Alguien no puede pagar? Hago los arreglos.

¿Alguien habla? Los silencio.

Pero como padre en esta situación, estoy andando a tientas.

Enderezo los hombros. Sea lo que sea que Isabella haya hecho, sepa lo que sepa, me encargaré de ello.

Siempre he sido capaz de compartimentar, de mantener la sangre y la brutalidad de mi trabajo separadas de mi vida doméstica. Ahora necesitaré esa habilidad más que nunca.

Una cosa sé con certeza: haré lo que sea necesario para proteger tanto a mi hija como el negocio familiar.

Si eso significa hacer de marido para una mujer que cree que soy un asesino, que así sea.

Si significa averiguar a quién ha estado pasando información, también lo haré.

¿Y si al final significa tener que eliminar a mi propia esposa?

Aparto el pensamiento, no estoy listo para enfrentarme a él todavía.

4

ISABELLA

Me contemplo en el espejo, casi sin reconocer a la mujer del vestido blanco que me devuelve la mirada.

Hace tres días, tenía una vía de escape, un futuro en el que por fin obtendría justicia para mi madre.

Mi mente regresa a aquella noche. La calle oscura, el atacante y Roman apareciendo como una sombra. La forma en que me miró cuando luché contra él.

Había estado tan cerca de reunirme con el agente Blackwood, tan cerca de la libertad.

Ahora estoy a punto de permitir que mi padre le entregue mi vida a otro hombre. A un asesino.

Desde aquella noche en que Roman me trajo a casa, mi padre me ha tenido encerrada, confinada en casa. Sospecho que sabía la verdad: que estaba intentando marcharme.

Fue extraño cómo Roman pareció encubrirme.

Para ser sincera, estaba bastante segura de que me traía a casa para matarme delante de mi padre y dejar clara su postura.

En cambio, actuó como si tuviéramos una cita.

Como si fuéramos una pareja de verdad.

Pero no lo somos.

Me están obligando a casarme con un hombre veinte años mayor que yo que probablemente mató a mi madre. Ni en un millón de años me enamoraría de un hombre así.

Parece surrealista. Como si estuviera viendo mi vida desarrollarse desde fuera de mí misma. No es esto lo que quería para mi vida. No es lo que mi madre quería para mí.

—Estás preciosa —dice mi padre desde el umbral de la puerta, con unos ojos que me evalúan como si fuera mercancía lista para ser entregada.

—No lo hagas —la palabra sale cortante.

Su rostro se endurece. —Isabella, ya hemos hablado de esto. Esta boda se celebra hoy. Roman Ginetti es un partido razonable.

—¿Razonable? —me vuelvo para encararlo—. Me ha entregado a un asesino.

—Es un padre con una buena posición en la organización de los Calabresi.

—Es su verdugo.

Mi padre se acerca y baja la voz, aunque estamos solos. —Deberías estar agradecida de que haya negociado esto en lugar de lo que La Corona quería.

—Nunca te pedí protección —susurro.

—No, en vez de eso, elegiste traicionar a tu familia. —Sus ojos son duros mientras me mira a través del espejo. Como si intentara obligarme a entender. Pero nunca lo entenderé.

—Este matrimonio es por tu propia protección —finaliza.

—Esto no es protección. Es un encarcelamiento.

Mi padre suspira, derrotado. —Te sugiero que termines de prepararte para convertirte en la señora Ginetti.

Cuando se va, vuelvo a centrar mi atención en la mujer del espejo, vestida de un blanco impoluto. Una oleada de nervios me recorre.

Mi madre me dio «la charla» antes de fallecer.

A mis veinticinco, probablemente soy la virgen más vieja del mundo. Para ser sincera, no me importa mucho. De todas formas, ¿a qué viene tanto jaleo?

Pero ahora, me encuentro más nerviosa por lo que Roman espera de mí en la cama que preocupada por que vaya a matarme.

Diez minutos más tarde, bajo del brazo de mi padre mientras me lleva por el pasillo improvisado en nuestro gran salón.

Mi madre quería una gran boda católica para mí. Hay que admitir que esto es mejor. No tiene sentido fingir que esto es algo más que un acuerdo.

Cada paso hacia el altar me parece un paso hacia mi ejecución. Me centro en cualquier cosa menos en el hombre que espera al final del pasillo.

Cuando por fin miro a Roman, su expresión es indescifrable.

Ni alegría, ni triunfo, solo una serena evaluación mientras me acerco.

Me doy cuenta de que su hija no está, pero ¿por qué iba a estarlo? No es una boda de verdad.

Mi padre pone mi mano en la de Roman. Su agarre es firme, pero no doloroso. Como una advertencia más que una amenaza.

—Amados hermanos —comienza el sacerdote.

Me refugio en mi mente mientras la ceremonia avanza. Pienso en la vida que quería tener y en el sueño que ahora se ha desvanecido.

Mi pequeño estudio de diseño está lleno de telas que esperan ser transformadas en preciosas prendas. Lo único que siempre he querido hacer es diseñar ropa.

Mi madre incluso convenció a mi padre para que me dejara ir a la escuela de diseño, pero para él fue una forma de mantenerme ocupada hasta que pudiera casarme.

Sospecho que para mi madre fue lo mismo, aunque creo que ella quería que tuviera algo que me diera alegría en este difícil y limitado mundo como hija y esposa de un mafioso.

—Sí, quiero —dice Roman con voz grave y segura.

El sacerdote se vuelve hacia mí. Todos esperan.

—Sí, quiero —consigo decir. Las palabras me raspan la garganta.

Roman me desliza un anillo en el dedo, una sencilla alianza de platino. Yo le pongo la suya con manos sorprendentemente firmes. Me gusta pensar que es una victoria, pero lo más probable es que simplemente esté resignada.

Soy el epítome de la indefensión aprendida.

—Puede besar a la novia.

Me quedo helada ante las palabras del sacerdote. De alguna manera, con todo el pánico que me producía este matrimonio forzado, no me había preparado para este momento.

La posesión pública.

La actuación de un afecto que no existe.

Mi primer beso.

Los ojos de Roman se encuentran con los míos. Algo parpadea en sus profundidades.

¿Duda?

Por una fracción de segundo, veo incertidumbre en este hombre que nunca ha parecido inseguro de nada.

Levanta lentamente la mano hacia mi mejilla, las yemas de sus dedos apenas rozan mi piel. Me preparo para que mi primer beso sea brusco, un beso que me recuerde a quién pertenezco ahora.

Nunca llega.

En su lugar, sus labios tocan los míos con una delicadeza inesperada. Suave. Casi… respetuoso.

La presión es ligera. Mis párpados se cierran contra mi voluntad, mi cuerpo traiciona la resistencia de mi mente.

El beso dura solo unos segundos, pero es suficiente para desordenar mis pensamientos.

Cuando se aparta, me quedo desorientada, confundida por la ternura de un hombre al que solo he asociado con la violencia.

—Respira —murmura, tan bajo que solo yo puedo oírlo.

Me doy cuenta de que he estado conteniendo la respiración. Inspiro con un temblor mientras un educado aplauso resuena en la sala.

La mano de Roman encuentra la parte baja de mi espalda, firme y cálida. El contacto es posesivo, pero no aplastante.

Como todo en su beso, no es lo que esperaba.

Lo miro, buscando en su rostro un gesto de burla o triunfo, pero no encuentro ninguno. Solo esa misma expresión indescifrable, aunque algo más suave persiste alrededor de sus ojos.

Por primera vez, me doy cuenta de que, aunque es mayor, es atractivo.

Es el epítome de un macho alfa de novela romántica: mandíbula fuerte y cincelada, penetrantes ojos grises y pelo corto y oscuro con un toque de canas en las sienes.

Una extraña sensación revolotea en mis entrañas. El corazón me da un vuelco.

Sacudo la cabeza, odiando tener una reacción que no sea de aversión hacia este hombre. No puedo permitirme olvidar quién es, lo que representa.

La recepción transcurre en una bruma de sonrisas falsas y amenazas veladas disfrazadas de felicitaciones.

Reconozco caras de las reuniones de La Corona a las que he asistido toda mi vida, hombres que decidieron mi destino entre brandis y puros, mujeres que me observan con lástima o cálculo en sus ojos.

Me aferro a la copa de champán, bebiendo pequeños sorbos para mantener la compostura sin embotar mis sentidos.

Roman se queda cerca, su mano encontrando ocasionalmente la parte baja de mi espalda cuando alguien se acerca. Su contacto es ligero pero siempre presente, un recordatorio de mi nueva realidad.

A veces, me parece que intenta tranquilizarme, pero desecho esa idea. Su contacto les demuestra a todos que mi propiedad ha pasado de mi padre a él.

Cuando por fin termina todo, me conducen a un elegante todoterreno negro. Roman se sienta a mi lado.

—Vamos a casa —dice Roman, las primeras palabras que me dirige directamente desde nuestros votos.

A casa. No es mi casa. Es mi prisión.

Llegamos a un lujoso edificio de apartamentos en el corazón de la ciudad. El portero asiente respetuosamente mientras Roman nos guía por el vestíbulo, con la mano en mi codo. El ascensor sube en silencio.

Abre la puerta. —No es tan grande ni lujoso como a lo que está acostumbrada.

Entramos en el apartamento. Es sorprendentemente cálido, con maderas nobles, muebles cómodos y grandes ventanales que muestran las luces de la ciudad. No es el espacio austero y frío que había imaginado.

—Permítame que le enseñe el apartamento. —Tras un rápido recorrido que termina en un amplio dormitorio con ventanales de suelo a techo, Roman se vuelve hacia mí—. Esta es nuestra habitación.

—¿Nuestra habitación? —repito, buscando con la mirada cualquier señal de alternativas—. ¿Dónde se supone que debo dormir?

—Aquí —dice él con sencillez—. No hay habitación de invitados. Como le he dicho, mi casa no es la mansión a la que está acostumbrada. Los otros dormitorios están ocupados por mi hija y su niñera.

—Quizá podría dormir con la niñera. —El sarcasmo gotea de mi voz, un escudo contra el pánico que crece en mi pecho—. ¿No es ese el viejo cliché? ¿Padres solteros y sus niñeras?

Los labios de Roman se curvan en una sonrisa divertida. —Tal vez en *Sonrisas y lágrimas*. —Se vuelve hacia la puerta donde una mujer mayor con un moño canoso está de pie—. Señora Rossi, mi nueva esposa sugiere que tal vez preferiría compartir mi cama. ¿Le interesa?

Los ojos de la anciana se abren de par en par antes de que estalle en carcajadas. —Bueno, es toda una oferta, señor Ginetti, y no puedo negar que si fuera más joven, se la aceptaría.

Mis mejillas arden de vergüenza. Llevo aquí menos de cinco minutos y todo el mundo se ríe de mí.

La risa de la señora Rossi se apaga mientras una niña se asoma por detrás de sus piernas, con los ojos solemnes fijos en mí con recelo.

—Angelica —dice Roman, su voz se suaviza de una manera que no habría imaginado que fuera capaz—. Ven a conocer a Isabella como es debido.

La niña avanza a regañadientes, con sus pequeños hombros en tensión como si se preparara para una batalla.

—Hola, Angelica —digo, agachándome a su altura. De cerca, veo a Roman en sus rasgos. La misma mandíbula decidida, la misma inteligencia vigilante en sus ojos—. Encantada de conocerte por fin.

No responde, solo me mira con una intensidad que resulta inquietante viniendo de una niña de siete años.

—Se supone que tienes que devolver el saludo —la apremia Roman con amabilidad.

—Hola —murmura, y luego añade con una franqueza inesperada—: ¿Vas a hacer que papá eche a la señora Rossi?

La pregunta me pilla desprevenida. Levanto la vista hacia Roman, cuya expresión no revela nada.

—No —respondo con sinceridad—. ¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque las madrastras siempre lo cambian todo —declara con absoluta certeza—. En los cuentos, hacen que los hijos de verdad hagan todo el trabajo y duerman en el desván.

Se me escapa una pequeña e inesperada risa. —Te prometo que no te haré dormir en el desván.

No parece convencida. —¿Sabes hacer tortitas con pepitas de chocolate?

—La verdad es que… no. —Siento una extraña punzada de insuficiencia al admitirlo.

Angelica asiente, como si confirmara sus peores sospechas. —Papá hace las mejores. Con pepitas extra.

—¿Quizá podrías enseñarme alguna vez? —ofrezco, sin saber por qué de repente me importa lo que esta pequeña y escéptica persona piense de mí.

Se encoge de hombros, sin comprometerse.

Una extraña inquietud se instala en mi estómago. Un miedo al rechazo, a fracasar en un papel que nunca pedí, pero que de repente me encuentro desesperada por no estropear.

—La dejaré que se instale mientras acuesto a Angelica.

—Vamos, Angelica, a ponerte el pijama. —La señora Rossi se disculpa, coge la mano de Angelica y se la lleva, dejándome a solas con él en la habitación que Roman ha dicho que era nuestra.

—No voy a compartir la cama con usted —anuncio. Odio tener tanto miedo de lo que él pueda esperar de mí esta noche. No estoy en contra del sexo. Me gustaría tenerlo algún día.

Solo que no con él.

No así.

Roman levanta ligeramente las cejas, pero no parece sorprendido ni especialmente molesto. Se dirige a un armario, saca una manta mullida y la tira sobre una silla cercana.

—El sofá es bastante cómodo —dice, encogiéndose de hombros con indiferencia.

Me sorprende un poco que no me diga que aquí no tengo ningún poder. Que dormiré donde él me diga.

—Pero ni se le ocurra pensar en marcharse. —Ahora veo la oscuridad en sus ojos—. No voy a forzarla. No le pediré que sea una madre para mi hija. No le pediré que haga nada, excepto que no la cague.

Mi corazón martillea al darme cuenta de nuevo de que estoy casada con el hombre que tiene permiso para matarme si lo considera necesario.

—¿Por qué sigo viva? —la pregunta brota de mí—. ¿Por qué la farsa del matrimonio en lugar de simplemente…? —No puedo terminar la frase.

Ladea la cabeza, estudiándome. —Su padre forma parte de La Corona. Esa es la única razón por la que está aquí de pie en lugar de enterrada en el bosque. —Lo dice con naturalidad, sin malicia ni amenaza, lo que de alguna manera lo hace más aterrador—. Este acuerdo es por respeto a él. Pero tiene un límite. Si respeta a su padre, cumplirá las reglas.

—¡Papá! —La voz de Angelica llega por el pasillo hasta el dormitorio.

—Discúlpeme. Voy a arropar a Angelica.

La puerta se cierra con un clic tras Roman, y por fin estoy sola. Pero la tensión y la ansiedad no disminuyen.

Estoy casada con un sicario de los Calabresi, rodeada de la misma gente que me arrebató a mi madre.

Paseo por la habitación. Necesito respirar, pensar. No puedo quedarme aquí. Tengo que encontrar una forma de salir.

Voy a mi bolso y, rebuscando en el fondo, saco una pequeña bolsa. Tiene tampones, un señuelo para lo que realmente se esconde aquí: mi teléfono desechable. Lo saco, compruebo la puerta una vez más antes de encenderlo.

Ni una llamada perdida. Ni un mensaje. Nada del agente Blackwood desde nuestra reunión fallida hace tres noches.

Quiero saber dónde estaba, por qué no se reunió conmigo, pero ese no es el asunto más urgente ahora mismo.

Escribo un mensaje rápido.

Casada ya. Dentro de la casa de Ginetti. Necesito un plan de extracción.

El mensaje se envía, pero no hay respuesta inmediata. Me muerdo el labio inferior, la ansiedad va en aumento.

¿Dónde está?

El agente del FBI prometió que me ayudaría a escapar si la situación se volvía peligrosa. Bueno, estar casada con el posible asesino de mi madre ciertamente cumple los requisitos.

Pero si él mató a mi madre, ¿por qué no me está matando a mí?

Mi infracción tiene que ser mayor que lo que sea que hiciera mi madre. A menos que su muerte fuera para enviarle un mensaje a mi padre, pero de ser así, él no lo ha captado.

No cree que don Calabresi ordenara el asesinato de mi madre.

Por un momento, me permito considerar lo imposible.

¿Y si Roman no es lo que pensaba?

La forma delicada en que manejó nuestro beso, cómo se ablanda con Angelica, su acuerdo de dejarme en paz mientras me porte bien.

No. No puedo permitirme dudar. Ahora no.

El agente Blackwood me mostró las pruebas. Son demasiado contundentes como para no creer que don Calabresi mandó matar a mi madre. Y cuando quería a alguien muerto, Roman era quien se encargaba de ello.

Escribo otro mensaje.

¿Por qué no responde? Estoy atrapada aquí.

El silencio de mi único aliado me hace sentir sola en el mundo.

Sin la guía de Blackwood, estoy a la deriva en la casa de un hombre que podría decidir mi destino con una sola palabra a su don.

Oigo la risa de Angelica desde el pasillo, seguida de la voz más grave de Roman.

Suenan… normales. Felices, incluso.

Es discordante con todo lo que creo sobre ese hombre.

El teléfono vibra en mi mano, sobresaltándome. Por fin, una respuesta del agente Blackwood.

Quédese donde está. Siga reuniendo información. Contactaré pronto con un plan de extracción.

Mis dedos vuelan sobre el diminuto teclado.

No es suficiente. Necesito salir AHORA.

Le doy a *Enviar*, con el corazón golpeándome en el pecho. La respuesta llega casi de inmediato.

Nadie más ha estado tan cerca del círculo íntimo de los Calabresi. Piense en la justicia para su madre.

Las lágrimas de frustración me escuecen en los ojos. No lo entiende.

Esto no es una simple misión encubierta. Es mi vida.

Me han entregado a un asesino, me han obligado a casarme con él y esperan que viva bajo su techo.

Me matarán si lo descubren. Roman va a—

La puerta del dormitorio se abre de golpe sin previo aviso. Suelto un grito ahogado, intentando torpemente esconder el teléfono, pero es demasiado tarde.

Roman está en el umbral, su expresión cambia de neutra a peligrosamente inmóvil mientras asimila la escena.

Yo, paralizada, con el teléfono desechable en la mano.

—¿A quién le estás escribiendo, Isabella? —Su voz es baja, controlada, pero hay una corriente subyacente de algo letal que me hiela la sangre.

—Yo… —Mi mente busca a toda prisa una mentira plausible, pero no se me ocurre nada. La prueba está, literalmente, en mi mano.

Roman cruza la habitación en tres largas zancadas. Retrocedo hasta que mis piernas chocan con el borde de la cama. Extiende la mano, con la palma hacia arriba. Una orden silenciosa.

Si me niego, lo cogerá por la fuerza.

Si corro, ¿adónde iría?

Si grito, ¿quién me ayudaría?

No tengo opciones.

Esta noche, mi noche de bodas, es la noche en que voy a morir.

5

ROMAN

No me lo puedo puto creer. He pillado a mi esposa de menos de veinticuatro horas encorvada sobre un móvil de prepago como una adolescente culpable.

Se me nubla la vista, con una conocida oscuridad que se abre paso por los bordes. La rabia crece al instante, caliente, visceral, peligrosa. He matado a hombres por traiciones mucho menores que esta.

—Deme el teléfono. —Mi voz suena inquietantemente tranquila, en total contraste con la tormenta que se gesta en mi interior.

Los ojos de Isabella se abren como platos. Se aprieta el aparato contra el pecho. Está acorralada contra la cama y no tiene adónde huir. —Roman, yo...

—El teléfono. Ahora.

Vacila y siento que algo dentro de mí se rompe. Mi mano se cierra en torno a su muñeca, sin aplastarla, pero con la firmeza suficiente para que no pueda zafarse.

—No lo entiende... —susurra.

Pero lo entiendo perfectamente.

Esta mujer, esta carga con la que me han obligado a casarme, sigue comunicándose activamente con agentes federales.

Lo mismo que casi la lleva a la muerte a manos de La Corona está sucediendo bajo mi techo.

Estoy más cabreado que nunca, pero si algo soy, es un hombre con autocontrol.

El pulso todavía me martillea en las sienes, pero me obligo a respirar de manera uniforme. Este no es un matón callejero que pueda eliminar sin más.

Es mi esposa.

—Solo le pedí una cosa. ¡Solo una! —Tomo otra bocanada de aire para calmarme—. Y no ha sido capaz de cumplirla.

—¿Va a matarme? —Su voz es sorprendentemente firme para la pregunta que acaba de hacer.

—Estaría en mi derecho. Le salvé la vida al casarme con usted...

—¡Yo nunca le pedí que lo hiciera!

La ira vuelve a estallar. —¿Qué tal si convoco a La Corona de nuevo para que encuentren otra solución? Déjeme ver... —finjo pensarlo—. Creo que la otra opción era la muerte. ¿Es eso lo que quiere?

—Lo único que quiero es saber quién mató a mi madre.

—¿Y cree que el FBI va a ayudarla con eso?

—Me han dado pruebas...

—Pruebas falsas, por lo visto, si cree que yo o alguien de La Corona la mató. —Niego con la cabeza—. A ellos les importa una mierda usted o su madre. La están utilizando para llegar a su padre, a La Corona.

Ella niega con la cabeza. —No. No es verdad.

Me inclino hacia delante, mis ojos se clavan en los suyos. —¿Así que no le han preguntado nada sobre los negocios de su padre? ¿Sobre La Corona? Cuando le quite ese teléfono, ¿no encontraré ningún mensaje que indique que podría darles información sobre mí?

La sorpresa en su mirada me confirma que tengo razón.

—No tiene ni idea de lo que está haciendo —digo, manteniendo la voz baja para que no llegue a la habitación de Angelica—. Ni idea de lo que está en juego.

Isabella levanta la barbilla, sorprendentemente desafiante, teniéndolo todo en cuenta. —Sé perfectamente lo que estoy haciendo. Busco justicia.

Doy un paso más, sin tocarla, pero asegurándome de que sienta mi presencia. —Sepa que sus acciones no solo ponen en peligro a La Corona. Ponen en peligro a mi hija.

Algo parpadea en sus ojos, duda, quizás.

—¿Se le ha pasado por la cabeza? —continúo, bajando aún más la voz—. ¿Que hay una niña de siete años durmiendo al fondo del pasillo que podría perderlo todo por su estúpida cruzada?

—Nunca le haría daño a una niña —susurra.

—¿Cree que la intención importa? Cuando el FBI eche abajo mi puerta, ¿cree que le pedirán amablemente a Angelica que se aparte? Cuando me lleven esposado o me peguen un tiro, ¿quién le quedará a ella?

Los ojos de Isabella brillan con lágrimas contenidas, pero yo sigo adelante.

—Sea lo que sea que crea saber sobre la muerte de su madre, sean las que sean las pruebas que crea tener, no vale la pena destruir la vida de una niña inocente.

Por un momento, ninguno de los dos habla. El peso de mis palabras queda suspendido entre nosotros.

—No espero que se preocupe por mí —digo finalmente—. Ni siquiera espero que se preocupe por La Corona. Pero Angelica no tiene nada que ver con todo esto. Es solo una niña. No permitiré que la ponga en peligro.

Aspiro otra bocanada de aire. —Marco me eligió a mí para que me casara con usted porque sabía que me resistiría a matarla. Pero si tengo que elegir entre usted y mi hija..., ella ganará siempre.

De repente, el teléfono que tiene en la mano suena con un mensaje entrante. Baja la vista y luego me mira, con los ojos llenos de miedo.

Extiendo la mano. —Última oportunidad para dármelo por las buenas.

Miro fijamente a Isabella, un frío cálculo sustituye a mi rabia inicial.

Su desafío podría ser admirable en otro contexto, pero ahora mismo es un riesgo que no me puedo permitir.

—No lo entiende. Necesito esto. Necesito averiguar qué le pasó a mi madre.

—¿Hablando con el FBI? ¿Sabiendo que están traicionando a su familia?

—¡Me están ayudando a encontrar la verdad! —Su voz se alza, cargada de emoción—. Algo que nadie en su preciada organización se ha molestado en hacer, porque ustedes son... —Se detiene.

—Porque cree que fuimos nosotros. —Me cruzo de brazos y la estudio—. Muéstremelo.

Parpadea, claramente sin esperar esa respuesta. —¿El qué?

—Las pruebas. Muéstremelas. —Señalo el teléfono que todavía agarra con fuerza—. Si está tan segura, déjeme ver qué la ha convencido.

Su vacilación me lo dice todo. —Yo... no puedo sin más...

—¿No puede o no quiere? —insisto—. Porque si tiene pruebas reales de que Marco o alguien de nuestra familia asesinó a su madre, yo querría saberlo. Llevo con los Calabresi desde los diecisiete años. Conozco cada operación, cada golpe, cada decisión. Nadie ha hablado mal de su madre jamás, y mucho menos ha ordenado su muerte.

—Usted simplemente lo negaría —replica ella.

—Piense con lógica, Isabella. Si lo que cree es cierto, ¿por qué iba su padre a organizar su matrimonio con la familia que mató a su esposa?

La duda cruza su rostro, y veo mi oportunidad.

—Muéstreme lo que tiene —digo, suavizando un poco el tono—. Si hay una verdad que encontrar, encontrémosla juntos.

Le cojo el teléfono de su mano temblorosa, sorprendido de que no oponga más resistencia. Algo de mis palabras debe de haberla alcanzado.

Me lo guardo en el bolsillo y estudio su rostro: el miedo, la determinación, la confusión.

He interrogado a suficiente gente como para reconocer cuándo alguien cree de verdad lo que dice, aunque esté equivocado.

—Hablemos de esto con lógica —digo, señalando la cama—. Siéntese.

Isabella duda, pero obedece, sentándose en el borde como si fuera a salir corriendo en cualquier momento. Yo permanezco de pie, necesito la ventaja física.

—Usted cree que la familia Calabresi mató a su madre. —Lo afirmo con rotundidad, sin ninguna duda en mi voz—. ¿Por qué haríamos eso?

—Porque descubrió algo sobre sus operaciones —responde Isabella al instante—. Algo que los amenazaba.

Casi sonrío ante lo predecible de la respuesta. —¿Qué operaciones, concretamente? ¿Qué podría saber su madre que justificara un asesinato? ¿Cómo lo sabría ella y no su padre?

Abre la boca y la vuelve a cerrar. —Yo... los detalles aún no están claros.

—Claro que no lo están. —Paseo lentamente ante ella—. Isabella, piense en lo que está sugiriendo. Si Marco o alguien de nuestra familia asesinó a la esposa de un miembro del consejo, ¿por qué la dejaríamos vivir? ¿Sobre todo después de que empezara a investigar?

Parpadea rápidamente, procesándolo.

—Y lo que es más importante —continúo—, ¿por qué Marco aceptaría este matrimonio? Si hubiéramos matado a su madre y supiéramos que nos estaba investigando, lo último que haríamos sería acercarla a nosotros. Eliminaríamos la amenaza.

Me planto frente a ella, sus ojos oscuros me miran desde abajo.

—No soy un buen hombre según los estándares de la sociedad. He hecho cosas que la horrorizarían. Pero nunca he matado sin un propósito, y Marco tampoco. Asesinar a la esposa de un miembro de La Corona sería un suicidio empresarial. Habría iniciado una guerra que no habría beneficiado a nadie.

Sus ojos escudriñan los míos, como si buscara el engaño.

—Si fuéramos culpables —digo en voz baja—, usted no estaría sentada ahora mismo en mi dormitorio. Estaría bajo tierra, junto a su madre.

La tensión en la habitación es densa, pero algo ha cambiado. Ahora veo incertidumbre en sus ojos, una grieta en su convicción.

—Mire —digo, suavizando el tono—. Entiendo que quiera justicia para su madre. Si alguien le hiciera daño a la madre de Angelica y se saliera con la suya, pondría el mundo patas arriba para encontrarlo.

Isabella levanta la vista, sorprendida por mi confesión. Me molesta un poco, lo cual es extraño.

Normalmente, me gusta que la gente piense que soy un monstruo, que me teman.

—¿Y si la ayudara a encontrar la verdad?

—¿Usted? —La incredulidad tiñe su voz.

—Sí, yo. —Pongo las manos en mis caderas y la miro fijamente—. Quiero saber quién está intentando tenderme una trampa a mí, a Marco. Usted quiere saber quién mató realmente a su madre.

—¿Y si es alguien de la familia Calabresi?

—Si alguien de la familia Calabresi mató a su madre, cosa que no creo, entonces también traicionó a Marco. —Dejo que eso cale—. Marco querría saberlo.

Veo cómo lo procesa, sopesando mis palabras contra sus ideas preconcebidas.

—Además —continúo—, ¿no sería mejor trabajar conmigo que contra mí? Si soy inocente, puedo ayudarla a encontrar al verdadero responsable. Si soy culpable... —Extiendo las manos—. Tendrá sus pruebas.

Entrecierra los ojos. —¿Y se supone que debo confiar en usted?

—No. Se supone que debe ser lista. Utilíceme. —Me apoyo en la pared—. ¿Cree que soy un monstruo? Bien. Pero soy un monstruo que sabe dónde están enterrados todos los cadáveres, en sentido figurado.

Un fantasma de sonrisa asoma a sus labios a pesar de sí misma.

—Estamos condenados a entendernos, Isabella. Este matrimonio no va a ninguna parte. Podemos pasarlo como enemigos o podemos encontrar un terreno común. Su madre merece justicia, y si alguien está usando su muerte para manipularla en contra de La Corona, se merecen lo que les va a pasar.

Me estudia durante un largo momento, y veo la guerra que se libra tras sus ojos: la sospecha luchando contra la esperanza, el odio contra el pragmatismo.

—¿Cómo funcionaría esto? —pregunta finalmente.

No es confianza. Todavía no. Pero es un comienzo.

Me inclino hacia delante, asegurándome de que Isabella comprenda la gravedad de la situación. —Permítame dejar bien claro cómo funciona esto. No saldrá de este apartamento sin que yo sepa adónde va. No hará llamadas a nadie, y menos al FBI, sin mi conocimiento. No son peticiones.

Se estremece ante mi tono, pero se recupera rápidamente y el fuego vuelve a sus ojos. —Así que soy una prisionera.

—Está viva —replico—. Hay una diferencia.

Isabella se levanta bruscamente como si algo se hubiera roto en su interior. Se pasea por la habitación. —¡Esto es exactamente de lo que he intentado escapar toda mi vida! El control, las reglas, la vigilancia constante.

La observo, intentando comprenderla.

Se detiene y me mira directamente a los ojos. —No quiero nada de esto. Quiero vivir libre de todo esto.

—Entonces no debería haber acudido al FBI para preguntar por su madre y haber forzado la mano de La Corona.

Cierra los ojos y parece casi derrotada. No me gusta. Me encuentro deseando aliviar su carga, aunque solo sea un poco.

—Mire, entiendo que quiera algo diferente —digo, con la voz más tranquila—. Pero correr al FBI nunca la iba a liberar. Solo iba a conseguir que la mataran.

Me mira, pareciendo un poco perdida.

Señalo la cama. —Descanse un poco.

—¿Y qué hay de...?

—No se preocupe por eso ahora. Mañana, veremos cómo coexistir. —Me dirijo a la puerta—. Tengo dos prioridades en esta vida, Isabella: mi trabajo y mi hija. Todo lo demás es negociable. Recuérdelo, y puede que sobrevivamos a este acuerdo.

Salgo de la habitación y cierro la puerta a mis espaldas. Me dirijo a mi despacho, como hago cada noche. Me sirvo un vaso de whisky y repaso nuestra conversación.

La convicción de Isabella me preocupa.

Cree de verdad que la familia Calabresi asesinó a su madre.

Aunque sé que son gilipolleces, alguien se ha esforzado mucho para hacérselo creer. Y ese alguien tiene contactos en el FBI.

Me tomo la bebida de un trago ardiente y saco mi teléfono seguro. Marco responde al segundo tono.

—Es tu noche de bodas...

—Ya sabes que este matrimonio es una farsa. —Me hundo en la silla tras mi escritorio—. He pillado a mi nueva esposa hablando por un móvil de prepago con su contacto del FBI.

—Joder. —Esa única palabra transmite el peso de todas las complicaciones que esto crea.

—Hay más. —Me froto la sien donde se está formando un dolor de cabeza—. Afirma tener pruebas de que matamos a su madre.

—¿Qué? Eso es absurdo.

—Lo sé. Pero se lo cree. Completamente. —Hago una pausa—. Alguien le ha estado pasando información, Marco. Pruebas manipuladas, tal vez. Lo suficiente para convencerla de que somos responsables.

—¿Quién se beneficiaría de poner a Leonardo en nuestra contra?

—Eso es lo que tengo que averiguar. —Dudo si hacer la siguiente pregunta, pero necesito saber—. Mire..., ¿hay algo que no sé? ¿Algo que pasara con la madre de Isabella y que nunca llegara a mis oídos?

El silencio al otro lado de la línea se alarga tanto que me pregunto si hemos perdido la conexión.

—¿Me estás preguntando si yo ordené que la mataran? —La voz de Marco se vuelve peligrosamente grave.

—Le pregunto si hay algo que deba saber antes de empezar a investigar —aclaro, aunque sé que ve a través de mi intento de suavizar la acusación—. Esa chica cree con absoluta certeza que somos responsables.

—¿Y crees que podría haber ordenado un golpe contra la esposa de un Don sin decírselo a mi mano derecha? —El filo en su voz podría cortar el cristal—. ¿Una mujer casada con un hombre que conozco desde la infancia?

Me pellizco el puente de la nariz. —Marco...

—No, Roman. Después de todo lo que hemos pasado, ¿crees que te ocultaría algo así? O peor, ¿que sería tan estúpido como para hacer un movimiento así, para empezar? —Su voz se eleva ligeramente antes de que la controle—. ¿Por qué iba a hacerle algo a la mujer de Leonardo? ¿Qué motivo podría tener?

—Necesito todos los datos si voy a encargarme de esto.

—El hecho es —dice Marco con frialdad— que no tuve nada que ver con su muerte. Ni nadie de nuestra familia. Y no agradezco la insinuación de que le mentiría al respecto.

Mi infracción es lo bastante grave como para merecer una bala, pero también creo que no me la ganaré. —No he pretendido faltarle al respeto.

Tras un momento, dice: —Investígalo, Roman. Si alguien me está jodiendo a mí o a La Corona, quiero saberlo.

—Llegaré al fondo de esto.

Cuelgo con Marco, la tensión de nuestra conversación me deja un sabor amargo en la boca.

Veinticinco años de lealtad, y una pregunta amenaza con resquebrajar los cimientos.

Me sirvo otra copa y saco el móvil de prepago de Isabella. La pantalla del código de acceso se burla de mí, pero no es la primera vez que me enfrento a algo así. Mañana haré que mi técnico lo piratee.

Por ahora, me centro en lo que ya sé.

Isabella cree que matamos a su madre.

El FBI está involucrado.

Esos dos hechos dan vueltas en mi mente.

¿Qué fue primero? ¿Se puso Isabella en contacto con los federales con sus sospechas, o se acercaron ellos a ella? La distinción es importante.

Si los buscó ella, significa que desarrolló su teoría de forma independiente.

Pero si se acercaron ellos, eso sugiere algo más calculado, un intento deliberado de abrir una brecha en La Corona.

Me reclino en mi silla, mirando al techo. ¿Y por qué el FBI se interesa de repente por su muerte?

A menos que nunca se tratara de su muerte. A menos que su muerte sea solo una palanca conveniente.

Saco un bloc de notas y empiezo a anotar lo que sé sobre el contacto de Isabella en el FBI.

Tiene un móvil de prepago y un contacto regular, lo que sugiere que la están manejando, no ayudando.

Claramente no quiere estar en nuestro mundo, lo que indica que esperaba protección, quizá incluso ser incluida en el programa de protección de testigos cuando intentó fugarse la otra noche.

¿Es eso lo que estaba haciendo esta noche?

¿Intentando que él la sacara de mi lado?

Si ese es el caso, es importante para ellos. No es una víctima. Es una fuente de información.

Isabella no me parece estúpida, pero está claro que tiene un punto ciego en lo que respecta a la muerte de su madre y alguien se está aprovechando de ello. Lo están utilizando para obtener información.

Pero ¿cuál es su objetivo final? ¿Arrestarnos? ¿O tal vez volver a La Corona contra sí misma?

Encontraré la verdad.

Y si alguien nos está atacando a través de Isabella, ha cometido un error fatal.

Han traído la guerra a mi puerta, y yo nunca pierdo.

6

ISABELLA

Me despierto de golpe cuando el colchón se hunde a mi lado.

Con el corazón martilleándome en el pecho, me giro y me encuentro a Roman metiéndose bajo las sábanas al otro lado de la cama.

El suave resplandor de la ventana iluminada por la luna perfila sus anchos hombros antes de que se tumbe a mi lado.

—¿Qué haces? —siseo, aferrando la manta contra mi pecho aunque voy completamente vestida con una camiseta y un pantalón de pijama.

—Irme a dormir. —Su voz es exasperantemente tranquila, como si fuera la situación más normal del mundo.

—Pero dijiste...

—Dije que podías quedarte con la cama. Nunca prometí dormir en otro sitio. —El colchón se mueve mientras se acomoda—. Ha sido un día muy largo.

—No puedes dormir aquí. —Me arrimo a mi borde todo lo que puedo sin caerme.

—Es mi cama, Isabella. —No hay ira en su tono, solo una simple declaración de hechos—. Mi casa. Mis normas.

—¿Y entonces qué, vas a...?

—No voy a tocarte —me corta él, con voz grave y firme—. Eso no formaba parte de nuestro acuerdo.

Me incorporo y busco a tientas el interruptor de la lámpara de la mesilla. Cuando la luz inunda la habitación, Roman está tumbado con las manos detrás de la cabeza, mirando al techo.

Está sin camiseta y me sorprendo a mí misma fijándome en los tatuajes de su pecho antes de apartar la vista.

—¿Por qué no? —Las palabras salen de mi boca sin pensar—. ¿Qué hay de malo en mí?

Gira la cabeza lentamente, con una ceja arqueada en lo que podría ser diversión o confusión.

Me arrepiento de inmediato de la pregunta.

¿Qué estoy haciendo?

Este hombre trabaja para la familia que creo que asesinó a mi madre. Lo último que debería importarme es si me encuentra atractiva.

—No hay nada malo en ti —dice finalmente—. Pero no me impongo a las mujeres. Especialmente si piensan que soy un asesino.

Siento que se me enciende la cara de vergüenza. Mis pensamientos son un caos. —Como sea.

Roman se gira sobre un costado, encarándome. —Un momento. —Su voz tiene un peligroso matiz de diversión—. ¿Acabas de sonar decepcionada porque no pienso follarte? ¿Tú? ¿La mujer que estaba dispuesta a huir antes que casarse conmigo?

—¡No! —suelto, demasiado rápido—. Eso es ridículo.

—¿Lo es? —Sus oscuros ojos me estudian con una intensidad que hace que se me erice la piel—. Porque sonaba a que te estabas

preguntando por qué no querría hacerlo.

Abro la boca para discutir, pero no me sale nada.

La verdad es que no entiendo mi propia reacción.

Este hombre representa todo contra lo que he luchado: la violencia, el negocio familiar, el mundo que me arrebató a mi madre.

Y, sin embargo, aquí estoy, de algún modo insultada porque mantenga las distancias.

—Te estás imaginando cosas —mascullo, extendiendo la mano hacia la lámpara.

—Si tú lo dices, Isabella. —Mi nombre rueda por su lengua como si lo estuviera saboreando, y algo revolotea en mi estómago.

Apago la luz y me subo las sábanas hasta la barbilla. —Buenas noches, Roman. —Procuro que mi voz suene lo más fría y displicente posible.

A mi espalda, oigo una risita grave. —¿Huyendo otra vez? Parece que esa es tu especialidad.

Cierro los ojos con fuerza, obligándome a no responder. El colchón se desplaza mientras él se vuelve a acomodar y me quedo ahí, rígida, muy consciente de cada centímetro de espacio que nos separa.

¿En qué me he metido? ¿Y por qué me importa lo más mínimo la opinión de este hombre tan peligroso?

Permanezco despierta mucho después de que la respiración de Roman se vuelva profunda y sosegada. El techo sobre mí se vuelve borroso a medida que las lágrimas asoman a mis ojos.

¿Cómo he acabado aquí, casada con un asesino, atrapada en una vida de la que he intentado escapar desesperadamente?

Mis planes —mis objetivos profesionales, mi independencia, mi búsqueda de justicia—, ahora todo parece fuera de mi alcance.

Incluso mi contacto del FBI me ha abandonado, empujándome a permanecer en este matrimonio por su caso en lugar de ayudarme a escapar.

—Todavía estás despierta. —La voz de Roman me sobresalta. Creía que estaba dormido.

Me seco rápidamente las lágrimas. —Tú también.

—Es difícil dormir cuando alguien a tu lado piensa tan alto.

Me giro para mirarle y me encuentro con sus ojos abiertos, observándome en la oscuridad. —No quiero morir —susurro.

Su expresión se vuelve preocupada.

—¿Pero para qué vivo? Estoy atrapada. No puedo irme. No puedo dedicarme a mi carrera. Ni siquiera puedo averiguar qué le pasó a mi madre sin que me tachen de traidora.

Roman se mueve, apoyándose en un codo. —Tenías una vida antes de todo este asunto del FBI.

—¿Una vida en la que se esperaba que fuera la princesita perfecta de la mafia? ¿Donde sonreía en las reuniones familiares mientras fingía no saber lo que hacían mi padre y los demás? Esperando a que me casara con alguien... —Se me quiebra la voz—. Yo quería algo diferente.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy más confinada que nunca. —Vuelvo a mirar al techo —. Casada con un extraño al que le han ordenado vigilar todos mis movimientos y posiblemente matarme.

—Te dije que te ayudaría a averiguar qué le pasó a tu madre.

—¿Por qué ibas a hacerlo? ¿Qué sacas tú de esto?

Se queda en silencio un momento. —Quizá no me gusta que me acusen de asesinato.

Me vuelvo para mirarle, estudiando su rostro en la penumbra. —No sé cómo vivir así —confieso.

—¿Cómo vivirías si no estuvieras en esta situación? ¿En esta vida? ¿Cuáles son tus esperanzas y sueños?

Miro a Roman en la oscuridad, confundida por su pregunta. —¿Mis sueños? ¿Por qué te importarían?

—Sígueme la corriente. ¿Qué quieres de la vida?

Dudo, preguntándome si es algún tipo de trampa. Pero algo en su tono me hace responder con sinceridad.

—Quería ser diseñadora. De moda, en concreto.

Roman se mueve ligeramente, su interés parece haberse despertado. —¿En serio?

—¿Tan difícil es de creer? —No puedo evitar que mi voz suene a la defensiva.

—No, solo... inesperado. Supuse que sería algo como derecho o empresariales.

Me lo tomo como un cumplido. Como si pensara que soy inteligente. O quizá es por mi necesidad de justicia para mi madre.

—Llevo dibujando diseños desde que tengo memoria. Incluso fui a una escuela de diseño, aunque a mi padre no le entusiasmaba la idea. Solo me seguía la corriente, me mantenía ocupada.

—¿Por qué moda? —Parece genuinamente interesado, pero no puedo olvidar que es un maestro de la manipulación. Quizá todo esto sea una estratagema para hacerme sentir segura, para que olvide lo letal que es.

—Porque cuando diseño algo, creo algo más que ropa. Estoy creando cómo se siente alguien cuando lo lleva. Su confianza, su comodidad, su identidad.

Espero a que se ría o le reste importancia, pero permanece en silencio, escuchando.

—Mi madre siempre me animó —continúo, sorprendida de la facilidad con la que fluyen ahora las palabras—. Decía que la creatividad era un don que no debía desperdiciarse. Después de su muerte, se volvió aún más importante, como si mantuviera viva una parte de ella a través del diseño.

—¿Y estabas trabajando para conseguirlo? ¿Antes de que pasara todo?

—Estaba preparándome para lanzar mi propia pequeña línea. —Siento una punzada de pérdida al pensar en la colección en la que estaba trabajando cuando mi mundo implosionó—. Tenía un estudio y todo.

El silencio se alarga entre nosotros y me doy cuenta de que he revelado más de lo prudente, aunque no estoy segura de cómo puede usarlo en mi contra.

—A Angelica le gusta la ropa.

Por un momento, no puedo creer que haya compartido eso.

¿Podría estar de verdad intentando conectar conmigo y no buscando información que usará en mi contra?

—Tiene un gusto excelente para la ropa. El conjunto de hoy, mezclando verde azulado y morado, es inusual, pero funcionaba. Estaba adorable.

La expresión de Roman cambia, una sonrisa genuina atraviesa su semblante reservado. —¿Te fijaste en eso, eh?

Me descubro sonriendo también, pensando en el conjunto de Angelica. —No muchas niñas de siete años tienen un estilo tan definido.

Él se ríe, un sonido cálido en la oscuridad. —La señora Rossi la consiente, probablemente demasiado, pero yo no soy mucho mejor. Me tiene comiendo de su mano.

Es difícil imaginar que alguien tenga control sobre Roman.

Se queda callado un momento y luego dice: —Angelica no está segura de esta situación que tenemos.

Ya somos dos.

—Pero le encanta la ropa. Podría ser una forma de conectar con ella.

La idea de estrechar lazos con su hija a través de algo que me encanta me pilla desprevenida.

No somos una familia.

Teniendo en cuenta mi infracción, pensaría que querría que estuviera lo más lejos posible de Angelica.

—¿Me la confiarías? —pregunto con cautela.

—No digo que te entregue tijeras y agujas —dice con una media sonrisa—. Pero sí, creo que vosotras dos podríais haceros bien mutuamente.

Por un minuto, esto me complace hasta que recuerdo que no tengo nada con qué diseñar. Ni siquiera traje mis cuadernos de bocetos.

—Sería divertido, pero no tengo ninguno de los materiales que necesito.

—¿Qué necesitas? Puedo conseguírtelos.

Por un momento, me permito imaginarlo.

Un rincón de este lugar transformado en mi espacio de trabajo, dibujando diseños, con muestras de tela esparcidas sobre una mesa.

—¿Harías eso? —Busco en su rostro señales de engaño—. ¿Por qué?

—Tienes razón. Tu vida no es del todo tuya ahora mismo —dice Roman, su voz sorprendentemente suave en la oscuridad—. No fingiré lo contrario.

—Es un alivio oír eso. La mayoría de la gente en tu posición me diría que debería estar agradecida de seguir viva.

—Estar vivo y tener una vida que merezca la pena vivir son cosas diferentes.

Lo estudio, tratando de reconciliar al hombre que está a mi lado con el despiadado sicario que me han enseñado a temer. —¿Por qué te importa si soy feliz o no? ¿No sería más fácil si me quedara callada y fuera sumisa?

—¿Más fácil? Puede ser. —Se encoge de hombros—. Pero, por otro lado, si la mujer está contenta, todo va sobre ruedas, ¿no?

—Entonces, ¿esto es un desafío para ti?

—No. Se trata de reconocer que eres una persona, no solo un problema que hay que resolver o contener.

Algo cálido se expande en mi pecho ante sus palabras.

Ha pasado tanto tiempo desde que alguien me vio como algo más que una hija a la que controlar o una traidora a la que castigar.

—Mira, esta situación no es ideal para ninguno de los dos —dice—. Pero estamos atrapados en ella por ahora. Eso no significa que tengas que ser desgraciada.

—¿Dónde está la trampa? —pregunto, aún recelosa.

—La trampa es que dejes de intentar huir o contactar con el FBI. —Sus ojos se endurecen ligeramente—. Te centras en tus diseños,

ayudas con Angelica y trabajas conmigo para averiguar qué le pasó realmente a tu madre.

Debería desechar la idea de inmediato.

Este hombre sigue siendo mi captor, por mucho que intente maquillarlo.

Pero la idea de reconectar con mis diseños, de volver a crear, es como ofrecerle agua a alguien que se muere de sed.

—Lo pensaré —digo, reacia a comprometerme, pero incapaz de rechazar la posibilidad de plano.

En el silencio que sigue, me doy cuenta de que estoy vislumbrando a un hombre mucho más complejo de lo que imaginaba.

El sicario que arropa a su hija por la noche.

El captor que quiere que su prisionera persiga sus sueños.

El hombre que reconoce mi dolor en lugar de ignorarlo.

Sería más fácil si fuera el monstruo que esperaba. Este Roman, considerado, perceptivo, casi amable, es mucho más peligroso para mi determinación.

Me quedo dormida con la mente llena de contradicciones. La ira por mi situación lucha con el inesperado consuelo de las palabras de Roman.

La transición de la vigilia a los sueños es fluida y, de repente, ya no estoy en su cama, sino en mi antiguo estudio de diseño.

La luz del sol entra a raudales por los altos ventanales, iluminando mi puesto de trabajo. Estoy dibujando algo, el lápiz se mueve con determinación por la página. Siento una presencia detrás de mí, cálida y sólida.

—Es precioso. —La voz de Roman retumba cerca de mi oído, su aliento haciéndome cosquillas en el cuello.

En mi sueño, no me aparto de un respingo. En cambio, me inclino hacia atrás contra su pecho, sintiendo el ritmo constante de los latidos de su corazón. —Aún no está terminado.

Sus manos se deslizan por mis brazos hasta posarse en mi cintura. —No hablaba del diseño.

Me vuelvo en sus brazos, olvidando el boceto. Este Roman de ensueño me mira con hambre en los ojos, cruda y anhelante.

—Pensaba que no estabas interesado —digo.

—Nunca he dicho eso. —Sus dedos trazan la línea de mi mandíbula, enviando escalofríos por mi espalda—. Dije que no te forzaría.

Cuando sus labios se encuentran con los míos, no se parece en nada a nuestro beso de boda. Es calor y necesidad y algo más profundo que no puedo nombrar.

Mis manos se abren paso bajo su camisa, explorando la superficie dura de su pecho, las crestas de sus músculos.

—Isabella —susurra contra mi boca, y el sonido de mi nombre enciende algo dentro de mí.

En el mundo ilógico de los sueños, de repente estamos en una cama con sábanas de seda y almohadas por todas partes.

Su peso sobre mí se siente bien, protector en lugar de amenazante.

—Así que sí me deseas. —Mi cuerpo se arquea hacia él.

—Te deseo —responde el Roman de ensueño con una sonrisa pícara.

Sus manos me exploran, encontrando lugares que me hacen jadear y suspirar.

La contradicción de este toque suave de unas manos que sé que han cometido actos violentos hace que todo sea más intenso, más prohibido.

—Voy a follarte ahora, Isabella.

En el mundo real, esas palabras me asustarían. Como mínimo, me pondrían nerviosa.

Nunca he estado con un hombre.

Pero este no es el mundo real.

Así que me abro a él. Abro mi cuerpo, mi propio ser. Él embiste y está dentro de mí. No duele como me dijeron que lo haría.

No estoy segura de lo que siento, pero no quiero que pare. Se mueve, dentro y fuera, dentro y fuera, y soy consciente de que se pierde en mí.

Algo crece dentro de mí, intenso y frustrante.

Y entonces alcanza su punto álgido y el placer me inunda.

A medida que desaparece, me pregunto si he tenido mi primer orgasmo.

7

ROMAN

Me despierto antes del amanecer; mi reloj biológico se activa a pesar de la noche tardía.

Giro la cabeza y encuentro a Isabella acurrucada en su lado de la cama, con una mano bajo la mejilla y el pelo oscuro desparramado por la almohada.

El suave resplandor de la luna que entra por la ventana arroja la luz justa para trazar la delicada curva de la mejilla de Isabella, sus labios ligeramente entreabiertos.

Es preciosa.

Siempre lo he sabido, lo he visto en las reuniones familiares desde el otro lado de salas abarrotadas, pero de cerca es diferente. Íntimo.

Mis dedos se crispan con el inesperado impulso de apartarle un mechón de pelo de la cara.

No lo hago.

Me siento un poco pervertido. Aunque estemos casados, soy muy consciente de lo mucho mayor que soy. Ella está más cerca de la edad de Angelica que de la mía.

Pero luego está Emilia.

Hace tres años que no duerme una mujer en mi cama.

Desde que Emilia murió justo después del cuarto cumpleaños de Angelica a causa de un cáncer raro y agresivo. Intento estar agradecido de que Emilia y Angelica tuvieran cuatro años juntas, pero es difícil.

Desde entonces, he mantenido a las mujeres a distancia.

Encuentros rápidos en habitaciones de hotel. Nada permanente.

Nada que pudiera complicarme la vida o la de Angelica.

Nada que pudiera volver a rompernos el corazón.

El silencio de la madrugada me rodea. Estoy acostumbrado a las horas de quietud antes de que Angelica se despierte, antes de que la casa se llene de su parloteo y energía.

Pero tener a Isabella aquí hace que el silencio se sienta diferente. Menos vacío.

La miro fijamente, sintiéndome extraño por tener de nuevo el aroma de una mujer en mis almohadas. Isabella huele a sol y a flores, nada que ver con el perfume de Emilia. Debería sentirse mal, pero no es así.

¿Qué pensaría Emilia de todo esto?

Un matrimonio de conveniencia con una mujer que podría estar conspirando contra nosotros. Una mujer a la que podría tener que matar si resulta ser una amenaza real.

Se me tensa la mandíbula al pensarlo.

Haces lo que tienes que hacer, Roman. Puedo oír su voz en mi cabeza.

Emilia entendía esta vida mejor que la mayoría. Su padre también había trabajado para la familia Calabresi. Sabía lo que significaba la lealtad.

Pero esto se siente diferente. Observo a Isabella, su pelo oscuro extendido sobre la almohada que una vez fue de Emilia.

La culpa se me retuerce en las tripas, no por casarme de nuevo, sino por el engaño. Por traer a otra mujer a nuestra casa con falsos pretextos.

Isabella se mueve ligeramente, frunciendo el ceño mientras duerme. ¿Con qué sueña? ¿Con escapar? ¿Con su madre? ¿Conmigo?

Me he pasado la vida leyendo a la gente, evaluando amenazas. Eso me ha mantenido con vida.

Pero Isabella me confunde.

En un momento se muestra desafiante y al siguiente, vulnerable. Su pasión por el diseño parece genuina. No había cálculo en ello, solo puro entusiasmo.

Y la forma en que se fijó en el atuendo de Angelica no era la de alguien que interpreta un papel.

¿Es posible que la hayan manipulado? ¿Que le hayan contado mentiras sobre la muerte de su madre?

La idea me resulta incómoda. Siempre he visto el mundo en blanco y negro. Lealtad o traición. Amigo o enemigo. Isabella existe en algún lugar de la zona gris.

Emilia me diría que mirara más a fondo. Ella siempre veía lo mejor de las personas, incluso cuando yo no podía. —No todo el mundo tiene segundas intenciones, Roman —diría—. A veces, la gente simplemente está sufriendo.

Sean cuales sean las motivaciones de Isabella, sean cuales sean las verdades o mentiras que crea, necesito averiguarlo. Por la seguridad de Angelica. Por la familia.

Y tal vez, solo tal vez, por Isabella también.

Observo cómo el pecho de Isabella sube y baja con cada respiración, sus oscuras pestañas descansando contra sus mejillas.

Hay en ella una suavidad al dormir que nunca muestra cuando está despierta.

Una vulnerabilidad que mantiene oculta tras muros de desafío y determinación.

También es valiente. Quizá hasta la insensatez.

Pero debajo de todo, sin embargo, percibo una profunda tristeza.

No solo ha perdido a su madre, sino también su sentido del propósito, de pertenencia.

Anoche, cuando habló de diseño, vislumbré a la mujer que podría ser sin todo este peso sobre sus hombros.

Miro mi dormitorio, reorganizando mentalmente el espacio. ¿Podría Isabella montar un espacio de diseño aquí?

Se mueve de nuevo, apartándose como hizo anoche cuando me metí en la cama con ella. Sonrío al recordar su reacción de anoche cuando le dije que no la tocaría.

La forma en que su voz se agudizó. —¿Por qué no? ¿Qué me pasa? —antes de que se contuviera.

El destello de indignación en sus ojos fue inesperado. Casi entrañable.

Para alguien que decía no querer saber nada de mí, su orgullo herido era revelador.

He pasado suficiente tiempo leyendo a la gente como para reconocer cuándo alguien se sorprende incluso a sí mismo con sus reacciones.

¿Qué esperaba? ¿Que me impusiera a la fuerza? ¿Que reclamara mis «derechos maritales» como un señor medieval?

La idea me revuelve el estómago. He hecho muchas cosas al servicio de la familia, cosas que horrorizarían a la mayoría de la gente, pero esa línea no la cruzaré.

Observo el suave subir y bajar de su pecho mientras duerme. ¿La ha tocado algún hombre?

Tiene veinticinco años. Seguro que ha estado con un hombre.

Aunque, por otro lado, don Ferraza la tenía bien controlada.

Dios. ¿Podría ser virgen todavía?

¿Y qué coño hago yo pensando en la vida sexual de Isabella?

La sábana cubre su cuerpo, delineando las curvas perfectas del cuerpo de una mujer, y no puedo apartar la mirada. De repente soy consciente de un calor familiar que se extiende por mi cuerpo directamente hasta la polla.

Joder.

No debería mirarla así. Es un trabajo. Una responsabilidad. Una amenaza potencial.

Pero a mi cuerpo no parece importarle lo que ella pueda ser. Solo registra las suaves curvas bajo las sábanas, su aroma, la forma en que sus ojos brillaron con indignación cuando pensó que no la deseaba.

¿Cómo sería tocarla? ¿Trazar la línea de su mandíbula con las yemas de mis dedos, sentir su pulso acelerarse bajo mi palma?

Reclamar esos labios carnosos como es debido, no el beso casto que compartimos en el altar, sino algo real. Algo hambriento.

Las imágenes vienen sin ser llamadas.

El pelo oscuro de Isabella desparramado por mis almohadas, no durmiendo, sino de placer.

Su espalda arqueándose mientras mis manos exploran su cuerpo.

Esos ojos desafiantes suavizándose, rindiéndose.

Mi polla enterrada profundamente dentro de ella.

Cristo.

Salgo de la cama bruscamente y me dirijo al baño. Esto se acaba ahora.

No soy un adolescente que no puede controlar su polla. Soy Roman el puto Ginetti.

He plantado cara a hombres que me doblaban en tamaño sin pestañear. He negociado tratos millonarios sin despeinarme. He matado sin dudar cuando ha sido necesario. Puedo controlar mi puta libido de sobra.

La puerta del baño se cierra detrás de mí con un suave clic. Me desnudo rápidamente, evitando mi reflejo en el espejo, y entro en la ducha.

El agua fría me golpea como un shock físico, exactamente lo que necesito para recuperar la compostura.

Mientras el chorro helado golpea mi piel, fuerzo mis pensamientos lejos de la mujer que duerme en mi cama.

Lejos de las suaves curvas y su aroma veraniego. Lejos de sus labios entreabiertos y sus ojos desafiantes.

Tengo un trabajo que hacer. Una hija que proteger. Una familia a la que servir.

Todo lo demás es solo una distracción.

Pero joder. Se me ha quedado grabada a fuego en el cerebro.

Giro el mando hacia el agua caliente y me agarro la polla. No es que no me la haya meneado pensando en ella. De hecho, me fastidia

bastante tener que hacerlo de nuevo.

¿Qué coño me pasa para que esta mujer me haga sucumbir así?

Con movimientos bruscos y furiosos, me masturbo pensando en el coño de Isabella alrededor de mi polla, imaginándome bombeando más fuerte y más rápido hasta que ella grite mi nombre y yo me vacíe dentro de ella.

Una vez que me he corrido y luego lavado el cuerpo, salgo de la ducha. Me pongo un traje y luego salgo de mi dormitorio, con cuidado de no mirar a Isabella para que no me vuelva a hechizar.

El apartamento está en silencio, salvo por el suave zumbido del sistema de calefacción. Es temprano, pero Angelica se levantará pronto.

En la cocina, saco la gofrera y los ingredientes.

Me pierdo muchas comidas y cenas, así que me propongo desayunar siempre con Angelica.

Algunas cosas en la vida deben permanecer constantes, especialmente cuando todo lo demás está cambiando.

La rutina familiar me calma. Puedo preparar el desayuno sin apenas pensarlo, lo cual es bueno porque mis pensamientos siguen volviendo a la mujer que duerme en mi cama.

Isabella. Mi esposa.

—¿Papi? —La voz somnolienta de Angelica me saca de mis pensamientos. Está en el umbral de la puerta, con el pelo alborotado, agarrando a su conejo de peluche.

—Buenos días, ángel.

Corre hacia mí y la subo a la encimera. —¿Gofres?

Asiente, frotándose los ojos para quitarse el sueño. —¿Con pepitas de chocolate?

—¿Acaso hay otra manera? —Le doy un toquecito en la nariz, ganándome una risita.

Mientras añado las pepitas de chocolate a la masa, Angelica balancea las piernas contra los armarios, observándome con ojos curiosos.

—¿Todavía está durmiendo? —pregunta.

No hace falta preguntar quién es «ella». —Sí. Ayer tuvo un día muy largo.

Angelica lo considera. —La señora Rossi dice que debería ser buena con ella.

Vierto la masa en la gofrera caliente. —La señora Rossi es muy lista.

—¿Pero y si no le gusto?

La vulnerabilidad en su voz hace que se me encoja el pecho. Aparto la vista de la gofrera para mirarla bien. —Angelica, cualquiera a quien no le gustes se está perdiendo conocer a la niña más increíble del mundo.

Juguetea con la oreja de su conejo. —¿Pero y si intenta alejarte de mí?

Cristo. Debería haberme preparado mejor para esta conversación.

—Nadie podría alejarme de ti nunca. —Le aparto el pelo de la frente —. Me vas a tener que aguantar para siempre, ángel. Ese es el trato.

La gofrera pita y me giro para sacar el primer gofre, poniéndolo en el plato morado favorito de Angelica.

—Además —añado, echando más masa—, creo que Isabella podría sorprenderte. Ayer se fijó en tu ropa. Dijo que le gustaba cómo combinabas los colores.

Angelica se anima al oír esto. —¿En serio? ¿A ella también le gusta la moda?

—Quiere ser diseñadora. Hacer ropa y cosas así.

—¿Como en *Project Runway*? —Sus ojos se abren con un nuevo interés.

Asiento, aunque no tengo ni idea de qué es *Project Runway*. —Algo así.

Levanto la vista de la gofrera y veo a Isabella merodeando en el umbral de la cocina.

Lleva vaqueros y un simple jersey, ropa informal que de alguna manera parece de diseño y cómoda en ella. Lleva el pelo recogido en una coleta suelta, con aspecto inseguro sobre si entrar o retirarse.

—Buenos días —digo, manteniendo la voz neutra—. El café está recién hecho.

Sus ojos van de mí a Angelica, que la observa con una curiosidad descarada.

—Gracias —murmura Isabella, entrando de lleno en la cocina. Se mueve con una gracia natural, pero hay tensión en sus hombros, como si se estuviera preparando para algo.

—¿Tienes hambre? —Señalo la gofrera—. Hoy hay gofres.

—No quiero molestar. —Coge una taza del armario, dudando como si no estuviera segura de si le está permitido.

—Estante de arriba, a la derecha —la dirijo—. Y no molestas. Ahora vives aquí.

Isabella encuentra una taza y se sirve café, añadiendo nata del cartón que he dejado en la encimera. Sus movimientos son cuidadosos. Como si estuviera moviéndose por un campo de minas en lugar preparándose el desayuno.

—Papi hace los mejores gofres. Con pepitas de chocolate —le informa Angelica a Isabella.

Isabella parece sorprendida de que se dirija a ella directamente, y luego le ofrece una pequeña sonrisa. —La verdad es que suena delicioso.

—Marchando —digo, echando más masa en la gofrera—. Sentaos. Tú también, ángel. A la mesa.

Mientras Isabella se desliza en una silla junto a Angelica, observo cómo parece fuera de lugar en esta modesta cocina con esta inesperada unidad familiar que hemos creado de la noche a la mañana.

—¿Cómo te tomas el gofre? —pregunto, intentando darle algo normal en lo que centrarse—. ¿Sirope? ¿Fruta? ¿Azúcar glas?

—Con sirope está bien.

Pongo el gofre recién hecho en un plato y lo coloco delante de Isabella. —El sirope está en la mesa.

—Gracias —dice Isabella, cogiendo el sirope—. Esto tiene una pinta maravillosa.

Angelica observa a Isabella con los ojos entrecerrados, su curiosidad inicial se endurece hasta convertirse en algo más defensivo.

Pincha su gofre con una fuerza innecesaria. —Tú no eres mi mami. Ya tuve una mami y era la mejor mami del mundo.

Isabella se queda helada, con la botella de sirope suspendida a medio servir.

Abro la boca para reprender a Angelica, pero Isabella habla primero.

—Tienes toda la razón —dice con suavidad—. No soy tu mami. Nadie podría reemplazarla nunca.

Angelica parpadea, claramente sin esperar esta respuesta.

Isabella deja la botella de sirope. —Yo también perdí a mi mamá.

—¿En serio? —La hostilidad de Angelica flaquea.

—Sí. Y me dolió tanto que pensé que nunca volvería a sentirme bien. —Isabella corta un trocito de gofre, pero no se lo come—. A veces, todavía duele.

Angelica estudia la cara de Isabella. —¿Te acuerdas de cómo era?

—Con todo detalle —dice Isabella en voz baja—. Su sonrisa, su perfume, cómo cantaba cuando pensaba que nadie la escuchaba.

—Mi mami olía a galletas —ofrece Angelica—. Papi dice que tengo sus ojos.

—Los tienes —confirmo, con la garganta apretada mientras observo este inesperado intercambio—. Exactamente los mismos.

Isabella sonríe a Angelica. —Eso es especial. Significa que siempre llevas una parte de ella contigo.

Angelica lo considera. —Mi mami se puso enferma. ¿Tu mamá también se puso enferma?

El rostro de Isabella se congela por una fracción de segundo.

Tan brevemente que la mayoría de la gente no se daría cuenta, pero yo estoy entrenado para captar estas microexpresiones. Sus dedos se aprietan alrededor de su taza de café.

Mierda. Esta conversación acaba de entrar en terreno peligroso.

Me pongo en tensión al instante, preguntándome si le va a decir a Angelica que su madre fue asesinada y que cree que yo lo hice, o que Marco lo ordenó.

—Angelica —intervengo, intentando sonar casual—, ¿por qué no vas a vestirte? La señora Rossi te llevará hoy al colegio.

Pero Angelica, terca como siempre, me ignora. Sus ojos permanecen fijos en Isabella, esperando una respuesta.

Isabella toma un sorbo lento de café, ganando tiempo. Prácticamente puedo ver su mente trabajando, sopesando sus palabras con cuidado.

—Mi madre… —comienza, y mis músculos se tensan—. Mi madre se fue muy de repente.

No es una mentira, pero tampoco es toda la verdad. Lista. Siento una extraña mezcla de alivio y respeto.

—Qué triste —dice Angelica con esa empatía directa que solo los niños poseen.

Isabella asiente. —Sí, lo fue. Todavía lo es.

Me aclaro la garganta. —Angelica, ve a vestirte. Ahora, por favor.

Algo en mi tono debe registrarlo finalmente porque se baja de la silla sin discutir. —Vale, papi. —Pone su plato en el fregadero y luego sale de la cocina saltando.

Después de que Angelica desaparece por el pasillo, Isabella deja su taza de café con un cuidado deliberado.

—Gracias —digo en voz baja—. Por no…

—¿Por no decirle que mi madre fue asesinada? —Su voz es baja, controlada—. No le haría eso a una niña.

Nuestras miradas se encuentran sobre la mesa. Por un momento, ninguno de los dos habla. Odio no poder leerla.

—Yo lavaré los platos. —Recojo los platos del desayuno.

Isabella se levanta de la mesa y se dirige a la nevera, estudiando las fotografías y los dibujos de Angelica que hay pegados.

La mayoría de las fotos son de Angelica: en la playa, montando en su primera bicicleta, soplando las velas de cumpleaños.

Una cronología de la vida de mi hija, conservada con imanes.

—Se te da bien —dice Isabella, trazando el borde de una foto en la que Angelica está sentada sobre mis hombros en el zoo—. Te adora.

—Es mi mundo. —Meto los platos en el lavavajillas, la cotidianidad del momento casi surrealista dado quiénes somos, a qué nos dedicamos.

Isabella duda, jugueteando con el bajo de su jersey. —¿Has pensado en lo que pasará cuando sea mayor? ¿Cuando empiece a hacer preguntas sobre lo que haces?

Mis manos se quedan quietas sobre los cubiertos. —¿A qué te refieres?

—A tu trabajo, Roman. —Su voz se vuelve más baja—. Cuando entienda lo que significa ser un sicario.

Algo frío me recorre la espalda. —Soy su padre. Eso es lo que importa.

—Pero con el tiempo, aprenderá sobre tu otra faceta. La faceta que…

—¿Que qué? —la interrumpo, mi voz afilada—. ¿La que mata gente? ¿Es eso lo que ibas a decir?

Isabella no se inmuta. —Sí.

Cierro el lavavajillas con más fuerza de la necesaria. —Protejo a mi familia. Todo lo que hago es para mantener a salvo a la gente que me importa.

—¿Incluyendo asesinar?

—Cuando es necesario. —Me giro para encararla por completo—. Pero yo no maté a tu madre, Isabella. No tenía ninguna razón para hacerlo.

Se cruza de brazos. —No dejas de decir eso.

—Porque es la verdad. —Doy un paso más cerca, luchando por mantener la voz firme—. He hecho cosas de las que no estoy orgulloso. Cosas por las que tendré que responder algún día. Pero la muerte de tu madre no es una de ellas.

—¿Entonces quién fue?

—No lo sé. Pero lo que dije va en serio. Te ayudaré a averiguarlo. —Le sostengo la mirada, deseando que me crea—. Pero no con el FBI. No poniendo a Angelica en riesgo.

Me aparto de Isabella, intentando controlar la ira que crece en mí. Estoy haciendo todo lo posible para que se sienta cómoda en esta jodida situación, pero ella solo quiere pincharme.

—Llevas aquí menos de veinticuatro horas y ya estás cuestionando mi forma de criar, sigues acusándome de cosas que no he hecho, ¿y me ignoras cuando me ofrezco a ayudar?

El silencio se extiende entre nosotros.

Oigo los pasos de Angelica corriendo por el pasillo, luego a la señora Rossi interceptándola, sus voces se desvanecen mientras se dirigen a la habitación de Angelica.

Me giro hacia ella. —Esto será más fácil si pones de tu parte. No te lo vas a creer, Isabella, pero soy un hombre paciente… pero tengo mis límites.

Asiente, con la mirada baja, y algo en su postura derrotada hace que mi irritación flaquee.

Esta situación no es fácil para ninguno de nosotros, y menos para ella.

Matrimonio forzado, casa extraña, madrastra instantánea de una niña que es naturalmente desconfiada.

—Esto es jodidamente incómodo, ¿verdad? —digo, suavizando mi tono.

Se le escapa una risa sorprendida. —Se podría decir así.

Me paso una mano por el pelo. —Mira, quiero que esto funcione; por el bien de Angelica, por tu seguridad, por todos nosotros. Pero tú también tienes que esforzarte.

—Lo entiendo. —Me mira a los ojos.

—No es una exigencia —digo, molesto por su respuesta—. Es una petición. Una sugerencia.

Asiente. —Lo intentaré.

—Bien.

Sale de la cocina, y la observo mientras se dirige de nuevo al dormitorio.

Me sorprendo a mí mismo observando sus curvas, el vaivén de su caminar.

Cristo, esto ya es bastante complicado sin añadir la atracción a la mezcla.

Pero ahí está, de todos modos, esta atracción inoportuna hacia ella que lo hace todo más difícil y más confuso.

No puedo evitar pensar que esto va a acabar mal.

8

ISABELLA

Incómodo se queda corto para describir la primera mañana en mi nuevo hogar.

Mi nueva... familia.

No, no familia. Al menos, no conmigo como parte de ella.

Dos días después, sigue siendo extraño.

Pero sé que podría ser peor.

Aunque no dudo de que Roman se convertiría conmigo en el sicario hecho y derecho que es si le diera un motivo, parece que está intentando que me sienta cómoda.

Así que no fue muy inteligente por mi parte desafiarlo la primera mañana con que Angelica algún día descubriría a qué se dedica.

Pude ver tanto amor entre ellos que sé que, cuando descubra la clase de hombre que es, se enfadará y se sentirá profundamente decepcionada.

Al menos yo sí lo estuve cuando descubrí que mi padre vivía al margen de la ley y hería a la gente para triunfar.

El ajetreo de la mañana da paso a un silencio ensordecedor en el piso una vez que la señora Rossi lleva a Angelica al colegio y Roman

se va a trabajar con la advertencia de que no me mueva de aquí.

Llevo dos días en este matrimonio forzado y me estoy asfixiando. Me quedo de pie junto a los ventanales que van del suelo al techo y que dan a la ciudad.

Tan cerca de la libertad, pero completamente atrapada.

El vacío lo abarca todo, por dentro y por fuera.

No tengo trabajo que hacer.

Ni amigos a los que llamar.

Me confiscó el móvil después de pillarme la primera noche.

Me preparo otra taza de café y contemplo la cocina que la señora Rossi ha dejado impoluta antes de llevar a Angelica al colegio.

La mujer está por todas partes en esta casa: cocinando, limpiando, cuidando de Angelica y Roman con eficacia.

Lleva años con ellos, eso es obvio.

La forma en que se anticipa a las necesidades de Angelica, que conoce el horario de Roman sin preguntar...

Abro el frigorífico y me quedo mirando el contenido perfectamente organizado.

Ni siquiera la comida la controlo yo.

La señora Rossi hace la compra, planifica las comidas.

No es que yo lo haya hecho nunca, ya que el chef de mi padre era igual. Pero estaría bien tener algo que hacer.

Cierro los ojos, intentando imaginar qué estaría haciendo ahora mismo en mi antigua vida.

Bocetando nuevos diseños, quizá. Construyendo algo que fuera mío.

En lugar de eso, estoy aquí, como la señora Roman Ginetti, una prisionera con privilegios y un anillo de bodas.

El timbre de la puerta me saca de mis pensamientos. Dudo, sin saber si debería abrir.

Esta no es mi casa, no de verdad. ¿Es siquiera seguro?

Recuerdo a Roman explicando los protocolos de seguridad del edificio, y que nadie puede subir sin la aprobación de sus hombres apostados en el vestíbulo. Abro la puerta.

Allí hay dos hombres de traje, flanqueando varias cajas grandes.

—¿Señora Ginetti? —pregunta uno.

Me estremezco al oír el apellido. —¿Sí?

—Una entrega para usted. ¿Dónde quiere que las pongamos?

Retrocedo, confundida. —No he pedido nada.

El hombre comprueba su portapapeles. —Las instrucciones eran llevarlas al dormitorio principal. De la residencia Ferraza.

¿Mis cosas? Antes de que pueda responder, pasan a mi lado, llevando caja tras caja al dormitorio de Roman. Observo, atónita, cómo las apilan ordenadamente contra la pared.

—Eso es todo —dice el hombre al mando, entregándome una nota —. El señor Ginetti dijo que querría desempacarlas usted misma.

¿Roman ha organizado esto? Desdoblo la nota.

He pensado que quizá querrías algunas de tus cosas. Dime si necesitas algo más. - R

Los hombres se van y me quedo a solas con trozos de mi antigua vida. Me acerco a las cajas.

La primera contiene ropa, mis jerséis favoritos, vestidos, las prendas cómodas que uso cuando diseño.

La segunda caja me corta la respiración. Mis cuadernos de bocetos. Mis telas. Mi máquina de coser y mis maniquíes de costura.

Todo lo que necesito para crear.

Saco un diseño a medio terminar y paso los dedos por las puntadas.

Algo cálido e inesperado florece en mi pecho.

Roman me había escuchado. Se acordaba de la conversación sobre mis diseños. Y más que eso, ha actuado en consecuencia.

Me siento con las piernas cruzadas en el suelo, rodeada de mis materiales, hojeando un cuaderno de bocetos lleno de ideas que pensé que nunca más podría llevar a cabo.

Por primera vez desde que empezó este matrimonio, siento algo parecido a la esperanza.

¿Cómo se supone que voy a odiar a un hombre que hace esto? ¿Que me trae lo único que me hace sentir yo misma?

Sería más fácil si fuera el monstruo que había imaginado, no este hombre que arropa a su hija por la noche y se esfuerza tanto en que me sienta bienvenida.

Me aprieto las palmas de las manos contra los ojos. Ya nada en esta situación tiene sentido.

Sobre todo, el revuelo en mi estómago cuando pienso en darle las gracias.

Estoy ordenando mis telas por color cuando oigo abrirse la puerta principal.

Miro el reloj y veo que apenas pasa del mediodía. Demasiado pronto para que Angelica vuelva del colegio o Roman del trabajo.

Y creo que la señora Rossi dijo que estaría fuera hasta las dos.

—¿Isabella? —pregunta la profunda voz de Roman.

Me pongo en pie de un salto, de repente cohibida por el caos creativo que he esparcido por su dormitorio. —Estoy aquí.

Aparece en el umbral, con la chaqueta del traje echada sobre un hombro y la corbata aflojada. Sus ojos recorren mis materiales esparcidos por el suelo y me preparo para una crítica.

—Veo que han llegado las cajas —dice en su lugar, con un atisbo de sonrisa en los labios.

—Sí. Gracias por... —Hago un gesto hacia todo lo que me rodea—. Ha sido inesperado.

Se encoge de hombros como si nada. —¿Tienes todo lo que necesitas?

—Más de lo que esperaba volver a tener.

Roman se acerca más, examinando un boceto que había dejado abierto. Su proximidad me acelera el pulso, una reacción que me niego a analizar.

—Esto es bueno —dice, sorprendiéndome—. Pero imagino que necesitas más material. Un espacio de trabajo.

—Con el tiempo, puede ser —admito con cautela.

—He despejado mi tarde. Podríamos ir de compras ahora si quieres.

Lo miro fijamente, tratando de reconciliar este gesto considerado con todo lo que sé sobre Roman Ginetti, el temido sicario que hace desaparecer a la gente.

El hombre que estoy convencida de que tuvo algo que ver con la muerte de mi madre.

—¿Por qué haces esto? —La pregunta se me escapa antes de que pueda evitarlo.

Sus ojos oscuros se encuentran con los míos. —Porque estás atrapada aquí, Isabella. Eso no significa que tengas que ser

desgraciada.

Algo en su mirada me oprime el pecho. Sería más fácil si fuera cruel. Su amabilidad es mucho más peligrosa para mi determinación.

—Yo... —Me quedo atrapada en sus ojos oscuros y penetrantes. Me aclaro la garganta—. Gracias.

Me refresco un poco, aprovechando el momento para recomponerme. Luego salgo del piso con Roman. Conduce hasta el distrito de la moda y hasta Mood Fabrics, una de las tiendas de telas más importantes de Manhattan.

—¿Cómo conoces este sitio? —pregunto mientras subimos en el ascensor hasta la tercera planta, donde está la tienda.

—Me lo dijo Angelica. Ve un programa de diseño y dijo que este era el sitio para comprar. —Había dicho que a ella le gustaba la moda, pero al parecer más que a la media de las niñas de siete años.

—¿*Project Runway*?

Me mira divertido. —¿Sí? ¿Lo conoces?

—Todo el que le guste el diseño de moda lo conoce.

Se encoge de hombros. —Nunca he sido un tipo muy interesado en la moda.

Observo su caro traje. —Entonces, ¿cómo es que vistes tan bien?

Se mira el traje y la corbata. —No es tan difícil para un hombre. Basta con entrar en una tienda de ropa masculina y elegir un traje oscuro.

Pongo los ojos en blanco.

Nuestro ascensor llega y, por primera vez en mucho tiempo, siento una sensación de paz. Este es mi lugar entre los interminables rollos de tela.

Roman me sigue mientras observo los colores, los estampados, desde los algodones hasta el lino y el cuero.

Paso los dedos por un rollo de seda esmeralda, intentando centrarme en el tejido en lugar de en la intensa presencia de Roman a solo unos metros de distancia.

—Con esto se podría hacer un precioso vestido de noche —murmuro, más para mí que para él.

—Cógela si la quieres —dice Roman, con la voz más cerca de lo que esperaba.

Saco el rollo de la estantería, añadiéndolo a la pequeña colección que llevo en los brazos.

A pesar de todo, no puedo negar la emoción de estar de nuevo rodeada de posibilidades: texturas, colores, estampados que podrían convertirse en algo hermoso bajo mis manos.

El móvil de Roman vibra. Lo mira, frunciendo el ceño. —Tengo que coger esta llamada. Quédate donde pueda verte.

Se aleja, más de lo que yo esperaría considerando que no solo soy su esposa sino también su prisionera.

Me dirijo a la sección de encajes, comparando patrones.

Me pregunto si Angelica usa encaje.

Quizá podría hacerle algo. Quizá podría enseñarle a coser. Podría ser una forma de conectar con ella.

Me detengo al darme cuenta del significado de mis pensamientos. Estoy pensando en términos de crear un vínculo con ella, de ser una familia.

¿Estoy cayendo tan rápido en el síndrome de Estocolmo?

—El marfil complementaría su tono de piel mejor que el crema.

Me giro y encuentro a una mujer a mi lado, de unos cuarenta años, elegante pero discreta de una manera que parece deliberada. No me mira directamente, sino que toquetea un rollo de encaje.

—¿Perdón? —digo, sin saber si solo está intentando conversar.

Desliza un pequeño paquete bajo una pila de muestras de encaje. —Llame a Blackwood cuando sea seguro. Mantenga esto oculto.

El corazón me martillea al darme cuenta de lo que está pasando. Miro hacia Roman, que sigue con su llamada, pero observándome. Muevo mi cuerpo para ocultar a la mujer de su vista.

—¿Cuándo podré salir? —susurro, mientras me tiemblan los dedos al coger discretamente lo que ahora me doy cuenta de que es un móvil —. Necesito protección de testigos.

La mujer ríe ligeramente, como si estuviéramos hablando de telas. —Esto no funciona así. Blackwood la necesita justo donde está.

—Pero...

—Él se lo explicará cuando llame. —Elige un rollo de encaje—. Este quedaría precioso como adorno para esa seda que lleva.

Antes de que pueda responder, se aleja, desapareciendo entre los pasillos con la misma naturalidad con la que apareció. Meto el móvil en mi bolso con manos temblorosas, sintiéndome fatal.

¿Que esto no funciona así? ¿Qué significa eso?

Roman termina su llamada y vuelve a mi lado, con una expresión ilegible. —¿Has encontrado todo lo que necesitabas?

Fuerzo una sonrisa, dolorosamente consciente del contrabando en mi bolso. Curiosamente, me siento más culpable que asustada. Como si estuviera traicionando a Roman.

—Casi.

Elijo algunos artículos de mercería y luego pagamos. Aprieto mis nuevas compras contra mi pecho mientras Roman me guía fuera de la tienda de telas con una mano firme en la parte baja de mi espalda.

Cada paso es una lucha por parecer normal mientras mi mente se acelera con preguntas sobre los planes de Blackwood.

Cuando llegamos a su coche, pone mis compras en el maletero.

—Tengo que pasar por la oficina antes de que vayamos a casa —dice Roman, abriéndome la puerta del coche.

Me deslizo en el asiento del copiloto, agarrando el bolso sobre mi regazo. —¿Qué oficina?

—Calabresi Import-Export. —Su tono sugiere que ya debería saberlo —. Será rápido.

Veinte minutos después, entramos en un aparcamiento subterráneo bajo un elegante rascacielos.

Roman me guía a través de un ascensor privado que requiere su huella dactilar, hasta una planta llena de lo que parecen ser operaciones comerciales legítimas.

Hombres de traje asienten respetuosamente al paso de Roman. Yo lo sigo un paso por detrás, hiperconsciente de las miradas que rastrean nuestro movimiento.

—Espera aquí —me indica Roman, señalando un sofá de cuero en una pequeña zona de espera—. Tengo que hablar con Marco.

Tan pronto como Roman desaparece por el pasillo, un hombre alto con pelo entrecano se acerca. Su caro traje no puede disimular la amenaza en sus movimientos.

Lo reconozco de inmediato, Salvatore Abruzzo, uno de los capitanes de los Calabresi que he visto en reuniones familiares.

—Vaya, vaya. La pequeña espía se ha metido en la boca del lobo —dice con voz suave, pero cargada de veneno.

Me enderezo.

—No sé de qué me habla.

Salvatore se echa a reír, un sonido carente de humor.

Se sienta a mi lado, demasiado cerca; su muslo presiona el mío a pesar del amplio espacio que hay en el sofá.

—No se haga la tonta conmigo. Sé lo de su amigo del FBI. ¿Blackwood, no es así?

La sangre se me hiela en las venas.

—Llevo meses observándola —continúa, con su aliento caliente contra mi oreja—. Puede que Roman esté ciego por su cara bonita, pero a mí no me engañan tan fácilmente.

—Se equivoca —consigo decir, aunque me tiembla la voz.

Su mano me agarra la muñeca con fuerza y sus dedos se clavan dolorosamente en mi piel.

—Si Roman no tiene cojones para acabar contigo como la zorra traidora que eres, lo haré yo mismo. —Aprieta más fuerte.

—Suélteme —siseo, intentando soltarme.

—¿O qué? —se burla Salvatore—. ¿Llamarás a tu contacto del FBI? Dime, ¿también te abriste de piernas para él o solo le suplicaste información?

—Ya basta, Salvatore. —La voz de Roman corta la tensión como una cuchilla. Está de pie ante nosotros, con una expresión asesina. Este es el hombre al que todos han aprendido a temer.

Salvatore me suelta la muñeca de inmediato, pero sus ojos permanecen fijos en mí; su mirada irradia odio.

—Solo estaba teniendo una charla amistosa con el miembro más reciente de nuestra familia —dice, mientras se pone en pie con elegancia.

Roman da un paso, interponiéndose entre nosotros.

—Isabella es mi mujer. Cualquier problema que tenga con ella, me lo trae a mí.

—Por supuesto. —Salvatore se ajusta la corbata ya perfecta—. Sin ánimo de ofender.

La tensión crepita entre ellos mientras se miran desafiantes. Aprieto el bolso con más fuerza, preguntándome si ha visto a la mujer darme el teléfono.

Salvatore se da la vuelta para irse, pero se detiene a mi lado.

—Bienvenida a la familia, señora Ginetti —murmura, con una amenaza inconfundible bajo sus educadas palabras.

Cuando se marcha, Roman se arrodilla ante mí y coge mi muñeca con delicadeza. Ya se están formando marcas rojas donde los dedos de Salvatore se clavaron en mi piel.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Roman. Su pulgar acaricia las zonas doloridas en una sorprendente muestra de delicadeza.

—Sabe lo de Blackwood. —Una vez que las palabras salen, me sorprende haberlas dicho. No puedo confiar en Roman, ¿o sí?

La expresión de Roman se ensombrece, pero se queda en silencio, como si estuviera pensando.

—Ha dicho que lleva meses observándome —añado.

Los ojos de Roman escrutan los míos.

—¿Te ha amenazado?

Asiento.

—Ha dicho que si tú no podías matarme, lo haría él.

Suelta una palabrota por lo bajo.

—Escúchame. Aléjate de Salvatore. No te quedes a solas con él, nunca. ¿Lo entiendes?

—Sí.

Me ayuda a ponerme de pie, su cálida mano envuelve la mía.

—Nos vamos.

Mientras caminamos hacia el ascensor, siento la mirada de Salvatore siguiéndonos desde el otro lado de la oficina.

El teléfono en mi bolso parece pesar una tonelada y me pregunto si acabo de cambiar un peligro por otro.

Miro por la ventanilla del copiloto mientras Roman nos lleva a casa, frotándome distraídamente las zonas doloridas de la muñeca donde el agarre de Salvatore dejó marcas.

Las bolsas de la tienda de telas han quedado olvidadas.

Lo que empezó como una tarde casi agradable se ha transformado en algo mucho más siniestro.

—Salvatore no es alguien a quien quieras tener de enemigo —dice Roman, rompiendo el tenso silencio—. No olvida las ofensas, ya sean reales o imaginarias. Y guarda rencor hasta que las cosas se arreglan.

Me vuelvo para mirarlo.

—¿Es una amenaza?

—Es una advertencia. Salvatore le guarda rencor a tu padre. —Roman flexiona y luego aprieta los dedos alrededor del volante—. Una vez persiguió a un hombre por tres estados por faltarle al

respeto en una partida de cartas. El tipo desapareció sin dejar rastro.

—¿Como mi madre? —Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas.

La mandíbula de Roman se tensa.

—¿Otra vez con eso?

—¿Cómo no vamos a estarlo? —Hago un gesto que nos abarca a los dos—. Esa es la única razón por la que estoy aquí, llevando tu anillo, viviendo en tu casa. Porque me atreví a investigar lo que le pasó.

—Te dije que yo no maté a tu madre.

—¿Y se supone que debo creerte? —Me río con amargura—. Eres el sicario de Marco Calabresi. Su mano derecha. Si él lo ordenó…

—No lo habría hecho. —Roman me interrumpe bruscamente—. Y aunque lo hubiera hecho, que no lo hizo, no habría tocado a tu madre.

—¿Por qué no? ¿No es eso lo que haces? ¿Seguir órdenes? ¿Matar gente?

Roman detiene el coche bruscamente, pone la marcha en punto muerto y se vuelve para mirarme de frente.

—¿Crees que soy un simple perro de ataque sin cerebro? ¿Que no tengo límites?

La intensidad de su mirada hace que me encoja contra la puerta.

—No soy un santo, Isabella. Ni de lejos. Pero no mato a mujeres, ni a niños, ni a inocentes. Tampoco lo hace Marco. Ni La Corona.

—Acabas de decir que Salvatore le guarda rencor a mi padre. Tal vez él…

—Salvatore no movería un dedo contra ti sin el permiso de Marco —dice con más calma—. Y Marco no se lo daría. Esa es la única razón por la que sigues respirando después de lo que hiciste.

—¿Así que debería sentirme agradecida?

—Deberías sentirte protegida. —Su voz se suaviza inesperadamente —. Pienses lo que pienses de mí, Isabella, no dejaré que te haga daño.

Le escudriño el rostro, buscando engaño, pero solo encuentro determinación.

Se me ocurre que lo más aterrador no son las amenazas de Salvatore ni el peligroso juego que estoy jugando con Blackwood. Es la facilidad con la que Roman hace que quiera creerle.

—Pero para que te proteja por completo, para tener todo el respaldo de Marco para protegerte, tienes que seguir las reglas y confiar en mí.

Hay algo en sus ojos.

Como si quisiera que dijera algo. Que revelara algo.

¿Sabe lo del nuevo teléfono?

Trago saliva.

—Dijiste que me ayudarías a averiguar quién mató a mi madre.

Asiente bruscamente.

—Lo haré.

—¿Y si fue Salvatore? ¿O si te equivocas y lo ordenó don Calabresi?

—Nos ocuparemos de eso si ocurre, que no ocurrirá. —Me observa un momento y, de nuevo, tengo la sensación de que espera que diga algo más. No lo hago. Suelta un suspiro, mete una marcha y se incorpora al tráfico—. Cuando lleguemos a casa, quiero saber todo lo

que has averiguado por Blackwood y lo que le has contado. Todo, Isabella. No puedo protegerte si no lo sé todo.

No es hasta tarde, después de que Angelica está en la cama y Roman ha vuelto de lo que sea que tuviera que hacer después de la cena, que me siento en su despacho y comparto todo lo que tengo sobre el asesinato de mi madre.

No estoy segura de que sea una buena idea.

Debería guardármelo y llamar a Blackwood, cosa que podría haber hecho mientras Roman estaba fuera, pero no lo hice. No puedo explicar del todo por qué.

—Esto es lo que me dio Blackwood —digo en voz baja, empujando la primera foto hacia él—. Casquillos de bala encontrados en la escena del crimen. Al parecer, coinciden con una pistola utilizada en otros tres asesinatos de los Calabresi.

El rostro de Roman permanece impasible mientras examina las pruebas.

—Y esto —continúo, deslizando otra foto—, es un Cadillac negro visto cerca de nuestra casa la noche anterior. El mismo coche fue visto saliendo de la zona después de que… después de que la encontraran.

Roman coge la foto granulada de la cámara de vigilancia y la estudia con atención.

—La matrícula fue rastreada hasta una empresa fantasma propiedad de una de las subsidiarias de Marco. Hay más. Registros telefónicos que muestran llamadas entre alguien de la organización Calabresi y un conocido sicario. Transferencias bancarias que…

—Esto es una gilipollez —dice Roman rotundamente, cortándome.

Me irrito.

—He visto las pruebas con mis propios ojos. Y ahora tú también.

—Lo que has visto es lo que alguien quería que vieras. —Roman da un golpecito a la foto de los casquillos—. Estos no son de ninguna pistola que usemos. La familia Calabresi no ha usado revólveres del 38 en más de una década. Marco cambió todo a 9 mm después de una redada hace casi diez años.

Parpadeo, momentáneamente desconcertada.

—¿Cómo sé que no mientes?

—Porque sería una mentira estúpida. —Sus ojos se encuentran con los míos—. Además, todo el mundo sabe que no hay que dejar casquillos y cualquier federal que se precie sabría qué calibre usamos. Está en todos los informes que han archivado sobre nosotros.

A continuación, coge la foto del coche.

—¿Y esto? Nunca hemos tenido un Cadillac como este. Marco odia los coches americanos, siempre los ha odiado. Cree que son horteras.

Algo frío se instala en mi estómago.

—Pero la empresa fantasma…

—Se puede fabricar. Se pueden falsificar documentos. —Roman se inclina hacia delante—. Isabella, piénsalo. Si quisiéramos a tu madre muerta, ¿por qué dejar un rastro tan obvio? ¿Por qué usar una pistola que pudiera ser rastreada hasta nosotros? ¿Por qué conducir un coche que sería recordado?

La certeza a la que me he aferrado durante años comienza a desmoronarse.

—Entonces, ¿quién…?

—No lo sé —admite Roman—. Pero alguien se ha tomado muchas molestias para que creyeras que fuimos nosotros. La pregunta es quién y por qué.

Miro las pruebas esparcidas sobre la mesa, con la duda creciendo. Si Roman tiene razón, si alguien ha fabricado todo esto, entonces he sido un peón en el juego de otra persona. La idea me revuelve el estómago.

Roman se levanta de su escritorio y va al mueble bar para servirse una copa. Se la bebe de pie junto a la ventana, perdido en sus pensamientos.

—¿En qué piensas?

Se bebe la copa de un trago.

—En todos los que podrían estar detrás de esto. Blackwood le tiene ganas a La Corona desde hace años. Quizás él está detrás de esto.

—El FBI no fabricaría pruebas.

Arquea una ceja, como si yo fuera una ingenua.

—Algunos lo harían. Algunos lo han hecho. —Se aparta—. La otra posibilidad es que alguien lo esté manipulando.

—¿Quién?

—No lo sé. Una familia rival, quizás. Alguien de fuera que quiere hacerse con una parte de nuestro negocio. —Se vuelve hacia mí—. Tú también eres parte de este plan, Isabella. Te das cuenta, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Ya sea Blackwood o alguien que lo manipula, has sido la persona de dentro que están usando. Te hicieron espiar a tu padre…

—Nunca he espiado…

—¿No les contaste cosas sobre tu padre?

—Ah… bueno… —Dios, sí que lo hice—. Pero nada sobre los negocios. ¿Cómo podría? No sé nada.

Suelta una risa sin humor.

—Sabes más de lo que crees. Y les ha salido aún mejor de lo que esperaban. En lugar de matarte, sigues dentro de La Corona. Estás en posición de destruirnos a todos.

Me estudia y, por un momento, me preocupa ser más un problema, más un peligro para él y las familias de lo que valgo.

Dice que no mata a mujeres, pero todo lo que tendría que hacer es llamar a Salvatore.

Roman sacude la cabeza.

—¿Por qué usarte a ti, específicamente? ¿Por qué fabricar pruebas sobre tu madre?

—¿Crees que alguien me está utilizando para llegar a La Corona?

—Creo que alguien necesitaba una fuente interna, alguien con acceso pero que pudiera ser manipulado. —Sus ojos se clavan en los míos—. Alguien con una venganza personal que le cegara ante las incoherencias.

Me tiemblan las manos mientras recojo las fotos.

—Si tienes razón, entonces estoy en peligro, no solo por La Corona, sino también por una fuerza externa.

—Por eso me tienes a mí ahora. —La voz de Roman se suaviza inesperadamente. Se acerca a mí y, aunque el instinto me diría que retrocediera, no lo hago—. A pesar de todo lo que hay entre nosotros, Isabella, no dejaré que nadie te haga daño. Ni Salvatore, ni Blackwood… nadie.

Hay algo en sus ojos que no había visto antes, una protección feroz que hace que se me corte la respiración.

Por primera vez desde que empezó esta pesadilla, siento un destello de esperanza.

—¿Por qué me protegerías? —pregunto, atraída por su cercanía—. ¿Después de lo que he hecho?

—Porque ahora eres mi mujer —dice sencillamente, como si eso lo explicara todo—. Y porque mereces justicia para tu madre, justicia de verdad, no cualquier juego que se esté llevando a cabo.

Quiero creerle.

Dios mío, de verdad quiero confiar en este hombre al que he temido.

—Si dejo que me ayudes —digo con cuidado—, si intentamos averiguar qué le pasó realmente a mi madre…, ¿qué pasa después?

Su mano me ahueca la mejilla.

—¿Tan horrible es estar casada conmigo que ya estás planeando irte?

La delicadeza de su caricia y la calidez de su mirada son como un imán que me atrae cada vez más hacia él.

—No.

Sus labios se curvan ligeramente hacia arriba y luego se inclina hacia mí, presionando sus labios contra los míos.

Pequeños cohetes explotan en mi cuerpo ante su suave beso, sorprendiéndome. Debería apartarme.

Mis manos se posan en su pecho. Se enroscan en su camisa y tiran de él para acercarlo.

9

ROMAN

No debería estar haciendo esto.

Besar a Isabella no es sensato.

No cuando no es para fingir como en la boda.

Mis labios presionan los de Isabella con un calor que no esperaba. Su boca es suave, dócil, y me pierdo en la sensación antes de poder detenerme.

No soy un hombre propenso a perder el control, ni siquiera en el ardor de la pasión.

Y, sin embargo, por mucho que sé que no debería estar besando a esta mujer que nos traicionó a todos, que todavía podría estar traicionándonos, soy incapaz de parar.

Esta atracción física hacia ella lo complica todo. He pasado años manteniendo a las mujeres a distancia, centrándome en Angelica y en el negocio familiar.

Ahora Isabella está bajo mi techo, en mi vida y, al parecer, se me ha metido bajo la piel.

Me aparto del beso, escrutando el rostro de Isabella. Tiene los ojos abiertos de par en par, las pupilas dilatadas, las mejillas sonrojadas.

La tensión entre nosotros ha ido creciendo durante días, y ahora es algo vivo, eléctrico y peligroso. Necesito más.

Mis labios se estrellan de nuevo contra los suyos, más posesivos y exigentes esta vez.

Ella se somete de nuevo y yo me pierdo. Esta mujer que debería ser mi enemiga, que aún podría ser mi perdición, me está haciendo perder el control.

La guío hacia mi escritorio. Despejo la superficie con un solo barrido de mi brazo, enviando papeles que revolotean hasta el suelo. Los negocios pueden esperar. Esto no.

La subo al borde del escritorio, colocándome entre sus muslos.

Ella se arquea contra mí y un suave sonido se escapa de sus labios.

Su jersey es suave bajo mis dedos mientras deslizo las manos por sus costados, probando, explorando.

Encuentro la cálida piel de su abdomen, trazando patrones que la hacen estremecerse.

Los límites entre nosotros se disuelven con cada caricia.

Enemiga, esposa, informante, mujer… todas estas etiquetas se desdibujan mientras trazo la curva de su cadera, el hueco de su cintura.

Estoy cartografiando su cuerpo como un territorio inexplorado, aprendiendo lo que la hace jadear, lo que la hace buscarme con creciente urgencia.

Presiono mis caderas hacia delante, rozándome contra ella a través de la ropa, e Isabella jadea bruscamente. Me detengo de inmediato, escrutando su rostro.

Ese sonido no era de placer.

Era otra cosa. ¿Alarma? ¿Miedo?

—¿Qué pasa? —retrocedo ligeramente, dándole espacio—. ¿Te he hecho daño?

Niega con la cabeza, pero sus ojos no se encuentran con los míos. —No, no es eso.

—Isabella. —Le cojo suavemente la cara, inclinándola hacia arriba para que tenga que mirarme—. ¿Qué pasa?

Sus mejillas se sonrojan y trata de apartar la cara de nuevo. —Es vergonzoso.

—¿El qué?

Se muerde el labio, dudando. —Nunca… no he…

Lo comprendo al instante. —¿Eres virgen?

Isabella asiente, su vergüenza es evidente.

Veinticinco años e intacta.

La revelación es sorprendente y, sin embargo, no lo es. ¿No me lo había preguntado antes?

—Lo siento —susurra—. Debería haber dicho algo antes.

—No, no te disculpes. Soy yo quien debería disculparse. Iba demasiado rápido.

El ardor entre nosotros no se ha disipado, pero ahora está atenuado por esta nueva revelación.

Su inexperiencia lo cambia todo.

Esto ya no es solo una liberación física. Tiene peso, importancia.

—Yo… es que me ha sorprendido. Eso es todo.

La estudio. Hasta que apreté mi polla contra ella, estaba conmigo, devolviéndome el beso, dejándome tocarla. Por un momento, me deseó.

Tomo la mano de Isabella, mi pulgar trazando círculos en su palma. —¿Pero has disfrutado de una parte, verdad? El beso. Mi caricia.

Ella baja la mirada a nuestras manos unidas, un sonrojo le sube por el cuello. —Sí.

Algo se me oprime en el pecho. He estado con mujeres desde que Emilia murió, pero nada serio, nada que me hiciera sentir esta extraña mezcla de deseo y protección.

Es una locura porque no confío en ella. Claro, me mostró sus pruebas contra la familia, pero no me ha dicho nada del móvil que vi que la mujer le pasó hoy.

Y dudo que ella confíe en mí tampoco, pero aquí estamos, cediendo a una atracción que es peligrosa para ambos.

—¿Alguna vez te has tocado por placer? —le pregunto, sabiendo que me arrepentiré de entregarme a esta atracción.

Se muerde el labio y el sonrojo se vuelve aún más escarlata. —No.

Rozo la mejilla de Isabella con los nudillos, observando cómo sus ojos se cierran con mi caricia. —Hay formas en que puedo ayudarte a experimentar placer sin precipitarse. —Estoy jugando con fuego, sabiendo que me voy a quemar. Pero me niego a parar.

—¿Cómo? —pregunta, con una curiosidad inocente mezclada con un deseo inconfundible.

—Deja que te enseñe.

Me mira con los ojos muy abiertos, lo que hace que algo primitivo se agite en mi interior.

—Voy a tocarte —le explico, manteniendo el contacto visual—. Solo con mis manos. Y si en algún momento quieres que pare, me lo dices.

Ella asiente.

Me inclino para besarla de nuevo, esta vez lentamente, saboreando la suavidad de sus labios mientras mi mano se desliza bajo su jersey para acariciar su cálida piel.

Suspira en mi boca, su cuerpo arqueándose ligeramente hacia mi caricia.

Puede que nunca la hayan tocado, pero su cuerpo responde sin dudarlo.

Mis dedos trazan dibujos sobre su piel, subiendo y bajando gradualmente, trazando un mapa de sus reacciones.

Paso los dedos sobre sus tetas, le pellizco suavemente los pezones.

—¡Oh! —jadea, y sus dedos se clavan en mis hombros.

—¿Estás bien?

—Sí… ah… eso ha sido…

Froto mi palma sobre su pezón, y un gemido se escapa de su boca. —¿Bueno, verdad?

—Sí. —Echa la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto su precioso cuello. Aprovecho para besarla allí mientras le amaso las tetas, bajando hasta que le chupo el pezón a través de la tela de encaje de su sujetador.

Su cuerpo se mece, diciéndome que lo siente hasta en el coño. Gimo para mis adentros, deseando poder hundirme en él, pero sabiendo que no puedo. Esta vez no.

Le desabrocho el botón y la cremallera de los vaqueros y deslizo la mano por debajo de la cinturilla. Se tensa momentáneamente.

—¿Estás bien? —me detengo.

Isabella asiente, mordiéndose el labio inferior. No está segura, pero al mismo tiempo, lo desea.

Continúo mi exploración, observando su rostro atentamente mientras deslizo mi dedo entre sus pliegues. Su coño está húmedo y mi polla está ansiosa por entrar.

Le masajeo suavemente su clítoris hinchado.

—¡Oh! —Su respiración cambia, sus manos se aferran a mis hombros.

—¿Sienta bien? —continúo haciendo lentos círculos sobre su clítoris.

—Sí. Oh…

Deslizo mi dedo más abajo, provocando su entrada.

—Roman…

Oír mi nombre en sus labios me recorre una oleada de calor, pero hago todo lo posible por ignorarla.

—Eso es —la animo suavemente mientras empieza a temblar. Mi dedo la penetra, su coño se aprieta a su alrededor, poniendo celosa a mi polla. Lo retiro, añado un segundo dedo, empujando dentro de ella.

Se la follo con los dedos, observando cómo su placer aumenta y aumenta. Es increíble cómo esta mujer reservada, valiente y a la vez inocente se está rindiendo a mí.

Inclino los dedos y uso el pulgar para rozar su clítoris.

—¡Oh, Dios! —Se rompe, gritando mientras el placer la inunda. Me quedo paralizado por la belleza de su liberación, la vulnerabilidad que me está mostrando. Esta mujer tiene todas las razones para temerme y, sin embargo, se ha entregado a mí. Se siente como un regalo que no me he ganado.

Mientras vuelve en sí, abriendo los ojos para encontrarse con los míos, me doy cuenta de que estoy perfectamente satisfecho por haber dado sin recibir.

No es que mi polla no quiera su turno, pero no lo necesito.

Algo cambia en mi pecho, un sentimiento que no he experimentado desde Emilia. Es peligroso este ablandamiento hacia Isabella, pero verla descubrir el placer en mis manos se siente bien de una manera que no puedo explicar.

—¿Estás bien?

Ella asiente, y su vergüenza regresa. —Yo… ah…

—Estás preciosa cuando te corres. —Espero que las palabras la tranquilicen—. ¿Lo has disfrutado?

Sus labios se contraen hacia arriba. —Sí. Pero yo… —Baja la mirada hacia mi polla, que se contrae pensando que le toca el turno—. ¿Qué hago para… ya sabes…?

—No tienes que hacer nada. Esto se trataba de ti.

—Pero tú no te has…

—Mi polla sobrevivirá. —La ayudo a arreglarse la ropa.

Su pelo está alborotado por donde mis dedos se enredaron en él, sus labios todavía rosados por mis besos.

Verla así, desaliñada por el placer que le di, me hace querer llevarla a mi cama y no salir a tomar aire hasta que haya bombeado hasta la última gota de mi semen en ella.

—Pero quiero saber cómo tocarte.

—Quizás en otro momento pueda enseñarte más. Ahora mismo, deberías descansar un poco —digo antes de llevar a cabo lo que estoy pensando.

—Roman, yo…

—Hablaremos mañana —digo con suavidad, cortando lo que sea que esté a punto de decir—. Venga, vete a dormir.

Tras un momento de vacilación, se inclina y me da un suave beso en la mejilla. El gesto es inesperadamente tierno y me pilla por sorpresa. Luego se va.

Espero hasta oír cerrarse la puerta del dormitorio antes de dirigirme al mueble bar de la esquina. El whisky quema agradablemente mientras me sirvo una copa doble y vuelvo a mi escritorio.

Recojo los papeles que se me han caído y me dejo caer pesadamente en mi silla.

¿Qué coño estoy haciendo?

Se supone que esta mujer es una misión, no una amante. Se supone que tengo que investigarla, y posiblemente eliminarla si es necesario.

En lugar de eso, acabo de pasar la noche enseñándole sobre el placer, viéndola desmoronarse bajo mis caricias.

Tomo otro trago de whisky, agradeciendo el ardor.

Isabella es inocente en formas que no esperaba. Virgen o no, hay en ella una cualidad genuina que me hace dudar de si es realmente capaz de la traición de la que se le acusa.

¿Y si está siendo manipulada? ¿Utilizada como un peón por alguien con una agenda contra La Corona?

El instinto protector que normalmente se reserva para Angelica ahora se extiende para incluir a Isabella.

Necesito encontrar a su contacto del FBI.

Este tal Blackwood.

Algo en toda esta situación apesta, y voy a llegar al fondo del asunto, no solo por Marco o la familia, sino por Isabella.

Mi mente vuelve a la tienda de telas. Había llevado a Isabella allí en parte para ayudarla a instalarse conmigo. Necesitaba material para

sus diseños, y pensé que darle esa pequeña libertad podría ayudar a crear confianza entre nosotros.

Recuerdo ver cómo se le iluminaba la cara mientras ojeaba rollos de seda y algodón, sus dedos trazando patrones que solo ella podía ver.

Pero tenía otra razón para sacarla al mundo. Quería saber si la estaban vigilando, quién y si alguien se pondría en contacto con ella.

Mi móvil sonó justo a tiempo, y me disculpé para cogerlo, pero observé a Isabella de reojo mientras una mujer se le acercaba, de unos treinta y cinco años, pelo castaño recogido en una coleta severa, ropa anodina.

Profesional. Anónima.

Excepto que nunca olvido una cara, y ella se movía con la soltura de alguien entrenado para pasar desapercibido.

Fingí estar absorto en mi llamada mientras observaba su interacción.

El intercambio fue rápido, un pequeño móvil de prepago.

Me invadió la irritación de que fuera tan jodidamente osada como para traicionarnos cuando le habíamos dado la oportunidad de vivir.

Sin embargo, la sorpresa de Isabella fue genuina. No se esperaba el contacto.

—Llama a Blackwood cuando sea seguro. Mantén esto oculto. —Así que el FBI todavía quería usarla. Por supuesto que querrían.

—¿Cuándo podré salir? —preguntó Isabella, cogiendo el móvil—. Necesito protección de testigos.

Salir. Quiere salir. No debería haberme sorprendido y, sin embargo, La Corona se había desvivido por protegerla cuando normalmente la habrían matado.

Me había casado con ella, por el amor de Dios. ¿Y así es como nos lo paga?

—Esto no funciona así. Blackwood te necesita justo donde estás —había dicho la mujer.

Luego desapareció, no sin que antes le hiciera una foto. Está guardada en una carpeta segura de mi móvil.

Otra pieza en el puzle del juego que Blackwood está jugando con Isabella, con todos nosotros.

Consideré confiscar el nuevo móvil de Isabella en ese mismo momento. Y más tarde, cuando no estaba prestando atención, se lo cogí y lo cloné.

Pero decidí ver qué hacía.

No me habló del móvil, pero sí compartió las pruebas que tenía contra Marco.

Por un momento, considero que Marco podría estar involucrado en la muerte de la madre de Isabella.

La idea me revuelve el estómago.

Marco ha sido mi hermano en todo menos en la sangre desde que éramos niños. He matado por él, he sangrado por él, le he confiado todo, incluyendo mi vida y el futuro de Angelica.

Pero no soy ciego a cómo funciona este mundo.

La Corona mantiene la paz a través de la fuerza. A través del miedo. A través de acciones rápidas y despiadadas contra aquellos que amenazan el equilibrio.

Si la madre de Isabella descubrió algo que no debía, si amenazó con ir a las autoridades…

Y, sin embargo, a Isabella la pillaron hablando con los federales y en lugar de matarla, la casaron conmigo.

Así que no, Marco no habría matado a la mujer de un miembro de La Corona.

Además, yo me he encargado de todos los golpes importantes de la familia Calabresi desde que me convertí en su mano derecha.

Si hubiera querido a la madre de Isabella muerta, me habría pedido a mí que lo hiciera.

A menos que supiera que me opondría.

El código de la Mafia es claro.

La familia por encima de todo.

La Corona por encima de las familias individuales.

El bien común por encima de los sentimientos personales.

Si Marco hizo esto, tuvo sus razones. Si descubro esas razones, mi lealtad exige que lo proteja, incluso de la búsqueda de justicia de Isabella.

Pero si Marco traicionó a la familia Ferraza matando a uno de los suyos sin la aprobación de La Corona, destruiría los cimientos de La Corona.

Y si ayudo a Isabella a exponer esta verdad, si es que es la verdad, me convierto en un traidor a mi propia familia.

Aquí no hay buenas opciones. Solo sangrientas.

Mi móvil vibra en mi bolsillo y lo saco para comprobar la alerta. Es una notificación del móvil de prepago de Isabella. Siento un nudo en el estómago al darme cuenta de que lo está usando. Ahora mismo.

Mis dedos se mueven rápidamente por la pantalla de mi móvil, activando la función de grabación que había conectado al móvil de prepago.

—... necesito más que eso, Isabella. —dice la voz de un hombre, Blackwood, supongo—. Los registros financieros de los Calabresi serían ideales. Roman debe tener acceso a ellos.

—Ya le he dicho que no estoy segura de querer seguir con esto. —La voz de Isabella es baja, insegura.

—Escúcheme —continúa Blackwood, su tono suavizándose hasta volverse casi paternal—. Estamos cerca de acabar con La Corona. Su madre querría justicia, no solo por su muerte, sino por todas las vidas que estas familias han destruido.

Se produce una pausa y contengo la respiración mientras espero su respuesta.

El silencio se alarga entre ellos, lleno del peso de su decisión.

Mi mano se aprieta alrededor de mi móvil, cada músculo de mi cuerpo tenso mientras espero.

—Necesito más tiempo —dice finalmente, y la ira y algo que se siente como decepción me llenan.

—El tiempo se acaba —advierte Blackwood—. Si no puede conseguirme lo que necesito, tendré que buscar otras vías. Y no podré protegerla cuando todo se venga abajo.

La amenaza está apenas velada, y una ira al rojo vivo me recorre.

Este federal está amenazando a mi mujer. Mi mujer que me está traicionando.

Vuelve a guardar silencio durante un largo rato. —Agradezco todo lo que ha hecho para ayudarme, pero creo… creo que necesito encontrar otra forma de llegar a la verdad.

Tardo un momento en asimilar sus palabras. Se está echando atrás.

—¿Otra forma? —la voz de Blackwood se agudiza—. ¿Qué quiere decir?

—Significa que ya no me siento cómoda con esto. —Hay una nueva resolución en el tono de Isabella—. Creo que hay más en esta situación de lo que usted me ha contado.

Se me corta la respiración. Está eligiendo confiar en mí, o al menos cuestionar la versión de Blackwood.

En medio de todo este caos, con su vida pendiendo de un hilo, está eligiendo ver más allá de lo que le han contado sobre mí, sobre mi familia.

—Isabella, no sea ingenua —advierte Blackwood—. Esos hombres son asesinos. Han manipulado a gente con mucha más experiencia que usted.

—Quizás —concede ella—, pero necesito resolver esto a mi manera ahora.

—Está cometiendo un error —dice él, endureciendo la voz—. Uno que podría costarle todo.

—Me pondré en contacto con usted si cambio de opinión —dice Isabella con firmeza—. Adiós, agente Blackwood.

La llamada termina, y me quedo inmóvil en mi despacho, procesando lo que acabo de oír. Isabella ha decidido apartarse de la manipulación de Blackwood.

Debería sentirme triunfante.

Esto es exactamente lo que necesitaba, la confirmación de su contacto con el FBI, la prueba de que se está alejando de él.

Pero en lugar de eso, lo que me llena es el orgullo por su fuerza, su voluntad de buscar la verdad en sus propios términos.

Y debajo de eso, algo aún más peligroso.

Afecto. Confianza.

10

ISABELLA

Estoy tumbada, con la mirada fija en el techo, y la voz del agente Blackwood todavía resuena en mi cabeza.

—Tu madre querría que se hiciera justicia, no solo por su muerte, sino por todas las vidas que estas familias han destruido —. Las mismas palabras que me lleva diciendo durante meses.

Pero ahora me pregunto si solo me está utilizando. Las palabras de Roman han hecho que dude del agente Blackwood.

Me acaricio los labios con los dedos, todavía hormigueantes por el beso de Roman.

Dios, ¿qué estoy haciendo?

Hace unos días, estaba convencida de que este hombre era un monstruo, posiblemente incluso el asesino de mi madre. Ahora, no solo ha hecho que dude del agente Blackwood, sino que le he dejado tocarme de formas en que nadie lo había hecho jamás.

Y me ha gustado.

Mucho.

Me giro sobre un costado, abrazando la almohada con fuerza. Cuando le enseñé a Roman las pruebas que me había dado

Blackwood —los casquillos, el avistamiento del coche—, no montó en cólera ni me amenazó.

Parecía confuso. Pensativo.

Como un hombre que de verdad intentaba resolver un rompecabezas, no cubrir sus huellas.

—Todo el mundo sabe que no hay que dejar casquillos —había dicho. Una afirmación tan simple, pero que no ha dejado de darme vueltas en la cabeza desde entonces.

¿Unos asesinos profesionales cometerían errores tan de principiante?

¿La familia Calabresi, con todos sus recursos y experiencia, dejaría un rastro tan evidente?

Roman tiene razón. No siguen campando a sus anchas para hacer sus fechorías corruptas siendo estúpidos e imprudentes.

Me siento confusa y dividida sobre qué creer, a quién creer.

Pero está claro que me inclino más por Roman.

Le dije a Blackwood que no podía ayudarlo. Que encontraría la verdad de otra manera.

En cambio, estoy depositando mi fe en que Roman me ayudará a encontrar la verdad.

No debería confiar en él. Es de La Corona hasta la médula.

Pero cuando me mira, cuando me toca… me siento segura. Protegida. Vista.

Que Dios me ayude, creo que estoy empezando a confiar en el hombre más peligroso que he conocido en mi vida.

Por razones que no tienen sentido, saber todo esto hace que la insistencia de Blackwood para que siga espiando me parezca mal ahora.

Dice que estoy en peligro y que no podrá protegerme si no lo ayudo.

No dudo de que estoy en peligro y, sin embargo, no estoy muerta.

Hablé con un agente federal y toda La Corona lo sabe.

Pero, en lugar de matarme, me han casado con Roman.

Vale, es su trabajo mantenerme alejada de los problemas y, probablemente, averiguar qué secretos he soltado, pero no me siento en peligro. Estoy viva.

En la cama de Roman.

El hombre que se suponía que iba a ser mi verdugo, en su lugar, me ha traído telas y material de arte y luego me ha tocado de formas que nunca había experimentado.

Me pongo boca arriba y un calor me inunda las mejillas al revivir lo que ocurrió en el despacho de Roman. Mi cuerpo todavía vibra con las réplicas del placer. Sus manos eran tan seguras, tan expertas a pesar de su capacidad letal. La paciencia en su voz cuando me preguntó qué quería…

—Quizá en otro momento pueda enseñarte más —había dicho con una voz que era como grava y miel. El recuerdo me provoca una nueva oleada de calor.

¿Qué debe de pensar de mí?

Veinticinco años y completamente inexperta. Una virgen que se derritió a su contacto.

Me aprieto las palmas de las manos contra la cara ardiente. Debería estar muerta de vergüenza.

Lo estoy, pero bajo la vergüenza se esconde algo más.

Un hambre. Una curiosidad por saber qué podría implicar ese «más».

Las mismas manos que probablemente han acabado con vidas me han llevado al éxtasis.

¿Cómo es posible?

Roman Ginetti es una contradicción que no puedo resolver.

El brutal sicario que prepara el desayuno con su hija.

El hombre que amenazó con matarme y luego me compró telas y material de arte.

El monstruo que podría haber asesinado a mi madre y, sin embargo, me toca con tanto cuidado que podría echarme a llorar.

Debería odiarlo. Debería temerlo. Lo temo: su poder, sus capacidades, su mundo. Pero también hay algo más.

Algo que me hace anhelarlo cuando me mira con esos ojos oscuros y sabios.

Los párpados me pesan mientras el agotamiento por fin se apodera de mis pensamientos acelerados. Las sábanas huelen a él. Es reconfortante de una manera que me niego a analizar demasiado.

Mientras el sueño me vence, un pensamiento da vueltas en mi cabeza.

¿Y si Roman es de verdad la clave para encontrar al asesino de mi madre?

¿Y si, en este retorcido cuento de hadas, el dragón es en realidad mi protector?

Me despierto en una cama vacía y con el leve aroma a café que llega desde el apartamento. Me pongo una bata y sigo los sonidos que vienen de la cocina. Me detengo en el umbral, sin que me vean.

Roman está de pie junto a los fogones, su enorme figura extrañamente delicada mientras da la vuelta a unas tortitas. Su

habitual expresión severa se ha suavizado, casi infantil, al mirar a Angelica, que está sentada en la encimera balanceando las piernas.

—¿Podemos hacer que parezcan muñecos de nieve? —pregunta, y sus rizos oscuros rebotan con la emoción.

—¿Muñecos de nieve, eh? —En la voz de Roman no hay ni rastro de la fría autoridad que le he oído usar con sus hombres—. Eso es muy ambicioso para tan temprano, *piccola*.

—¿Porfa, papi? —Alarga la palabra, ladeando la cabeza de una forma claramente calculada. La pequeña manipuladora ya conoce su poder.

Roman suspira de forma dramática, pero se le arrugan los ojos. —Vale. Pero tienes que comerte las tres partes del muñeco de nieve, no solo la cabeza como la última vez.

Angelica da una palmada, victoriosa. —¡Trato hecho!

Observo cómo Roman vierte con cuidado la masa para formar tres círculos conectados. Sus manos, las mismas que me tocaron tan íntimamente anoche, las mismas que probablemente han acabado con vidas, se mueven con una delicadeza sorprendente.

—Coge las pepitas de chocolate —le indica, pasándole un cuenco pequeño—. Tú te encargas de la cara.

El orgullo en el rostro de Angelica al aceptar esta responsabilidad hace que algo se me retuerza en el pecho.

Yo nunca tuve esto con mi padre.

Nuestros desayunos eran actos formales, a menudo con socios de negocios presentes.

Lo más parecido que tuve a momentos como este fue con mi madre, antes de…

Entonces Roman se da cuenta de mi presencia, sus ojos se encuentran con los míos por encima de la cabeza de Angelica. —Buenos días.

—Buenos días —respondo, entrando del todo en la cocina.

Me siento como una intrusa, pero algo en la mirada de Roman me invita a quedarme. A ser testigo de esta otra cara suya.

El padre.

El hombre que hace tortitas con forma de muñeco de nieve y se ríe de los chistes de su hija.

Nunca esperé encontrar esta calidez en el hogar de un asesino.

Me sirvo una taza de café y me siento sola en la mesa. Unos instantes después, Roman trae el plato de Angelica a la mesa y ambos se sientan conmigo.

—Papi, ¿puedo pedir un poni por Navidad? —pregunta Angelica, cortando la cabeza de su tortita de muñeco de nieve.

—¿Y dónde lo vas a tener? ¿En tu habitación? Sabes que hacen mucha caca.

Angelica se ríe. —Papi, no. Amy Peretti tiene un poni en una granja.

—Tendrás que escribírselo a Papá Noel —dice Roman, en lo que sospecho que es su forma de escaquearse.

—¿Tú qué quieres por Navidad? —le pregunto, aunque no sé muy bien por qué. Soy su mujer. Vivo en su casa. Pero no soy de la familia.

Frunce el ceño y me pregunto si estará pensando que no tenía planeado hacerme ningún regalo. —Salud y felicidad.

—Eso no se puede envolver —dice Angelica, poniendo los ojos en blanco.

—Las mejores cosas de la vida no se pueden comprar, Angel.

Tiene razón en eso. No puedo comprar la vida de mi madre. No puedo comprar la libertad.

La señora Rossi entra en la cocina. —Es hora de terminar, Angelica.

Diez minutos después, estoy de pie en el umbral, viendo cómo la señora Rossi ayuda a Angelica a ponerse el abrigo.

La niña parlotea sobre un proyecto de clase, algo sobre planetas de papel maché, mientras evita deliberadamente mirarme a los ojos.

—Que tengas un buen día en el cole, Angelica —le digo con timidez.

Me lanza una mirada de reojo, no del todo hostil, pero ni mucho menos amistosa. —Adiós —murmura antes de salir corriendo por la puerta con la señora Rossi tras ella.

Roman coge la chaqueta de su traje del respaldo de una silla. —Hoy estaré en la oficina —. Sus ojos se encuentran con los míos brevemente y me pregunto si estará pensando en lo de anoche. Mis mejillas se calientan con el recuerdo.

—Yo estaré aquí —respondo, porque ¿adónde más podría ir?

Asiente, duda como si fuera a decir algo más, pero simplemente se va.

El apartamento queda en silencio. Estoy completamente sola.

Sola con mis pensamientos. Y mis materiales.

Voy a la habitación donde Roman hizo que sus hombres entregaran mis materiales de diseño.

Los rollos de tela están apoyados en la pared. Mi máquina de coser está sobre un pequeño escritorio que antes no estaba allí.

Roman debe de haberlo hecho traer específicamente para mí.

Otro gesto tierno del hombre que podría matarme. Es extraño sentir gratitud hacia mi captor, pero la siento.

Soy una prisionera, pero al menos puedo disfrutar de mi pasión.

Desempaqueto mis materiales y los coloco en un rincón de la habitación. No es el estudio con el que había soñado, pero es algo, un pequeño trozo de mí misma al que puedo aferrarme en esta nueva y extraña vida.

Mientras despliego un rollo de terciopelo rojo, se me ocurre una idea.

Se acerca la Navidad y Angelica necesita algo especial que ponerse.

Hago un boceto rápido, el lápiz vuela sobre la página: un vestido de niña con un corpiño ajustado y una falda amplia, perfecto para dar vueltas.

Añado un delicado encaje blanco en el cuello y los puños, imaginando cómo quedaría sobre la piel aceitunada de Angelica.

Y si estoy haciendo algo para ella… Mi lápiz se mueve de nuevo, dibujando una corbata a juego para Roman. Rojo intenso con sutiles hilos plateados entretejidos.

Estoy a medio cortar el terciopelo cuando oigo abrirse la puerta de entrada. Mis manos se congelan a mitad de movimiento, con las tijeras suspendidas sobre la tela.

Apenas ha pasado el mediodía, horas antes de que Roman deba estar en casa.

¿Ha venido alguien más a hacer lo que él no ha hecho?

Me levanto y me escondo detrás de la puerta, con las tijeras firmemente agarradas por si necesito defenderme.

—¿Isabella? —Su voz profunda resuena por todo el apartamento.

Dejo escapar un suspiro de alivio. —Aquí.

Roman aparece en el umbral, todavía con el traje, pero con la corbata aflojada y el botón superior desabrochado.

Sus ojos recorren la habitación, deteniéndose en la tela extendida por el suelo, en los bocetos clavados en la pared.

Y luego en mí, sosteniendo las tijeras como un cuchillo con el que pienso apuñalarlo.

Enarca una ceja. —¿Esperabas problemas?

Dejo las tijeras. —Has vuelto pronto. Pensé que… bueno…

Entra en la habitación. —¿Pensabas que podías estar en peligro?

Me encojo de hombros.

—Entonces, es bueno que haya vuelto a casa. Quiero enseñarte algo.

—¿El qué?

—Defensa personal —. Se quita del todo la corbata—. Después de lo que pasó en el parque cuando intentaste ser una novia a la fuga y más tarde con Salvatore, me di cuenta de que necesitas saber cómo protegerte.

Parpadeo, sorprendida por su preocupación. —¿Defensa personal? ¿Ahora?

—Sí, ahora —. Se remanga las mangas, revelando unos antebrazos poderosos.

—¿Es realmente necesario? Quiero decir, casi nunca estoy sola.

—Tú eres la que está de pie detrás de la puerta dispuesta a apuñalar a alguien con unas tijeras.

—Cierto. ¿Ha pasado algo más? —Me pregunto por qué de repente se preocupa por mí.

—He estado investigando un poco el caso de tu madre. Si alguien realmente la atacó a ella específicamente, también podrían venir a por ti.

Un escalofrío me recorre. —¿Crees que estoy en peligro?

—Creo que tenemos que estar preparados —. Extiende la mano, que se detiene cerca de mi hombro antes de dejarla caer—. Necesito saber que puedes defenderte si pasa algo.

La preocupación en su voz suena genuina. Es inesperado, este lado protector suyo dirigido a mí y no solo a Angelica.

—Vale. Debería cambiarme.

—Alguien que te ataque no va a esperar a que te pongas ropa de gimnasio. Estás bien. Empezaremos por lo básico. Cómo zafarse de un agarre, dónde golpear para incapacitar. Con tu tamaño, tendrás que ser rápida y precisa.

Asiento, de repente agradecida por su previsión. Por su protección.

Por la forma en que me hace sentir valorada en lugar de simplemente vigilada.

—La primera regla de la defensa personal es la atención —dice Roman, rodeándome lentamente—. La mayoría de los atacantes confían en la sorpresa.

Asiento, recordando al hombre del parque. Yo esperaba al agente Blackwood, así que no le di importancia a la figura que se dirigía hacia mí.

—Mantén tu atención en mí.

Sigue moviéndose e intento concentrarme en sus palabras en lugar de en la forma en que sus músculos se mueven bajo su camisa.

Roman se detiene detrás de mí, tan cerca que siento su aliento en mi nuca. —Si alguien te agarra por detrás…

De repente, sus brazos me rodean, uno sobre mi clavícula y el otro alrededor de mi cintura. Me atrae hacia él, mi cuerpo queda aprisionado contra el suyo. Jadeo ante el contacto.

—¿Qué haces? —pregunta, con voz baja en mi oído.

Mi mente se queda en blanco, hiperconsciente de su pecho presionado contra mi espalda, sus manos firmes pero con cuidado de no hacerme daño.

—Yo… no lo sé.

—Deja caer tu peso —me instruye—. Dobla las rodillas y lanza el codo hacia atrás… aquí —. Me guía el brazo para colocarlo—. Luego písale el pie y corre.

Intento el movimiento a medias y Roman suspira.

—Tienes que hacerlo en serio, Isabella. Otra vez.

Esta vez, cuando me agarra, sigo sus instrucciones con más fuerza, lanzando el codo hacia atrás, aunque todavía conteniéndome, e imitando un pisotón.

—Mejor —dice, soltándome—. Ahora, si alguien viene a por ti de frente… —Se acerca a mí e instintivamente retrocedo hasta que choco con la pared. Roman coloca las manos a ambos lados de mi cabeza, enjaulándome sin tocarme.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

Lo miro, con el pulso acelerado, aunque no es de miedo. Que el cielo me ayude, me excita. —¿Podría… darte un rodillazo?

Sus ojos se oscurecen. —Sí. Pero primero… —Me coge las manos y las coloca contra su pecho—. Empuja con fuerza contra su plexo solar, y luego, el rodillazo. Creas distancia.

Presiono las palmas de mis manos contra su pecho macizo, sintiendo el latido de su corazón acelerarse bajo mi contacto. De repente, la sesión de entrenamiento parece algo completamente distinto.

—¿Así? —susurro.

La mirada de Roman desciende hasta mis labios. —Sí. Justo así.

Nos quedamos inmóviles, mis manos en su pecho, su cuerpo a centímetros del mío. El aire entre nosotros chisporrotea con una tensión que no tiene nada que ver con la defensa personal.

—¿De verdad quieres que te dé un rodillazo? —No quiero hacerle daño. Quiero que use esa parte de su anatomía.

—Quiero que lo intentes.

Le miro la entrepierna.

—Tienes que actuar rápido. Me has dado demasiado tiempo para inmovilizarte o matarte.

Levanto la vista hacia su cara. Sus ojos oscuros me observan. —¿Actuar rápido?

Asiente.

Le agarro la camisa y tiro de ella, fundiendo mis labios con los suyos. Mi corazón martillea contra mis costillas, preguntándome qué me ha poseído. Preguntándome cómo responderá.

Gime mientras aparta sus labios. —Isabella… —Su voz es áspera, una advertencia.

Estoy muerta de vergüenza y, sin embargo, no puedo parar.

Estoy cansada de advertencias. Cansada del miedo.

Por primera vez desde que me vi forzada a este matrimonio, siento algo que quiero perseguir en lugar de escapar.

—Enséñame qué pasa después.

El control de Roman, su legendaria contención, se resquebraja visiblemente. Sus manos se mueven de la pared a mi cintura, agarrándome con firmeza.

—Esto ya no es defensa personal —murmura, con la cara a centímetros de la mía.

—Lo sé.

Cuando su boca reclama la mía, no se parece en nada al casto beso de nuestra boda ni siquiera al momento acalorado en su despacho.

Esto es posesión. Hambre.

Su lengua se desliza contra la mía y yo respondo con un entusiasmo que me sorprende. No tenía ni idea de que tenía esto dentro de mí.

Nunca he sentido esto antes, esta necesidad imperiosa de estar más cerca, de sentir más. Mis dedos se enredan en su pelo, atrayéndolo más profundamente al beso.

Roman me presiona contra la pared, su poderoso cuerpo pegado al mío. Una mano se desliza hacia abajo para agarrar mi muslo, enganchándolo en su cadera.

—Dime que pare —gruñe contra mi cuello, sus dientes rozando mi piel sensible.

—No quiero.

Su mano se mueve por debajo de mi camisa, su cálida palma rozando mis costillas y subiendo hasta ahuecar mi pecho.

Cuando su pulgar roza mi pezón, incluso a través del sujetador, gimo, un sonido que nunca me había oído hacer antes.

—Joder, Isabella —resopla, con la frente apoyada en la mía—. No tienes ni idea de lo que me haces.

Pero creo que sí. Puedo sentir la prueba de su deseo presionada con fuerza contra mí y, en lugar de asustarme, me excita.

Este hombre poderoso y peligroso me desea.

Y que Dios me ayude, yo también lo deseo a él.

—Enséñame —susurro, haciéndome eco de su promesa anterior—. Enséñamelo todo.

Roman me levanta en brazos con facilidad y me lleva a la habitación. Mi corazón se acelera, una mezcla de nerviosismo y deseo mientras me deposita en la cama.

—Podemos parar en cualquier momento —dice, con la voz áspera pero sincera—. Tú dices la palabra y paramos.

Asiento, incapaz de encontrar mi voz mientras él desabrocha lentamente mi blusa, sus dedos rozando mi piel con cada movimiento.

La ternura de su tacto es inesperada en un hombre con unas manos tan letales.

—¿Está bien esto? —pregunta, haciendo una pausa con mi blusa abierta pero aún puesta.

—Sí —respiro, maravillada de cómo pide permiso a cada paso. Siempre me habían dicho que los hombres simplemente tomaban lo que querían de una mujer. Pero Roman da. Es cuidadoso y gentil.

Cuando me quita el sujetador, sus ojos se oscurecen con apreciación. —Preciosa —murmura, bajando la cabeza para besar la piel recién expuesta. Su boca se cierra sobre mi pezón y yo jadeo, arqueándome ante la sensación.

—¿Te gusta esto?

—Sí —consigo decir, con los dedos enredados en su pelo.

Se toma su tiempo, como si estuviera cartografiando mi cuerpo.

Cada caricia, cada beso es deliberado.

Cuando su mano se desliza bajo la cinturilla de mis vaqueros, se detiene de nuevo.

—¿Segura?

Asiento frenéticamente, ya sin palabras.

Sus dedos me encuentran húmeda y dispuesta, y el gruñido de satisfacción que ruge desde su pecho me hace sentir poderosa de una forma que nunca he experimentado.

—Estás jodidamente mojada. Solo para mí —. Sus dedos se mueven en lentos círculos que hacen vibrar mi cuerpo—. Dilo, Isabella. Estás mojada solo para mí.

Apenas puedo pensar, y mucho menos articular palabras.

—Dilo —. Baja por mi cuerpo, sus hombros se acomodan entre mis muslos—. Dilo o paro.

Oh, Dios mío. Moriré si para. —Estoy… mojada…

—Solo para mí.

—Solo para ti.

Entonces, oh, Dios mío.

Su boca está sobre mí… ahí abajo… y no se parece a nada que hubiera podido imaginar.

Lame y succiona y mi cuerpo se vuelve loco, balanceándose y temblando mientras la presión aumenta y aumenta, enroscándose más y más.

Y entonces todo se desmorona. Es como si una bomba detonara dentro de mí. Se me corta la respiración. Mi cuerpo se tensa. El placer me inunda.

—Mmm… Sabes deliciosa —dice, todavía lamiéndome y relamiéndose. Me siento completamente agotada. Acabada. Es una decepción porque quería experimentarlo todo. Sentirlo dentro de mí.

Mientras yazgo sin fuerzas en su cama, me besa el estómago mientras su dedo se desliza dentro de mí. —A ver si estás lista.

Espera. ¿No ha terminado?

Usa un dedo, luego dos, moviéndolos dentro y fuera de mí. No puedo creerlo cuando mi cuerpo empieza a vibrar de nuevo. Cuando la presión vuelve a aumentar. Y entonces se detiene.

Gimo cuando se aleja, pero entonces lo veo desvestirse. Dios, es como una estatua de mármol tallada por el propio Miguel Ángel.

Pecho y abdominales esculpidos. Brazos y manos fuertes. Y su pene…

Dios santo, ¿cabrá?

Cuando está desnudo, se coloca sobre mí. Me mira con preocupación. —De esto no hay vuelta atrás, Isabella.

Estoy aterrorizada, pero el deseo lo supera. —No pares.

—Esto podría doler —advierte, presionando contra mi entrada—. Iremos despacio.

La incomodidad inicial cuando me penetra es breve, eclipsada por la plenitud, la conexión, la forma en que me observa la cara con tanta intensidad, comprobando cualquier signo de dolor.

—¿Estás bien? —pregunta, manteniéndose perfectamente quieto dentro de mí.

Asiento, acostumbrándome a su novedad. —Sí —susurro, rodeándolo con mis piernas mientras la extraña incomodidad da paso de nuevo a esa sensación vibrante—. Por favor…

Empieza a moverse y el placer aumenta. Es diferente a lo de antes. Más intenso, si eso es posible.

—Joder, qué bien te siento —. Sus caderas se mecen contra mí y me pierdo en la sensación de él. Mi cuerpo está palpitando. Vibrando.

Y entonces llego de nuevo. —¡Roman! —El placer estalla como fuegos artificiales, disparándose a cada célula de mi cuerpo.

Me aferro a él, sintiendo que es lo único que me mantiene anclada mientras vuelo, me elevo con el placer más exquisito imaginable.

ROMAN

Otra vez, estoy haciendo algo que no debería. Me estoy follando a Isabella.

Claro, es mi mujer, pero esto es solo un acuerdo.

Esto no es amor.

Es solo una atracción primaria.

No tengo reparos en follar con mujeres por simple necesidad física, pero Isabella no es una mujer cualquiera.

Es una princesa de la mafia. La hija de don Ferraza.

Se ha guardado para un marido de verdad todo este tiempo.

¿Quién soy yo para quitarle esto?

Salvo que... yo soy su marido. Pensar que debería guardarse sugiere que este matrimonio terminará algún día. Pero ¿lo hará?

No estará a salvo hasta que esté satisfecha de que la muerte de su madre se ha resuelto. Cuanto más busca respuestas, más peligro corre, y solo yo puedo protegerla.

—¡Roman! —Su cuerpo se contrae alrededor de mi polla como un puto tornillo de banco y, joder, qué bien sienta.

Hay algo en oír mi nombre en sus labios que enciende algo primitivo en mí. Acelero el ritmo, con una mano en la parte baja de su espalda y la otra enredada en su pelo.

Todo lo demás desaparece, excepto una imperiosa necesidad física de correrme.

Su estrechez me aprieta como nada que haya experimentado antes.

La tensión se acumula en la base de mi columna.

Estoy cerca. Demasiado cerca.

Intento contenerme, quiero que esto dure, pero ella se retuerce bajo mi cuerpo, su cuerpo apretándose alrededor del mío.

Vuelve a gritar, su espalda se arquea mientras se corre de nuevo. Me dejo llevar. Empujo con fuerza, profundo, mi orgasmo me golpea con fuerza mientras me vacío en su interior.

Me retiro y embisto de nuevo, y de nuevo, la intensidad me pilla por sorpresa mientras el placer me inunda.

Me derrumbo a su lado, ambos respirando agitadamente. Isabella se acurruca contra mí, con la cabeza en mi pecho, y yo la rodeo automáticamente con el brazo.

Se suponía que esto no debía pasar. Joder.

Mientras nuestras respiraciones se calman y ella se queda dormida, me quedo mirando al techo, con mis pensamientos hechos un lío.

Se merece algo más que solo sexo y, sin embargo, es lo único que esto debería ser. Lo he tenido a montones desde que Emilia murió, encuentros sin sentido que satisfacían una necesidad física sin tocar nada más profundo.

Esto ha sido diferente.

Miro a Isabella, que duerme, con su pelo oscuro desparramado por mi pecho. Me confió algo precioso y yo se lo he arrebatado.

No solo su virginidad, sino su confianza.

¿Qué coño estoy haciendo?

Esta mujer es mi misión. Es posible que esté trabajando con los federales. Podría ser la ruina de todo lo que he construido.

Y, sin embargo, aquí estoy, abrazándola como si su lugar estuviera en mis brazos. Como si quisiera protegerla de la misma gente a la que he jurado lealtad.

¿Qué demonios me está pasando? Se supone que tengo que investigar a esta mujer, no meterme en la cama con ella. No sentir esto... sea lo que sea.

Una parte de mí quiere creer que es inocente, solo una hija que busca justicia para su madre.

La forma en que dudó en esa llamada con Blackwood, cómo le dijo que encontraría otra manera... parecía sincero.

Pero llevo demasiado tiempo en este negocio como para fiarme de los sentimientos. ¿A cuántos hombres he visto caer rendidos ante una cara bonita solo para acabar con un cuchillo en la espalda?

Isabella podría estar jugando conmigo, camelándome para que baje la guardia. Después de todo, sigue escondiendo ese teléfono. Sigue guardando secretos.

Y luego está Angelica.

Ella lo es todo para mí, lo único puro en mi vida. ¿Y si Isabella está jugando conmigo? ¿Y si está recopilando información usándome? He traído una amenaza potencial a nuestra casa. A nuestras vidas.

Vuelvo a mirar a Isabella durmiendo. Parece tranquila, vulnerable. No como alguien que trama la destrucción.

Pero las apariencias engañan. Debería saberlo. Llevo décadas cultivando la mía.

Si Isabella nos traiciona, si pone a Angelica en peligro...

No termino el pensamiento. Sé lo que tendré que hacer. Es mi trabajo. Es lo que soy.

Pero, por primera vez en años, la idea de matar a alguien me revuelve el estómago. No porque me haya ablandado, sino porque temo que ella realmente me importe.

Y eso me hace más peligroso de lo que he sido nunca: para mí, para mi familia y para todo lo que he jurado proteger.

Me aparto de Isabella con cuidado de no despertarla. Su pelo oscuro se derrama por mi almohada y, por un momento, me permito mirarla.

Parece tranquila, inocente incluso.

Nada que ver con la amenaza que podría representar.

Niego con la cabeza, asqueado de mí mismo. Esto no formaba parte del plan. El sexo complica las cosas, sobre todo con alguien a quien se supone que estoy investigando. Necesito aclarar mis ideas.

Me visto rápidamente, me pongo unos pantalones de chándal y una camiseta. Meto la pistola en la cinturilla de mi espalda, una costumbre que no puedo quitarme, ni siquiera en mi propia casa. Sobre todo ahora.

En mi despacho, me sirvo un whisky y me siento en mi escritorio.

Las pruebas que Isabella me proporcionó están en una carpeta ante mí: casquillos que coinciden con los asesinatos de los Calabresi, declaraciones de testigos sobre coches registrados a nombre de nuestras empresas fantasma.

Es material convincente, pero algo no encaja. El calibre equivocado. La pistola equivocada. Además, todo es demasiado perfecto. Demasiado conveniente.

Abro mis propios archivos, cotejando fechas y operaciones. Añado los informes policiales obtenidos a través de uno de mis contactos.

Algo no cuadra.

Saco una hoja de papel y empiezo a intentar organizar la información que tengo delante.

La señora Ferraza estaba de compras, una salida que había programado la semana anterior.

Su chófer era Tony Carlotta. Tomo nota de preguntarle a Vincenzo sobre esto. Se encargó de los chóferes de La Corona hasta hace seis meses, cuando se jubiló.

Apenas había salido del coche cuando la abatieron a tiros desde un coche, al parecer un Cadillac propiedad de una de las empresas de Marco, dejando casquillos que según el FBI son de la familia Calabresi.

Me recuesto, perplejo por qué alguien mataría a la mujer de don Ferraza. La mafia que conozco tiene unas normas básicas, y una de ellas es no matar a mujeres.

Otras organizaciones criminales no se adhieren necesariamente a ese ideal, así que quizá fue otra familia.

Pero tenemos treguas sólidas con los rusos, los irlandeses y los chinos.

A no ser que Ferraza hiciera algo para cabrearlos de lo que La Corona no sepa.

Pienso en Salvatore y su odio hacia Isabella. Como su hermano, es de los que están dispuestos a romper las reglas y a forzar los límites.

¿Mató él a la señora Ferraza? Sería muy arrojado por su parte. Y su sentencia de muerte si Marco se enterara.

Busco información sobre el hermano de Salvatore, Ernesto.

Vaya gilipollas que era. Iba por ahí como si fuera más listo que el resto de nosotros, que es lo que le costó la vida, estoy seguro. En realidad, no sé quién lo mató. No fui yo, pero corrían rumores de que lo ordenó don Ferraza.

Como Ernie no era un iniciado, Leonardo no necesitó venir a La Corona para pedir permiso para el golpe.

Imagino que Salvatore le pidió a Marco que lo vengara, pero, de nuevo, como Ernie no era parte de la familia, Marco no tenía motivos para buscar venganza.

Compruebo la fecha de la muerte de Ernie. La causa real de la muerte de Ernie fue una sobredosis de drogas, una muerte nada infrecuente para la gente que se cruza con Leonardo.

Sucedió dos días antes de que mataran a la mujer de Leonardo. Podría ser una coincidencia. O no.

¿Pero buscaría Salvatore venganza por su cuenta? Basándome en lo que Isabella dijo sobre su encuentro, la respuesta podría ser que sí.

Pero se estaría arriesgando mucho por ese hermano suyo tan chapucero. Salvatore es un exaltado y un salvaje, pero no es estúpido.

Me recuesto de nuevo en mi silla sabiendo que no puedo contarle esto a Isabella. Le soltaría todo a ese agente sobre Salvatore y haría que los federales cayeran sobre Marco y todos nosotros.

Ocultarle esto no solo nos protege a nosotros, sino que la protege de la orden de Marco de matarla. Sobre todo porque existe la posibilidad de que todo esto sea una coincidencia.

Me bebo el resto de mi whisky; el ardor no hace nada para aliviar la opresión en mi pecho. Ella vería esta información como una confirmación de todo lo que cree sobre nosotros.

Necesito tener cuidado con esta información. Isabella confía en mí ahora, al menos lo suficiente como para dejarme entrar en su

cuerpo, si no del todo en su confianza.

Si se entera de esta conexión, su frágil confianza se hará añicos.

Y entonces no tendré más remedio que matarla.

Oigo unos pasos suaves que se acercan a mi despacho. Isabella aparece en el umbral, con el pelo alborotado por el sueño, llevando una de mis camisetas que le llega a medio muslo. Se me pone dura como una piedra al verla.

—Hola —dice en voz baja, flotando en el umbral como si no estuviera segura de ser bienvenida.

—Hola. —Le hago un gesto para que entre, apartando casualmente unos papeles para cubrir las notas que he estado tomando—. ¿Todo bien?

Entra en la habitación, pero mantiene la distancia. —Me he despertado y no estabas.

Hay una vulnerabilidad en su voz que me hace querer atraerla y alejarla al mismo tiempo.

No puedo permitirme encariñarme, no con lo que acabo de descubrir.

No cuando sé que se volvería contra mí y mi familia en un instante.

—Solo tenía trabajo que terminar —digo, manteniendo un tono neutro.

Isabella cambia el peso de su cuerpo, sin mirarme a los ojos. —Solo quería asegurarme... de que lo que pasó no fuera... —Se interrumpe y un rubor le sube por el cuello—. Quiero decir, prácticamente me tiré a tus brazos—

—Te tiraste a mis brazos. —Lo digo con una sonrisita, esperando aliviar su preocupación.

—Yo... solo no quiero que las cosas se vuelvan raras entre nosotros ahora.

Me levanto y rodeo el escritorio, acortando parte de la distancia entre nosotros. —Isabella, créeme cuando te digo que estar contigo no fue precisamente un suplicio. No tienes nada de qué preocuparte.

Me mira, escrutando mi cara. —¿Estás seguro? Porque has desaparecido muy rápido.

—Estoy seguro. —Alargo la mano y le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja—. Debería ser yo quien te preguntara si estás bien.

Ella asiente. —Sí.

Observo a Isabella de cerca, notando cómo juguetea con el dobladillo de mi camiseta. Hay algo no dicho flotando entre nosotros, algo más que la simple incomodidad postcoital.

Por mucho que quiera volver a tocarla, mi deber es con Marco, con la familia, con La Corona.

Me importa una mierda Salvatore, pero no puedo dejar que Isabella se entere de él, de su hermano, de la proximidad en el tiempo de la muerte de su madre a la de Ernie.

Necesito quitarle de la cabeza la idea de que la familia Calabresi tuvo algo que ver con la muerte de su madre. —¿Sabes? Hace unas horas me dejaste tocarte de formas que nadie más lo ha hecho. Y, sin embargo, sigues creyendo que pude haber matado a tu madre.

Sus ojos se clavan en los míos, sorprendida por mi franqueza.

—Yo no he dicho—

—Sí que lo has hecho. —Me apoyo en mi escritorio, manteniendo cierta distancia entre nosotros—. No estoy seguro de habértelo hecho lo bastante bien como para hacerte cambiar de opinión.

Sus ojos brillan con sorpresa y quizás humillación. Odio hacerle eso, sobre todo cuando me he esforzado tanto hace un momento por tranquilizarla.

—¿Puedes culparme? Las pruebas—

—¿Que las pruebas son una gilipollez? —Niego con la cabeza—. Créeme cuando te digo que mi familia y yo sabemos cómo matar a alguien y no dejar rastro.

Joder, el miedo en sus ojos me destroza.

—Yo no maté a tu madre. Marco no ordenó su muerte.

Eso no es mentira. Solo estoy omitiendo la parte en la que un miembro de la familia Calabresi podría haberse tomado la justicia por su mano.

—Y quizá deberías considerar que te están utilizando para infiltrarte en la familia Calabresi y en La Corona. Quiero decir, te están dando pruebas falsas, mientras que tú le has dado al FBI ¿qué?

Se muerde el labio, considerando mis palabras. Veo que se debate entre lo que quiere creer y lo que le han dicho.

La mejor manera de mantenernos a todos a salvo y guiarla hacia otro sospechoso es seguir ofreciéndole ayuda. —Quiero ayudarte a encontrar la verdad. Pero necesito que seas sincera conmigo. Sobre todo.

Y por todo, me refiero al teléfono que esconde. Esta es su oportunidad de contármelo. De demostrar que confía en mí más que con su cuerpo.

—Lo único que quiero es la verdad sobre lo que le pasó a mi madre —susurra, con los ojos brillantes—. Es lo único que he querido siempre.

Me sostiene la mirada, pero no dice nada más. Ninguna mención al teléfono. Ninguna revelación completa.

La decepción me invade. Había esperado, tontamente, quizás, que lo que habíamos compartido hubiera roto esa última barrera. Que pudiera verme como alguien en quien podía confiar de verdad.

Asiento lentamente, manteniendo una expresión neutra. —Entonces eso es lo que encontraremos.

Asiente y se da la vuelta para irse. La veo caminar de vuelta al dormitorio, su esbelta figura desapareciendo por el pasillo.

A pesar del puto caos que hay entre nosotros, verla con mi camiseta remueve algo dentro de mí que creía muerto con Emilia.

Me sirvo otro dedo de whisky y me lo bebo de un trago, deseando que queme este sentimiento, sea lo que sea.

Isabella parece inocente. Su búsqueda del asesino de su madre parece genuina. La forma en que me miró esta noche, con confianza en sus ojos a pesar de todo lo que le han contado sobre mí y mi familia... parecía real.

Pero los hombres en mi posición no pueden permitirse confiar fácilmente.

Sigue escondiendo ese teléfono. Sigue guardando secretos. Y es lista, más lista de lo que la mayoría de la gente cree. Si quisiera jugar conmigo, podría hacerlo.

Pero, no importa cómo me haga sentir Isabella cuando está en mis brazos, no importa cuánto quiera creer que la están manipulando en lugar de que me manipule a mí, no puedo bajar la guardia.

La ayudaré a encontrar la verdad sobre su madre, pero lo haré a mi manera: con cautela, control y siempre preparado para la traición.

Porque en este mundo, los sentimientos hacen que te maten. Y tengo demasiado que proteger como para morir por algo tan estúpido como el deseo.

12

ISABELLA

A la mañana siguiente me despierto en una cama vacía, como de costumbre.

Roman lleva horas levantado y seguramente ahora está preparando el desayuno con Angelica.

Mi cuerpo aún vibra por la... lección de ayer.

Me llevo los dedos a los labios, recordando la sensación de su boca contra la mía. La de su cuerpo dentro del mío.

Cuando me tocó, me olvidé de todo. De mis sospechas. De mi miedo. De mi misión.

Sus manos eran delicadas, en nada parecidas a las de un asesino.

Sus ojos me observaban con tal intensidad que me sentí verdaderamente vista por primera vez en años.

Cierro los ojos, recordando cómo guiaba mis caderas, cómo me susurraba al oído, preguntándome si estaba bien.

El mero recuerdo hace que el calor se acumule en mi vientre.

Nadie me advirtió de que el deseo podía ser tan absorbente, tan confuso.

Pero ¿y si cada caricia tierna, cada gesto considerado no es más que otra forma de controlarme? ¿De mantenerme callada y sumisa?

Mi padre siempre me mantuvo protegida. Ahora entiendo por qué.

Es difícil pensar con claridad cuando tu cuerpo quiere algo que tu mente te dice que no deberías tener.

Roman no me ha forzado a nada. Me ha dado espacio para trabajar en mis diseños. Incluso me está enseñando a protegerme. Esas no son las acciones de alguien que quiere hacerme daño.

¿O sí?

Pero no puedo olvidar cómo ocultó aquello en lo que estaba trabajando cuando entré en su despacho. La forma en que su mirada se volvió reservada. La forma en que me recordó la brecha que hay entre nosotros.

Estoy atrapada entre dos mundos: la seguridad de sus brazos y el peligro de su lealtad a la familia Calabresi y a La Corona.

Entre el placer que me da y el dolor de no saber si algo de esto es real.

Pero ¿por qué lo sería?

Nuestro matrimonio no es más que un acuerdo comercial para mantenerme con vida y bajo vigilancia.

Puede que sea inocente, pero no ingenua.

Sé que el sexo no equivale al amor.

Aun así, quiero confiar en él. Que Dios me ayude, pero quiero hacerlo.

Cuando me abraza, cuando me mira con esos ojos oscuros, algo dentro de mí susurra que estoy a salvo. Que no es el monstruo que temía.

Las pruebas contra la familia Calabresi parecen sólidas. Los casquillos, el coche. Pero Roman tiene razón, parece una chapuza para unos profesionales. Demasiado conveniente.

—Creo que alguien te está utilizando para infiltrarse en La Corona o para tenderle una trampa a la familia Calabresi.

¿Y si tiene razón? ¿Y si me han manipulado todo este tiempo?

Blackwood parecía tan sincero, tan decidido a ayudarme a encontrar justicia. Pero, por otro lado, Roman también parece sincero cuando dice que me ayudará a encontrar la verdad.

¿A quién se supone que debo creer?

Niego con la cabeza. La respuesta es obvia. El agente del FBI es el que vive en el lado correcto de la ley. Roman es mi marido, pero en realidad es un guardia glorificado y yo estoy en una jaula de oro.

Pienso en mi nuevo teléfono de prepago, que tengo escondido.

Debería contárselo a Roman. Si de verdad quiero confiar en él, tengo que ser sincera.

Pero algo me frena, quizá el instinto de supervivencia.

O el miedo a que, en el momento en que lo revele todo, pierda la poca ventaja que me queda.

Mis conversaciones con el agente Blackwood se repiten en mi mente.

La primera vez que nos vimos, me enseñó fotos del escenario del crimen de mi madre.

Recuerdo cómo se inclinó hacia delante, bajando la voz hasta convertirla en un susurro al decir: —Encontramos casquillos que coinciden con los de un golpe anterior de los Calabresi.

Pero ahora, las dudas se cuelan. ¿Por qué dejarían unos asesinos profesionales pruebas tan fáciles de rastrear hasta ellos?

La familia Calabresi ha sobrevivido durante generaciones precisamente porque son cuidadosos. Todas las familias de La Corona son más listas que eso.

¿Estaba tan cegada por el dolor y la necesidad de respuestas que no vi los agujeros en la historia del agente Blackwood?

Pienso en lo ansioso que estaba Blackwood por que me casara con Roman. —Esto es perfecto —había dicho—. Tendrás acceso a todo.

Ni una pizca de preocupación por mi seguridad. Ni indignación por que me obligaran a casarme con alguien relacionado con los presuntos asesinos de mi madre.

Solo emoción por la información que yo podría conseguir.

No está en esto para ayudarme. Está para acabar con La Corona.

Después de todo, es su trabajo.

Me froto la cara con las manos al darme cuenta de lo tonta que he sido. No soy más que un peón en el intento de Blackwood de librar a Nueva York del crimen.

Un peón para mantener a mi padre en buenos términos con La Corona.

Un peón para ayudar a Roman a acceder a lo que sea que el agente Blackwood tenga sobre ellos.

Salgo de la cama, me ducho, me visto y voy a la cocina. Ahora todo está en silencio desde que la señora Rossi ha llevado a Angelica al colegio.

Roman está sentado a la mesa con un café y un plato de huevos, leyendo algo en su tableta.

—Hay un plato de huevos en el calientaplatos —dice sin levantar la vista.

—Gracias. —Cojo el plato junto con una taza de café y me siento con él a la mesa.

Roman levanta sus ojos oscuros y me observa por encima del borde de su taza de café mientras sorbe. —Hoy he quedado con alguien por lo de tu madre. Deberías venir.

Mi tenedor se detiene a medio camino de mi boca. —¿Contigo?

—Sí. —Se inclina hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa —. Tengo contactos que tu amigo del FBI no tiene. Gente que estaba por aquí cuando ocurrió.

Se me acelera el corazón. —¿De verdad me ayudarías?

—Te dije que lo haría. —Su voz es firme, directa—. Ya he empezado a investigar las pruebas que me enseñaste. Los casquillos, el coche. Algo no cuadra. Los golpes profesionales no dejan migas de pan. —Aparta su plato—. Alguien quería que esas pruebas se encontraran. Alguien quería que apuntaran a Calabresi.

Una oleada de esperanza surge en mí. Es ridículo. Todos los problemas sobre los que he estado rumiando esta mañana en la cama siguen ahí. No puedo confiar del todo en Roman.

Aun así, si lo está investigando y me pide que me una a él, debe de haber algo de cierto en ello.

Claro, sugiere que he estado buscando en la dirección equivocada, pero si Roman tiene razón, esto podría llevar a las respuestas que busco.

—Hoy vamos a visitar a un antiguo chófer que trabajó para todas las familias en aquella época. Mantiene los oídos abiertos.

—¿Y quieres que te acompañe? —No puedo ocultar mi sorpresa.

—Es tu madre. —Sus ojos se suavizan ligeramente—. Te mereces oír lo que tiene que decir de primera mano.

Asiento, tratando de procesar este cambio.

Durante años he estado buscando sola, dándome contra muros, reuniendo trozos de información que nunca terminaban de encajar.

Ahora este hombre, este peligroso y complicado hombre, se ofrece a ayudarme a encontrar la verdad.

—¿Por qué? —pregunto antes de poder contenerme.

La expresión de Roman se vuelve seria. —Porque alguien está utilizando tu dolor para manipularte. Para manipularnos a todos. Y quiero saber quién.

Así que no es para ayudarme a mí específicamente.

Lo hace para proteger a su familia y a La Corona. Aun así, el resultado final es el mismo. Puedo descubrir quién mató a mi madre y por qué.

Una hora más tarde, me muevo inquieta en el asiento del copiloto del elegante todoterreno negro de Roman, viendo cómo la ciudad pasa borrosa.

Vamos a conocer a ese misterioso chófer, alguien que según Roman podría saber algo sobre la muerte de mi madre. Se me hace un nudo en el estómago por la expectación y el miedo.

—¿Quién es exactamente esta persona? —pregunto, rompiendo el tenso silencio.

—Vincenzo Moretti. Empezó como chófer para el padre de don Monti y más tarde dirigió a todos los chóferes que utiliza La Corona. —Roman mantiene la vista en la carretera—. Si pasaba algo, Vinny se enteraba.

—¿Y confías en él?

—Confío en que sabe dónde están enterrados todos los muertos. —La boca de Roman se curva en una media sonrisa—. Literal y figuradamente.

Nos detenemos frente a una casa modesta en un barrio antiguo de Brooklyn. Nada en ella grita «miembro de la Mafia», solo un césped cuidado y cortinas descoloridas en las ventanas.

Un hombre mayor nos abre la puerta antes de que llamemos. Es pequeño y enjuto, con una mata de pelo blanco y ojos agudos que no se pierden nada.

—Roman Ginetti. —Le estrecha la mano a Roman con las suyas—. Y esta debe de ser la nueva esposa.

—Vincenzo, esta es Isabella —dice Roman.

—Ah, sí, la hija de don Ferraza. Recuerdo cuando eras solo un bebé. Os llevé a tu mamá y a ti a casa desde el hospital, que en paz descanse.

—De eso hemos venido a hablar —dice Roman—. De la madre de Isabella.

—Cierto, cierto. Entrad. —Se hace a un lado, haciéndonos una seña para que pasemos.

—¿Creía que usted conducía para don Monti? —pregunto.

—Así era, pero La Corona compartía recursos. Don Ferraza me pidió que os llevara a tu madre y a ti a casa después de que nacieras.

La casa huele a café y a algo que se está horneando. Es hogareña y cálida, completamente opuesta a lo que esperaba de alguien relacionado con el asesinato de mi madre.

—Sentaos, sentaos —dice Vincenzo, señalándonos un sofá gastado —. ¿Queréis café?

—Estamos bien —responde Roman—. Isabella tiene preguntas sobre su madre.

Vincenzo se acomoda en un sillón frente a nosotros y posa su mirada en mí. —Siento lo de tu mamá. Era una buena mujer.

—¿La conocía bien? —pregunto.

—A veces la llevaba. De compras. A las reuniones del club de caridad. —Se encoge de hombros—. Era amable. Siempre me preguntaba por mis nietos.

—¿Sabe quién la mató? —La pregunta brota de mí, demasiado directa, demasiado desesperada.

Los ojos de Vincenzo se desvían hacia Roman y luego vuelven a mí. —¿Qué te han contado?

—Que la familia Calabresi fue la responsable. —Siento a Roman tensarse a mi lado.

Vincenzo niega lentamente con la cabeza. —No, no. Eso no es correcto.

—Entonces, ¿quién? —Me inclino hacia delante, con cada músculo de mi cuerpo en tensión mientras el rostro curtido de Vincenzo se arruga pensando.

—No sé quién apretó el gatillo —dice finalmente, con voz baja—, pero sé que no fue Calabresi.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —Mi voz suena débil incluso para mis propios oídos.

Vincenzo mira a Roman. —¿Sabe para quién trabajas, verdad?

Roman asiente, con las comisuras de los labios curvándose en un gesto de diversión. —Lo sabe. Es audaz y valiente, o quizá temeraria en su búsqueda de respuestas.

Vincenzo se frota la barbilla. —Ese día, el día que murió tu madre, yo llevaba a Luca Monti de vuelta al aeropuerto. Estaba en la ciudad por unas reuniones y luego regresaba a Italia. De hecho, pasamos por la escena del crimen poco después de que ocurriera. —Sus ojos se pierden en el recuerdo—. Policías por todas partes. Lo recuerdo porque Luca hizo una llamada de inmediato. Estaba... alterado.

—¿Alterado cómo? —pregunta Roman.

—Como si estuviera sorprendido. Como si lo estuvieran todos. —Vincenzo me mira directamente—. Las mujeres y los niños no son objetivos. No en La Corona.

—¿Qué hay de un Cadillac negro?

Vincenzo niega con la cabeza. —No sé nada de un Cadillac negro. No es algo que don Calabresi condujera. —Vincenzo se inclina hacia delante como si fuera a contarme un secreto—. Es un poco esnob con los coches. Siempre tenía que conseguirle un Audi o un BMW.

Roman me sonríe con una expresión de «te lo dije».

Lo ignoro. —Si usted programaba a los chóferes, entonces también programó el de mi madre, ¿verdad?

—Así es. Tony Carlotta. Un buen chico, que en paz descanse.

—¿Él también está muerto? —pregunta Roman.

Vincenzo asiente. —Sobredosis una semana después aproximadamente.

Roman frunce el ceño. Algo se cruza entre él y Vincenzo.

—¿Qué? —pregunto.

Roman niega con la cabeza. —Solo una vida desperdiciada. Antes de que muriera, ¿te dijo algo?

Vincenzo me mira y se encoge de hombros. —En realidad, no.

Rebusco en mi cerebro cualquier recuerdo de haber leído el nombre de Tony Carlotta en los informes que me dio el agente Blackwood, pero no lo recuerdo.

¿No es eso algo que el FBI habría anotado?

¿Y no es extraño que muriera poco después del asesinato de mi madre?

—¿Adónde iba mi madre? —pregunto.

Vincenzo vuelve a mirar a Roman como si buscara permiso para hablar. —Se rumoreaba... —Duda.

—¿Qué se rumoreaba? —insisto, empezando a sentirme irritada. Roman me ha traído aquí para obtener respuestas, pero siento que ambos hombres me están ocultando algo.

Vincenzo se mueve incómodo en su sillón, sus ojos van de Roman a mí y viceversa. —Vieron a tu madre con alguien un par de veces en las semanas previas a su muerte.

—¿Con alguien? —¿Qué significa eso?—. ¿Quién?

—Un hombre. No era de ninguna de las familias. —Las manos curtidas de Vincenzo se agitan en su regazo—. Una vez la llevé a una cafetería en el centro. Un sitio pequeño, nada lujoso. Me pidió que esperara a la vuelta de la esquina. Cuando la recogí una hora más tarde, parecía… agitada.

Mi mente va a toda velocidad. ¿Mi madre reuniéndose con un desconocido en secreto? No encaja con la mujer que recuerdo, devota de mi padre, siempre correcta, siempre cuidadosa.

—¿Por qué se reuniría con ese hombre? —pregunto, con la boca de repente seca. Me recuerda al día en que descubrí quién era mi padre… lo que era mi padre.

Vincenzo se encoge de hombros. —Algunos pensaron que quizá era una aventura, pero…

—No. —No me lo creo—. Mi madre nunca…

—Otros decían que tal vez era un informante. Del FBI o de la policía. —Vincenzo parece disculparse al decirlo—. Nada seguro, solo susurros.

¿Mi madre hablando con las fuerzas del orden?

La idea parece absurda. Ella nació en este mundo, entendía sus reglas mejor que nadie.

Pero, por otro lado, yo también, y quería salir de él. ¿Quería ella salir también? —¿Mi padre sabía de estas reuniones?

—Si lo sabía, nunca lo dijo, pero yo solo soy un chófer. —Los ojos de Vincenzo se entristecen—. Después de su muerte, nadie habló de ello. Era como si todo el mundo quisiera olvidar.

Me reclino, tratando de procesar esta nueva información.

Mi madre, reuniéndose con un hombre misterioso en secreto.

Rumores de una aventura.

¿O de que era una informante? Pero ¿por qué?

¿Qué podría haberla llevado a correr tal riesgo?

—Eso fue por la época de todo aquel jaleo con Ernie Abr...

—Eso fue otra cosa. —La expresión de Roman se endurece.

—¿Quién es Ernie? —pregunto.

Él niega ligeramente con la cabeza. —Nadie. Solo un puto coñazo. No tiene que ver con esto.

Pero no le creo. Me está ocultando algo. Sabe algo que no quiere que yo sepa.

—Roman —insisto, pero Vincenzo interrumpe.

—Había una cosa más. Tu madre tenía un cuaderno. De cuero rojo. Siempre lo llevaba consigo.

Se me corta la respiración. —Recuerdo ese cuaderno. Mi padre dijo que se perdió cuando murió.

—No —dice Vincenzo con firmeza—. La policía lo recogió de la escena. Tu padre preguntó por él después.

—¿Te enseñó Blackwood eso? —pregunta Roman con un deje de dureza en su tono. Como si quisiera señalar que no me han dado toda la información.

—No —admito—. Quizá no sea importante. Puede que no lo tenga él si lo tiene la policía.

—Gracias, Vincenzo —dice Roman, levantándose bruscamente—. Deberíamos irnos.

—Claro. Dale un abrazo a Angelica de parte del tío Vinny, ¿quieres? Echo de menos cantar canciones con ella.

Roman se ríe. —Lo haré. Gracias de nuevo.

Me hundo en el asiento de cuero mientras Roman se aleja de la casa de Vincenzo, con la decepción instalándose pesadamente en mi pecho.

Toda esa expectación, toda esa esperanza... ¿para qué?

Una historia vaga sobre mi madre «agitada» y un cuaderno perdido que supuestamente se llevó la policía.

—Vaya pérdida de tiempo —mascullo.

Roman me mira de reojo. —¿No crees que lo que ha dicho ha sido útil?

—¿Útil? —Me vuelvo para mirarlo—. No nos ha dicho nada concreto. Solo rumores y observaciones de segunda mano. Mi madre se reunía con un hombre extraño. Estaba agitada. Tenía un cuaderno. Nada de eso nos dice quién la mató.

—A veces las piezas no tienen sentido hasta que tienes más de ellas —dice Roman, con una voz exasperantemente tranquila.

Me cruzo de brazos. —Llevo un año reuniendo «piezas», Roman. Estoy cansada de medias respuestas crípticas y de «quizás».

La verdad es que esperaba algo definitivo, un nombre, un motivo, algo a lo que pudiera aferrarme.

En cambio, he obtenido más preguntas.

¿Con quién se iba a reunir mi madre ese día? ¿Por qué iba a ser importante un cuaderno? ¿Y por qué Roman pareció de repente como si hubiera visto un fantasma cuando Vincenzo mencionó a Ernie?

Miro a Roman, que conduce pensativo. No puedo quitarme la sensación de que está atando cabos que yo no logro ver.

—¿Qué no me estás contando? —le pregunto directamente.

Sus ojos permanecen fijos en la carretera. —Nada.

—Sabes algo.

La mandíbula de Roman se tensa. —Sé muchas cosas, pero no sobre esto.

Está mintiendo, y es sorprendente lo mucho que duele.

Conducimos en silencio por el puente hacia Manhattan, con una familiar sensación de impotencia volviendo a invadirme.

Por un breve momento, me había permitido creer que con la ayuda de Roman podría finalmente obtener respuestas. Ahora ya no estoy tan segura.

—¿Qué esperabas averiguar hoy? —pregunta Roman finalmente.

—La verdad —digo simplemente—. Quién mató a mi madre y por qué.

—¿No te preocupa que la verdad pueda ser algo que no quieres saber?

La rabia hierve en mi estómago. —¿Crees que mi madre tenía una aventura? ¿O que estaba traicionando a la familia?

Roman se ríe y me entran ganas de pegarle. —Tú traicionaste a la familia. —Me mira de reojo—. Me pregunto, querida esposa, si no estarás terminando algo que tu madre empezó.

Lo miro boquiabierta. —¿De verdad piensas eso?

Se encoge de hombros. —No soy el único que tiene secretos aquí. —Me lanza una mirada intencionada—. ¿O sí?

Aparto la cabeza bruscamente para mirar por la ventanilla del copiloto, irritada y un poco preocupada. ¿Sabe lo del teléfono nuevo?

—No te preocupes. Estoy más decidido que nunca a averiguar qué le pasó a tu madre.

Suena a amenaza. —¿Qué crees que vas a averiguar? —pregunto, aunque no estoy segura de querer saberlo.

—La verdad.

Trago saliva. —¿Y qué harás con la verdad?

—Lo que hago siempre. Lo que sea necesario para proteger a la familia.

Sé sin lugar a dudas que hará exactamente eso, aunque signifique tener que matarme.

13

ROMAN

Otra mañana en la que me despierto mirando al techo, con la acompasada respiración de Isabella a mi lado, que es a la vez una tortura y una nana.

La suave curva de su cuerpo descansa a centímetros del mío, lo suficientemente cerca como para que su calor irradie a través de las sábanas.

Me duelen las manos por no tocarla. La polla me palpita por follármela.

No debería desearla tanto.

Se mueve en sueños y su pierna roza la mía. Me tenso de inmediato, ordenándole a mi cuerpo que no responda.

Han pasado tres noches desde que le quité la virginidad y he logrado mantener las manos quietas. A duras penas.

Se vuelve a girar, buscando calor inconscientemente, y se acurruca a mi lado. Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me duele.

Me deslizo fuera de la cama, con cuidado de no despertarla. Me voy a la ducha y la pongo helada para librarme de la necesidad candente que me corre por las venas.

Es una locura. Nunca debería haberla tocado.

Joder, no solo le quité la virginidad, sino que lo hice sin protección, como un estúpido adolescente salido.

El sicario que planifica cada detalle, que nunca deja pruebas, que calcula cada riesgo, y no fui capaz ni de coger un puto condón de la mesilla de noche.

Pongo la cara bajo el chorro de agua helada. Si se queda embarazada…

Joder. Un bebé.

Otro niño que proteger en esta vida. Otra complicación en una situación ya de por sí imposible.

Aunque, pensándolo bien, quizá no sería lo peor. Si lleva un hijo mío, La Corona nunca le pondría un dedo encima.

Marco, Leonardo… ninguno de ellos permitiría que le hicieran daño a la madre de mi bebé. La ataría a mí para siempre.

Pero ¿es justo para ella? ¿Atraparla aún más en una vida que nunca quiso?

Me paso una mano por la cara. No. No puedo pensar así. No puedo usar a un niño como escudo o como cadena. Y, sin embargo… la idea de Isabella embarazada de mi hijo me provoca una inesperada calidez a pesar del agua fría que se desliza por mi piel.

¿Cómo coño se ha complicado tanto todo esto?

Se supone que este matrimonio es un negocio. Protección para ella, información para mí.

No esta mezcla enloquecedora de deseo y duda. No pasarme la noche en vela, anhelando tocar a una mujer que todavía guarda secretos.

Este es el infierno que he creado para mí. Desear a una mujer que podría estar usándome, proteger a alguien que podría traicionarme, anhelar el contacto de unas manos que podrían ser mi perdición.

Salgo de la ducha y me visto. Es fin de semana, pero he quedado con Marco. Menos mal. Necesito poner algo de distancia.

Voy a la cocina y empiezo a preparar el desayuno. Hoy tocan gofres. Mezclo la masa y empiezo a verterla en la gofrera. La cocina huele a dulce y a café, cosas normales de fin de semana. Pero no hay nada normal en esta situación.

Isabella me lo recuerda al entrar en la cocina.

—¿Es que nunca duermes hasta tarde?

—Nunca. —Mantengo la concentración en los gofres.

—¿Puedo ayudar?

—Ahí hay unas fresas.

Isabella, de pie junto a la encimera, corta las fresas. Lleva el pelo recogido en un moño deshecho, con algunos mechones sueltos alrededor de la cara. Levanta la vista, me pilla mirándola y algo parpadea en sus ojos.

¿Es deseo? ¿Es desconfianza? Vaya baile de locos nos traemos ella y yo.

—Creo que ya tenemos para dar de comer a un ejército —dice, señalando la torre de gofres.

Me encojo de hombros.

—Angelica puede comer más de lo que te imaginas.

Como si la hubiera invocado, mi hija irrumpe en la cocina, todavía con su pijama de unicornios y el pelo alborotado.

—¡Gofres! —Se sube a un taburete de la encimera con los ojos brillantes—. ¿Con pepitas de chocolate?

—Hoy, con fresas —le digo, poniéndole un plato delante—. Isabella las ha cortado para nosotras.

Angelica mira a Isabella y luego las fresas.

—¿Las has lavado antes?

—Por supuesto —responde Isabella, con un toque de diversión en la voz.

—Bien. —Angelica coge la mantequilla—. Mami siempre decía que las fresas sucias te hacen daño en la barriga.

Me quedo helado, preguntándome si Angelica está intentando ser cruel al mencionar a su madre.

—Tu madre era muy lista —dice Isabella.

—Bueno —digo, carraspeando mientras le sirvo un plato a Isabella —, ¿qué tenéis pensado hacer hoy mientras yo me ocupo de unos asuntos?

—Quiero ver dibujos de Navidad. ¿Puedo, papi?

—Claro. ¿Por qué no? —Miro a Isabella—. ¿Y tú? —No he recibido ninguna notificación de que haya usado el móvil, pero últimamente he estado mucho más por aquí.

Hoy será un día perfecto para que lo haga si todavía tiene la intención de desafiarme.

—Yo… estoy haciendo un vestido de Navidad —dice Isabella con cautela.

Angelica frunce el ceño.

—¿Un vestido de Navidad?

—Sí. Lo estoy cosiendo. Para ti, de hecho.

—¿Para mí? —pregunta Angelica, con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. ¿Cómo es?

—Es de terciopelo rojo con…

—¿Plateado brillante? —pregunta Angelica, de repente animada.

—Sí.

—¿Puedo verlo? ¿Me enseñas a coser?

—Claro. —Isabella sonríe, y parece una sonrisa sincera—. Podríamos hacer algo para tus muñecas.

Las observo, olvidándome de los gofres, mientras Angelica acribilla a Isabella a preguntas sobre telas y agujas. El cambio es tan repentino que me hace sospechar.

¿Estará Isabella cambiando de táctica y usando a mi hija en su juego?

Joder. Me he vuelto un paranoico. Angelica no sabe nada y la señora Rossi estará aquí.

—¿Podemos empezar ya? —pregunta Angelica, bajando de un salto del taburete.

—Claro. ¿Por qué no?

Las veo desaparecer de la cocina, con Angelica parloteando emocionada sobre lentejuelas y cintas, e Isabella asintiendo con genuino interés.

Me levanto para fregar los platos.

Algo está cambiando en este lugar. La casa se siente diferente. Más cálida.

Aparece la señora Rossi y me espanta de los platos.

—Parece que la pequeña se está encariñando con su esposa.

—Eso parece —murmuro, todavía procesándolo.

—Ya era hora. Esa niña necesita una madre.

Me molesta su comentario, aunque sé que lo dice con buena intención.

—Tenía una madre.

La señora Rossi me lanza una mirada que he visto mil veces, entre la pena y la exasperación.

—Tenía, señor Ginetti. Tiempo pasado.

La verdad escuece, incluso después de todos estos años. Nadie reemplazará jamás a Emilia.

La forma en que le cantaba a Angelica para dormirla, cómo sabía exactamente cuándo presionar y cuándo consolar.

El amor feroz que sentía por nuestra hija desde el momento en que supo que estaba embarazada.

Y, por supuesto, por mí, un hombre que no se merecía a una mujer tan dulce, pero que de alguna manera la consiguió.

Pero la señora Rossi, con todas sus habilidades culinarias y su eficiencia, no es una madre. Es una mujer amable y buena que nos quiere a los dos, pero también es una empleada.

Desde el pasillo, oigo la risa encantada de Angelica, seguida de la más suave de Isabella. Mi mente se va a un lugar al que no debería.

Quizá este acuerdo podría ser más que un negocio y supervivencia. Quizá Isabella podría darle a Angelica algo que yo no puedo, una perspectiva de mujer, un toque más delicado.

Alguien que entiende lo que significa perder a una madre demasiado joven.

Niego con la cabeza, apurando el café. Me estoy precipitando. Isabella todavía tiene secretos. Todavía podría estar jugando a dos bandas. Todavía podría acabar muerta si hace un movimiento en falso.

Me pongo el abrigo y salgo al aire brutalmente frío de diciembre. Veinte minutos después, entro en el garaje subterráneo privado de Marco y apago el motor.

A pesar de ser un soltero sin planes de formar una familia, su casa está decorada con luces de Navidad que parpadean en los setos perfectamente recortados.

Me siento un momento, ordenando mis pensamientos antes de enfrentarme a mi mejor amigo y jefe.

El expediente que hay en el asiento del copiloto contiene todo lo que he descubierto sobre el asesinato de la señora Ferraza.

No es mucho, pero es suficiente para plantear preguntas incómodas. Preguntas que puede que Marco no quiera oír.

Cojo el expediente y entro, saludando con un gesto a los guardias que ya saben que no deben detenerme. El ama de llaves de Marco me dirige a su estudio sin decir palabra.

—Tienes una cara de mierda —dice Marco cuando entro, sin molestarse en levantar la vista de su escritorio.

¿Ah sí?

—Gracias. —Me dejo caer en el sillón de cuero frente a él—. No he dormido mucho.

Por fin levanta la vista, con las cejas arqueadas.

—¿La nueva esposa te mantiene ocupado?

Ignoro la insinuación.

—Necesito hablar contigo sobre la madre de Isabella.

La expresión de Marco cambia y todo rastro de humor se desvanece. Coge la licorera de su escritorio y nos sirve dos dedos de whisky a cada uno, aunque apenas son las diez de la mañana.

—¿Qué has descubierto?

—Algo que no cuadra. —Deslizo el expediente por su escritorio—. Las pruebas de Isabella tienen que ser falsas o estar manipuladas, pero quien las creó conocía detalles que no debería.

Marco hojea las páginas con cara de póquer.

—Explícate.

Le explico lo de los casquillos y el coche.

—¿Un Cadillac? ¿Desde cuándo tengo yo uno de esos? —Pone cara de asco.

—Tu padre tenía uno, pero lo comprobé y se deshicieron de él al año de que te convirtieras en Don.

—Putos coches americanos. —Niega con la cabeza—. ¿Es ese el coche con el que lo relacionan?

—No lo sé. Ni modelo… ni número de bastidor. Comprobé la matrícula del coche de tu padre y no es la misma.

Marco se recuesta, sumido en sus pensamientos.

—¿Qué sacas en claro de esto?

—Nada en concreto, excepto que creo que alguien quiere joder a la familia Calabresi.

—¿Los federales?

Niego a medias con la cabeza.

—Eso se da por supuesto, pero no estoy convencido de que hayan fabricado esta información.

—¿Por qué? Mienten mejor que nosotros.

—Cierto, pero…

—¿Y qué mejor manera de meterse en la familia que crear estas pruebas para tu mujer?

—También es cierto, pero también podría ser que alguien se las haya entregado.

Los ojos de Marco se oscurecen.

—¿Crees que es alguien de dentro de la familia o de La Corona?

Me encojo de hombros.

—O de fuera. Un grupo rival. No podemos descartar nada. —Me inclino hacia delante—. Pero hay algo más.

—Joder. ¿Qué más puede haber?

—Me reuní con Vinny Moretti y me contó que había rumores de que ella hablaba con un informante… quizá incluso tenía una aventura.

Marco arquea una ceja.

—Vaya. Me cuesta creerlo. Siempre fue muy devota de Leo.

Me encojo de hombros.

—Yo tampoco me lo creo. Confío en Vinny, pero eso no significa que tenga razón. Dijo que una vez la dejó en una cafetería y le pidió que aparcara calle abajo. Cuando volvió, estaba nerviosa.

—¿Qué crees que significa?

—No lo sé. Quizá se le acercaron como a Isabella. Quizá tenía una aventura. Quizá la estaban chantajeando. Todo esto es un montón de «quizás».

Él asiente, pensativo.

—Pero si estaba hablando con un informante, eso sugiere que alguien de dentro está filtrando información a la policía o a los federales. ¿Quién sería tan estúpido?

Me recuesto en el sillón, bebiendo un sorbo lento de whisky.

—¿Y qué hay de Ernie Abruzzo?

Marco se sobresalta, sorprendido.

—El hermano de Salvatore. ¿Ese gilipollas?

—Salvatore todavía la tiene tomada con que Leo se cargara a Ernie. Amenazó a Isabella en su propia cara.

—Primero, eso no significa que Ernie fuera un informante o que se viera con la mujer de Leo. —Niega con la cabeza—. Tenía demasiada clase para él. Pero… —dice antes de que pueda responder—, Salvatore tiene que recordar cuál es su lugar. Le recordaré que Isabella está protegida… por ahora.

El «por ahora» hace que se me encoja el estómago.

—La cuestión es que, ¿y si Ernie estaba cabreado porque tú y La Corona no quisisteis ascenderlo de asociado a soldado? Podría vengarse de nosotros chivándose.

Marco niega con la cabeza.

—Era ambicioso y temerario, pero no era estúpido. No habría actuado contra mí o contra La Corona.

—Podría haberlo hecho si estuviera trabajando con quienquiera que esté moviendo los hilos ahora.

—Resulta que era un yonqui. ¿Quién iba a confiar en él para enfrentarse a nosotros?

—¿Estamos seguros de que era un yonqui? Las sobredosis de droga son uno de los *modus operandi* de Ferraza. Por eso Sal piensa que él estuvo detrás de la muerte. —Me inclino hacia delante—. ¿No es raro que ninguno de nosotros sepa quién ordenó esa muerte?

Marco inspira hondo.

—Yo me inclinaba por la idea de que se suicidó, pero tienes razón. —Hace una pausa—. ¿Crees que lo ordenó Leo?

—Quizá. —Pero hay algo más que me inquieta de todo esto.

—¿Qué? Veo cómo te giran las ruedas en la cabeza.

—No lo sé. ¿Por qué iba Ferraza a matar a Ernie…?

—Acabas de sugerir que se estaba viendo con su mujer.

—Y tú has dicho que ella tiene demasiada clase. Es que parece que todo esto es parte de un plan muy elaborado. Somos como putas fichas de dominó. Alguien empujó una y está pasando toda esta mierda. La pregunta es, ¿cuál fue la primera ficha?

—¿Y quién la empujó? —Marco bebe un sorbo de whisky—. Alguien está jugando a largo plazo.

—Creo que es posible. —Recuerdo el funeral de Ernie. Leonardo Ferraza había estado allí, estoico y correcto como siempre, ofreciendo sus condolencias a Salvatore a pesar de los rumores de que él había ordenado el asesinato.

¿Era inocente él también?

¿Están jugando con el padre de Isabella igual que con su hija?

¿O alguien le tendió una trampa a su esposa y él los castigó a ambos matándolos? ¿O soy un paranoico y las muertes son una simple venganza por infidelidad o ni siquiera están relacionadas?

—Leonardo no es un mal hombre —me oigo decir—. Ha cometido errores, pero siempre ha puesto a la familia por delante.

—¿Ahora lo defiendes? —pregunta Marco enarcando una ceja—. ¿Después de que prácticamente vendiera a su hija para salvar su propia reputación?

—La vendió para salvarla —replico—. Mira, no lo estoy defendiendo. Es solo que hay algo que no encaja en todo esto. Somos todos

peones en el juego de otro.

—¿De quién? ¿Alguien de dentro o los federales?

—Eso es lo que intento averiguar. —Hay más cosas que necesito compartir con él. Puede que le oculte cosas a Isabella, pero no a Marco.

Aun así, no quiero ponerla en más peligro.

Decirle lo del nuevo teléfono de Isabella y su contacto del FBI es necesario, pero también necesito protegerla. Si la hago parecer una traidora voluntaria, estaré firmando su sentencia de muerte.

—Una cosa más —digo, manteniendo la voz firme—. Se han puesto en contacto con Isabella. Yo preparé la ocasión y ellos mordieron el anzuelo.

Marco entrecierra los ojos.

—¿Quién?

—Una mujer que no he identificado, para alguien que se hace llamar Blackwood. Del FBI, según ella. —Hago una pausa, eligiendo mis palabras con cuidado—. Él es quien le dio las pruebas manipuladas sobre el asesinato de su madre y convenció a Isabella de que nosotros éramos los responsables.

—Eso ya lo sabemos. Y ella debería tener dos dedos de frente para no creerse esa gilipollez.

Me inclino ligeramente hacia delante.

—Era una hija que perdió a su madre. El dolor nos vuelve vulnerables. Ese tal Blackwood sabía exactamente qué teclas tocar.

—Y aun así no estás convencido de que sea el cerebro detrás de todo este puto lío.

—Podría serlo, pero si Ernie y la señora Ferraza son parte de todo esto, es difícil creer que el FBI lo esté orquestando. Lo más probable

es que viera una oportunidad tras la muerte de su mujer y se acercara a Isabella.

—¿Seguro que tu nueva esposa no está nublando tu capacidad para ver las cosas con objetividad? —Su acusación queda suspendida en el aire entre nosotros.

—Estoy siendo objetivo. —Mantengo el contacto visual, sin echarme atrás—. Isabella fue manipulada por un profesional. Ella no es el cerebro aquí. Es otra víctima. Lo que no sé es si todo esto está relacionado y quién está detrás. ¿Hay alguien intentando destruirnos desde dentro y usando al FBI y a Isabella para hacerlo?

—¿Estás seguro de esto? —Marco me estudia con la intensidad que lo ha convertido en un Don temido.

—Lo estoy. —La convicción en mi voz me sorprende incluso a mí. ¿Cuándo me he convencido tanto de su inocencia?

A pesar del teléfono oculto, a pesar de su resistencia inicial, algo en lo más profundo de mis entrañas me dice que no es nuestra enemiga. Está atrapada en la misma red que nosotros, luchando por encontrar la verdad.

—Confío en ti, Roman. Sabes que lo hago. Pero recuerda lo que está en juego. Si te equivocas con ella...

—No me equivoco.

Marco se recuesta, estudiándome de una forma que me incomoda.

—Ten cuidado. No dejes que lo que pasa en tu cama nuble lo que pasa por tu cabeza.

No respondo. No puedo. Sí, me cabrea, pero tiene razón en dudar de mí. Isabella se me ha metido bajo la piel de una forma que nunca anticipé, y sinceramente no puedo decir de dónde viene mi certeza sobre su inocencia.

—¿Has considerado que sea una parte activa del juego? Podría estar jugando contigo.

Me muevo en mi silla.

—Es lista. Cautelosa.

—Eso no es lo que he preguntado.

Tomo otro sorbo de whisky, usando el ardor para anclarme a la realidad.

—Lo he considerado. Y seguiré haciéndolo. Pero mi opinión es que solo está centrada en encontrar respuestas sobre su madre. Eso es lo que la convierte en un buen objetivo.

—Roman. —Su voz es una advertencia—. Necesito tu evaluación clara. No… lo que sea que es esto.

Está claro que ve más de lo que quiero que vea. ¿Puede notar que me despierto queriendo tocar su suave piel, oírla gemir mi nombre?

¿Que verla con Angelica hace que algo muerto hace mucho tiempo en mi interior vuelva a la vida?

¿Que estoy empezando a preocuparme por ella más allá de lo que sirve a nuestros intereses?

Pero admitirle algo de esto a Marco sería peligroso para todos nosotros.

—Mi evaluación es que no es nuestra enemiga —digo con cuidado—. Fue manipulada. Utilizada. Pero es lo suficientemente lista para darse cuenta de eso ahora.

—¿Y si te equivocas? —Marco entrecierra los ojos—. ¿Si tu juicio está comprometido?

Nunca antes le he dado motivos para dudar de mí. Nunca he tenido motivos para dudar de mí mismo.

—Mi juicio está bien. —Dios, espero que sea verdad.

Me estudia durante un largo momento.

—Sabes lo que pasará si nos traiciona.

Asiento una vez, incapaz de imaginarme ejecutando esa sentencia ahora.

—¿Y harás lo que se tenga que hacer? —insiste.

La pregunta me inquieta. Hace una semana, habría respondido sin dudar. Habría cuestionado matar a una mujer, la hija de un Don, pero nunca antes me había negado a hacer algo para Marco. Ahora, no estoy seguro de poder hacerle daño ni para salvarme a mí mismo.

He pasado veinte años como el sicario de Marco, su sombra, su ejecutor. He sido su hermano durante más tiempo. Nunca lo he cuestionado. Nunca he dudado. Mi lealtad a la familia es absoluta.

Hasta ahora.

—Esperemos que no se llegue a eso —digo.

Marco se recuesta en su silla, los dedos tamborileando pensativamente contra el borde de su vaso, y me doy cuenta de que probablemente ha sido la respuesta equivocada.

—Sabes, si Isabella es realmente un peón inocente y resolvemos esta situación, encontramos quién está realmente detrás del asesinato y neutralizamos a este agente del FBI, podría no haber necesidad de continuar con este acuerdo con ella.

Mi cuerpo se tensa antes de que mi mente procese sus palabras.

—¿Qué quieres decir?

—El matrimonio. —Se encoge de hombros—. Fue una solución a un problema inmediato. Si el problema se resuelve, quizás Leonardo prefiera que su hija vuelva a casa. Empezar de nuevo.

Miro fijamente a Marco, sus palabras me golpean como una viga en el pecho. Isabella volviendo a casa de su padre. Empezando de nuevo.

Libre de este acuerdo. Libre de mí.

—Es una opción —digo, con la voz más ronca de lo que me gustaría.

Los labios de Marco se curvan en una sonrisita que me dice que me ha calado.

—Solo una opción.

Asiento, sin fiarme de poder decir nada más. El whisky se agria en mi estómago al recordar las palabras de Isabella de nuestra primera noche juntos.

No quiero morir, pero ¿para qué vivir? Mi vida no es mía. Estoy atrapada.

Me había hablado de sus sueños de diseño, de crear algo hermoso con sus propias manos. De salir de la sombra de La Corona.

En ese momento lo descarté como una fantasía ingenua. No hay escape de esta vida una vez que has nacido en ella, excepto a través de la muerte.

Pero ahora, con Marco sugiriendo que podríamos liberarla de nuestro acuerdo, me veo obligado a enfrentar una verdad incómoda. Isabella podría tener la libertad que desea.

Podría ayudarla a alejarse de todo esto. De la vigilancia, del peligro, de mí.

La idea debería ser un alivio. Este matrimonio fue forzado para ambos, un acuerdo de negocios para resolver un problema. Entonces, ¿por qué la idea de dejarla ir se siente como si alguien me hubiera dejado un hueco en el pecho?

—¿Roman? —La voz de Marco me trae de vuelta.

—Te oigo —digo, recomponiéndome—. Veremos cómo se desarrollan las cosas.

—Bien. Ahora tengo algo que necesito que hagas. Tenemos a unos rusos invadiendo nuestra zona. —Marco se pone en modo profesional.

—¿De quién? ¿De Petrov?

—Dice que no y nos ha dado luz verde para eliminarlos. Salvatore cree que estarán aquí esta noche. Quiero que te deshagas de ellos… para siempre.

Cojo el papel con la dirección. Una oleada de normalidad me invade. Esto es lo que necesito. Con Isabella, me siento descentrado.

Como un puto gilipollas a veces.

Pero esto… matar a los que hacen daño a la familia, esto sí lo conozco.

—Me encargaré de ello.

Me ocupo de otros asuntos hasta que es hora de reunirme con Sal en el almacén.

Esta zona de la ciudad fue una vez territorio de la Bratva, pero Marco la consiguió tras una violenta disputa hace casi quince años.

Otro grupo ruso entró, dirigido por Alexi Petrov. Entendió que Marco era más fuerte con La Corona respaldándolo y negoció una tregua que le permitía usar el territorio si pagaba un tributo.

Según Marco, alguien que no es Petrov está usando la zona y tienen que desaparecer.

Aparco el todoterreno frente al almacén y compruebo mi pistola. A mi lado, Salvatore se mueve en su asiento, con los dedos tamborileando contra su muslo.

—¿Estás nervioso? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Claro que no. Listo para partir algunas cabezas.

Deslizo la pistola en la funda de mi hombro y cojo mi bolsa del asiento trasero. Soy un cabrón de mierda por tener ganas de torturar a estos gilipollas.

—Vamos.

Salvatore asiente, sus ojos se dirigen a la entrada del almacén.

—Estos rusos creen que pueden mover mercancía en nuestro territorio sin pagar tributo. Menuda falta de respeto.

El aire nocturno es cortante y frío cuando salimos del vehículo. Por un momento, me hace pensar en la Navidad, lo que me hace pensar en Angelica y luego en Isabella cosiendo un vestido de Navidad.

Rápidamente, aparto esas imágenes de mi cerebro.

Roman, el hombre de familia, ha desaparecido.

Roman, el temido sicario, entra en el almacén.

Echo los hombros hacia atrás, sintiendo la calma familiar asentarse sobre mí. Esta parte de mí, la que puede hacer daño a la gente sin dudarlo, es tan natural como respirar.

Dentro, tres hombres juegan a las cartas en una mesa plegable, rodeados de cajas de artículos de diseño falsificados. Nos miran al entrar, la confusión se convierte rápidamente en reconocimiento y miedo.

—Caballeros —digo, golpeando el bate contra mi palma—. Parece que tenemos un problema con vuestro entendimiento de los límites territoriales.

El mayor se levanta, con las manos en alto en señal de apaciguamiento.

—Señor Ginetti, debe de haber un malentendido. Petrov…

Blando el bate en un movimiento fluido, conectando con su rótula. El crujido resuena en el almacén, seguido de su grito mientras se desploma.

—No hay ningún malentendido —digo, mi voz inquietantemente tranquila incluso para mis propios oídos—. Solo consecuencias.

—Pero Pet…

—No solo sois unos ocupas, sino también unos mentirosos. Petrov aprobó nuestra visita. Aprobó vuestro exterminio. —Miro a Sal—. ¿Cuál quieres?

La mirada de Sal se dirige al hombre más grande del grupo, por supuesto. No pasa nada. Dos para mí.

Como si lo supieran, uno echa a correr. Saco mi pistola y disparo, dándole de lleno en la cabeza. Cae hecho un ovillo.

Suspiro.

—Así no es tan divertido.

Lo que sigue es metódico. Preciso. Soy muy bueno en mi trabajo. Para cuando termino, el mensaje es claro. Nadie opera en territorio Calabresi sin permiso y tributo.

—¿Qué hacemos con ellos? —dice Sal mientras contemplamos los resultados.

—¿A quién crees que pertenecen? Petrov ha dicho que no son suyos.

—Tiny dijo que uno de ellos era el hijo de Lienev y quería recuperar lo que el Don Calabresi robó.

—Lienev está muerto.

—Cierto, pero tienen un pequeño club o algo en Queens. Podríamos dejarlos allí —dice Sal, guardando su pistola en la funda y envainando su cuchillo.

—Dejemos a uno allí, los otros en los muelles. —Sé que Sal entiende que esto significa esconderlos en la carga y hacer que alguien en el barco los arroje en medio del océano.

—Llamaré a limpieza. —Sal saca su teléfono y hace la llamada.

Mientras volvemos al coche, Sal está prácticamente vibrando de adrenalina. Yo estoy tranquilo, como siempre.

Mientras esperamos al equipo de limpieza, limpio casualmente la sangre de mi bate con un pañuelo.

—Llevo tiempo queriendo preguntar por tu hermano.

Salvatore se pone rígido.

—¿Ernesto? ¿Qué pasa con él?

—Estás convencido de que el Don Ferraza ordenó su muerte. —Abro el maletero y meto el bate dentro—. Tengo curiosidad por saber qué pruebas tienes.

—¿Por qué? ¿Piensas hacer algo al respecto? —Su voz tiene un deje de esperanza.

Me encojo de hombros.

—Solo me quiero asegurar de proteger a Marco.

—Mis pruebas son sólidas. Primero, Ernesto se reunió con uno de los capitanes de Ferraza la noche antes de que lo mataran. Segundo, no era un drogadicto.

Enarco una ceja.

—¿Eso es todo? ¿Una reunión y que crees que estaba limpio?

—¿Me estás cuestionando, Ginetti?

Me encojo de hombros.

—Solo me preocupa que estés obcecado con esto. Ernie estaba creando problemas con todas las familias. Metiendo las narices en asuntos que no le incumbían. Ya sabes cómo funciona esto.

—Solo estaba ansioso, eso es todo.

Sal cree que su hermano se reunió con un capitán de Ferraza, pero ¿y si fue con la esposa de Ferraza?

—¿Hay alguna posibilidad de que se reuniera con la esposa del Don Ferraza?

—Pero qué coño, Ginetti. ¿Por qué haría eso?

Me encojo de hombros de nuevo.

—Se rumorea que se estaba viendo con alguien… una aventura o un soplón, tal vez. —No estoy seguro de si debería compartir tanto, pero necesito respuestas.

Espero que Sal se me eche encima. En lugar de eso, me fulmina con la mirada.

—Quizá la conocía, pero no la habría matado.

Me detengo en seco.

—¿Estás diciendo que Ernie conocía a la señora Ferraza?

Esta vez se encoge de hombros.

—Quizá la conocía, pero como he dicho, no la habría matado.

—¿Por qué?

—Si alguien quería verla muerta, era Leo. Eso es lo que les pasa a los traidores.

Intento no quedarme boquiabierto ante las implicaciones.

¿Mandó Leo matar a su esposa?

No, eso no puede ser.

Isabella lo traicionó y él luchó con uñas y dientes para protegerla. Seguramente, habría hecho lo mismo por su mujer.

—¿Qué quieres decir? —Siento que estoy a punto de encontrar el hilo correcto del que tirar en este enrevesado caso.

Sal se acerca, poniendo su cara frente a la mía.

—¿Por qué no le preguntas a tu mujer?

14

ISABELLA

Me despierto de un sobresalto con la imponente figura de Roman cerniéndose sobre mí, con los ojos oscuros por la furia.

El colchón se hunde bajo su peso mientras apoya un brazo junto a mi cabeza. El corazón me martillea en las costillas.

—Me has estado mintiendo todo este tiempo —su voz es engañosamente queda, controlada, como se pone antes de recurrir a la violencia—. Usándome.

Me pego al cabecero de la cama, pero eso no crea ningún espacio entre nosotros. No tengo adónde huir. —¿De qué estás hablando?

—Del teléfono, Isabella. El que te dio esa mujer en la tienda de telas. El que has estado escondiendo.

Se me seca la boca. ¿Cómo lo sabía? Había sido tan cuidadosa. —Yo no… No estaba… —Las palabras se me atascan en la garganta.

—¡No me mientas! —Su palma golpea el cabecero a mi lado, haciéndome respingar—. Lo he oído todo, Isabella. Todas y cada una de las palabras.

La realidad se me viene encima. Me ha estado vigilando de alguna manera. La idea hace que me sienta violada, expuesta.

—¿Me estabas espiando?

Se ríe con desdén. —Sabías a lo que te atenías cuando elegiste casarte conmigo en lugar de… —Deja en el aire mi alternativa, la muerte—. Es mi trabajo saber qué coño estás tramando. Pero como un idiota… —Se levanta de la cama y empieza a pasearse, furioso.

Aprovecho la oportunidad para moverme al otro lado de la cama. Él se gira bruscamente. —Después de todo. Después de prometer que te ayudaría a encontrar la verdad sobre tu madre. Después de llevarte a mi cama.

—No tenías ningún derecho a espiarme —susurro, la ira superando momentáneamente mi miedo.

Roman niega con la cabeza. —Tenía todo el derecho. Tus acciones amenazan a mi hija. Cuando se trata de ella, tengo todo el puto derecho a hacerte lo que me dé la gana.

Dios mío, va a matarme.

—Estás colaborando con la gente que intenta destruir a mi familia.

—¡Le dije que no! —protesto—. Si estabas escuchando, me oíste. Le dije a Blackwood que no podía seguir haciéndolo.

—Pero no me lo dijiste a mí. —Entrecierra los ojos—. ¿Qué más no me has contado?

Niego con la cabeza frenéticamente. —¡Nada! Te juro que no sé nada más.

Trago saliva, mirando fijamente el rostro implacable de Roman. Este no es el hombre que me tocó con tanta ternura hace solo unos días. Este es el sicario, el asesino que ha hecho desaparecer a hombres sin dejar rastro.

—Me lo vas a contar todo ahora mismo, Isabella. Todo. —Su voz baja a un susurro mortal—. O se acabaron las contemplaciones. Te convertirás en mi prisionera, y te aseguro que te mantendré alejada de Angelica.

La mención de su hija hace que se me revuelva el estómago. En tan solo unos días, le he cogido cariño a la pequeña con su feroz independencia y su espíritu creativo.

El vestido que le estoy haciendo está a medio terminar sobre mi mesa de costura.

—Roman, por favor…

—Ahora. —La palabra corta el aire, interrumpiéndome.

El pánico se apodera de mí. Estoy completamente a su merced si decide que soy una amenaza. Pero, sinceramente, no sé qué me está pidiendo. No hay nada más que le haya ocultado.

—No sé qué quieres que te diga —susurro, con la voz temblorosa—. El teléfono era lo único que te ocultaba. Te lo juro.

—¿Y qué me dices de Ernie Abruzzo? —exige Roman, con voz afilada.

El nombre no me dice nada. Parpadeo, confusa, intentando ubicarlo desesperadamente. —¿Ernie Abruzzo? No… ¿quién es?

—No te hagas la tonta conmigo, Isabella.

—¡No lo hago! —Entonces caigo en la cuenta. El chófer había empezado a mencionar a alguien llamado Ernie—. Dijiste que Ernie no tenía nada que ver con esto.

La risa de Roman es amarga, cruel. —Deja de andarte con gilipolleces y dime lo que sabes. —Se inclina más, su rostro a centímetros del mío—. No voy a seguir jugándomela por ti.

El cambio es tan repentino, tan completo, que siento que me ahogo. ¿Qué le ha pasado al hombre que me abrazó con tanta ternura? ¿Que prometió ayudarme a encontrar la verdad?

—Roman, por favor —suplico, cogiéndole del brazo—. No conozco a nadie llamado Ernie Abruzzo. Nunca había oído ese nombre antes de que nos reuniéramos con el chófer.

Sus ojos escrutan los míos, buscando el engaño.

Le sostengo la mirada, deseando que vea la verdad. —No te estoy mintiendo. No sobre esto.

Se da la vuelta, paseando por el dormitorio. —Cuéntame qué hacía tu madre en las semanas previas a su asesinato —dice finalmente, deteniéndose para mirarme—. Cada detalle que recuerdes.

Tengo la mente hecha un lío, los pensamientos se me escapan como peces asustados. —Yo… no lo sé. —Me aprieto las sienes con las palmas de las manos.

—Piensa, Isabella —exige—. ¿Algo inusual? ¿Nuevos amigos? ¿Cambios en la rutina?

Me obligo a respirar hondo, a superar el pánico que nubla mis pensamientos. El rostro de mi madre aparece en mi mente.

—Estaba… normal, creo. Organizando una gala benéfica. De compras. Lo de siempre. —Me esfuerzo por recordar detalles—. Nunca mencionó nada raro. No tenía ni idea de que se viera con nadie. No sé por qué lo haría, a menos que fuera por uno de sus eventos benéficos.

Roman se pasa una mano por el pelo. —¿Y tu padre? ¿Cómo estaban las cosas entre ellos?

La pregunta me hace dudar. —¿Estaban… bien? Es decir, nunca fueron especialmente cariñosos, pero eso era normal en ellos. —Me esfuerzo por pensar más, intentando recordar alguna señal de tensión—. Papá estaba ocupado con los negocios. Mamá se quejaba de ello a veces, pero no era nada nuevo. En el fondo, estaban comprometidos el uno con el otro.

—¿Y la familia? ¿Tenía una relación cercana con alguien en particular? ¿Alguna de las otras esposas?

—No diría que fueran sus mejores amigas, pero pasaban tiempo de compras o trabajando en eventos. No le gustaba el negocio familiar.

Lo toleraba por mi padre, pero siempre quiso que yo me mantuviera alejada de todo eso. —Me encojo de hombros y bajo la mirada a las sábanas—. Supongo que en eso le fallé. —Levanto la cabeza de golpe al recordar algo—. Hubo una cosa. Unos meses antes de que muriera, mi padre empezó a hablar de concertar un matrimonio para mí.

Las cejas de Roman se alzan ligeramente. —¿Con quién?

—No lo sé. Alguien de La Corona. —Niego con la cabeza, recordando la cara de mi madre cuando mi padre lo mencionó por primera vez —. Mi madre se puso furiosa. Una noche los oí discutir sobre ello.

—¿Qué dijo ella?

—Le dijo que yo tenía mis propias esperanzas y sueños. Que merecía elegir mi propio camino. —El recuerdo me provoca un nudo en la garganta—. Le hizo prometer que no me casaría por conveniencia, al menos hasta que tuviera la oportunidad de vivir mi propia vida.

Roman se apoya en la cómoda, con los brazos cruzados. —¿Y tu padre?

—Se mantuvo firme. Dijo que el matrimonio era necesario para mantener su relevancia en La Corona, ya que no tenía un hijo que lo sucediera cuando él falleciera. Que ya casi se me había pasado el arroz. —Todavía puedo oír la voz de mi padre, la fría lógica de su argumento—. Mi madre estaba destrozada. No paraba de decir que tenía que haber otra manera.

—¿Mencionó cuál podría ser esa otra manera?

Cierro los ojos, intentando recordar cualquier pista, cualquier indicio que pudiera haber dejado caer. —No lo sé. Solo dijo que se aseguraría de que no acabara atrapada en esta vida. Prometió que me salvaría de ella.

—¿Cómo? —pregunta Roman, su voz de repente afilada por el interés.

Niego con la cabeza, impotente. —No lo sé. Nunca me lo dijo. Y entonces… —Y entonces la mataron.

—¿Alguna vez le preguntaste a tu padre sobre ello después? ¿Sobre lo que ella quería decir?

—No. —Miro a Roman, y de repente me doy cuenta de algo—. Estaba demasiado afligida, y luego enfadada porque a nadie parecía importarle lo suficiente como para averiguar lo que de verdad le había pasado.

Los paseos de Roman se vuelven más intensos con cada vuelta que da por el dormitorio.

—Ernie Abruzzo era un aspirante a mafioso, pero no era ni la mitad de listo que su hermano, Salvatore —dice, más para sí mismo que para mí—. Un matón de poca monta con grandes ambiciones que intentaba entrar en cualquiera de las familias cuando a Marco no le interesaba, y Marco le prohibió a Salvatore que lo ascendiera a algo más que un recadero, e incluso para eso necesitaba un compañero. Marco no confiaba en él. Desapareció más o menos en la misma época en que mataron a tu madre.

Aprieto la sábana con más fuerza. —¿Qué tiene que ver él con mi madre?

—Eso es lo que estoy intentando averiguar. —Roman se detiene en seco y se gira para mirarme—. Si era un informante como dijo Vinny y tu madre lo descubrió, o quizá se topó con algo. O quizá… —Duda.

—¿Qué? —exijo.

—Quizá ella estaba colaborando con él.

La acusación me ofende hasta la médula. —Eso es una locura. Mi madre nunca traicionaría a mi padre.

—¿Para salvarte de esta vida? ¿Para evitarte un matrimonio concertado? —Los ojos de Roman se clavan en los míos—. ¿Qué no haría una madre por su hija?

Me siento mareada, atrapada entre la defensa de la memoria de mi madre y la aterradora posibilidad de que Roman tenga razón.

Si estaba intentando encontrar una vía de escape para mí, ¿hasta dónde sería capaz de llegar?

—Pero ¿cómo podría ayudarla si no era nadie? —pregunto. No tiene ningún sentido.

—Si era un informante, podría conseguir que quienquiera que fuera al que informaba te ayudara. ¿No es eso lo que le pediste a Blackwood que hiciera? Quizá fue a través de Ernie que Blackwood supo cómo dar contigo.

Son todo conjeturas, pero tienen cierta lógica. —¿Pero por qué matarla a ella? ¿O a él?

Me mira como si fuera tonta. —Sabes que en este mundo, la deslealtad y la falta de respeto se castigan con dureza.

—Pero tú no me has matado. Seguro que mi padre habría intentado salvarla también si la hubieran relacionado con un informante. Mi padre no es cariñoso, pero la quería. —El suyo no era un matrimonio pasional, pero había compromiso y devoción. De eso no tengo ninguna duda.

—El amor no excluye la traición —dice Roman en voz baja.

No puedo creer que mi padre matara a mi madre, o que lo ordenara o que estuviera de acuerdo si La Corona lo exigía. Simplemente, no puedo.

Miro fijamente a Roman, mis pensamientos en espiral. —¿Y si este Ernie mató a mi madre? —pregunto, desesperada por cualquier explicación que no implique a mi propio padre—. ¿Quizá la estaba utilizando, pero las cosas salieron mal?

La expresión de Roman se vuelve pensativa. —Es posible, pero Ernie Abruzzo murió de una sobredosis de heroína más o menos en la misma época en que mataron a tu madre.

—¿Una coincidencia? —sugiero débilmente.

—La sobredosis de heroína es la forma característica de tu padre de deshacerse de los problemas.

—Así que quizá Ernie mató a mi madre y mi padre lo mató a él por ello. —Pero incluso mientras lo digo, no estoy segura de creérmelo —. Pero ¿cómo habría sabido mi padre lo de ellos? ¿Cómo los habría relacionado?

Roman se sienta en el borde de la cama, su peso hace que el colchón se hunda hacia él. —Si tu padre no sabía ya de su conexión, ¿cómo encontró a Ernie? Y si lo sabía…

—Entonces sabía que mi madre estaba planeando algo —termino, sintiéndome enferma—. Lo sabía y la detuvo.

La habitación parece encogerse a mi alrededor al tener que considerar que mi padre mató a mi madre y a este tal Ernie, todo para salvarse a sí mismo y a La Corona.

No sé por qué me sorprende. Sé que los Dones y La Corona están por encima de todo lo demás.

—No sabemos nada con certeza —advierte Roman, pero puedo ver en sus ojos que está pensando lo mismo que yo.

Se levanta y se dirige hacia la puerta. Ahora no parece peligroso, pero está definitivamente distante.

—Espera —lo llamo, con una voz pequeña y rota—. ¿Vas a… vas a quitarme el teléfono?

Se detiene con la mano en el pomo y se vuelve para mirarme. Su expresión es indescifrable, esos ojos oscuros no revelan nada.

—No —dice finalmente. La única palabra queda suspendida entre nosotros.

Parpadeo, sorprendida. —¿Por qué no?

—Porque si tengo que forzar tu lealtad, no me vale de nada. —Su voz es tranquila, objetiva, pero tiene un filo que me eriza la piel.

—No lo entiendo.

—Es sencillo, Isabella. No puedes jugar a dos bandas. No puedes estar en ambos bandos y esperar sobrevivir. No en este mundo.

Me abrazo a mí misma, como si eso pudiera protegerme de él, de su mundo.

Sus ojos se clavan en los míos. —Soy yo o Blackwood. La Corona o el FBI. Aquí no hay término medio.

—¿Y si elijo mal?

La expresión de Roman no cambia. —Entonces ya no podré protegerte.

La amenaza es clara, aunque no la haya expresado. Sigo siendo un lastre. Sigo siendo prescindible si doy un paso en falso.

—Necesito tu confianza —continúa—. Pero lo que es más importante, tienes que decidir dónde están tus lealtades. No solo para aparentar, sino de verdad.

Sale por la puerta y se detiene. —Ah, y hasta que te decidas, mantente alejada de mi hija, joder.

15

ROMAN

Cierro la puerta del dormitorio de un portazo, con la furia todavía corriéndome por las venas. Joder. La expresión en el rostro de Isabella... puro terror. Como si estuviera a punto de meterle una bala en la cabeza.

Me paso la mano por la cara. La he asustado. Y mucho. *Bien*, dice mi parte fría y calculadora. Que tenga miedo. Que entienda lo que está en juego.

Pero hay algo más que me corroe por dentro. Algo que se parece incómodamente a la culpabilidad.

A mis cuarenta y cinco años, debería tener más temple como para dejar que las emociones me nublen el juicio. He sobrevivido tanto tiempo manteniendo la cabeza fría, tomando decisiones racionales.

Y, sin embargo, aquí estoy, atrapado entre el deseo de proteger a esta mujer y el de zarandearla hasta que entienda el peligro en el que se encuentra, el peligro en el que nos está metiendo a todos.

Con qué facilidad me he dejado llevar por sus grandes ojos, por su aparente inocencia.

Por su cuerpo contra el mío.

Patético.

Me he convertido en un puto adolescente, pensando con la polla en lugar de con el cerebro.

Me dirijo a mi despacho. Esto ya no va de Isabella.

Va de Angelica.

De Marco.

De mis responsabilidades.

No puedo permitirme el lujo de ser blando porque una mujer hermosa me haya hecho sentir algo que no sentía en años.

Las pruebas en su contra están ahí. El teléfono, su conexión con Blackwood, su negativa a sincerarse hasta que la he forzado.

Y, aun así, su confusión sobre Ernie parecía genuina. El miedo en sus ojos cuando la he confrontado no era teatro.

¿Está jugando conmigo? ¿O están jugando con ella?

Sea como sea, he sido un idiota. He bajado la guardia, me he permitido esperar que quizá pudiera ser algo más que una misión. Algo más que una amenaza potencial que eliminar.

Necesito recordar quién soy. Qué soy. El ejecutor. El hombre que hace lo que hay que hacer, cueste lo que cueste.

Incluso si ese coste es lo que sea que ha estado creciendo entre Isabella y yo.

Recorro mi despacho de un lado a otro, con la furia y la decepción luchando en mi interior.

Todo cambió en el momento en que Sal mencionó la conexión de Ernie con la madre de Isabella. Las piezas empezaron a encajar de una forma que no lo hicieron cuando Vinny mencionó la posibilidad.

La defendí. Como un puto idiota, me planté ahí y le dije a Sal que se equivocaba.

Pero entonces me enseñó las fotos. La madre de Isabella con Ernie en una cafetería. En un parque. Subiendo a su coche. Las fechas coincidían con las semanas previas a su asesinato.

La fachada de inocencia que había construido alrededor de Isabella se desmoronó. Cada duda, cada vez que se había guardado información, no era por miedo o confusión. Era cálculo.

—Sabe más de lo que aparenta, Roman —había dicho Sal, con los ojos duros, llenos de certeza—. Ernie estaba muy metido con la señora Ferraza antes de que muriera.

—¿Por qué no le dijiste nada a Marco? —le pregunté.

—¿Quién te dice que no lo hice?

Eso me hizo detenerme. ¿Le habría contado Salvatore a Marco lo que Ernie se traía entre manos?

Si es así, ¿por qué Marco no ha dicho ni una palabra?

Marco no me debe nada, pero soy su mano derecha.

Aquel con quien comparte ideas o preocupaciones, y nunca mencionó que la señora Ferraza se reuniera con Ernie.

—¿Qué te hace pensar que Isabella sabe algo de eso?

Sal puso los ojos en blanco. —¿Por qué crees que se reunía con Ernie? Quería sacar a su hija de esta vida.

—¿Así que sabías que tu hermano hablaba con los federales y Marco lo sabía? —No me cabía en la cabeza.

—A veces, la información fluye en ambas direcciones. Mira, sé que mi hermano era un gilipollas, pero aceptó compartir lo que averiguara del FBI y a los federales les dio información de mierda sobre nosotros.

—¿Cómo encajaba la señora Ferraza en todo esto?

Sal se encogió de hombros. —Supongo que oyó que hablaba con los federales y pensó que podría ayudarla. —Sus ojos se ensombrecieron—. Y por su culpa, mi hermano está muerto. Sabes tan bien como yo que la muerte favorita de Ferraza es por drogas. Es como un puto eutanasista. Y luego su hija está hablando con los federales, entregando información real… Eso no se puede tolerar, Ginetti, y lo sabes.

Necesito una puta copa. El ardor parece apropiado.

He pasado mi vida leyendo a la gente. Así es como he sobrevivido. Como he protegido a Marco y a la familia.

Y, de alguna manera, he dejado que esta mujer se colara por mis defensas.

Isabella no es solo una hija buscando justicia. Ha estado jugando conmigo, con toda La Corona, desde el principio.

El acto virginal, la espía reacia convertida en esposa dispuesta, todo era parte de su juego.

Acercarse a mí, obtener información, tal vez incluso manipularme para que me volviera contra Marco.

Joder, casi me lo trago.

¿Cuántas veces me pregunté si sería capaz de cumplir su orden si me exigiera que la matara?

¿De verdad estaba pensando en ir en contra de mi hermano por ella?

Me bebo el whisky de un trago. La mujer que duerme en mi cama, que enseña a coser a mi hija, que me hizo sentir algo que creía muerto con Emilia, me ha estado mintiendo a la cara.

El ejecutor en mí sabe lo que tiene que pasar. El padre en mí sabe lo que está en juego.

Sea cual sea el objetivo final de Isabella, lo que sea que ella y Blackwood estén planeando, se acaba ahora. Se acabó el bajar la guardia. Se acabó el creer en sus lágrimas o en su contacto.

A partir de este momento, Isabella Ferraza no es más que una amenaza que neutralizar.

Me dejo caer en la silla de mi escritorio y saco un bloc de notas nuevo, con la necesidad de ordenar el caos que tengo en la cabeza. Esto ya no va solo de Isabella. Hay un panorama más amplio que se me escapa.

Escribo *Ernie Abruzzo* en la parte superior de la página y lo rodeo con un círculo dos veces.

Ese pedazo de mierda está muerto, pero sigue causando problemas.

¿Cómo demonios conocía la señora Ferraza a ese tipo? ¿Qué llevaría a la esposa de un mafioso a asociarse con un aspirante como Ernie? ¿Uno que hablaba con los federales?

Tenía que saber lo peligroso que era.

Dibujo una rápida cronología, marcando la muerte de la señora Ferraza y la «sobredosis» de Ernie con solo unos días de diferencia. No es una coincidencia. Nunca lo es en nuestro mundo.

¿Por qué confiar en Ernie?, escribo y lo subrayo.

La señora Ferraza era inteligente. Tenía que serlo para sobrevivir como esposa de Leonardo todos esos años.

No lo arriesgaría todo reuniéndose con Ernie a menos que estuviera desesperada. Las fotos que me enseñó Sal confirmaban múltiples reuniones.

Golpeo el bolígrafo contra el papel. Quería evitar que Isabella tuviera un matrimonio concertado. ¿Planeaba huir? ¿Alejar a Isabella de esta vida?

Si era así, Ernie fue la peor elección posible para pedir ayuda. El hombre era un parásito, siempre buscando sacar tajada. Habría vendido a su propia madre por una oportunidad de congraciarse con cualquiera de las familias. Joder, probablemente las vendía a traficantes.

A menos que lo eligiera porque estaba conectado, pero no era respetado.

¿Quién le creería a él antes que a la esposa de un don respetado?

Como informante, si ella lo sabía, tendría acceso a los federales para ayudarla a escapar, que es lo que Isabella esperaba cuando su intento de averiguar sobre su madre le salió mal.

Me pregunto por qué el agente Blackwood no le enseñó las fotos de su madre a Isabella. Solo compartió supuestas pruebas contra la familia Calabresi. ¿Por qué?

Me centro de nuevo en la señora Ferraza y en Ernie, sintiendo que son la clave. Que si pudiera averiguar qué pasó entre ellos y qué les pasó a ellos, todo tendría sentido.

Escribo: *¿La Sra. F. usaba a Ernie? ¿O Ernie la usaba a ella?*

Y debajo de eso: *¿Quién se benefició de ambas muertes?*

Me quedo mirando la pregunta, sintiendo que estoy rondando algo importante. Las piezas están ahí, pero todavía no puedo ver la imagen completa.

Aparto el bloc de notas y me reclino en la silla, pasándome una mano por el pelo. El ardor del whisky se ha desvanecido, pero no me sirvo más. Todavía no.

¿Leonardo matando a su propia esposa? La idea sigue dando vueltas, pero no encaja. No en nuestro mundo. No con nuestras reglas.

En todos los años que he servido a la familia Calabresi, un principio se ha mantenido sagrado.

La Corona opera con confianza.

Las cuatro familias mantienen la paz precisamente porque no actuamos unos contra otros sin consenso. Es lo que nos diferencia de las caóticas bandas callejeras y de las organizaciones advenedizas que surgen y caen prácticamente a diario.

Si Leonardo hubiera querido a su esposa muerta, lo habría llevado ante La Corona. Habría expuesto su caso.

Y si las otras familias hubieran estado de acuerdo, se habría gestionado limpiamente, en silencio, no con casquillos de bala abandonados y testigos que podían situar un coche de los Calabresi en la escena.

No. Leonardo no mató a su esposa.

No sin la aprobación de Marco, Dominic y Antonio.

Y Marco me lo habría contado.

Lo que me lleva de vuelta a Blackwood. Nunca lo he visto, pero conozco a los de su calaña.

Prepotentes. Ambiciosos. Peligrosos.

¿Cuál es su papel en todo esto? ¿Se acercó a la señora Ferraza antes de su muerte, tal vez a través de Ernie, y la convirtió también en informante?

¿O solo entró en escena después, usando su asesinato como palanca para manipular a Isabella?

Si estaba involucrado desde antes, eso explicaría por qué la señora Ferraza se reunía con Ernie.

Quizá estaba reuniendo información para cambiarla por protección.

Por una salida para ella e Isabella.

Pero si Blackwood solo apareció después de su muerte, entonces ¿quién la mató? ¿Quién hizo que pareciera un golpe de los Calabresi?

¿Y a qué juega? Claro, quiere librar a la ciudad de gente como yo, pero ¿hasta dónde llegará?

El cabrón está usando claramente a Isabella, dándole la «evidencia» justa para mantenerla enganchada mientras se asegura de que se quede justo donde él la quiere, en el corazón de La Corona.

Todavía estoy mirando mis notas cuando la puerta de mi despacho se abre. Isabella está en el umbral, con el rostro pálido pero sereno.

Parece más joven. Más vulnerable.

Y, sin embargo, hay desafío en el ángulo de su mandíbula, en la forma en que me sostiene la mirada sin pestañear.

—Toma. —Da un paso adelante y deja el teléfono en mi escritorio—. Cógelo.

No me muevo para cogerlo. —¿Y por qué ahora?

—Porque tienes razón. No puedo tenerlo todo.

Me reclino en la silla, estudiándola. —¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—No ha cambiado nada. Es solo que… —Exhala con frustración—. Nunca he tenido opciones, Roman. No de verdad. Toda mi vida ha sido decidida por mí. Con quién podía ser amiga. Qué podía estudiar. Con quién me casaría. —Gesticula entre nosotros—. Esto tampoco fue mi elección.

—Todos tenemos opciones, Isabella. —Mantengo mi voz dura, no dispuesto a dejar que su vulnerabilidad me conmueva otra vez—. Elegiste trabajar con Blackwood. Elegiste mantener este teléfono oculto.

—Y ahora elijo dártelo. Pero no finjas que tengo la misma libertad que tú.

Me levanto del escritorio para enfrentarme a ella. —Tienes más opciones de las que crees. Puedes quedarte con este teléfono. Llamar a Blackwood cuando quieras. —Me acerco, observando su reacción—. Pero deberías entender lo que esa elección significa. Para ti.

Para lo que hay entre nosotros, pienso, pero lo aparto. A ella le importo una mierda.

—¿Es una amenaza? —Su barbilla se alza ligeramente.

—Es la realidad. —Le sostengo la mirada—. Alguien mató a tu madre e hizo que pareciera que fuimos nosotros. Empiezo a pensar que ese alguien quiere que las familias se peleen entre sí y que tu madre, y tal vez incluso tú, sois parte de ese juego. Si sigues jugando a su juego, te estás poniendo también en el punto de mira.

—Te elijo a ti —dice Isabella, con voz neutra—. No porque confíe en ti. No porque te crea. Sino porque no tengo otras opciones.

Debería estar satisfecho. Esto es lo que quería, su lealtad, su sumisión.

Pero la derrota en sus ojos hace que algo se me retuerza por dentro.

—¿Se supone que eso me tiene que hacer sentir mejor? —pregunto.

—No. —Niega con la cabeza, una sonrisa amarga asomando a sus labios—. Nada en esta situación debería hacer que nadie se sintiera mejor.

Mira alrededor de mi despacho, los muebles caros, los monitores de seguridad, los armarios cerrados que guardan armas que ella desconoce. La jaula en la que la he atrapado.

—Lo he perdido todo —dice sin apenas emoción—. Mi libertad. Mis sueños. A mi madre. Incluso la verdad sobre su muerte parece ahora

más lejana. —Me mira a los ojos—. Así que sí, te elijo a ti porque, literalmente, no me queda nada más que elegir.

Algo en su desesperación me incomoda profundamente. He visto a gente romperse antes. Los he visto suplicar, llorar, negociar. Pero la tranquila resignación de Isabella es de alguna manera peor. Ya no está luchando. Se está rindiendo.

Y por alguna razón, eso me cabrea.

—No intentes hacerme sentir culpable, Isabella. —Me acerco, con la mandíbula tensa—. Yo no he creado esta situación. Lo hiciste tú. En el momento en que decidiste trabajar con los federales, en el momento en que acusaste a mi familia de asesinato sin pruebas, tú pusiste todo esto en marcha. No me culpes a mí por tus estúpidas elecciones.

—Lo sé —dice ella, simplemente.

Su fácil conformidad solo alimenta mi ira. —¿De verdad? Porque, desde mi punto de vista, has estado jugando desde el primer día. El acto de inocencia. La novia virginal. Todo mientras me mentías a la cara, me manipulabas y ponías a mi hija en riesgo.

—No quiero hacerle daño a Angelica.

—¡Pero lo has hecho! —Mi voz se alza—. Cada secreto que guardaste, cada mentira que dijiste, todo la puso en peligro. Me puso en peligro a mí. ¿Y para qué? ¿Para jugar a ser detective? ¿Para vengar a tu madre basándote en pruebas que no cuadran?

Sus labios se separan ligeramente, como si quisiera decir algo más pero no encontrara las palabras.

—¿Cuándo va a parar esto para ti? ¿Cuando yo esté muerto y Angelica sea huérfana o, peor aún, cuando muera en el fuego cruzado?

El horror destella en los ojos de Isabella, y me alegro por ello. Me alegro de que por fin vea la destrucción que está empeñada en

crear.

—¿Cuando tú estés muerto? ¿Entonces pararás?

—¿No te das cuenta, Roman? Ya estoy muerta.

Una oleada de calor me recorre, ya no es solo ira. Algo primario. Algo contra lo que he estado luchando desde que entró por primera vez en mi casa.

Quiero agarrarla. Empujarla contra la pared. Mostrarle exactamente con qué ha estado jugando.

Hacerla entender el fuego que ha estado avivando con sus mentiras, sus secretos, su puta inocencia, que ya no estoy seguro de que sea real.

Mi cuerpo se mueve antes de que mi mente pueda detenerlo. Un paso más cerca. Lo suficiente como para oler su perfume, para ver el pulso revoloteando en su garganta.

Pero me contengo.

No se trata de lo que yo quiero. Se trata de lo que hay que hacer.

De proteger a mi familia, a mi hija, la vida que he construido.

No puedo permitirme ser débil ahora mismo, especialmente no por una mujer que me ha estado mintiendo a la cara.

Doy un paso atrás, poniendo distancia entre nosotros. El deseo no disminuye, pero lo fuerzo a bajar, lo encierro.

—Lárgate —digo, con voz baja y controlada—. Hemos terminado.

Sus ojos se abren ligeramente. No esperaba esto, el desprecio, la frialdad.

Bien. Que se lo pregunte. Que vea que, sea cual sea el juego que creía estar jugando, ya no soy un participante voluntario.

—Roman…

—Ahora, Isabella.

Se estremece ante mi tono, pero no discute. Dándose la vuelta, camina hacia la puerta, dudando solo un momento antes de cruzarla. El suave clic al cerrarse tras ella se siente como el final de algo.

Exhalo lentamente, la tensión drenándose de mis hombros. Me sirvo otra copa, la bebo de un trago, acogiendo el ardor.

Es mejor que el otro fuego, el que quería consumirnos a ambos.

El sofá de cuero de mi despacho me ha acompañado durante muchas largas noches de trabajo. Esta noche, será mi cama.

No puedo confiar en mí mismo para dormir a su lado, no con la ira y el deseo todavía en guerra dentro de mí.

Como ella, he hecho mi elección. Lealtad a la familia por encima de lo que sea que haya con Isabella. La familia siempre es lo primero.

Siempre.

16

ISABELLA

Me despierto en una cama vacía, sin que me sorprenda que Roman no haya vuelto después de nuestra pelea.

La luz de la mañana se filtra a través de las cortinas, pero bien podría ser un día lúgubre y gris, el verdadero estado de mi mundo.

Sigo la rutina matutina como una autómata. Ducharme, vestirme, cepillarme el pelo.

Mi reflejo me devuelve una mirada vacía.

¿Quién es esta mujer atrapada en un matrimonio con un hombre que cree que lo está manipulando?

¿Una mujer que ni siquiera puede controlar su propio destino?

La señora Rossi asiente educadamente cuando entro en la cocina. Angelica debe de estar en su habitación, ya que hoy no tiene colegio. No hay ni rastro de Roman.

—¿Café, señora Ginetti? —pregunta.

El apellido se siente como una soga al cuello. —Sí, gracias.

Llevo la taza a la terraza y observo el bullicio de la ciudad a mis pies. Hace sol, pero un frío que pela. Demasiado frío, pero no me muevo. Es lo único que puedo sentir.

Más tarde, meto la taza en el lavavajillas y luego vuelvo al dormitorio. Mi material de diseño descansa en un rincón de la habitación.

Debería trabajar en el vestido de Angelica, pero ¿qué sentido tiene?

Solo estoy jugando a las casitas en una vida que no es la mía.

Tenía un único salvavidas, ese teléfono, y lo entregué. No porque confíe en Roman, sino porque no tengo otra opción. No si quiero aumentar mis posibilidades de sobrevivir a esto.

¿Cuál es mi final en todo esto?, me pregunto. Incluso si Roman encuentra a quien mató a mi madre, ¿qué pasará entonces? ¿Llegará el día en que todo esto termine y pueda ser libre? ¿O estaré atada para siempre a Roman, un hombre al que podría haber llegado a amar, pero del que ahora esa posibilidad está muerta?

«Ya estoy muerta», le susurré anoche. La verdad de esas palabras se asienta hoy más profundamente en mis huesos. Mi cuerpo se mueve, respira, pero la parte esencial de mí, mi alma, esa parte se está desvaneciendo.

¿Por qué lucho por sobrevivir a una cadena perpetua con el hombre que es mi carcelero y, quizá algún día, mi verdugo?

A mi madre se le rompería el corazón si me viera así. Quería salvarme precisamente de este destino.

Casada para asegurar alianzas familiares, mis sueños descartados como si no fueran nada.

Como si yo no fuera nada.

¡Isabella!

Al girarme, me encuentro a Angelica en el umbral del dormitorio, con el rostro iluminado por la emoción.

—¿Podemos coser hoy?

Verla me provoca una nueva oleada de desesperación. Justo ayer, me preguntaba si con el tiempo llegaría a ser algo más que una parte legal de la familia Ginetti.

Una verdadera esposa para Roman.

Una figura materna para Angelica.

Qué estupidez pensar que podría tener una familia.

—Ahora no, Angelica. —Mi voz sale plana, pero no consigo reunir la energía necesaria para fingir. No después de lo de anoche. No después de que Roman me dejara claro lo que piensa de mí.

Su sonrisa titubea. —Pero ayer dijiste…

—He dicho que ahora no. —Me doy la vuelta, incapaz de mirar su cara de decepción—. Quizá en otro momento. —Aunque Roman no volverá a permitirlo nunca.

—¡Eres como todas las madrastras malas de mis libros! —grita—. Papá se equivocaba contigo. ¡No te importo nada!

Se va corriendo, y el eco de sus pequeños pasos resuena por el pasillo hasta que oigo el portazo de su habitación.

Cierro los ojos, sus palabras son como diminutos cuchillos en mi corazón.

Debería ir tras ella. Pedirle perdón. Intentar explicarle que no es culpa suya, que simplemente estoy rota por dentro. Pero ¿qué le diría?

¿Que su padre piensa que soy una mentirosa y una manipuladora? ¿Que solo estoy aquí porque la alternativa era la muerte? Además, me dijo que me mantuviera alejada de ella.

Mis dedos se crispan con el impulso de coger el teléfono que ya no tengo. Mi última conexión con el mundo exterior. Ahora sí que estoy sola.

Una parte de mí desearía haberlo mantenido oculto. Al menos así tendría opciones, aunque fueran terribles.

Pero ¿de verdad me habría ayudado Blackwood si lo hubiera llamado?

Cuanto más lo pienso, más lo dudo. Me habría insistido en que me quedara. Incluso cuando le dije que me estaban obligando a casarme con Roman, su primer pensamiento fue lo útil que sería mi posición.

Recuerdo la noche en que me dijo que me ayudaría, pero al final, casi me atraca un desconocido y me descubrió Roman. ¿Dónde estaba Blackwood esa noche? Había llegado tarde. ¿Es que acaso llegó?

La realidad me golpea con fuerza. Solo soy otro peón para Blackwood. Una herramienta conveniente para recopilar información sobre La Corona.

No le importa que se haga justicia por mi madre.

En eso Roman tiene razón. Blackwood me ha manipulado con la misma seguridad con la que me han controlado mi padre y Roman.

Esta revelación no me trae alivio, solo el vacío donde antes había esperanza. Estoy atrapada entre hombres poderosos que me utilizan para sus propios fines. Ninguno me ve como una persona con sueños y deseos propios.

Estoy debatiendo si ponerme a dibujar cuando suena el timbre. Los pasos de la señora Rossi se apresuran por el apartamento para abrir. Un momento después, el espacio se llena de voces agudas y charlas animadas.

—¡Hola! ¡Hemos venido a jugar con Angelica! —La voz alegre de una mujer resuena por todo el apartamento.

—Por supuesto. Avisaré a Angelica y a la señora Ginetti de que están ustedes aquí —le dice la señora Rossi a la mujer.

Espero en el dormitorio, preguntándome si Roman querrá que evite también a sus invitadas.

—La señorita Elena Vitale está aquí con sus hijos. Había olvidado esta cita para jugar. Espero que no sea un problema.

Le resto importancia a la preocupación de la señora Rossi con un gesto. Me alegro. Angelica tendrá algo para distraerse de su malvada madrastra.

—Está bien.

—¿Preparo café para usted y la señorita Vitale?

Dios, ¿tengo que atenderla? —Sería estupendo.

—Sacaré también esas galletas que hice el otro día.

Respiro hondo, salgo del dormitorio y me dirijo al vestíbulo, donde veo a Elena Vitale con tres niños pequeños saltando a su alrededor.

—¡Isabella! Qué alegría verte —dice Elena, con una sonrisa que parece genuina. ¿Acaso no conoce mis fechorías? Sé que es muy cercana a su primo, don Dominic Vitale.

—Elena, qué sorpresa —consigo decir, forzando mis labios en lo que espero que pase por una sonrisa de bienvenida.

Me doy cuenta de que conozco a toda la gente de la órbita de La Corona, pero no como amigos. Había asistido a las fiestas y eventos obligatorios, pero mi madre nunca me hizo relacionarme con otros chicos de La Corona fuera de eso.

Ahora veo que fue deliberado.

Mientras crecía, ella siempre planeó que yo viviera libre de esta vida.

—Espero no molestar. Los niños estaban desesperados por jugar con Angelica. —Señala a las tres caras que me miran con curiosidad—. ¿Te acuerdas de Rocco, Elio y Adalina?

Los trillizos me miran fijamente con los mismos ojos marrones. Uno de los niños, no podría decir cuál, se esconde parcialmente tras la pierna de su madre.

—Por supuesto —miento con soltura—. Qué maravilla veros a todos.

Angelica aparece en el pasillo con cara de mal humor hasta que ve a los trillizos. Su rostro se transforma al instante.

—¡Addie! ¡Rocco! ¡Elio! —chilla, corriendo hacia ellos.

Elena se vuelve hacia mí con esa sonrisa perfecta.

—La señora Rossi nos está preparando café y una bandeja de galletas —digo, señalando hacia el salón—. Podemos tomarlos aquí.

—Maravilloso. —Los ojos de Elena me recorren, evaluándome—. Podemos ponernos al día. Después de todo, ahora somos familia.

Familia. ¿Está aquí por orden de Roman? ¿O de Marco? ¿Para vigilarme o para evitar que huya, como si pudiera?

Sé que los hombres de Roman están por todo este edificio de apartamentos.

Llevo a Elena al sofá, manteniendo mi fachada educada. Sea cual sea su verdadero propósito aquí, no le daré nada de lo que informar.

La señora Rossi llega, nos sirve el café y las galletas navideñas.

Bebo un sorbo de mi café mientras observo a Elena acomodarse en el sofá. Sus ojos nunca se apartan de los míos, evaluándome.

—He de admitir que me preguntaba cómo sería el matrimonio con Roman Ginetti —dice—. Imagino que ha sido un cambio.

—Se podría decir que sí. —Mantengo un tono neutro, sin querer revelar lo rota que estoy por dentro.

—Siempre pensé que evitarías tener un matrimonio concertado.

—¿Ah, sí?

Se encoge de hombros. —Es que siempre parecías tan ajena al resto de nosotras. No me malinterpretes —dice apresuradamente—. No pensaba que fueras una engreída ni nada por el estilo. Nunca llegamos a ser amigas como las demás.

—Resulta que no hay escapatoria de nuestras vidas. —Por dentro, me estremezco ante mi elección de palabras.

Frunce el ceño, y me pregunto qué tipo de rapapolvo me va a caer de Roman por eso.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Escapar?

Ya he llegado hasta aquí. ¿Por qué no jugármela del todo? —Me gustaría vivir mi propia vida. Tomar mis propias decisiones. —Me inclino hacia delante—. ¿Tú no?

Se toma un momento, comiendo un trozo de galleta. —No me siento atrapada en mi vida, pero si no estuviera contenta con mi suerte, querría poder cambiarla. —Suspira—. Los hombres de estas familias tienen sus prioridades. La lealtad a La Corona siempre es lo primero. Algo como el amor es secundario, si es que llega a contar para algo.

—Parece que hablas por experiencia —digo, sintiendo que quizá hay más en los deseos de Elena en la vida de lo que deja entrever.

—Sé que para las mujeres este mundo puede parecer pequeño y asfixiante, pero no estamos exentas de opciones. Y a veces, tenemos que vivir con esas elecciones.

No acabo de decidir si se refiere a mí y a mi decisión de hablar con un agente federal que me llevó a un matrimonio con Roman, o a algo sobre ella misma.

—Una vez pensé que tenía amor en esta vida. No sé, hay una parte de mí que piensa que un matrimonio concertado estaría bien. Sin riesgo de que te rompan el corazón, ¿verdad?

Si eso fuera cierto, ¿por qué siento que tengo el corazón roto?

—Lo siento —digo, y lo digo de verdad.

—No lo sientas. —Sonríe—. Tengo a mis hijos. Dom es como un hermano para mí y un padre para ellos. Estoy a salvo. Soy bastante feliz, aunque estaría bien tener sexo de vez en cuando.

Me atraganto con el café.

Me dedica una pequeña sonrisa y se encoge de hombros. —Seguro que hasta en los matrimonios concertados hay sexo.

Ahora tengo mucha curiosidad por su situación. Nunca se ha casado, pero tiene tres hijos, lo que indica que tuvo sexo sin estar casada, algo prohibido para las mujeres de mi mundo.

¿Quién es el padre de sus hijos? ¿Está muerto, asesinado por su padre o por Dominic?

Como no quiero compartir mi vida sexual con ella, me hago la tímida y bebo un sorbo de café. —Puede que no merezca la pena. Estos hombres puede que tengan grandes… bueno, ya sabes, pero también tienen unos egos enormes que son difíciles de manejar.

Elena se ríe, un sonido genuino que le transforma la cara. —¡Dios, sí. Los egos! A veces me pregunto cómo pueden mantenerse en pie con unas cabezas del tamaño del Everest.

Asiento. —Es extraño, porque lo controlan todo y, sin embargo, Roman piensa que lo he estado manipulando —confieso, las palabras se me escapan antes de que pueda pensar en si es buena idea decirlas.

—Eso es una locura. Los hombres con poder no pueden imaginarse que una mujer les gane la partida. ¿Quién lo admitiría? —Ladea la cabeza—. Es interesante que Roman lo admita.

Me encojo de hombros, sin saber muy bien cómo responder a eso.

—Siempre he sentido curiosidad por él, por Roman.

—¿En serio? ¿Por qué? —Para mí, Roman era el hombre que nunca querías que apareciera en tu puerta.

Claro, he visto otros atisbos de él, pero no lo suficiente como para olvidar lo letal que es.

—Es el único al que he visto totalmente loco por una mujer. Siempre me he preguntado, si llegara el momento de la verdad, a quién sería más leal, si a Marco o a Emilia. —Suspira—. Por supuesto, ahora nunca lo sabré. Qué tragedia.

Se me encoge el estómago al oír mencionar a la primera mujer de Roman. —¿Estaban enamorados?

—Profundamente. No fue un matrimonio concertado. Roman la vio una vez y se quedó prendado. —Elena moja su galleta en el café—. Te acuerdas de ella, ¿verdad? Su padre trabajaba para el padre de Marco y, más tarde, para Marco.

No me acuerdo. —Mi madre siempre me tenía apuntada a otras actividades, así que no pasaba tiempo con vosotros.

—Claro. Bueno, Roman era diferente entonces.

—¿Diferente cómo? —No puedo evitar preguntar, imaginándome una versión más joven y suave del hombre duro con el que me casé.

—Más luminoso. Sonreía más. —La mirada de Elena se pierde en el recuerdo—. La forma en que la miraba, como si ella hubiera colgado la luna y las estrellas en el cielo. Y ella sabía exactamente quién era él, a qué se dedicaba, pero lo amaba de todos modos. Si alguien podía manipular o controlar a Roman, habría sido ella. No es que lo hiciera, pero… —Se muerde el labio—. Lo siento, es muy poco delicado por mi parte.

Niego con la cabeza como si no fuera nada, aunque cada palabra es un pequeño cuchillo que se retuerce en mi pecho. Nunca tendré eso con Roman, especialmente con la sospecha y el resentimiento que siente por mí.

—Está bien. ¿Qué pasó cuando ella murió?

—Se hizo añicos. —La franqueza de Elena es casi cruel—. Se volcó en el trabajo, se convirtió en el monstruo que todo el mundo teme ahora. La única ternura que le queda es para Angelica.

Las palabras de Elena sobre Roman y Emilia permanecen en mi mente, mis pensamientos girando en torno a Emilia.

La mujer que hacía sonreír a Roman. La mujer a la que amaba tan profundamente que su muerte lo convirtió en el hombre endurecido con el que me casé.

¿Qué pensaría ella de este acuerdo?

¿De que yo duerma en su cama, lleve el anillo de su marido, intente ser una madre para su hija?

Elena me mira directamente. —Por eso todo el mundo se sorprendió cuando accedió a casarse contigo. Todos pensábamos que nunca volvería a dejar que otra mujer se le acercara.

Trago saliva. —No soy cercana a él. Además, no fue su elección. Ni la mía.

—Podría haberse negado. Haber asumido las consecuencias. —Sonríe—. Debió de ver algo en ti que merecía la pena salvar.

Esto me dice dos cosas. Ella sabe por qué nos casamos y, bueno, lo segundo… no estoy segura de qué significa. No puedo imaginar que Roman vea en mí otra cosa que no sea una traidora.

—No confía en mí —admito.

Elena se encoge de hombros. —La confianza se gana en nuestro mundo, no se regala. Emilia tuvo años para construirla con él. —Se inclina hacia delante, su voz se suaviza—. No te compares con un fantasma, Isabella. Nunca ganarás esa batalla.

Asiento, sabiendo que tiene razón. Nunca seré Emilia. Roman nunca me querrá, ni un poquito.

—No debería contarte esto, pero oí a Dom y a Marco hablar el otro día, y Marco expresaba su preocupación porque Roman se estuviera encariñando demasiado contigo.

Prácticamente resoplo. —Se equivocaría con eso.

—Le preocupa que los sentimientos de Roman por ti puedan nublar su juicio en lo que respecta a los asuntos de La Corona.

La miro fijamente, incapaz de articular una respuesta. ¿Roman, sintiendo algo por mí? ¿El mismo hombre que me había mirado con una furia tan fría que estuve segura de que no sobreviviría a la noche?

—Puedes asegurarle a Marco que la lealtad de Roman está firmemente con él y con La Corona. Si llegara el momento en que yo… —Me detengo antes de arruinar el día hablando de mi propio asesinato.

Sus ojos se ablandan con compasión. —Hay reglas por las que se rigen estos hombres, Isabella. Sé que no es la vida que querías, pero si te mantienes a raya, puedes vivir a salvo bajo la protección de Roman y Marco. Y de todos los hombres a los que podrías estar atada, casarte con el único que ha demostrado que sabe amar no es tan malo.

Hubo un tiempo en el que me lo habría creído. Ese tiempo ya pasó, pero no lo digo. —Tienes razón.

Elena ladea la cabeza, estudiándome. —¿Podrías amarlo, Isabella? ¿Si las cosas fueran diferentes?

La pregunta me pilla por sorpresa. Mi mente evoca la dulzura de Roman con Angelica, su inesperada amabilidad al darme espacio para diseñar, la forma en que su tacto me hizo sentir viva por primera vez en años.

—Hubo un momento —admito, aunque no quiera hacerlo—, en que algo pasó entre nosotros que pareció… real. —Niego con la cabeza,

enfadada por mi propia vulnerabilidad—. Pero ¿qué más da? No soy libre de elegir. Y él tampoco.

—Nunca somos realmente libres en esta vida —dice Elena—. La cuestión es si podemos encontrar la felicidad dentro de nuestras limitaciones.

—¿Cómo puedo ser feliz con un hombre que ostenta todo el poder? —la desafío—. Roman decide si vivo o muero. Controla cada aspecto de mi existencia. —Miro a Elena, deseando que lo entienda, aunque sé que me estoy perjudicando más a mí misma si le cuenta mis palabras a La Corona—. Roman se asegura de que sepa que él es el ejecutor y que mi vida ahora solo existe porque él lo permite.

Los ojos de Elena se abren ligeramente, pero no parece sorprendida. —¿Te ha hecho daño?

Niego con la cabeza. —No físicamente. Lo peor es que ni siquiera puedo odiarlo por ello. Está protegiendo a su familia, a su hija. En su lugar, yo podría hacer lo mismo.

Elena me observa con ojos sabios. —Mira, sé lo aterrador que puede ser Roman, pero sigo manteniendo mi afirmación de que, de todos los hombres de nuestro mundo, él es el que conoce el amor. Si hubo algo ahí, podéis construir sobre ello si de verdad quieres.

Quiere decir si me vuelvo sumisa y renuncio a los pedazos de mí misma que me definen.

—Lo tendré en cuenta. Gracias.

Ella sonríe. —Deberíamos quedar para comer algún día. Gabriella, ya sabes, la hija de don Monti, nos reunimos de vez en cuando. Ahora estás en la familia. Podrías unirte a la diversión.

Una amistad con Elena podría ser exactamente lo que necesito. Una conexión con alguien que entiende la situación de las mujeres en La Corona.

Claramente, ella se mueve libremente por este mundo, respetada como prima de Dominic. Si alguien pudiera ayudarme a encontrar un camino hacia una apariencia de libertad, podría ser ella.

Pero ¿puedo confiar en ella?

Elena es la prima de Dominic, parte de La Corona por sangre. Su lealtad estaría naturalmente con las familias, no conmigo, la mujer que los traicionó a todos.

Sin embargo, ¿qué otra opción tengo? Aislada en este apartamento con solo la desconfianza de Roman y el resentimiento de Angelica por compañía, me ahogaré. Elena me ofrece un salvavidas, por muy tenue que sea.

—Me gustaría —digo—. Mucho. —Me pregunto si Roman lo permitiría. Más aún, me pregunto si podría escaparme en una de esas salidas.

Quizá el FBI se me acercaría de nuevo y tendría un nuevo salvavidas al que aferrarme.

ROMAN

Me quedo helado en el pasillo al oír la voz de Isabella, que llega desde el salón.

—Hubo un momento en el que pasó algo entre nosotros que pareció… real.

Se me corta la respiración. ¿Creyó que podría llegar a quererme? ¿Cómo es posible, teniendo en cuenta todo lo que me ha mentido y ocultado? ¿Está montándole un numerito a Elena?

—Controla cada aspecto de mi existencia. Roman se asegura de que yo sepa que él es el ejecutor y que mi vida ahora mismo solo existe porque él lo permite.

Joder. Siento que me arde la cara.

Vergüenza, bochorno.

He pasado décadas cultivando el miedo, convirtiéndolo en mi moneda de cambio. Ahora, al oír a Isabella decir esas palabras, me siento como una basura.

Me paso una mano por la cara. No se suponía que las cosas fueran así. Quería que tuviera el miedo suficiente para ser sincera, que fuera lo bastante dócil para mantenernos a todos a salvo y, sí, para ayudar en la investigación.

Pero oírla hablar de mí como si fuera un monstruo…

¿Lo peor de todo? Que era lo que yo quería.

Recuerdo el terror en sus ojos cuando me enfrenté a ella anoche. Recuerdo pensar que era necesario, que estaba justificado.

Mi mente evoca a Angelica jugando con Isabella, la pequeña sonrisa de Isabella cuando le traje los útiles de costura, la forma en que me confió su cuerpo.

Y luego su expresión derrotada cuando me entregó el teléfono.

«Ya estoy muerta», había dicho anoche.

Una parte de mí quiere irrumpir ahí, decirle a Elena que se meta en sus asuntos y recordarle a Isabella que la estoy manteniendo con vida. El ejecutor que hay en mí dice que el miedo es bueno. Mantiene a la gente a raya, mantiene a mi familia a salvo.

Pero otra parte, la que recuerda lo que era ser querido por Emilia, se duele por lo que he hecho.

Me he convertido exactamente en lo que Isabella cree que soy.

Y, de algún modo, a pesar de todo, una vez pensó que podría quererme de todos modos.

Para que no me pillen escuchando a escondidas, me dirijo a mi despacho a grandes zancadas. Me dejo caer en la silla y me aflojo la corbata.

El día ha sido una puta pesadilla. Un problema tras otro. Marco me ha llamado a las cinco de la mañana por un problema con un cargamento en los muelles.

Tres horas de negociaciones con la autoridad portuaria más tarde, he tenido que resolver una disputa territorial entre dos capitanes que ya deberían tener la lección aprendida.

Luego Marco me ha necesitado en una reunión con los rusos que no ha servido para nada. Y el día apenas ha empezado.

El móvil me vibra otra vez. Lo ignoro. Lo único que pido son cinco minutos de paz.

Mi mente vuelve a Ernie Abruzzo. La conexión con la señora Ferraza no deja de darme vueltas. ¿Qué demonios hacía reuniéndose con un desgraciado como él? Ernie era un don nadie. Nada que lo pusiera en el radar de la esposa de un Don.

Saco mi cuaderno y ojeo las páginas de notas garabateadas. La cronología no cuadra.

La señora Ferraza se reúne con Ernie varias veces en las semanas previas a su muerte.

Ernie muere de una sobredosis días después de que la maten.

Don Ferraza afirma no saber nada de estas reuniones.

Y ahora los federales se acercan a Isabella con pruebas falsificadas que nos señalan. ¿Es todo un cúmulo de extrañas coincidencias sin relación o hay alguien que está jugando una partida a largo plazo contra nosotros?

Me froto las sienes, sintiendo cómo se intensifica la cefalea tensional.

El peso de todo esto, proteger a Marco, mantener a Angelica a salvo, averiguar qué demonios pasa con Isabella, es abrumador. Pero tengo que soportarlo, porque un movimiento en falso y todo se desmorona.

Miro de reojo la botella de whisky de mi estantería. Es tentador, pero necesito tener la cabeza despejada.

¿Cuál era el objetivo de la señora Ferraza? ¿Intentaba sacar a Isabella de esta vida o había algo más profundo? ¿Y cómo encajaba Ernie en todo esto?

El móvil vibra de nuevo. Con un gruñido, lo cojo, dispuesto a decirle a Marco que necesito un puto minuto, pero no es Marco.

Es Jimmy, uno de mis hombres que trabaja en la oficina del fiscal y al que contacté para averiguar si la noticia sobre Ernie era cierta y para pedirle todo lo que pudiera encontrar sobre Blackwood.

Tengo la información que querías sobre Abruzzo. Era un informante, pero no de Blackwood. Tenía otro supervisor, el agente Ricci. Empezó a trabajar para los federales ocho meses antes de su muerte.

Me quedo mirando la pantalla, encajando las piezas. Así que Ernie era una rata, pero no la rata de Blackwood. Quizá todo esto sea solo un montón de extrañas coincidencias.

¿Alguna conexión con el agente Blackwood?, le escribo.

La respuesta llega rápidamente.

Nada directo. Pero Blackwood habría tenido acceso a los archivos. Es el supervisor de la unidad de crimen organizado del FBI. Lleva allí quince años. Se rumorea que le tiene manía a La Corona.

¿Supervisor de la unidad de crimen organizado? Eso no es lo que Isabella me dijo. Dijo que solo era un agente que trabajaba en el caso de su madre. ¿Me está mintiendo o es él quien le miente a ella?

Dejo el teléfono, con la mente a toda velocidad. Si Blackwood es el supervisor, tiene recursos, conexiones, influencia.

Podría mover hilos en varios departamentos, acceder a confidentes de otras divisiones.

Probablemente podría hacer desaparecer pruebas.

Demonios, podría fabricarlas si quisiera.

¿Por qué mentirle a Isabella sobre su cargo? ¿Por qué usarla a ella cuando tiene el poder de actuar directamente contra nosotros?

Cojo el portátil y abro el buscador, tecleando «*Victor Blackwood FBI*». Aparecen artículos de prensa, en su mayoría comunicados estándar sobre redadas y acusaciones. Nada que llame la atención.

Luego pruebo con «*familia de Victor Blackwood*».

Tampoco nada útil.

Me reclino en la silla, frustrado. Hay algo que no encaja en toda esta situación.

Blackwood no es un agente cualquiera.

Está lo suficientemente arriba como para orquestar una operación compleja.

Sin embargo, está tratando con Isabella personalmente, dándole pruebas falsificadas, manipulando sus emociones.

No es que la policía no tenga permitido mentir y engañar, porque sí lo tiene. ¿Es eso lo que está pasando aquí?

Necesito averiguar más sobre Blackwood. Su historia, sus motivaciones.

Porque una cosa está cada vez más clara.

Isabella no es el cerebro de todo esto. Solo es otro peón en el juego al que esté jugando Blackwood.

Aun así, ella es una participante activa, que le deja usarla, así que debo mantenerme en guardia con ella.

Me dirijo a la cocina, decidiéndome por un tentempié en lugar de a por el whisky. El sonido de las risas de los niños atraviesa mis oscuros pensamientos. Cambio de rumbo y voy a la habitación de Angelica.

Está sentada en el suelo con las piernas cruzadas junto a los trillizos de Elena. Han creado una especie de fuerte improvisado con cojines, peluches y mantas.

Rocco y Elio discuten sobre quién es el caballero, mientras Adalina coloca con cuidado una fila de peluches como si fueran los súbditos del reino.

—¡Papi! —Angelica me ve y me saluda con la mano—. ¡Hemos construido un castillo!

La opresión en mi pecho se alivia al ver su sonrisa. No importa lo complicado que se ponga todo, su felicidad ilumina las zonas oscuras de mi vida.

—Ya lo veo, ángel. Parece que tienes un buen reino montado.

—Soy la reina —anuncia con orgullo—. Adelina es la princesa y los niños son los caballeros.

—Muy impresionante —digo, agachándome hasta su altura—. ¿Te lo estás pasando bien?

—Sí —su sonrisa se apaga un poco—. Mejor que con Isabella. Ha sido mala conmigo.

—Ah —me pongo en guardia, preguntándome si Isabella ha pagado su enfado conmigo con mi hija. Espero que no. Le dije que se mantuviera alejada.

—No ha querido enseñarme a coser hoy. Me lo había prometido.

La culpa por pensar lo peor de Isabella intenta abrirse paso. —¿Te ha dicho por qué?

Angelica se encoge de hombros. —Solo ha dicho «ahora no». Es mala. Se lo he pedido muy amablemente y todo.

Miro hacia el pasillo donde había oído a Isabella hablar con Elena. Las piezas encajan. Isabella había acatado mi advertencia de evitar a Angelica y, al final, la había herido.

—Oye —digo con delicadeza, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja a Angelica—. Isabella no es mala. Solo está pasando por un mal momento.

—¿Por qué? Somos buenos con ella. Ni siquiera tiene que hacer tareas ni nada.

—¿Recuerdas cuando empezaste en el nuevo colegio el año pasado? ¿El miedo que sentías?

Asiente con solemnidad.

—Bueno, Isabella se siente un poco así. Todo es nuevo y diferente para ella.

—Pero yo quería aprender a hacer un vestido para mi muñeca —dice Angelica, haciendo un puchero.

—Lo sé, ángel. Y seguro que Isabella quiere enseñarte. ¿Qué tal si le damos un poco de tiempo? A lo mejor mañana puedes volver a preguntárselo. —Tomo nota mental de permitir que Isabella esté con Angelica. Mientras la señora Rossi esté aquí, todo debería ir bien.

Dejo a Angelica con su castillo y los trillizos y me dirijo a la cocina a por un café y unas galletas.

Al doblar la esquina, me encuentro cara a cara con Isabella y Elena en el pasillo, claramente preparándose para marcharse.

Isabella se estremece al verme. Su lenguaje corporal cambia al instante, los hombros se le encorvan ligeramente, los ojos se desvían hacia abajo.

Da medio paso hacia atrás, poniendo más distancia entre nosotros.

Joder. Esta no es la reacción de una mujer que una vez pensó que podría quererme. Esta es la reacción de alguien que teme por su vida.

—Roman —dice Elena—. Le estaba diciendo a Isabella que debería llevarme a los niños a casa a cenar.

Asiento, pero mis ojos permanecen en Isabella.

Lleva un jersey negro y el pelo recogido de una forma que me recuerda a una de las estrellas de la Edad de Oro de Hollywood que mi abuela siempre me hacía ver.

Audrey Hepburn, tal vez.

Sencilla. Elegante. Preciosa.

—Gracias por traer a los niños —le digo a Elena, forzándome a sonar normal—. A Angelica le encanta jugar con ellos.

—Por supuesto. Llevaban días pidiendo venir. —Elena nos mira alternativamente, notando claramente que algo no va bien—. Isabella ha sido una compañía maravillosa. Deberíamos hacer esto más a menudo.

Las manos de Isabella juguetean con el dobladillo de su jersey. Sigue sin mirarme.

He visto esa misma postura en innumerables hombres justo antes de romperles los dedos o algo peor.

Esa postura defensiva, preparándose para el dolor.

Salvo que no quiero que Isabella me mire así.

—Mañana venís todos a la Villa de Invierno, ¿verdad? El primer día de las vacaciones de Navidad del colegio, siempre nos juntamos —le dice a Isabella.

Parece que Isabella debería saberlo.

Ha sido una tradición de La Corona durante más de treinta años. Entonces recuerdo que Isabella rara vez participaba en los eventos de La Corona. Solo en las cenas oficiales.

—Los niños no han hablado de otra cosa en días —termina Elena.

Mierda. Con todo lo que está pasando, me había olvidado por completo de la excursión familiar anual por las fiestas. —Por supuesto —digo, forzando una sonrisa—. No nos lo perderíamos.

Elena sonríe radiante. —Perfecto. Estaremos todos. Bueno, Luca no. —Pone cara de asco—. Supongo que ha encontrado su *la vita bella* en Italia.

—Es donde don Monti lo quiere —digo.

—Pero Gabriella sí que estará. Y, por supuesto, yo y mi prole.

—Allí estaremos. —Las reuniones familiares son importantes. Nos recuerdan por lo que luchamos para protegerlo.

Miro a Isabella, que está contemplando el suelo como si contuviera los secretos del universo. —Todos nosotros.

La cabeza de Isabella se levanta de golpe y sus ojos por fin se encuentran con los míos. La sorpresa en ellos es casi dolorosa de ver.

—¡Genial! —Elena da una palmada—. A los trillizos les encantará que Angelica esté allí. Y a ti, Isabella, te encantará. El mercado es precioso en esta época del año.

Isabella consigue esbozar una pequeña sonrisa. —Suena encantador.

Quizá esta excursión sea una oportunidad para que se sienta más parte de la familia. No solo de la mía, sino de La Corona.

Quizás unas horas de normalidad es exactamente lo que ambos necesitamos.

—Voy a por los niños —dice Elena, pasando a mi lado hacia la habitación de Angelica, dejándonos a Isabella y a mí solos en el pasillo.

El silencio se alarga entre nosotros. Debería decir algo, pero ¿qué?

¿Que la he oído hablar de mí?

¿Que siento haberla asustado, aunque no lo sienta del todo?

¿Que, a pesar de todo, estoy intentando protegerla?

Nada de eso parece lo correcto. No cuando está ahí de pie como si esperara que yo estallara en cualquier momento.

El miedo es una herramienta, un arma e incluso a veces un escudo crucial en mi vida y mi trabajo.

Pero verlo ahora en la cara de Isabella solo me hace sentir como una mierda.

Unos instantes después, Elena reaparece con su prole. Se dirigen a la puerta principal, dejándonos de nuevo en silencio. Isabella se queda inmóvil en el pasillo, como un ciervo que presiente el peligro. Odio esa mirada en su cara. Odio aún más haberla provocado yo.

—Isabella —empiezo, sin saber siquiera lo que voy a decir.

Ella da un paso atrás. —Tengo que ir a ver una cosa.

—Tenemos que hablar. —Mi voz sale áspera y me estremezco cuando ella vuelve a respingar.

—No puede esperar.

Sé que miente. Se dirige al dormitorio. ¿Qué demonios puede ser tan importante allí?

—Por el amor de Dios, Isabella. No voy a hacerte daño.

Sus ojos finalmente se encuentran con los míos, recelosos, incrédulos. —¿No?

La pregunta me golpea en mitad del pecho. Como si me hubiera dado un mazazo justo en el centro.

Antes de que pueda responder, el pataleo de unos piececitos nos interrumpe. —¡Papi! —Angelica corre por el pasillo y se lanza contra mis piernas—. ¿Podemos cenar pizza esta noche? La señora Rossi ha dicho que tengo que preguntártelo a ti.

La cojo en mitad del salto y la subo en brazos, agradecido por la distracción. —No lo sé, ángel, puede que tenga otros planes.

—¿Porfa? —alarga la palabra, poniéndome sus mejores ojitos de cordero degollado—. Rocco ha dicho que ellos van a cenar pizza.

Vuelvo a mirar hacia donde estaba Isabella, pero ya se ha escabullido, desapareciendo en dirección al dormitorio.

—¿Ah, sí? —Me centro en mi hija, reprimiendo la tensión no resuelta —. Y si Rocco dijera que se va a tirar del puente de Brooklyn, ¿tú también querrías hacerlo?

Angelica se ríe. —¡No! ¡Eso es peligroso!

—Chica lista. —Le doy un toquecito en la nariz—. Te diré una cosa: cenaremos lo que la señora Rossi haya planeado para esta noche, y quizá pizza mañana. ¿Trato hecho?

—Trato hecho. —Se retuerce para que la baje—. ¿Puedo ir a decírselo a la señora Rossi?

—Adelante.

La veo correr hacia la cocina.

El contraste entre mi hija y mi esposa no podría ser mayor.

Mi hija está llena de vida, de amor y de risas, mientras que mi esposa parece sin vida, escondida por el miedo que me tiene.

ISABELLA

Me miro el reflejo en el espejo mientras me aliso el jersey de cachemira verde oscuro que he combinado con unos vaqueros oscuros.

Un atuendo práctico para una salida invernal, pero lo bastante presentable para una reunión familiar de La Corona.

Se me revuelve el estómago al pensarlo.

Vamos, que es como meterse en la boca del lobo. El único consuelo es saber que estaremos en público.

Si algo sé de La Corona es que no hacen nada que pueda llamar la atención. Operan en la sombra.

Me detengo ante esa idea y me pregunto por qué no cuestioné las pruebas de la muerte de mi madre. Aquello fue en una calle pública y con testigos.

Sacudo la cabeza para apartar los pensamientos sobre mi madre, sabiendo que, por ahora, necesito mantener un perfil bajo.

—Sobrevive al día de hoy —me susurro a mí misma—. Todo lo que tengo que hacer es sonreír y charlar de trivialidades. Probablemente, hasta podré evitar a Roman, que ha estado intentando hablar conmigo desde que Elena y los niños se fueron anoche.

La última vez, llamó a la puerta del dormitorio, pero fingí estar dormida. Al final, se rindió y se retiró de nuevo a su despacho. Otra noche separados.

La puerta del dormitorio se abre y la señora Rossi asoma la cabeza. —La están esperando, señora Ginetti.

Señora Ginetti. El nombre todavía me resulta extraño, como una prenda de ropa que no me acaba de quedar bien.

—Bajo enseguida —digo, echándome un último vistazo. La mujer del espejo parece derrotada, sin personalidad alguna. Esta no soy yo. Jamás se supuso que esta fuera yo.

La Villa de Invierno es una escena navideña de postal. De cada superficie posible cuelgan luces parpadeantes, los vendedores ofrecen chocolate caliente en tazas festivas y los niños chillan de alegría mientras se deslizan por la pista de hielo.

Camino al lado de Roman, manteniendo una distancia prudente.

Angelica corre delante, emocionada por conocer a los trillizos de Elena. No me ha dirigido la palabra desde que me negué a enseñarle a coser.

—Isabella. —La voz de Roman es grave—. Tienes que al menos fingir que te lo estás pasando bien.

Fuerzo los labios en lo que espero que se parezca a una sonrisa.

A nuestro alrededor, las familias de La Corona se relacionan como en cualquier reunión familiar normal.

Don Vitale ríe a carcajadas con Marco Calabresi.

Mi padre está con don Antonio Monti, y sus ojos se desvían de vez en cuando hacia mí con preocupación.

Estos hombres que deciden sobre la vida y la muerte entre güisqui y puros ahora beben chocolate caliente y hablan de los planes para Navidad.

La alegre música navideña me parece cruel. No hay alegría en mi mundo, ni una nota festiva que cantar. Pero a nadie le importa.

Las familias patinan juntas, las parejas se cogen de la mano, los niños hacen muñecos de nieve en los montones de nieve acumulada. Gente normal viviendo vidas normales.

—¿Te apetece algo caliente de beber? —pregunta Roman, con el vaho de su aliento visible en el aire frío.

—No, gracias. —Mi respuesta es automática, distante.

Un coro empieza a cantar «*Joy to the World*» cerca. Intento no poner los ojos en blanco al ver cómo el ambiente festivo resalta lo atrapada que estoy.

Al crecer como la hija de Leonardo Ferraza, fui a la vez privilegiada y aislada.

Ropa de diseño, colegios privados, vacaciones en Milán… Todos los adornos de la riqueza sin ninguna libertad real.

Mi padre me mantuvo al margen de los negocios familiares, pero siempre sentí su sombra.

Las conversaciones en susurros que se detenían cuando yo entraba en una habitación. Los hombres de mirada dura que vigilaban nuestra casa.

Mi madre no quería esto para mí. Y parece que murió intentando ayudarme a escapar de la jaula de oro de la vida de la mafia.

—Isabella. —La voz de Roman me saca de mis pensamientos. Está muy cerca, sus anchos hombros me protegen del viento—. Estás temblando.

Antes de que pueda protestar, me envuelve el cuello con su bufanda. Huele a él y, por un momento, el corazón me traiciona, ablandándose y deseando apoyarme en su calidez. En su fuerza.

Ese es el problema con Roman. A veces, vislumbro al hombre que hay bajo el ejecutor.

En esos momentos, casi puedo imaginar una vida diferente, una en la que de verdad podría sentir algo por él.

Pero entonces la realidad me golpea de nuevo. Es el arma de La Corona.

El hombre que amenaza mi libertad, posiblemente mi vida.

Las mismas manos que me acarician han acabado con vidas.

El mismo hombre que prepara el desayuno para su hija podría recibir la orden de matarme mañana.

—Ahora vuelvo. —Roman se acerca a un grupo de hombres. Yo me quedo cerca de un puesto de chocolate caliente, observándolo desde la distancia.

Se une a hombres que no conozco, pero imagino que son capitanes de La Corona.

Su conversación parece informal, pero me doy cuenta de cómo los demás se posicionan a su alrededor, con una ligera deferencia, manteniendo una distancia respetuosa.

Un hombre más joven se acerca a su círculo, claramente nervioso. Le habla en voz baja a Roman, que escucha con una expresión impasible.

Las manos del hombre tiemblan ligeramente mientras le entrega un sobre. Roman se limita a asentir y el alivio en el rostro del hombre es inmediato, como si acabara de sobrevivir a algo peligroso.

Es fascinante cómo reaccionan todos ante él. Esos hombres curtidos se estremecen cuando la mirada de Roman se posa en ellos demasiado tiempo.

Le temen. Le respetan. Se someten a él.

Incluso Marco, que técnicamente es el jefe de Roman, lo trata más como a un igual que como a un subordinado.

He oído susurros sobre la reputación de Roman.

El ejecutor. El que soluciona los problemas.

Pero verlo desarrollarse ante mí es diferente.

Hay algo magnético en el poder silencioso que ejerce, en la forma en que impone respeto sin levantar la voz. Al menos, con los hombres.

Conmigo, estaba prácticamente a punto de explotar.

Mi atención se desvía cuando oigo la risa de Angelica. Está al borde de la pista de hielo.

—Papá, ¿puedes ayudarme?

La fachada de ejecutor de Roman se rompe cuando la ve. Con una sonrisa, trota hacia ella y se arrodilla a su lado para atarle los patines.

—¿Te aprietan mucho? —le oigo preguntar.

Angelica niega con la cabeza, con el rostro iluminado por la emoción. —¿Puedes patinar conmigo, papá?

—Por supuesto, cielo. —La ayuda a levantarse, sujetándola mientras se tambalea sobre las finas cuchillas.

Observo cómo este temido ejecutor entra en el hielo, cogiendo la mano de su hija y moviéndose lenta y cuidadosamente para adaptarse a sus pasos inciertos.

Cuando ella tropieza, él la sujeta con unos reflejos que me recuerdan su otra vida, pero su sonrisa, tan rara cuando se dirige a cualquier otra persona, le transforma la cara por completo.

Es chocante reconciliar estas dos versiones del mismo hombre: el que pone nerviosos a criminales curtidos con solo una mirada y el que ahora patina hacia atrás, sujetando las dos manos de su hija, animándola con una calidez genuina en sus ojos.

Se deslizan por el hielo. Su risa compartida resuena por toda la pista, arrancando sonrisas a los espectadores.

Siento que me miran. Las familias de La Corona, probablemente preguntándose por qué la nueva señora Ginetti está sola mientras su marido y su hijastra se divierten.

Roman me encuentra con la mirada y le susurra algo a Angelica. Patinan hacia el borde de la pista, donde me acabo de dar cuenta de que he ido a parar.

—Únete a nosotros.

En realidad, no es una pregunta. Sus ojos se desvían brevemente hacia donde mi padre está con Marco y los otros dones.

Lo entiendo de inmediato.

Estamos expuestos. La familia feliz. El exitoso matrimonio concertado.

La prueba de que la solución de La Corona fue la correcta.

—No tengo patines —digo, buscando una excusa.

Roman señala un puesto de alquiler. —Eso se puede arreglar.

Angelica observa nuestro intercambio, con expresión cautelosa. No me ha perdonado que me negara a enseñarle a coser y no puedo explicarle que su padre me ordenó que me mantuviera alejada de ella.

—¿Por favor? —añade Roman, con voz más baja—. Quedaría raro que no lo hicieras.

Hay que mantener las apariencias. —De acuerdo —digo, dirigiéndome al puesto de alquiler.

Minutos después, entro con cautela en el hielo, lamentando de inmediato mi decisión. No he patinado desde que era adolescente y mis tobillos se tambalean peligrosamente.

La mano de Roman sale disparada y me sujeta el codo antes de que pueda caerme. —Cuidado. —Su agarre es firme, pero no doloroso—. Despacio.

Soy muy consciente de su contacto, de lo cerca que estamos, de las miradas que nos observan desde todo el parque.

El retrato de familia perfecto: el marido devoto que apoya a su mujer, con su adorable hija cerca.

Quiero gritar que todo es mentira. Más aún, desearía que mi corazón dejara de anhelar que fuera verdad.

—Estoy bien. —Intento apartarme, pero su mano permanece ahí. *Solo lo hace por aparentar, para que parezca que todo va bien en casa de los Ginetti*, me recuerdo.

—Te caerás —dice él, simplemente—. Agárrate a mí hasta que recuperes el equilibrio.

Me aferro al brazo de Roman mientras damos la vuelta a la pista, mi rigidez inicial va dando paso a un ritmo más natural.

A pesar de mi determinación por mantener la distancia emocional, hay algo que me desarma al verlo disfrutar con su hija, queriendo ser atento con su mujer.

—Lo estás haciendo bien. Mantén las rodillas ligeramente flexionadas.

Cuando vuelvo a tambalearme, me rodea la cintura con el brazo para estabilizarme y capto el atisbo de una sonrisa que se dibuja en la comisura de sus labios.

—¿Qué? —pregunto, deseando poder apartarme sin arriesgarme a caer de culo.

—Nada. Solo recordaba cuando le enseñé a Angelica a patinar. Se cayó muchísimas veces, pero se negaba a rendirse.

—Cabezota —digo, observándola ahora mientras intenta hacer una pequeña pirueta cerca.

—Como su padre —admite Roman, y hay una picardía en sus ojos que rara vez he visto—. Aunque su madre era igual de tozuda.

La mención de Emilia no me duele como esperaba. En cambio, me entristece por ellos. Por muy mal que lo esté pasando yo, para él también es difícil. Se ve obligado a estar con una mujer que no es el amor de su vida.

Angelica se desliza hacia nosotros. —Sé patinar, Isabella. Mira —me dice.

Aunque su tono no es como cuando cosíamos, el hecho de que me hable ya es un progreso.

Se impulsa con una confianza sorprendente y consigue hacer una pequeña pirueta antes de recuperar el equilibrio.

—Eso es increíble, Angelica. —Mi elogio es sincero y su sonrisa como respuesta me transmite una calidez inesperada.

—¿Quieres intentarlo? —pregunta, extendiendo su manita hacia la mía.

Miro a Roman, insegura de si su prohibición de que interactúe con Angelica sigue en pie. Su expresión es indescifrable, pero asiente levemente.

—Ten cuidado conmigo. Podría caerme encima de ti —digo, cogiendo la mano de Angelica.

Mientras intenta enseñarme su técnica de pirueta, con su carita seria de concentración, siento un destello de algo.

¿Podría Elena tener razón y, si juego bien mis cartas, podría encontrar algo más de lo que tengo ahora, aunque no sea la libertad?

Más tarde esa noche, volvemos a la calidez del apartamento de Roman, con las mejillas todavía sonrosadas por el frío y el placer inesperado de la tarde.

Angelica pasa corriendo a mi lado, parloteando emocionada sobre sus aventuras de patinaje con la señora Rossi mientras Roman me ayuda a quitarme el abrigo.

—Haré chocolate caliente. Deberías entrar en calor —dice, con la voz más suave de lo que me he acostumbrado a oír.

La noche anterior, cuando intentó hablar conmigo, supuse que sería más del mismo tira y afloja que tuvimos en su despacho. Pero ahora parece que está intentando ser amable.

Asiento, viéndolo dirigirse a la cocina con Angelica pisándole los talones. Hay un ritmo fácil en su interacción, una cómoda familiaridad que me descubro envidiando.

Sola en el salón, me hundo en el sofá y me cubro las piernas con una manta. El día se reproduce en mi mente como una película en la que no puedo creer que yo fuera la protagonista.

La Villa de Invierno con sus luces parpadeantes. Patinar con Roman y Angelica. La sonrisa genuina que cruzó el rostro de Angelica cuando me cogió de la mano.

Durante unas horas, lo olvidé. Olvidé que era esencialmente una prisionera. Olvidé que Roman era mi carcelero. Olvidé que nuestro matrimonio era un acuerdo comercial diseñado para mantenerme bajo vigilancia.

Cierro los ojos, recordando la sorprendente delicadeza de sus manos al arreglarme la bufanda.

La sólida calidez del brazo de Roman alrededor de mi cintura cuando casi me caigo sobre el hielo.

La forma en que se le arrugaban los ojos en las comisuras cuando Angelica le hacía reír.

Este es un terreno peligroso. Encontrar humanidad en Roman lo complica todo.

Es más fácil cuando es solo el ejecutor, el monstruo al que podrían ordenar que me matara. Más fácil cuando puedo odiarlo a él y a todo lo que representa.

Pero hoy he vislumbrado esa parte de él que me hizo preguntarme si podríamos tener algo más que un acuerdo.

Oigo risas en la cocina, la risita aguda de Angelica y la carcajada más profunda de Roman.

Están haciendo chocolate caliente, probablemente añadiendo demasiadas nubes de azúcar, como le gusta a Angelica.

Podría unirme a ellos. Fingir que somos una familia normal. Fingir que esta es la vida que elegí.

Pero la verdad es que esto no es real. Cualquier calidez que sentí hoy, cualquier conexión que pareció surgir entre nosotros, existe dentro de los confines de mi impotencia.

Mi mirada se desvía hacia la estantería del otro lado de la habitación. Entre los volúmenes gastados y las pocas fotos enmarcadas hay un álbum grueso en el que no me había fijado antes.

La curiosidad me levanta del asiento. Saco el álbum de su sitio. La cubierta es de simple cuero oscuro, sin ninguna marca.

Cuando lo abro, en la primera página aparece Roman, más joven, con el rostro menos surcado de arrugas, con los brazos rodeando a una mujer preciosa.

Su sonrisa le ilumina toda la cara y Roman parece… radiantemente feliz. Verdaderamente feliz de una manera que nunca he visto.

Esta debe de ser Emilia.

Paso la página lentamente. Aquí están Roman y Emilia en lo que parece ser su boda. Otra los muestra en una playa en algún lugar.

Emilia está embarazada en la siguiente serie de fotos, con la mano cubriendo protectoramente su vientre redondeado mientras Roman está de pie detrás de ella, con un aspecto a la vez orgulloso y aterrorizado.

Luego aparece Angelica, diminuta, con la cara roja, envuelta en una manta rosa. Roman la sostiene con una ternura tan cuidadosa, mirándola con asombro en sus ojos.

Dios, que un hombre me mirara así. A nuestro hijo así.

¿No es eso una de las cosas que mi madre quería para mí? ¿La capacidad de encontrar el amor verdadero, la felicidad verdadera, en mis propios términos?

Paso más páginas. Los primeros pasos de Angelica, fiestas de cumpleaños, mañanas de Navidad.

En cada foto, Roman parece un hombre diferente al que conozco.

Abierto. Vulnerable.

Su sonrisa le llega a los ojos de una manera que solo he vislumbrado en momentos con Angelica.

Me detengo en una foto de los tres patinando sobre hielo; Angelica no podía tener más de cuatro años.

Emilia parece delgada y frágil.

Roman sonríe, pero el miedo y el dolor llenan sus ojos.

Esto debe de ser justo antes de que muriera.

De repente, siento que soy una intrusa por haberme unido a ellos hoy. Patinar era lo suyo. Esta era su vida real. Su vida elegida. Debería haber estado Emilia allí hoy, no yo.

Trazo el contorno del rostro de Emilia con la punta del dedo. Era hermosa, no de la manera pulida que había imaginado, sino con una calidez natural que irradia incluso de estas fotografías descoloridas.

Una extraña opresión se forma en mi pecho. ¿Son celos? No exactamente.

Algo más complicado. No solo envidio a la mujer, sino la vida capturada en estas imágenes. La felicidad genuina, el sentido de pertenencia.

—Era extraordinaria.

Me sobresalto, casi dejando caer el álbum. Roman está en el umbral, sosteniendo dos tazas de chocolate caliente. Cierro el álbum rápidamente, sintiéndome como si me hubieran pillado fisgando.

—Lo siento. No debería haber….

—No pasa nada. —Cruza la habitación y me entrega una taza—. Angelica se está tomando su chocolate con la señora Rossi, que le está leyendo *El Expreso Polar*.

—Ah. Ese es muy bueno.

Se sienta a mi lado y abre el álbum. —Habría cumplido treinta y siete el mes que viene —dice en voz baja—. A veces, me pregunto qué pensaría de… todo esto.

La forma en que dice «todo esto» deja claro que se refiere a nuestro acuerdo. A mí.

—Lo habría odiado —digo antes de pensar si es prudente—. El acuerdo. Verte obligada a casarte con alguien a quien no amas.

Sus labios se contraen hacia arriba. —Sí. Lo habría odiado.

Un silencio incómodo se extiende entre nosotros. Me descubro queriendo saber más sobre esta mujer que claramente todavía posee su corazón.

—Parecíais felices —digo finalmente—. En las fotos.

—Lo éramos. —Toma un largo sorbo de su chocolate—. No era complicado.

A diferencia de nosotros, no lo dice, pero lo oigo de todos modos.

—Hoy ha estado bien. —Me sorprendo a mí misma con la admisión —. En la pista de hielo. Angelica parecía pasárselo bien.

Algo cambia en su expresión, una relajación de la tensión alrededor de sus ojos.

—Sí, se lo ha pasado bien. —Duda—. Ha preguntado si podrías enseñarle a coser mañana.

Levanto la vista bruscamente. —Me dijiste que me mantuviera alejada de ella.

—Sé lo que dije. Estaba enfadado. —No se está disculpando. Ni siquiera ha retirado su orden.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? —Inspira hondo—. Ahora quiero paz y calma en mi casa. Quiero que mi hija sea feliz y que tú no andes a mi alrededor como si estuviera a punto de…

—¿Matarme?

Asiente en afirmación.

Debería seguir teniéndole miedo. Debería seguir odiándolo por la vida que representa, por la prisión en que ha convertido mi existencia.

Pero hoy en la pista de hielo, viéndolo con Angelica, mirando estas fotos, estoy empezando a ver al hombre que Elena describió, el que no supo qué se le vino encima cuando conoció a Emilia.

Y eso lo complica todo.

Hago un movimiento para levantarme, sintiendo todavía que me he entrometido en algo privado. —Debería devolver esto a su sitio.

—No —dice Roman, poniendo su mano en mi antebrazo para mantenerme sentada.

Coge el álbum y lo abre, pasando a una página a la que no había llegado. —Este fue el cuarto cumpleaños de Angelica. —Su dedo traza el borde de una foto que muestra a Angelica con la cara manchada de tarta—. Emilia hizo la tarta ella misma. Tres pisos. Le llevó todo el día.

Estudio su perfil mientras mira la imagen. La dureza que suele definir sus rasgos se ha suavizado, reemplazada por algo crudo y honesto.

Es sobrecogedor.

—Se la ve tan feliz —digo, refiriéndome tanto a Angelica como a Emilia.

—Lo era. —Roman pasa la página—. Esta fue nuestra última Navidad juntos.

La foto los muestra a los tres frente a un árbol de Navidad mucho más grande que el que tiene ahora en su apartamento.

Emilia está sentada en el suelo con Angelica en su regazo y Roman arrodillado a su lado.

—¿Qué le pasó? —pregunto en voz baja y me arrepiento al instante —. Lo siento, no tienes por qué…

—Cáncer —dice sin más—. Luchó. Joder, vaya si luchó. —Su hombro presiona contra el mío mientras se inclina más cerca para mostrarme

otra foto—. Esto fue en Italia. Emilia nunca había estado. Se enamoró.

—Es precioso —digo, contemplando la villa de piedra rodeada de cipreses.

—Angelica a veces no la recuerda muy bien —dice después de un momento—. Estas fotos son todo lo que tiene.

No sé qué decir a eso. Nos quedamos en silencio, su pérdida llena el espacio.

—Te habría caído bien —dice Roman de forma inesperada—. Era cabezota. No me pasaba ni una.

Eso me hace sonreír a mi pesar. —Me lo imagino.

Sus dedos rozan los míos cuando ambos vamos a pasar la página. Ninguno de los dos se aparta de inmediato.

—Ella era parte de este mundo, ¿verdad? —pregunto, aunque pienso que tal vez no debería.

—Sí. Su padre trabajaba para el padre de Marco. —Señala una foto de una pareja de sesenta y tantos años—. No duraron mucho después de la muerte de Emilia. Una parte de mí cree que fue por el corazón roto, pero oficialmente fue un infarto para él y una neumonía para ella.

—¿Así que Angelica también perdió a sus abuelos?

Asiente. —Mis padres están jubilados en Florida. Intentaron quitarme a Angelica. —Su voz se endurece—. Ahora no la ven en absoluto. Cuando tenga dieciocho años, podrá visitarlos si quiere.

Así que el instinto protector de Roman hacia Angelica se extiende incluso a sus padres.

—¿A Emilia le importaba a qué te dedicas?

Se queda callado un momento. —Sabía quién era cuando nos conocimos. Solía decir que se enamoró de todo mi ser, no solo de las partes que eran fáciles de amar.

Sus palabras se asientan en mi pecho, cargadas de significado. ¿Cómo sería ser amada de esa manera? ¿Ser vista por completo y aceptada?

—Parece extraordinaria —digo y lo digo de verdad. Lo más probable es que nunca tuviera que darle un susto de muerte, pero seguro que sabía de lo que era capaz y lo eligió de todos modos.

—Lo era.

Roman pasa otra página, revelando una foto espontánea de él dormido en un sofá con la pequeña Angelica tumbada sobre su pecho.

—Esto fue después de tres noches sin dormir. Emilia hizo la foto antes de unirse a nosotros.

Estudio su rostro en la fotografía, más joven, vulnerable, completamente en paz. Tan diferente del hombre que conozco ahora.

Sin embargo, a veces, como hoy en la pista de hielo, vislumbro a ese otro Roman.

—Tuviste lo que mucha gente desearía tener en un matrimonio —digo.

—Eso he oído. —Me mira de reojo—. Supongo que es lo que tú querías. Siento que te haya tocado cargar conmigo.

Casi digo: *Podría haber sido peor*, hasta que recuerdo que siempre puede ser peor.

—Gracias por compartir esto conmigo.

Él me mira entonces, me mira de verdad, con sus ojos oscuros escudriñando los míos. —Nadie ha visto esto, excepto yo y Angelica.

Quizá la señora Rossi.

Me doy cuenta de que esto tiene un significado. Quiero preguntar al respecto, pero no estoy segura. No quiero profundizar demasiado en algo que podría hacerme sentir que hay algo entre nosotros más allá del deber familiar.

En lugar de eso, cierro el álbum con cuidado y se lo tiendo. Nuestros dedos se rozan de nuevo cuando lo coge y esta vez el contacto parece deliberado.

Mi cuerpo anhela que sea verdad.

Tocarlo y descubrir al hombre que Emilia había conocido. Pero yo no soy ella.

—Buenas noches, Roman —digo, levantándome del sofá.

No responde de inmediato y, cuando miro hacia atrás, me está observando con una expresión que no puedo descifrar.

—Buenas noches, Isabella —dice finalmente, mi nombre suena suave en sus labios.

Camino hacia nuestro dormitorio, consciente de que sus ojos me siguen hasta que llego al pasillo.

Me abruman sentimientos confusos.

Las cosas han vuelto a cambiar, pero sería una tonta si pensara que significan algo.

Solo quiere que sea dócil y quizás ha descubierto que fingir que se preocupa por mí es una forma de conseguirlo.

Pero, ay, cómo desearía poder tener al hombre que tuvo Emilia. El amor. La devoción.

Recuerdo que Elena dijo que tuve suerte de que me emparejaran con él porque era capaz de amar, pero sé que nunca sentiría eso por mí.

Tuvo un amor de esos que solo se tienen una vez en la vida. Me alegro por él.

¿Yo? Para mí no hay amor verdadero.

ROMAN

Veo a Isabella marcharse y me planteo cambiar el chocolate caliente por algo más fuerte.

Pero algo dentro de mí me impulsa hacia el dormitorio, no hacia el bar.

Hoy ha sido un buen día. Isabella parece menos enfadada y distante.

Pero no estoy seguro de que entienda del todo nuestra situación y lo que hay que hacer para mantenerse a salvo.

Cuando llego al umbral, me detengo. Isabella está sentada en su mesa de costura, ligeramente encorvada sobre su trabajo. Sus dedos guían la tela bajo la aguja de la máquina que le traje la semana pasada.

Me apoyo en el marco de la puerta, observándola. Hay algo cautivador en su concentración, en la forma en que frunce ligeramente el ceño, en cómo se muerde el labio inferior.

El vestido que toma forma entre sus manos es de un verde esmeralda intenso que le quedará precioso a Angelica.

—Es un trabajo precioso —digo en voz baja.

Isabella se sobresalta, sus manos se quedan paralizadas a media puntada. Sus ojos se encuentran con los míos, recelosos e inciertos.

Entro en el dormitorio y cierro la puerta. Voy hacia la butaca a los pies de la cama y me siento. Isabella se mueve, sus ojos me siguen como una presa observa a un depredador. Todavía me tiene miedo.

—No me arrepiento de haberte asustado —digo sin rodeos—. El miedo tiene su propósito.

Isabella abre los labios, pero levanto una mano para detenerla.

—Necesitabas entender lo que está en juego. Esto no es un juego en el que el peor resultado es salir con los sentimientos heridos —me inclino hacia delante, con los codos en las rodillas—. En nuestro mundo, la gente muere, Isabella. No solo soldados como yo, sino también inocentes, como tu madre.

La máquina ya no suena. He captado su atención.

—Cuando juegas a dos bandas, cuando guardas secretos, pones en peligro a todo el mundo. A mí. A ti misma. A Angelica.

Isabella se estremece al oír el nombre de Angelica y sé que lo entiende.

—El miedo nos mantiene vivos en esta vida. Agudiza nuestros instintos, nos hace ser precavidos cuando es necesario. Necesitaba que tuvieras el miedo suficiente para ver el peligro real, no solo el que yo represento, sino el de quien sea que te esté utilizando en este juego.

Sus hombros siguen tensos, pero algo en su expresión cambia. No es confianza, todavía no, pero quizá sí comprensión.

—No te pediré disculpas por hacerte entender lo que nos jugamos —continúo—. Pero te prometeré una cosa. Mientras seas sincera conmigo de ahora en adelante, ese miedo no tiene por qué existir entre nosotros.

Los ojos de Isabella brillan con irritación. —No estoy intentando ser imprudente, Roman. ¿Por qué no puedes entenderlo? No estoy conspirando contra ti, ni contra La Corona, ni contra nadie. Solo quiero saber qué le pasó a mi madre.

Me enderezo, la frustración me hierve por dentro. —¿Y si esa verdad te lleva a la muerte? ¿A la muerte de todos nosotros? ¿O quizá no lleva a ninguna parte? ¿Qué, entonces?

Abre la boca para responder, pero yo sigo.

—¿Y si toda esta investigación, todo este ir a escondidas con el FBI, todos estos secretos, solo sirven para poner en peligro a Angelica? ¿Has pensado en eso? Mi hija ya ha perdido a una madre. No permitiré que le hagan daño porque hayas puesto tu cruzada por encima de todo.

El rostro de Isabella palidece. —Eso no es justo.

—¿Justo? —suelto una carcajada—. Nada en nuestro mundo es justo. Eso lo sabes tú mejor que nadie.

Espero a que responda, pero no lo hace.

—Tu búsqueda de la verdad puede traer a nuestra puerta a gente que no dudará en utilizar a una niña como moneda de cambio —bajo aún más la voz—. Lo he visto ocurrir, Isabella. He tenido que limpiar el desastre.

Ella permanece en silencio. No estoy seguro de si es porque mis palabras están calando o si simplemente se muestra obstinada.

—¿Crees que al FBI le importa tu madre? No es así —le sostengo la mirada, necesito que vea la cruda realidad—. El FBI solo tiene un objetivo: acabar con La Corona. El caso de tu madre es solo una palanca, Isabella. Una herramienta que están usando para manipularte. Si resolver su asesinato interfiriera con su objetivo principal, enterrarían la verdad sin dudarlo.

Los ojos de Isabella se abren un poco más y la duda parpadea en su rostro.

—Piénsalo. ¿Te ha ofrecido Blackwood alguna vez una prueba concreta? ¿O solo las migas de pan suficientes para mantenerte enganchada? —dejo que reflexione sobre eso un momento—. Cuando le pediste que te sacara de esta vida, ¿aprovechó la oportunidad para ayudarte? ¿O te presionó para que te quedaras donde le eres útil?

La comprensión aflora en sus ojos y aprovecho mi ventaja.

—Para él es algo transaccional. Tú le das acceso a La Corona, él te tiende el cebo de la justicia para tu madre. Pero en el momento en que dejes de ser útil… —chasqueo los dedos—. Te vuelves prescindible.

Las manos de Isabella se aferran a la tela que tiene en el regazo.

—No te digo que confíes ciegamente en mí —continúo, suavizando el tono—. Pero al menos entiende quién te está utilizando de verdad en esta ecuación. Blackwood no ve a una hija afligida que busca justicia. Ve un activo, una forma de entrar. Y puede que no quieras esta vida, que no quieras vivir en este mundo, pero ahora mismo, es lo único que te protege.

Ella niega con la cabeza. —¿Amenazándome?

Vale, en eso tiene razón. —Eres la hija de un don. De La Corona. Cualquier otra mujer en esta vida que hubiera hecho lo que tú hiciste ya estaría muerta. No quieren matarte, Isabella. Pero tampoco van a dejar que los hundas.

Ladea la cabeza. —¿Está La Corona detrás de la muerte de mi madre?

—No —no tengo ninguna duda. Al menos, no oficialmente—. Pero eso no significa que no haya alguna conexión. Al FBI no le importará

si te pones en peligro o si te matan. Mientras consigan lo que quieren, les importas una mierda.

Respiro hondo, dejando que la tensión se disipe de mis hombros. Tengo que recordar que Isabella no es realmente una amenaza, sino una mujer atrapada en circunstancias que escapan a su control. —Te ofrezco un camino diferente. Uno en el que trabajemos juntos para encontrar la verdad sobre tu madre.

Los ojos de Isabella se entrecierran con desconfianza. —¿En qué se diferencia tu ayuda? Te limitarás a proteger a La Corona. A ti tampoco te importo.

Eso no es verdad, me apetece decir. Curiosamente, me importa más de lo que esperaba. —Creo que aquí está pasando algo más y quiero averiguarlo para protegerte a ti y a La Corona. También creo que no es descabellado que tengas respuestas sobre tu madre. Quiero ayudarte con eso, pero de una manera que no haga que nos maten.

Me mira con recelo. —¿Nosotros? Querrás decir a mí.

—Quiero decir a nosotros. Ahora estamos unidos —levanto la mano izquierda y le muestro el anillo. De acuerdo, el anillo no es el símbolo del amor eterno, pero sí que nos une.

Ella mira su anillo como si acabara de darse cuenta de que está ahí.

—Mira, no te digo que confíes en mí ciegamente. Te digo que hagamos esto juntos. Tengo recursos, contactos en todos los rincones de esta ciudad, acceso a información.

—Si eso es verdad, ¿por qué ni tú ni La Corona habéis investigado el asesinato de mi madre? ¿Por qué soy la única a la que le importa?

—No lo sé —digo con sinceridad—. Pero ahora te ofrezco mi ayuda.

—¿Y si esas respuestas implican a alguien de La Corona? —pregunta —. ¿Incluso a alguien cercano a ti?

Eso sería problemático. —Entonces lo afrontaremos. Trabaja conmigo, no contra mí. Déjame ayudarte a encontrar la verdad, sea cual sea.

La duda sigue nublando sus facciones. Joder. ¿Qué hará falta para que lo entienda?

—Sé que puede que me desprecies. Demonios, tienes todo el derecho. Este matrimonio, esta vida, nada de esto fue elección tuya. Así que, ¿qué tal si, a cambio de tu cooperación, cuando esto acabe, cuando encontremos a quien mató a tu madre y desentrañemos el juego que se está jugando, te ayudo a escapar de esta vida?

Sus ojos se abren de par en par, la sorpresa genuina sustituye al recelo. —¿Harías eso?

Quizá debería haberlo pensado mejor, pero asiento. —Una vez que hayamos garantizado la seguridad de todos, encontraré la forma de que te vayas. Que empieces ese negocio de diseño con el que sueñas. Que vivas según tus propias reglas.

Por un momento, su expresión es de esperanza, pero segundos después, vacila. —Mi padre nunca lo permitiría. La Corona no…

—Deja que yo me preocupe de La Corona —la interrumpo—. Hay formas de negociar estas cosas —pero me preocupa estar dándole falsas esperanzas.

Entrecierra los ojos. —No puedes prometer eso. Nadie desafía a La Corona.

—No puedo garantizar nada —admito—, pero puedo prometer que lo intentaré. Encontraré una solución.

—¿Por qué harías esto por mí? —la sospecha tiñe su voz.

—Porque te mereces la verdad y seguir tus sueños.

El silencio entre nosotros se siente diferente ahora, menos hostil, más contemplativo.

—No te desprecio —dice finalmente—. Es que ya no sé en quién confiar.

—No te pido que te guste, Isabella —digo—. No necesito tu afecto ni tu aprobación. Lo que necesito es tu confianza.

Me mira, esos ojos oscuros escudriñan mi rostro. —¿Confianza? ¿En este mundo? ¿Con lo que está en juego?

—Especialmente en este mundo —replico—. Especialmente con lo que está en juego —dejo que eso quede en el aire un momento—. Sé que lo que te pido no es sencillo. La confianza es difícil de ganar en nuestro mundo. Aún más difícil de mantener.

Pienso en Marco, mi amigo más antiguo, el único hombre en el que he confiado por completo desde que era un niño. Incluso con él, hay momentos de duda, cálculos hechos en las sombras de mi mente.

—Pero estamos caminando por un sendero peligroso, Isabella. Quienquiera que esté detrás de la muerte de tu madre, quienquiera que te esté manipulando, cuenta con nuestra desconfianza. Lo creas o no, estoy intentando protegerte. El FBI puede que te diga que te protegerá, pero no lo ha hecho, ¿verdad? En lugar de salvarte de mí, te animaron a arriesgar tu vida para acabar con nosotros.

Ella baja la mirada. —No habría hecho eso.

Sonrío. —Tú también los estás utilizando, pero ¿cuánto tiempo estarían de acuerdo con que no les dieras información antes de que dejaran de darte coba sobre tu madre? Eres una hija de La Corona, por eso estás conmigo ahora y no muerta, pero hay límites. Te lo ruego, Isabella, no cruces esos límites.

Isabella se levanta de su silla y viene hacia mí, arrodillándose delante. La postura no es sumisa, es desesperada.

—Solo quiero respuestas, Roman. Es lo único que he querido siempre. ¿Sabes lo que es que todo el mundo actúe como si tu dolor

no importara? ¿Como si tus preguntas no merecieran ser respondidas?

Mi corazón se apiada de ella.

—Mi padre y La Corona actúan como si nunca hubiera pasado. Fue como si mi madre simplemente hubiera desaparecido de la memoria de todos excepto de la mía.

Una lágrima se escapa, recorriendo su mejilla. No se la limpia, así que lo hago yo, complacido de que no se aparte de mi contacto.

—A nadie le importaba, Roman. A nadie más que a mí. ¿Puedes entender por qué hice lo que hice? ¿Por qué hablé con el FBI? Eran los únicos que me ofrecían respuestas cuando todos los demás querían que olvidara.

Me inclino hacia delante. —Déjame ayudarte a encontrar las respuestas que necesitas. Juntos encontraremos a quien mató a tu madre. Averiguaremos por qué —le sostengo la mirada, asegurándome de que vea la verdad en mis ojos—. Pero tienes que confiar en mí. No más secretos. No más llamadas a Blackwood.

Cojo sus manos entre las mías, apretándolas suavemente. —El FBI no es tu aliado en esto. Están usando tu dolor, tu necesidad de respuestas, para conseguir lo que quieren. Y lo que ellos quieren no tiene nada que ver con la justicia para tu madre.

Sus ojos buscan en los míos y espero que vea sinceridad. Puede que sea un monstruo, pero mi palabra tiene valor.

—Vale —susurra, y esa única palabra lo cambia todo. No sé por qué. ¿Qué más debería dar que ponga su fe, su confianza en mí? Pero me importa.

Mis dedos recorren su mejilla. —No te defraudaré, Isabella. Te lo prometo —es una promesa que no debería hacer porque, para ser sincero, no sé si podré cumplirla.

No sé del todo a qué nos enfrentamos.

Pero sé que haré todo lo posible por encontrar la verdad para ella.

Ladea la cabeza, apoyándose en mi contacto. La tensión en la habitación cambia.

Sigue ahí, pero ahora es diferente, eléctrica en lugar de amenazante.

Esa innegable y confusa atracción hacia ella se hace más fuerte. Debería apartarme, pero no me muevo.

Isabella tampoco lo hace. Su mirada baja a mi boca, luego vuelve a mis ojos, con una pregunta en ellos que no tiene nada que ver con investigaciones de asesinato o lealtades familiares.

Coloca la palma de su mano en mi pecho.

El simple roce me quema a través de la camisa.

Mi cuerpo se calienta, mi polla se endurece.

Debería parar esto. Debería recordar todas las razones por las que esto lo complica todo.

En lugar de eso, la siento en mi regazo con un movimiento fluido. Ella suelta un jadeo, ahora sentada a horcajadas sobre mí en la butaca, con las manos apoyadas en mis hombros.

Espero a que proteste o se aparte, pero no lo hace.

Capturo su boca con la mía, besándola con toda la frustración y el deseo reprimidos que he estado combatiendo desde la última vez que la toqué.

Su cuerpo se derrite contra el mío, suave donde yo soy duro, cediendo donde yo soy exigente.

Mis manos se deslizan bajo su jersey, recorriendo la curva de su espalda, sintiendo cómo se estremece a mi contacto. Se mece contra mí, arrancándome un gemido desde lo más profundo de mi pecho.

—Isabella… —rompo el beso, dándole una última oportunidad para detener esta locura.

Ella responde quitándose el jersey por la cabeza y arrojándolo a un lado, sin apartar sus ojos de los míos.

Nunca me he considerado un hombre de dudas. En mi mundo, dudar hace que te maten. Pero con el cálido peso de Isabella en mi regazo y su piel desnuda bajo mis manos, me detengo.

No por falta de deseo.

Dios sabe que eso me consume como un incendio forestal. Sino porque algo ha cambiado entre nosotros.

—Voy a ayudarte pase lo que pase. No tienes que hacer esto como una especie de gratitud.

Isabella responde cogiéndome la cara entre sus manos, con los ojos fijos en los míos. —No lo hago por eso. Necesito esto. Necesito sentir algo real.

Bueno, pues entonces. Vuelvo a capturar su boca, besándola con todo lo que he estado conteniendo. Mis manos exploran la curva de su cintura, el arco de su espalda, grabando cada centímetro en mi memoria.

Ella se afana con los botones de mi camisa, quitándomela de los hombros.

Cuando sus manos recorren las cicatrices que marcan mi pecho y hombros, espero que vea en ellas la prueba de mi advertencia. Soy la prueba andante de los peligros de nuestro mundo.

—Estas cuentan tu historia —sus dedos se detienen en la línea irregular cerca de mi clavícula.

—No una apta para antes de dormir —mis manos se deslizan hasta su sujetador, desabrochándolo y liberando esas magníficas tetas suyas.

—No pido historias bonitas, Roman.

Algo en la forma en que dice mi nombre, como si lo reclamara, me envía una oleada de calor. Mi polla exige alivio, así que quito con destreza las barreras entre nosotros y la guío sobre mí.

Quiero empalarla, pero entonces recuerdo que esta es solo la segunda vez que hará esto.

Respiro hondo para moderar la urgencia desesperada que siento. —Coge lo que quieras, nena, como lo quieras.

Flota sobre mí, con aspecto inseguro pero decidido. Luego baja, acogiéndome, y joder, qué bien sienta. Gimo mientras la electricidad recorre mi polla.

Ella también suelta un gemido, su cabeza cae hacia atrás, dejando al descubierto su cuello.

No pierdo el tiempo en chupárselo mientras le acaricio las tetas y se las chupo también por turnos. Su coño se contrae con cada tirón de su pezón, y estoy en el puto paraíso.

—Yo… no sé qué hacer.

Levanto la cabeza, mirándola a los ojos. —Haz lo que te siente bien, nena.

Se mece hacia delante y hacia atrás, como si estuviera probando la sensación. Luego se eleva sobre mí, se desliza hacia abajo de nuevo. En cuestión de momentos, ha encontrado un ritmo, y yo estoy en perfecta sincronía con ella.

Le sostengo la mirada, observando unos ojos que ahora no me temen.

—Eres preciosa —le digo, porque es verdad y porque quiero que sepa que la veo.

Nunca he sido un hombre que creyera en el destino. En mi mundo, las cosas suceden porque alguien hace que sucedan, generalmente a

punta de pistola.

La excepción había sido Emilia, que me había capturado el alma en el momento en que la conocí.

Y quizá ahora, Isabella, a la que observo moverse sobre mí, con su hermoso rostro transformado por el placer. Quizá esto también estaba destinado a ser.

—Roman —su respiración se entrecorta. Sus dedos se clavan en mis hombros.

—Córrete, Isabella. Córrete en mi polla —estoy duro como una roca, necesitando correrme, pero eso pasa a un segundo plano ante ella. Estoy paralizado por ella. Por cómo ha rendido su cuerpo al placer. A mí.

Deslizo un dedo sobre su clítoris y lo froto. Ella grita, echando la cabeza hacia atrás mientras su coño aprieta mi polla. Inmediatamente, un tsunami de placer me atraviesa.

—Joder… sí… —le agarro las caderas mientras embisto bajo ella, mi orgasmo bombeando dentro de ella. Nos movemos juntos, nuestros cuerpos resbaladizos, cálidos.

Ella se desploma sobre mi pecho, su respiración agitada contra mi cuello.

La rodeo con mis brazos, sujetándola con fuerza, sintiendo el latido de su corazón contra el mío.

Por un momento, nos quedamos así, conectados, en silencio. El único sonido es nuestra respiración, que poco a poco vuelve a la normalidad.

Me pregunto qué estará pensando. ¿Le preocupa haberse acostado con el enemigo? ¿Entiende del todo mis advertencias? ¿Cree que voy a encontrar respuestas para ella?

Se me ocurre que quizá debería hacer caso a mis propias advertencias. Isabella tiene razón en que las respuestas podrían llevarme a un lugar que me pusiera en oposición a La Corona.

Considero todas las complicaciones que este nuevo giro añade a una situación ya de por sí peligrosa. Marco me diría que estoy siendo imprudente, dejando que la emoción nuble mi juicio.

Tendría razón.

Pero al observar a Isabella ahora, con la guardia temporalmente baja, sé que no hay vuelta atrás.

Sea cual sea el juego que se esté jugando, sea cual sea la verdad que descubramos sobre la muerte de su madre, ahora estamos juntos en esto.

Mi mundo está ligado al suyo y viceversa.

Espero, por todos los santos, que sobrevivamos.

20

ISABELLA

¿Qué estoy haciendo?

Cada parte racional de mí me grita que mantenga las distancias con este hombre.

Su sermón de esta noche era para recordarme que me portara bien, para recordarme mi peligrosa situación.

Es un sicario, un asesino, y, sin embargo, es la única persona que parece genuinamente interesada en descubrir qué le pasó a mi madre.

No por beneficio o para sacar ventaja, sino porque ve que las piezas no encajan.

Estoy sumida en la confusión. Me siento a salvo con él, a pesar de todo. Deseada, a pesar de nuestro acuerdo. La contradicción de todo ello hace que me dé vueltas la cabeza.

—¿Estás bien? —pregunta Roman.

Asiento, sin fiarme de mi voz. ¿Cómo puedo explicar que no le tengo miedo a él, sino al efecto que tiene sobre mí? ¿Que tengo miedo de confiar en él por completo mientras mi cuerpo me traiciona anhelando sus caricias?

—Gracias por ayudarme. A nadie le ha importado lo suficiente como para indagar más.

—A mí me importa —dice él, sin más.

Y ese es el problema. Estoy empezando a creerle.

Empezando a ver al hombre que hay detrás del sicario.

Al padre devoto, al amigo leal, a la persona que se da cuenta de cuándo tengo miedo e intenta aliviar ese temor.

Me estoy enamorando del único hombre del que debería huir. ¿Y lo peor? Que no estoy segura de querer parar.

Me levanta y se acomoda a mi lado en la cama. Me acurruco contra él como si fuera lo más normal del mundo y me quedo dormida.

No sé qué me despierta. Aún está oscuro; la luz de la luna se filtra a través de las cortinas a medio correr.

A mi lado, Roman duerme profundamente, con una respiración profunda y acompasada.

Me giro de lado para observarlo. Dormido, la dureza se desvanece de su rostro.

La vigilancia constante, la mirada calculadora que no se pierde nada, todo ha desaparecido.

Parece casi en paz.

La sábana se le ha deslizado hasta la cintura, dejando al descubierto su ancho pecho.

Mis ojos recorren los contornos de sus músculos, las cicatrices que marcan su piel como un libro de historia de la violencia.

Una línea especialmente irregular le recorre el hombro izquierdo. Me pregunto qué, o quién, se la hizo.

No debería mirarlo de esta manera. Este matrimonio es un acuerdo de negocios, un aplazamiento de la ejecución. Nada más.

Sin embargo, no puedo apartar la vista de la sábana que cae holgadamente alrededor de sus caderas, ocultando el resto de su cuerpo.

Siento un cosquilleo en los dedos por el impulso de tocarlo. De explorar a este hombre que me amenaza y me protege a partes iguales. Que me hace sentir aterrorizada y a salvo al mismo tiempo.

Antes de poder convencerme de lo contrario, alargo la mano. Con cuidado, agarro el borde de la sábana. Se me corta la respiración mientras la bajo lentamente, revelando más de él centímetro a centímetro.

La V bien definida de sus caderas. El rastro de vello oscuro que desciende. Los poderosos muslos de un hombre que se ha pasado la vida en movimiento, en persecución.

Es magnífico. Peligroso. Y, por ahora, mío.

No debería desearlo. Pero en la oscuridad, sin nadie que presencie mi debilidad, me permito este momento.

Me siento atraída por Roman Ginetti.

Por su fuerza, por su devoción a su hija, por su lealtad inquebrantable.

Por la ocasional ternura que vislumbro bajo la brutalidad.

Mi mano se cierne sobre su piel, sin llegar a tocarla. Dormido, es vulnerable de un modo que nunca se permite estando despierto. Ese pensamiento me produce un escalofrío inesperado.

Me quedo helada cuando Roman se remueve bajo mi mirada. Sus ojos permanecen cerrados, pero una lenta sonrisa curva sus labios.

—Puedes tocar si quieres —murmura con la voz ronca por el sueño.

El calor me inunda las mejillas al ser descubierta. Debería apartarme, disculparme, retirarme a mi lado de la cama.

Eso sería lo sensato.

Pero hay algo en la oscuridad, en la intimidad de este momento, que me vuelve valiente.

—Odiaría despertarte.

—Cariño, siempre estoy dispuesto a despertarme cuando una mujer quiere follarme. —No se mueve, no me busca, solo me observa mientras me inclino sobre él.

—Quiero… —Se me quiebra la voz. Nunca he sido tan directa con nadie. Nunca he tenido la oportunidad—. Quiero que me enseñes lo que te gusta.

Su mano captura la mía donde se cierne sobre su pecho. —Quizá no te hayas dado cuenta, pero me ha gustado todo lo que hemos hecho. —Su pulgar traza círculos en mi muñeca.

—Aun así, quiero aprender más. Enséñame, Roman.

Guía mi mano hacia abajo, por los surcos de su abdomen. Los músculos se tensan bajo mi tacto. —¿Qué quieres saber? ¿Qué quieres tocar?

El calor me inunda las mejillas. —Todo. Quiero saber qué te hace… reaccionar.

Roman se ríe, el sonido vibra en su pecho. —Los hombres no somos criaturas complicadas, Isabella. —Suelta mi muñeca, dándome libertad para explorar—. Pero ya que lo has pedido tan amablemente… —Se inclina más cerca, su aliento cálido contra mi oreja—. Empieza despacio. Presta atención a cómo reacciono. Si mi respiración cambia, si me tenso, si se me pone dura, son buenas señales.

Me fascina cómo su polla ya se está endureciendo, empinándose, y no he hecho más que deslizar mis dedos por su pecho.

Continúo, siguiendo esa tentadora línea de vello oscuro hacia dicha polla.

—¿Así? —pregunto, envalentonada por la leve interrupción de su respiración.

—Justo así —murmura—. Ahora prueba a usar las uñas. Despacio.

Hago lo que me indica, arrastrando mis uñas suavemente por su piel. La forma en que cierra los ojos y arquea el cuerpo me produce un escalofrío.

—Joder, qué bien sienta —me alaba, y algo dentro de mí se derrite ante su aprobación.

—¿Qué más? —pregunto, ávida de más conocimiento, de más reacciones suyas.

Roman me coge la mano de nuevo, guiándola más abajo. —Algunos sitios son más sensibles que otros. Mi polla, por supuesto, pero también mis huevos. —Coloca mis dedos sobre los suaves sacos. Los masajeo con delicadeza, notando cómo se le entrecorta la respiración.

Exploro más, acariciando la piel bajo los sacos, fascinada por la forma en que sus músculos se contraen bajo mi tacto, por cómo su respiración se vuelve más pesada.

—Aprendes rápido —dice, con la voz tensa mientras mis dedos trazan dibujos en la cara interna de su muslo.

Trago saliva, reuniendo valor. —Quiero usarte la boca.

La mirada de Roman se oscurece. —No tienes que…

—Quiero hacerlo —lo interrumpo—. Enséñame cómo.

Me guía la mano para que lo rodee, mostrándome la presión que le gusta. —Empieza con la mano —me indica con voz ronca—. Luego usa la lengua. Explora lo que te parezca natural.

El corazón se me acelera por la nerviosa expectación. Su piel está caliente bajo mis dedos mientras lo acaricio como me ha enseñado.

Paso la lengua por encima de él y luego envuelvo mis labios alrededor de su punta. La piel es suave como el terciopelo mientras arremolino la lengua y lo saboreo.

Su brusca inspiración me envalentona.

—Eso es —gime, mientras una de sus manos se enreda suavemente en mi pelo—. Justo así.

Sigo sus indicaciones, aprendiendo de su cuerpo a través de sus reacciones, de la tensión de sus músculos, de la aceleración de su respiración, de las ocasionales palabras de aliento que se escapan de sus labios.

Hay algo embriagador en tener a este hombre poderoso y peligroso vulnerable bajo mi tacto.

—Joder… Isabella… Voy a correrme. —Intenta apartarme.

—¿Está mal? —pregunto—. ¿Por qué haces que pare? ¿No es correrse el objetivo?

—Es un engorro y… bueno, puede que no te guste.

Ignoro sus protestas. —No lo sabré hasta que lo pruebe. —Lo agarro y reanudo la succión y los lametones.

—Oh… Joder… Sí… —Sus caderas se arquean, su mano se aprieta en mi pelo y un calor me inunda la boca. Me quedo con él mientras se corre, sintiéndome extrañamente poderosa y sexi a la vez.

Roman tira de mí hacia su cuerpo, su boca reclama la mía en un beso abrasador. —Mi turno —murmura contra mis labios mientras me gira para ponerse sobre mí.

Sus manos y su boca parecen estar en todas partes a la vez, adorando mi cuerpo con una intensidad que me hace temblar.

Esto no es solo una liberación física.

Hay algo más profundo en la forma en que me toca, en que observa mi rostro mientras el placer me recorre.

Desciende por mi cuerpo y se acomoda entre mis piernas. —Agárrate, Isabella, porque tengo hambre.

Su boca me devora. Mis dedos se aferran a las sábanas mientras sus artes aumentan una presión exquisita. No tardo en retorcerme y suplicar que me libere.

—¡Roman! —jadeo mientras las olas de sensación se estrellan contra mí. Mi cuerpo se estremece y él me sostiene durante todo el proceso, murmurando alabanzas contra mi piel. Cuando por fin me calmo, sin fuerzas y sin aliento, me acurruca contra su pecho.

En este momento, siento algo que nunca esperé. Aprecio. Deseo. Por primera vez desde que empezó este acuerdo, siento que encajo. No como un objeto o un peón, sino como un tesoro.

Yazco en los brazos de Roman, mi respiración finalmente se ralentiza para acompasarse a su ritmo constante. El peso de su brazo sobre mi cintura debería sentirse posesivo, otro símbolo de que mi vida no es mía. En cambio, me ancla.

—¿Estás bien? —murmura.

—Sí —susurro, sorprendida de descubrir que es verdad.

Sus dedos trazan perezosos patrones en mi hombro desnudo, poniéndome la piel de gallina a su paso. Nunca imaginé encontrar consuelo en los brazos de un hombre con el que me obligaron a casarme.

Un hombre que mata para ganarse la vida.

Sin embargo, aquí estoy, sintiéndome más segura que en años.

—¿En qué piensas? —pregunta Roman, depositando un beso en mi coronilla.

—En lo extraña que es la vida —admito—. Hace un mes, creía saber exactamente quién eras. Lo que eras.

—¿Y ahora?

Recorro la cicatriz de su pecho, pensativa. —Ahora sé que eres más complicado que eso. Supongo que todos lo somos.

—Espero que eso sea bueno.

—Lo es. Es que nunca pensé que me sentiría así —confieso en un momento en el que, de algún modo, me siento cómoda siendo vulnerable—. Segura. Contenta.

Su brazo se aprieta a mi alrededor. —Estás a salvo conmigo.

Le creo. A pesar de todo, le creo.

Mis párpados se vuelven pesados mientras el agotamiento se apodera de mí, la tensión que había sentido durante tanto tiempo se disipa en la calidez de su abrazo.

Mientras el sueño me arrastra, me pregunto por los extraños giros que ha dado mi vida.

Cómo el acuerdo destinado a silenciarme parece haberme dado voz.

Cómo el hombre enviado a vigilarme se ha convertido en mi protector.

Cómo el matrimonio que debía ser mi prisión podría en realidad liberarme.

Me duermo sintiéndome contenta por primera vez en mucho tiempo.

Esos sentimientos continúan durante los días siguientes. Sigo despertándome sola, pero es con el olor a café y a cualquier desayuno que Roman nos esté preparando a Angelica y a mí.

Durante el día, dibujo y coso, no solo para consolarme, sino ahora con un propósito.

Con la idea de que algún día, mi sueño de diseñar se hará realidad.

Paso tiempo con Angelica, enseñándole puntadas o jugando.

Por las tardes, Roman y yo hablamos, a veces sobre el caso de mi madre y cualquier cosa que él haya averiguado, pero a menudo sobre otros temas.

Y a altas horas de la noche, exploro el cuerpo de Roman y dejo que él explore el mío. La rutina se siente casi normal, casi feliz.

Aunque técnicamente sigo cautiva, nunca me he sentido más libre.

Un loquero podría llamarlo síndrome de Estocolmo, pero intento no pensar en ello.

Por ahora, he puesto mi confianza en Roman.

Tonta o no, he tomado mi decisión, he elegido un bando. Rezo por haber elegido sabiamente.

ROMAN

Cierro de golpe el móvil de prepago y me lo guardo en el bolsillo, con la mandíbula tan apretada que noto cómo me empieza un dolor de cabeza en las sienes.

Tres de nuestros cargamentos han estado a punto de ser interceptados esta semana.

¿Tenemos un traidor entre nosotros o es que los federales están teniendo suerte?

—¿Problemas, jefe? —Nico, uno de mis hombres, se apoya en el marco de la puerta de mi despacho, con los brazos cruzados. El chaval solo tiene veintiséis años, pero ya es uno de mis soldados más fiables.

—Nada que no pueda solucionar. —Abro los manifiestos de envío en el portátil—. Dile a Vito que cambiamos la ruta de mañana. Utilizad el plan de emergencia del que hablamos el mes pasado.

—¿El caro? —Nico enarca una ceja.

—Vale cada céntimo si funciona. —Me levanto y muevo los hombros en círculos para liberar la tensión—. Y ponme con Salvatore.

Mientras Nico hace la llamada, estudio el mapa que tengo en la pared.

Unas chinchetas rojas marcan las zonas donde casi perdemos los cargamentos.

He pasado más de dos décadas construyendo esta operación para Marco, haciéndola a prueba de balas.

No pienso permitir que una rata lo destruya todo.

El móvil me vibra. Salvatore.

—Tienes cinco minutos para explicarme por qué tres de tus equipos casi pierden la mercancía bajo mi responsabilidad —digo sin preámbulos.

—Roman, te juro...

—No quiero excusas. —Mi voz se vuelve más grave—. Quiero nombres.

—Podría ser cualquiera. Podría ser tu nueva y bonita esposa, por lo que sabemos.

Aprieto con más fuerza el móvil. —¿Quieres cerrar la puta boca, Sal? Tengo a mi mujer vigilada. ¿Tengo que poneros vigilantes a ti y a tus hombres también?

—Quizá sea hora de hacer limpieza. Empezando por el equipo de Dante.

Me lo planteo. Dante ha sido leal durante años, pero su cuñado se unió a la operación hace seis meses. Justo cuando empezaron nuestros problemas.

—Haz que Dante traiga a su cuñado al almacén esta noche. Me encargaré de ello personalmente.

—¿Y si Dante se niega?

—Entonces tráelos a los dos. —Cuelgo.

Esta es la parte de mi trabajo que nunca quise que Angelica conociera. La violencia necesaria que mantiene nuestro mundo en orden. Pero la debilidad no es una opción, no cuando la seguridad de nuestra familia está en juego.

La cara de Emilia aparece en mis pensamientos, como siempre hace cuando estoy a punto de hacer algo particularmente brutal.

Nunca aprobó esta parte de mi vida, aunque entendía su necesidad. «No la traigas a casa —solía decir—. Sé Roman, el padre, en nuestra puerta, no Roman, el sicario».

Mis pensamientos derivan hacia Isabella y su madre.

No se me escapan los paralelismos.

Otra mujer arrebatada de su familia, otra hija dejada atrás con preguntas.

La diferencia es que Emilia murió de una enfermedad, mientras que la madre de Isabella fue brutalmente asesinada.

¿Qué pensaría Emilia de Isabella? ¿De este acuerdo?

Probablemente me regañaría por cómo lo he gestionado.

Las amenazas, la intimidación.

Simpatizaría con Isabella.

La culpa me pesa en el pecho. No solo por cómo he tratado a Isabella, sino por el hecho de que a veces, cuando estoy con ella, el recuerdo de Emilia se desvanece ligeramente en los bordes.

Como si estuviera traicionando a mi esposa al permitir que otra mujer importe.

E Isabella importa.

Me aterra de mala manera, aunque no estoy seguro de por qué.

¿Será porque me arriesgo a perder de nuevo?

Recuerdo la promesa que le hice a Isabella de ayudarla a liberarse de esta vida. Es una de las mejores razones para mantener mi corazón al margen de este matrimonio.

También es una razón por la que necesito averiguar la verdad sobre el asesinato de su madre.

No hay mejor momento que el presente. Cojo mi abrigo y conduzco hasta la finca de Leonardo Ferraza, aparcando en la entrada circular.

El equipo de seguridad me conoce lo suficiente como para no detenerme, pero sus ojos siguen mis movimientos con cautela. No soy exactamente una visita bienvenida en la mayoría de los sitios.

Con demasiada frecuencia, si aparezco, es para dar malas noticias.

Leonardo está esperando en su estudio, saboreando un vaso de whisky a pesar de lo temprano que es. Su pelo plateado está impecable como siempre, su traje perfectamente planchado. El vivo retrato de la realeza de la Mafia.

—Roman. —No se levanta cuando entro—. Marco no me ha dicho que fuera a venir.

Me siento en la silla frente a él sin que me invite. —Le prometí a Isabella que la ayudaría a averiguar lo del asesinato de su madre.

Su rostro permanece impasible, pero sus nudillos se ponen blancos alrededor del vaso. —Se supone que debe centrarse en mantener a mi hija a salvo y alejada de todo ese asunto.

—¿Ha conocido a su hija?

Sus labios se contraen hacia arriba. —Sí, bueno, nuestro objetivo es protegerla a ella y a La Corona. Seguro que eso no es demasiado para usted.

—Con el debido respeto, don Ferraza, creo que hay algo más en la muerte de su esposa. Algo que pone en riesgo a La Corona.

—Su trabajo es protegerla, no alentar su obsesión con el pasado. Debería estar criando a su hija. Quizá teniendo uno propio.

—Un hijo no hará que deje esto, e incluso si lo hiciera, yo no lo haría. Algo está pasando, don Ferraza. —Me inclino hacia delante—. Quienquiera que matara a su esposa sigue ahí fuera, todavía apuntando a La Corona.

Leonardo deja el vaso en la mesa. —Mi hija ya ha sufrido bastante. No permitiré que la arrastren más en este lío.

—Ya está metida en él —replico—. Lo ha estado desde que mataron a su madre. La única forma de salir es atravesándolo.

—¿De verdad cree que hay algún tipo de conspiración?

—¿Por qué cree que mataron a su esposa? —Tengo la inquietante sensación de que tal vez don Ferraza esté detrás del asesinato de su esposa. ¿Qué otra razón tendría para que le importara tan poco encontrar a su asesino?

Sus ojos oscuros me escrutan. —No creo que lo hiciera usted, como el FBI quiere que mi hija crea.

—Es bueno saberlo, pero alguien la mató. Seguro que tiene curiosidad.

Se recuesta y me estudia. —Creo que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—¿No cree que ella fuera el objetivo? —No había oído esa teoría antes.

Se encoge de hombros. —El mundo en el que vivimos, Roman, está lleno de peligros. Usted y yo tenemos más probabilidades de que nos mate un rival o quizá incluso alguien de dentro, pero es posible que nos atropelle un coche o nos parta un rayo. Lo mismo para nuestra familia.

—A su esposa no la atropelló un coche ni la partió un rayo. La mataron a tiros a plena luz del día.

—¿Adónde quiere llegar?

Joder. Decido pasar al verdadero propósito de mi visita. —Isabella mencionó que su madre guardaba un cuaderno. Una especie de diario.

—Guardaba muchos cuadernos —dice con desdén—. Siempre estaba escribiendo. Listas de la compra, compromisos sociales, asuntos del hogar.

—Este era diferente —insisto—. Es el que se ha quedado la policía. Me hace preguntarme qué tendría dentro.

—¿Qué está insinuando exactamente, Roman?

—No estoy insinuando nada. Estoy preguntando directamente. ¿Qué había en su cuaderno? Si la policía se lo quedó, debe de ser importante.

—No tengo ni idea de lo que está hablando.

Lo estudio, buscando signos de engaño o de culpa. Pero no los veo. Por supuesto, eso no significa que no esté mintiendo.

—¿Sabía que su esposa esperaba conseguir que Isabella dejara esta vida?

Sus ojos se entrecierran. —Debería andarse con cuidado. Los asuntos de mi familia son solo eso. Mis asuntos.

—Isabella es mi esposa. Sus asuntos son mis asuntos.

Su rostro se endurece. —Se está extralimitando, Roman. No olvide con quién está hablando.

—Sé perfectamente con quién estoy hablando. Un padre que dice querer proteger a su hija pero que puede estar ocultando precisamente lo que la absolvería. —Me mantengo firme mientras la

expresión de Leonardo se ensombrece. La tensión entre nosotros chisporrotea como un cable pelado.

—Mida sus palabras, Roman —advierte—. Su posición en la familia Calabresi no le da derecho a interrogarme.

—No estoy cuestionando su autoridad. Estoy tratando de resolver un asesinato que dejó a su hija sin madre. Que podría apuntar a algo más.

Leonardo aprieta la mandíbula. —Y yo le estoy diciendo que se centre en la tarea que se le ha asignado. Mantenga a Isabella a salvo, manténgala alejada de los federales. Eso es todo.

—¿Cómo puedo protegerla si no sé de qué la estoy protegiendo?

Se levanta de su silla, apoyando los nudillos en el escritorio. —La protege haciendo lo que se le dice. Nada más.

Lo estudio durante un largo momento. Todos mis años en esta vida me han enseñado a leer bien a los hombres, y todo en la postura de Leonardo grita que está ocultando algo.

—Como desee, don Ferraza. —Permanezco en el estudio de Leonardo, viéndolo retirarse a su posición de poder detrás de su escritorio.

Algo no cuadra.

La forma en que desvía el tema... ¿Sabe algo?

¿O está tratando de proteger algo o a alguien?

Llego a casa demasiado tarde para cenar con Angelica e Isabella.

He tenido que pasar por el despacho para lavarme la sangre y cambiarme de traje. Pero sí puedo jugar un rato con Angelica y arroparla en la cama.

Después de que Angelica se duerma, encuentro a Isabella en nuestro dormitorio, inclinada sobre su mesa de costura.

Está dibujando algo nuevo.

Por un momento, me limito a observarla, preguntándome qué tiene que me está atrapando.

—He acostado a Angelica —digo, apoyado en el marco de la puerta.

Isabella se sobresalta un poco y luego se recompone. —¿Se ha dormido bien?

—Después de tres cuentos y la promesa de que Papá Noel sabe exactamente dónde encontrarla este año. —Entro en la habitación, aflojándome la corbata—. Lo que me recuerda que tengo un montón de regalos que necesitan ser envueltos.

Ella deja el lápiz a un lado. —¿Ah, sí?

—Pensé que quizá podríamos hacerlo juntos. —Me encojo de hombros, tratando de sonar casual—. Si no estás ocupada. Tengo todo preparado en mi despacho. Papel de regalo, lazos, etiquetas, todo el taller de Papá Noel.

Una pequeña sonrisa aflora a sus labios. —No te imaginaba como el tipo de persona que envuelve regalos.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí. —Le devuelvo la sonrisa—. Llevo envolviendo los regalos de Angelica desde que nació. Emilia solía decir que tenía un don para ello.

La mención de mi difunta esposa queda suspendida entre nosotros, pero no resulta pesada.

—Supongo que puedo hacer de elfo. —Deja su boceto a un lado.

En mi despacho, he despejado mi escritorio de todo lo relacionado con el trabajo. Ni archivos, ni armas. Solo montones de regalos para Angelica y rollos de papel de colores.

—Esto es... inesperado —dice Isabella, pasando los dedos por un lazo plateado brillante.

—¿El qué? ¿Que el sicario grande y malo sepa cómo rizar un lazo? —Hago una demostración, pasando el filo de las tijeras por la cinta plateada hasta que forma una espiral perfecta.

Isabella se ríe, un sonido genuino que quiero oír más a menudo. —Me refería a todo esto. El esfuerzo.

Le entrego las tijeras. —Mi hija es el centro de mi mundo. No hay nada que no haría por ella.

Ella sonríe. —Es una chica con suerte.

Me acuerdo de mi visita al padre de Isabella. Estoy bastante seguro de que él nunca ha rizado un lazo.

Isabella trabaja conmigo, envolviendo la avalancha de regalos que he comprado para mi hija.

—Se te da bien esto —digo, deslizando un dedo bajo un trozo de celo para asegurar el papel de muñecos de nieve alrededor de un juego de ciencias para Angelica.

—Mi madre me enseñó. —La voz de Isabella se suaviza con el recuerdo—. Cada Navidad, pasábamos un día entero envolviendo regalos juntas. Tenía esta regla de que cada regalo necesitaba tres elementos. Papel perfecto, lazo y algún toque especial. Un adorno, un bastón de caramelo, algo.

Su mención a su madre me da la oportunidad que he estado esperando.

—Hablando de tu madre —digo con cuidado—, he visto a tu padre hoy.

Las manos de Isabella se detienen a mitad de un pliegue. —¿Por qué?

—Sigo pensando en ese cuaderno que Vinny mencionó que tenía tu madre. El que se quedó la policía. Tiene que haber algo ahí dentro.

—¿Cómo qué?

Me encojo de hombros. —Eso es lo que fui a preguntarle a tu padre. Me soltó una sarta de tonterías, que ella siempre estaba escribiendo cosas.

—Lo hacía, pero ese cuaderno era diferente. Un diario, quizá. No lo sé. —Los ojos de Isabella se abren un poco—. De hecho, una vez le pregunté por ese cuaderno porque nunca se separaba de él. Dijo que era su póliza de seguros.

Esto es exactamente lo que necesito, la confirmación de que el cuaderno importa. —¿Qué clase de seguro necesitaba?

Isabella niega con la cabeza. —No lo sé.

—¿Podría estar relacionado con su intento de conseguir tu libertad de tu padre? Quizá tenía algo contra él o contra La Corona.

Isabella lo considera, alisando distraídamente un trozo de lazo. Su expresión se vuelve desolada. —Dios, ¿de verdad haría eso? ¿Enfrentarse a La Corona...?

—Tú lo has hecho.

—No. Yo no buscaba enfrentarme a mi padre ni a La Corona. Buscaba respuestas. Es diferente.

Supongo que sí, pero aun así la puso en nuestro punto de mira.

Aun así, si su madre descubrió algo y uno de nosotros la mató, eso es harina de otro costal.

Isabella me mira, y puedo ver que está pensando lo mismo. —Si descubrió algo, eso significa que La Corona...

Niego con la cabeza. —Siento que eso es algo que yo sabría.

—¿Pero lo sabrías? Eres cercano a Marco, pero no eres realmente parte de La Corona. Deben reunirse y tomar decisiones sin ti.

Isabella me preguntó una vez qué haría si resultara que a su madre la mató La Corona. Siento que lo sabría si lo hicieran, pero ahora

tengo que considerar que hay cosas de las que no estoy al tanto.

—Podría ser igual de fácil que descubriera otra cosa. Quizá Ernie la mató porque ella se dio cuenta de que estaba jugando a dos bandas. Una vez que La Corona se enterara, estaría muerto.

—Está muerto. Quizá a manos de mi padre, así que ese cuaderno y mi madre...

—Quizá uno de los contactos policiales de tu padre le dijo lo que había en el cuaderno y por eso Ernie está muerto —digo, dando palos de ciego. Todo esto son conjeturas.

—Entonces, ¿por qué no decírtelo? ¿Por qué mi padre se muestra tan obtuso?

Me encojo de hombros. —Quizá el golpe no fue aprobado por La Corona y, aunque Ernie no era un miembro de pleno derecho, era el hermano de Salvatore. —Niego con la cabeza—. Sinceramente, no lo sé.

—Siento no ser de más ayuda.

—Eres de mucha ayuda. Tu perspectiva ayuda, Isabella. Da contexto a lo que estoy descubriendo.

Parece sorprendida, luego complacida. —¿De verdad valoras mi opinión?

—Claro que sí. —Estiro la mano sobre el escritorio y mis dedos rozan los suyos—. Ahora somos socios en esto.

Pillo a Isabella mirándome fijamente, con una pregunta en los ojos.

—¿Qué? —pregunto, dejando las tijeras.

—Nada. —Niega con la cabeza, sonriendo suavemente—. Es agradable. Este lado tuyo.

Cojo el lazo plateado que ella estaba manipulando antes, dejándolo deslizarse entre mis dedos. —Tengo muchos lados, Isabella.

—Eso estoy descubriendo.

El aire entre nosotros cambia, se vuelve eléctrico de posibilidades. Me levanto, rodeando el escritorio hasta que estoy detrás de su silla. Se tensa ligeramente pero no se aparta cuando le coloco el lazo sobre el hombro.

—Sabes —digo, bajando la voz—, los regalos de Angelica no son las únicas cosas que me gustaría envolver esta noche.

Isabella contiene la respiración mientras deslizo el lazo por su brazo.

—Y luego desenvolver. —Cojo el lazo y lo enrollo lentamente alrededor de su muñeca, no lo suficientemente apretado como para atarla, solo lo justo para sentirlo—. He estado pensando en ti todo el día. Incluso cuando no debería haberlo hecho.

—¿Cómo cuándo?

—Como cuando estaba con tu padre. —Enrollo el lazo una vez más alrededor de su muñeca—. Como cuando estaba planeando los asuntos de esta noche. —Otra vuelta—. Como cada minuto entremedias. —Tiro suavemente del lazo, haciendo que se ponga de pie—. ¿Piensas en mí?

—A veces.

Trazo el lazo subiendo por su brazo, a través de su clavícula. —¿Cómo cuándo?

—Como siempre.

Sonrío, ridículamente complacido con su respuesta. —Quiero desenvolverte. Despacio. Minuciosamente.

Sus ojos se encuentran con los míos, y me complace aún más no ver ya miedo en ellos. —Entonces hazlo.

Ahí mismo, en mi despacho, desenvuelvo su cuerpo y la toco hasta que se deshace en mis brazos, y luego la sigo hacia el más dulce de los placeres.

ISABELLA

Me aprieto la bufanda mientras Angelica da saltitos a mi lado, con su mano enfundada en una manopla aferrada a la mía.

Las luces de Navidad que cuelgan sobre la Quinta Avenida proyectan un brillo dorado sobre su rostro alzado.

Hacía tiempo que no me dejaba llevar por el espíritu navideño.

A través de Angelica, vuelvo a recordar su magia.

—¿Podemos comprarle un regalo a papá del que no se entere? —pregunta, con los ojos brillantes.

—Para eso hemos venido. Operación Amigo Invisible.

Ir de compras con mi hijastra para planearle sorpresas a Roman se me hace surrealista.

Hace solo unas semanas, le tenía pánico.

Ahora estoy ayudando a su hija a elegirle el regalo de Navidad.

—Necesita un reloj nuevo —anuncia Angelica—. El suyo está arañado.

Sonrío.

—Qué observadora eres.

Después de visitar tres tiendas y deliberar largo y tendido, nos decidimos por un elegante reloj con correa de cuero que, según insiste Angelica, «le pega a papá».

Pago, agradecida de que Roman insistiera en que tuviera acceso a fondos a pesar de todo.

—¿Hora del chocolate caliente? —pregunto mientras salimos de la tienda.

Angelica asiente efusivamente.

—¡Con extra de nata montada!

Nos metemos en una pequeña pastelería y el calor nos envuelve al instante. Los aromas a canela, chocolate y pan recién hecho hacen que me rujan las tripas.

La música navideña suena suavemente de fondo mientras encontramos una mesita junto a la ventana.

—Dos chocolates calientes, por favor. Uno con extra de nata montada —le digo al camarero, y añado un cruasán de chocolate para que lo compartamos.

Mientras esperamos, Angelica parlotea sobre el colegio y los planes de Navidad de sus amigos.

Llegan nuestras bebidas; la de Angelica está coronada con una montaña de nata montada. Da un sorbo y se deja un bigote blanco que me hace reír.

—¿Qué? —pregunta, sonriendo.

Le paso una servilleta.

—Tienes una cosita ahí, carita de muñeco de nieve.

Se ríe, y el sonido me reconforta más de lo que podría hacerlo el chocolate caliente. No había pensado mucho en tener una familia.

—¿Podemos envolverlos cuando lleguemos a casa? —pregunta Angelica, refiriéndose a los regalos.

—Claro. Tu padre trabaja hasta tarde esta noche, así que tendremos mucho tiempo.

—¡Mira! Juguetes —dice Angelica, y corretea hacia un expositor de peluches en una esquina.

El dueño de la pastelería ha montado un pequeño pueblo navideño con renos y osos polares de peluche.

Coge un oso blanco con un lazo rojo, lo abraza contra su pecho y lo vuelve a colocar con cuidado en su sitio.

Este apego creciente se siente peligroso, pero no puedo evitarlo. Quiero protegerla, mantenerla a salvo del mundo en el que su padre y yo vivimos.

—Es adorable.

Me giro hacia la voz que proviene de la mesa de al lado. Se me corta la respiración al reconocer a la mujer de la tienda de telas.

—Agente Olivia Ricci —dice en voz baja, tendiéndome la mano—. Deberíamos hablar.

No le doy la mano.

—No debería estar aquí. —Miro de reojo a Angelica, que sigue entretenida con los juguetes.

—No he venido a causar problemas —dice la agente Ricci, siguiendo mi mirada.

—No me interesa. —Mi voz es firme a pesar del pánico creciente. Echo un vistazo a los hombres de Roman que nos vigilan a distancia. Lo último que necesito es que llamen a Roman—. Ya he tomado mi decisión.

—¿De verdad? —Se inclina hacia delante—. ¿O la tomó Roman Ginetti por usted?

La miro a los ojos.

—Estoy con mi hijastra. No es ni el momento ni el lugar.

—Isabella, el caso de su madre…

—Basta. —la interrumpo, manteniendo la voz baja—. Sea lo que sea que intente venderme, no me interesa.

—Tengo algo que le interesará si sigue queriendo encontrar a su asesino.

—Claro. ¿A qué precio?

—Me preguntaba qué podría saber sobre Dominic Vitale.

—No sé nada de los Vitale —digo con firmeza, mirando a Angelica, que sigue distraída con el expositor de Navidad—. Aunque dudo que él matara a mi madre. Ahora, le agradecería que se fuera.

Ricci sonríe con frialdad.

—¿Ahora es leal a La Corona? Es un cambio de opinión muy rápido para alguien que estaba desesperada por escapar hace apenas unas semanas.

—¿Qué otra opción tenía? Usted me abandonó. Ni yo ni el caso de mi madre le importamos.

Se acerca más.

—Creo que cambiará de opinión cuando oiga lo que tengo que decir.

—Lo dudo.

—Su madre tenía un cuaderno.

Lucho por mantener una expresión neutra.

—Tenía muchos cuadernos.

—Pero este es especial. Lo que hay en esas páginas pondría patas arriba a su pequeña y perfecta familia mafiosa.

Me tiemblan las manos bajo la mesa. El cuaderno de mi madre. Lo había olvidado hasta que Roman lo mencionó. Él fue a preguntarle a mi padre por él, así que está claro que cree que es importante.

Miro fijamente a la agente Ricci, queriendo mostrar la misma actitud impasible que Roman.

—Lo dudo.

Ricci mete la mano en su abrigo y desliza una foto sobre la mesa. Es el cuaderno, inconfundible con su cubierta de cuero gastado y las iniciales de mi madre grabadas en una esquina.

Retiro la mano antes de tocarlo.

—¿Qué es lo que quiere?

—Solo información —su voz baja aún más—. Sobre Dominic Vitale. No su padre, no su marido. Solo Vitale.

Miro a Angelica, que sigue felizmente ajena a todo mientras coloca los peluches en el expositor.

Estoy jugando con fuego.

¿Qué diría Roman si supiera que estoy hablando con una agente del FBI ahora mismo? ¿Después de haberle prometido que no lo haría?

Pero este es el cuaderno de mi madre. Sus pensamientos, sus secretos, posiblemente incluso la verdad sobre su muerte. Es algo que él también quiere saber.

—¿Qué tipo de información?

—Acceso. Horarios. Movimientos. Nada demasiado escandaloso. —Se encoge de hombros.

Suelto una risa amarga.

—Decirle la marca de licor que beben podría considerarse una traición. —Niego con la cabeza—. ¿Qué tiene que ver con mi madre?

—Nada, probablemente. Solo sé que tengo algo que usted quiere y estoy dispuesta a entregárselo… copias, por supuesto, a cambio de información.

Miro fijamente a la agente Ricci.

—Está perdiendo el tiempo. No sé nada de los movimientos ni de los horarios de Dominic Vitale.

—Me cuesta creerlo. —La sonrisa de Ricci no llega a sus ojos—. Las familias de La Corona socializan con regularidad.

—Como agente del FBI, debería entender cómo funciona esto. —Me inclino ligeramente hacia delante—. Soy una mujer en un matrimonio concertado. ¿Cree que me invitan a sus reuniones? ¿Cree que mi marido llega a casa y me detalla su día? Estoy decorando galletas de Navidad y eligiendo vestidos para las fiestas, no planeando cargamentos.

La expresión de Ricci cambia.

—Pero usted y Elena Vitale se han hecho amigas, ¿no es así? Ella visita su casa. Hablan.

Se me encoge el estómago. Me han estado vigilando. Vigilando mi casa. Vigilando a Angelica.

—Hablamos de niños y de recetas —respondo con frialdad—. No de los negocios familiares.

—Elena confía en usted —insiste Ricci—. Le ha contado cosas sobre las familias.

Pienso en la amabilidad de Elena, en su advertencia sobre los hombres de La Corona. En que ha sido la única que me ha acogido de verdad. La idea de traicionar esa amistad incipiente me revuelve el estómago.

—Ella no sabe más de negocios que yo. De verdad, agente Ricci, debería saber que a las mujeres se nos mantiene al margen de eso. —Miro a Angelica, que ahora nos observa con curiosidad—. Debería irse. Ahora.

—Su madre estaría decepcionada —dice Ricci en voz baja—. Ella lo arriesgó todo para protegerla de esta vida.

La mención de mi madre me provoca una punzada de ira.

Miro a la agente Ricci con fulminante, con una furia fría que reemplaza a mi miedo.

La audacia de esta mujer al usar la muerte de mi madre, mi herida más profunda, como palanca.

—¿Cómo se atreve? —siseo—. ¿Se sienta aquí y esgrime los recuerdos de mi madre muerta como si fueran un cebo? ¿Cree que estoy tan desesperada?

La expresión de Ricci titubea ligeramente.

—¿Mi madre estaría decepcionada? —me inclino hacia delante—. Usted no la conocía. No tiene derecho a hablar por ella. Llevo un año intentando averiguar qué le pasó, ¿y todo este tiempo el FBI ha tenido su cuaderno? ¿Y ahora quiere cambiarlo por información que podría hacer que mataran a gente?

Niego con la cabeza, asqueada.

—No seré su peón. No seré el peón de Blackwood. Y desde luego, no traicionaré a la única persona que me ha mostrado una amabilidad genuina desde que me vi envuelta en su plan.

Ricci frunce los labios.

—Señora Ginetti…

—Ustedes dicen ser mejores que la mafia —digo, con voz baja pero cortante—. Pero al menos ellos son sinceros sobre quiénes son. Ustedes se esconden detrás de placas mientras usan las mismas

tácticas. La muerte de mi madre no es una moneda de cambio. No debería tener que arriesgar mi vida haciendo su trabajo para conseguir justicia para mi madre.

Algo cambia en su expresión. Un atisbo de vergüenza, tal vez. Mete la mano en su cartera y coloca un pequeño paquete sobre la mesa.

—Tiene razón. Esto le pertenece.

Miro el paquete, preguntándome qué es. Probablemente tenga algún tipo de dispositivo de grabación o rastreo.

—Es una copia del cuaderno de su madre. Sin condiciones.

Dudo, segura de que hay gato encerrado.

—¿Por qué?

—Porque tiene razón. —Ricci se levanta, ajustándose la bufanda—. Hay límites que no se deben cruzar, ni siquiera en nuestro trabajo.

Se marcha sin decir una palabra más.

Agarro el paquete con fuerza mientras salimos de la pastelería. Angelica salta a mi lado, ajena a la agitación que me consume por dentro.

—¿Quién era esa señora con la que estabas hablando?

Se me oprime el estómago.

—Nadie, solo alguien que creía conocerme. —Le aprieto la mano—. Venga, vamos a casa. Empieza a hacer frío.

Durante todo el trayecto en coche, el paquete me atormenta. Una parte de mí quiere abrirlo de inmediato, pero otra quiere tirarlo al río East, temerosa de lo que pueda descubrir.

¿Estuvo mi padre implicado en la muerte de mi madre?

¿Y Roman?

Siento que leerlo lo cambiará todo, y ahora mismo, todo va bien.

De vuelta en el apartamento, la señora Rossi se lleva a Angelica a lavarse antes de cenar. Me encierro en el dormitorio, con las manos temblorosas, y por fin desenvuelvo el paquete. Dentro, encuentro una carpeta llena de fotocopias de las páginas del cuaderno de mi madre.

Leo la primera página, su elegante caligrafía llenando las líneas.

3 de octubre - E se ha acercado a mí hoy. Dice que puede ayudar a Isabella a escapar de esta vida. Dice que tiene contactos en el FBI. No me fío de él, pero se me acaban las opciones. Leo no cede en lo del acuerdo.

Se me corta la respiración. E debe de ser Ernie Abruzzo. ¿Quién era su contacto en el FBI? ¿Blackwood? ¿Ricci? ¿Alguien más?

Paso varias páginas.

15 de octubre - E dice que el agente del FBI está dispuesto a ayudar, pero quiere información a cambio. Un juego peligroso. Me he enterado de que E tiene un hermano en la familia Calabresi. ¿Estará jugando a dos bandas, contándole una cosa al FBI y otra a S? ¿Lo sabe S? ¿Puedo arriesgarme a que me utilicen así para salvar a Isabella?

S tiene que ser Salvatore. ¿Sabía que Ernie era un informante?

28 de octubre - Reunión con E y el agente mañana. Tengo que tener cuidado. No estoy segura de que Leo pueda salvarme si me descubren.

No puedo seguir leyendo, sé cómo termina esta historia. Se me rompe el corazón.

Mi madre estaba jugando a un juego peligroso, todo en un esfuerzo por ayudarme a dejar el redil familiar y vivir mi propia vida.

Ernie estaba trabajando con el FBI, y quizá utilizando a Salvatore y a mi madre como fuente de información.

Me pregunto si Salvatore estaría tan afligido por la muerte de su hermano si supiera la verdad sobre Ernie.

A no ser que Salvatore también formara parte de ello, aunque parece poco probable. Es un hombre de honor hasta la médula. Como Roman.

Una cosa está clara. Ernie jugaba con fuego y mi madre se quemó.

ROMAN

Cuelgo el teléfono de un golpe, conteniendo a duras penas el impulso de lanzarlo contra la pared de mi despacho.

Tres envíos más retrasados, esta vez en los muelles, además de dos problemas de cobro en Brooklyn, y ahora el equipo de Salvatore tiene disputas territoriales con los hombres de la familia Monti en Queens.

—Joder —mascullo, frotándome las sienes.

Mi móvil vuelve a vibrar. El nombre de Marco aparece en la pantalla. Respondo de inmediato. —Sí, jefe.

—Lo necesito en mi casa. Ahora. —Su voz es cortante, todo negocios—. Reunión de La Corona.

Miro el reloj. Son poco más de las dos, y le había prometido a Angelica que estaría en casa para cenar esta noche. —¿Ocurre algo?

—Simplemente venga. —Cuelga.

Cojo la chaqueta y la funda de la pistola, porque cuando el jefe llama, tengo que responder.

Fuera, me meto en el coche, con la mente repasando un sinfín de posibilidades.

¿Una reunión de La Corona convocada a media tarde sin previo aviso? O algo ha salido mal y quieren que me ocupe de ello, o están a punto de leerme la cartilla por haber ido a ver directamente a don Ferraza para hablar del asesinato de su mujer.

LLego a casa de Marco y saludo con la cabeza a los guardias de la entrada del garaje. Sea lo que sea lo que me espera dentro, me encargaré. Siempre lo hago.

El mayordomo de Marco, un viejo siciliano que lleva con la familia desde antes de que yo naciera, me abre la puerta antes de que pueda llamar.

—Lo están esperando en el despacho, señor Ginetti.

Asiento, quitándome el abrigo pero manteniendo puesta la sobaquera. Me ajusto la corbata y los puños de la camisa.

Sea de lo que sea que se trate, necesito parecer sereno.

Cuando entro en el despacho, la conversación se detiene en seco. Cuatro pares de ojos se vuelven hacia mí, y ninguno de ellos es amistoso.

—Roman —dice Marco con voz tensa—. Siéntese.

Ocupo la silla vacía junto a él, recorriendo la habitación con la mirada. Don Vitale parece una olla a presión a punto de estallar. El rostro de don Monti es impasible, pero sus ojos me siguen como un halcón. Don Ferraza ni siquiera me mira; en su lugar, se queda observando el líquido ambarino de su vaso.

De inmediato, me pongo en guardia. —Caballeros. —Asiento respetuosamente.

Nadie responde. El silencio se alarga, incómodo.

Don Ferraza se remueve en su asiento, todavía evitando el contacto visual. El hielo de su vaso tintinea cuando su mano tiembla ligeramente.

Me muevo en mi silla, la tensión en la sala es tan densa que se podría cortar con un cuchillo. Algo va muy mal.

—Muéstraselo —ordena Marco, haciéndole un gesto a uno de sus soldados.

El soldado me entrega un móvil. Se me hiela la sangre cuando aparece el rostro de Isabella. Está sentada en lo que parece una cafetería.

Mi hija se ve al fondo, jugando con unos juguetes mientras Isabella está sentada con... joder. Es la mujer de la tienda de telas.

Escucho, pero no oigo ningún audio. Solo hay vídeo.

—¿Están siguiendo a mi mujer? —No es la respuesta que debería haber dado, pero ya lo he dicho.

—Se supone que debe contenerla —gruñe don Vitale.

Sigo viendo el vídeo. La mujer está hablando. Isabella parece incómoda, pero no la corta de inmediato.

Finalmente, la mujer se levanta y deja un sobre en la mesa antes de marcharse. El vídeo se detiene.

Mantengo el rostro cuidadosamente inexpresivo, pero por dentro estoy que echo chispas.

Después de todo, después de haber confiado en ella, después de haberle prometido que la ayudaría, sigue jugando a dos bandas.

—Esa mujer —dice don Vitale—, es la agente del FBI Olivia Ricci. Lleva tres años intentando montar un caso contra mi familia. —No me extraña que esté cabreado.

—Se acercó a mi mujer en la pastelería —digo con voz uniforme—. Eso no significa que Isabella esté cooperando.

—El hecho de que su mujer no se lo dijera de inmediato sugiere lo contrario —dice don Monti con frialdad.

—Esto lo han grabado hoy. No he estado en casa.

—¿No lo ha llamado justo después? —pregunta Marco. Su tono es esperanzado.

Casi como si quisiera que Isabella hubiera comprendido la gravedad de la situación y me hubiera llamado lo antes posible.

—Puede ser. He estado ocupado. —Pero sé que no tengo ningún mensaje de texto ni llamada de ella.

Miro fijamente la imagen congelada de Isabella y esa agente del FBI, y mi propia ira va en aumento.

Angelica está justo ahí, al fondo, jugando con sus juguetes, completamente ajena a que su seguridad está en peligro.

Mi niña, mi todo, arrastrada a este lío.

Las paredes de la habitación se cierran a mi alrededor. Cuatro de los hombres más poderosos de Nueva York me están observando, esperando mi reacción. No puedo mostrar debilidad. Ahora no.

—Me encargaré de esto —digo con voz firme a pesar de la rabia y el miedo que se agitan en mi interior—. Hoy mismo.

—Esto va más allá de encargarse, Roman —dice don Vitale, inclinándose hacia delante—. Su mujer nos está comprometiendo a todos..., con su hija presente.

La mención de Angelica hace que algo primario se despierte en mi pecho. Me levanto bruscamente. —Me encargaré de Isabella.

La cabeza de don Ferraza se alza de golpe, y sus ojos por fin se encuentran con los míos. El miedo en ellos es inconfundible. —A mi hija se le perdonó la vida una vez. ¿Me está diciendo que pretende...?

—Supongo que eso depende de La Corona. —Pero, joder, por muy enfadado que esté con Isabella, no puedo soportar la idea de matarla.

—Quiero saber qué ha dicho —dice don Vitale—. No soy un experto en leer los labios, pero estoy seguro de que ha mencionado mi nombre.

—Lo averiguaré —le prometo.

Siento los ojos de Marco sobre mí, evaluándome. Nos conocemos desde que éramos niños, y él me lee mejor que nadie.

Sabe que estoy caminando por la cuerda floja, protegiendo a Isabella mientras sirvo a La Corona.

El hecho de que no me haya delatado públicamente me da esperanzas, pero no soy tan ingenuo como para pensar que esto no tendrá consecuencias.

—Roman —dice don Ferraza en voz baja—, sea lo que sea que mi hija haya hecho...

—Le di mi palabra cuando me casé con ella —lo interrumpo—. Descubriré la verdad. Toda la verdad.

—¿Toda la verdad sobre qué? —pregunta don Monti—. Pensaba que esto solo trataba de evitar que la hija de don Ferraza revelara nuestros secretos.

—Ella no sabe ningún secreto —dice Leo a la defensiva. Me mira como si quisiera que lo respaldara.

En cambio, le respondo a Don Monti. —Creo que hay algo más grande en juego aquí y que han utilizado a Isabella para ayudar a quien sea que esté detrás de esto. Es un peón que está siendo manipulado, pero... —continúo, sabiendo que a La Corona no le importa que la estén utilizando—. Ella tiene que entender eso. Se lo haré entender. Tienen mi palabra.

Entro como una tromba en el apartamento, cerrando la puerta de un portazo a mis espaldas.

La señora Rossi da un respingo, llevándose una mano al pecho. —Señor Ginetti, no lo esperaba...

—¿Dónde está? —Mi voz es mortalmente tranquila a pesar de la furia que me recorre.

—La señora Ginetti está en el dormitorio con Angelica. Están...

No espero a que termine y avanzo a grandes zancadas por el pasillo. Puedo oír la risa aguda de Angelica, seguida de la voz más suave de Isabella.

Por un momento, dudo ante la puerta, consciente de que estoy a punto de mandar al infierno los últimos días de paz que habíamos tenido.

Dios, casi éramos una familia.

Abro la puerta. Están sentadas en el suelo con las piernas cruzadas, con telas y tijeras esparcidas a su alrededor.

—¡Papi! —Angelica se levanta de un salto y corre hacia mí—. ¡Mira lo que estamos haciendo!

Me obligo a sonreír y la cojo al vuelo cuando se lanza hacia mí. —Hola, ángel. Tiene una pinta estupenda. —La bajo con cuidado—. ¿Puedes ir a ayudar un poco a la señora Rossi? Necesito hablar con Isabella.

Angelica hace un puchero, pero obedece y sale arrastrando los pies de la habitación. Isabella la ve marchar y luego se vuelve hacia mí; su sonrisa se desvanece al darse cuenta de mi expresión.

—¿Qué pasa? —pregunta, levantándose lentamente.

Cierro la puerta y me apoyo en ella. —Dímelo tú.

Frunce el ceño, confundida. —Roman, ¿qué...?

—La pastelería. Hoy. La agente del FBI Olivia Ricci.

A Isabella se le va el color de la cara. Da un paso atrás y tropieza con la cama. —¿Cómo has...?

—La Corona tiene ojos en todas partes. ¿De verdad creías que no te verían? —Me pregunto por qué coño mis propios hombres no me lo dijeron, aunque probablemente no sabían que la mujer era del FBI.

Me acerco más, manteniendo la voz baja para que Angelica no me oiga. —¿Después de todo, después de que te prometiera ayudarte, sigues jugando a dos bandas?

—¡No! Yo no... —Respira con dificultad—. Se me acercó ella. No fui yo quien la buscó.

—Y aun así hablaste con ella. Y después, no se te ocurrió llamarme de inmediato.

—Iba a decírtelo esta noche. —Sus ojos se encuentran con los míos, suplicantes—. Te lo juro, Roman. No le he dado nada.

Quiero creerla. Dios me ayude, quiero creerla. Pero he visto el vídeo. —¿Qué quería?

—Información sobre la familia Vitale. Sus operaciones o algo así. —Isabella se abraza a sí misma—. Le dije que no sabía nada.

—¿Y?

—Y nada. La paré en seco.

Estudio su rostro, buscando indicios, las microexpresiones que delatarían una mentira. Sus ojos están muy abiertos, asustados, pero firmes.

—¿Te dio un teléfono? ¿Qué había en el sobre?

—Copias del cuaderno de mi madre. Me lo ofrecía a cambio de información.

Esto es nuevo. Mi ira parpadea, llena de incertidumbre.

—¿Y aceptaste el trato?

—No. —Niega con la cabeza con vehemencia.

—Mientes. La vi darte el sobre.

—Le eché en cara que condicionara la justicia para mi madre a que yo hiciera su trabajo. —Coge una carpeta y me la tiende como si fuera una especie de ofrenda de paz—. Es esto. Iba a enseñártelo esta noche.

Le cojo la carpeta de las manos, reconociendo su importancia. Podría revelar quién mató a la señora Ferraza. Podría decirme qué coño está pasando.

—Tienes que entender cómo se ve esto desde mi perspectiva —digo, abriendo la carpeta—. El momento. El secretismo.

—No estaba siendo reservada. Solo estaba esperando a que volvieras a casa. Te juro que iba a contártelo esta noche.

Quiero creerla.

La parte de mí que la ha abrazado mientras dormía, que la ha observado con Angelica, que ha sentido removerse algo en mi corazón que creía muerto con Emilia.

Pero la otra parte, el ejecutor, el superviviente, no puede permitirse equivocarse en esto.

—Si me estás toreando, Isabella... —Dejo la amenaza sin terminar.

—No lo hago. —Me busca la mano; su contacto es ligero pero insistente—. Léelo conmigo.

Estudio sus ojos muy abiertos, que suplican comprensión y confianza, pero esta podría ser la mejor actuación que haya visto nunca.

Empiezo a abrir la carpeta cuando mi móvil vibra en el bolsillo. Miro la pantalla y maldigo en voz baja. Paulie, de los muelles.

—Tengo que cogerlo. —Me alejo de Isabella, dándole la espalda—. ¿Qué pasa, Paulie?

—Jefe, tenemos problemas serios. El envío de Palermo, alguien le ha dado un soplo a la Guardia Costera. Están haciendo una «inspección aleatoria» ahora mismo, joder.

Se me hiela la sangre. Ese cargamento contiene algo más que aceite de oliva y vino.

—¿Cuánto tiempo?

—Acaban de empezar. Pero la mercancía especial está...

—No digas ni una palabra más. Voy de camino. —Cuelgo y me vuelvo hacia Isabella, que me observa con esos ojos grandes y ansiosos.

Tengo que pensar que Marco querría que me ocupara de este asunto primero. Ya me encargaré de Isabella más tarde.

—Tengo que irme. Una emergencia de negocios.

—Pero el cuaderno...

—Estará aquí cuando vuelva. —Me dirijo hacia la puerta, pero me detengo—. Quédate aquí. No salgas del apartamento. No hagas ninguna llamada. Lo revisaremos juntos cuando regrese.

Ella asiente, pero algo en su expresión me inquieta. ¿Es decepción? ¿O cálculo?

—Isabella. —Me acerco, bajando la voz—. Quiero confiar en ti. Lo estoy intentando. Pero si estás jugando a algo aquí...

—No lo hago. Te lo prometo, Roman.

Sus dedos están cálidos contra los míos y, por un momento, me permito creerla. Pero mientras me aparto, la duda vuelve a aflorar. Esta mujer ha mentido antes. Ha trabajado con los federales antes.

—Volveré tan pronto como pueda —digo, cambiando ya mentalmente a la crisis de los muelles.

Mientras avanzo por el pasillo, me detengo un momento en la habitación de Angelica, observándola jugar con la señora Rossi.

Mi hija, inocente, confiada, lo único puro en mi vida.

Querría el mundo entero por mantenerla a salvo.

¿E Isabella?

¿La mujer que de alguna manera se me ha metido bajo la piel a pesar de todas las razones para mantenerla a distancia?

¿Qué haría para protegerla?

Supongo que la pregunta más acertada es si me enfrentaría a Marco, a La Corona, para protegerla.

La respuesta me aterroriza, porque creo que lo haría.

¿Eso significa que estoy enamorado?

¿O me ha engañado una mujer inteligente y retorcida?

ISABELLA

Estoy sentada en mi mesa de costura, mirando la tela con la que he estado trabajando, pero mis manos permanecen quietas.

La conversación con Roman se repite en mi cabeza como un disco rayado.

La decepción en sus ojos me destroza por dentro. Al mismo tiempo, me duele y me enfada la rapidez con la que ha dudado de mí.

Confianza. No confía en mí.

Me aparto de la mesa y camino de un lado a otro del dormitorio. ¿Qué esperaba que hiciera? ¿Montar una escena en público con Angelica delante?

Me había dicho que el trabajo había sido difícil últimamente. Creo que la expresión que utilizó fue «un puto caos».

No necesitaba interrumpirlo por algo que podíamos tratar cuando volviera a casa.

Lo gestioné de la mejor manera que pude y, aun así, Roman me miró como si lo hubiera traicionado de nuevo.

Miro el reloj. Roman lleva ya varias horas fuera, ocupándose de la emergencia que lo ha obligado a volver al trabajo.

O quizá solo está evitando volver a casa para enfrentarse a mí. Para enfrentarse a la decisión de creerme o no.

¿Cuántas pruebas más tengo que superar para demostrar mi valía?

Le entregué el teléfono de prepago. Me he mantenido alejada de Blackwood. He hecho todo lo que me ha pedido y, sin embargo, una conversación que no pude evitar ha hecho que vuelva a dudar de mí.

El cuaderno está sobre la cama; las palabras de mi madre esperan a ser leídas en su totalidad.

Me pongo el camisón y me meto bajo las sábanas, con la mirada fija en el techo. La cama parece demasiado grande, demasiado vacía sin él a mi lado. Es extraño lo rápido que me he acostumbrado a su presencia, a su calor.

Me giro de lado y observo la puerta, deseando que se abra.

Pero a medida que pasan las horas, me doy cuenta de que no va a venir a casa esta noche.

Por mucho que quiera que vuelva, también me aterroriza lo que pasará cuando lo haga.

Me despierto sobresaltada. El espacio a mi lado sigue intacto. Roman no ha vuelto a casa.

La luz del sol se filtra a través de las cortinas, indicándome que, después de todo, he conseguido dormir.

Siento el cuerpo pesado mientras me incorporo y una oleada de náuseas me invade.

Genial. Lo que me faltaba, ponerme mala con todo lo demás.

Me pongo la palma de la mano en la frente, esperando sentir calor. Al menos no tengo fiebre.

Me arrastro hasta el baño, me echo agua fría en la cara y me lavo los dientes.

El piso está en silencio mientras me dirijo a la cocina. La señora Rossi ya está allí, preparando el desayuno de Angelica.

—Buenos días —digo con voz ronca.

La señora Rossi me dedica una mirada compasiva. —No tiene buen aspecto, señora Ginetti.

Señora Ginetti. Un título que nunca quise, pero al que ahora me aferro como mi única protección.

—¿Está Roman...? —empiezo, recorriendo el piso con la mirada como si pudiera materializarse entre las sombras.

—Ha llamado esta mañana temprano —dice la señora Rossi, cascando huevos en un cuenco—. Ha dicho que tenía asuntos que atender.

Asuntos. ¿Será verdad o está evitando volver a casa para enfrentarse a mí? O quizá lo está interrogando La Corona.

Me dejo caer en una silla de la mesa de la cocina.

Angelica entra dando saltitos. Se detiene al verme y su carita se arruga. —¿Dónde está papá?

—Trabajando, cariño —responde la señora Rossi antes de que yo pueda hacerlo.

La decepción de Angelica refleja la mía, aunque por motivos diferentes.

Echa de menos a su padre.

Yo echo de menos... ¿qué? ¿La posibilidad de que hubiera algo real entre nosotros?

Rodeo con las manos la taza de té que la señora Rossi pone ante mí, dejando que el calor penetre en mis dedos fríos.

Me quedo mirando los huevos revueltos que la señora Rossi me sirve; de repente, el olor me resulta insoportable. El estómago se me revuelve con violencia.

—Perdón —mascullo, apartándome de la mesa tan rápido que la silla casi se vuelca.

Apenas llego al baño a tiempo; caigo de rodillas frente al inodoro mientras lo echo todo. Una oleada de náuseas tras otra se apodera de mí hasta que no me quedan más que arcadas secas que me dejan temblando.

Apoyo la frente en la porcelana fría. El estrés de mi vida por fin me ha pasado factura.

Llaman suavemente a la puerta. —¿Señora Ginetti? ¿Se encuentra bien? —La voz preocupada de la señora Rossi me da ganas de reírme de forma histérica.

¿Que si me encuentro bien? Estoy atrapada en un matrimonio con un hombre que podría decidir matarme. Claro. Estoy perfectamente.

—Estoy bien —respondo débilmente, levantándome para enjuagarme la boca en el lavabo.

Cuando abro la puerta, la señora Rossi está allí con un vaso de agua y un paño húmedo. Sus ojos, normalmente estoicos y profesionales, reflejan una preocupación genuina.

—Gracias —susurro, cogiéndole ambas cosas.

—Debería descansar hoy —dice, estudiándome el rostro—. Este estrés no es bueno para usted... ni para el bebé, si es que lo hay.

Casi me atraganto con el agua. —¿Un bebé? Es... no es posible.

La señora Rossi me lanza una mirada cómplice. —¿No? Usted y el señor Ginetti llevan casados varias semanas. A no ser que haya

estado usando algo...

—Pero solo hemos... —me interrumpo, con el calor subiéndome a las mejillas.

Dios. No hemos usado nada. Ni siquiera hemos hablado de ello. —Es demasiado pronto para saber algo así.

—Si usted lo dice —responde con una sonrisita—. Mi hermana lo supo a los pocos días. Dijo que notó su cuerpo diferente enseguida.

—Yo no me siento diferente... Bueno... Ahora mismo no me encuentro bien, pero probablemente sea por el estrés.

—Por si acaso, cogí esto hace unas semanas, cuando quedó claro que... bueno...

Me la quedo mirando. —¿Claro de qué?

—Yo lavo sus sábanas, señora Ginetti.

Me quedo boquiabierta y mis mejillas arden como lava fundida al pensar que mis sábanas delatan mis hazañas sexuales.

Entonces me doy cuenta de que me está tendiendo una caja. La cojo y la despido, demasiado avergonzada para mirarla.

Cierro la puerta del baño, preguntándome si estoy soñando. Una pesadilla.

¿Un bebé? ¿El bebé de Roman?

¿Cómo se ha complicado tanto mi vida?

En un momento estoy intentando vengar a mi madre y, al siguiente, me estoy haciendo una prueba de embarazo mientras a mi marido, sicario de la mafia, probablemente le están ordenando que me mate.

La señora Rossi llama suavemente al marco de la puerta.

—Estoy bien, señora Rossi.

—Me alegro de saberlo. Solo quería recordarle que estaré libre las próximas veinticuatro horas.

Ah, es verdad. Lo había olvidado. —Por supuesto. Disfrute de su tiempo libre.

Duda un momento y luego añade: —El señor Ginetti siempre quiso tener más hijos, sabe. Después de que naciera Angelica, él y Emilia hablaron de tener una familia numerosa. La vida tenía otros planes, por supuesto.

Se supone que la información debería ayudar, pero no lo hace.

Roman quería más hijos con una mujer a la que amaba.

No con una mujer que le habían impuesto.

—Angelica tendrá que cenar sobre las seis —continúa la señora Rossi —. Hay salsa para la pasta en la nevera. Solo tiene que calentarla y cocer un poco de pasta.

—Puedo encargarme —le aseguro—. Angelica y yo estaremos bien.

—Sé que lo estará. Ha llegado a quererla.

Dios, otra afirmación que duele más que ayuda.

Cuando se va, me quedo mirando la prueba de embarazo. ¿De verdad es posible que esté embarazada?

—Esto es ridículo —me digo en voz baja—. Solo es estrés y que estoy mala.

Pero la persistente posibilidad no me deja en paz. Abro la caja de un tirón y sigo las instrucciones.

Tres minutos después, estoy mirando una sola palabra rosa.

EMBARAZADA.

—No —susurro, dejándome caer en el borde de la bañera—. No, no, no.

Pero no hay lugar a dudas. Estoy embarazada del hijo de Roman Ginetti.

Presiono la palma de la mano contra mi vientre, todavía plano, intentando comprender la nueva vida que crece en mi interior.

Un extraño e inesperado calor florece en mi pecho, luchando contra el pánico. Un bebé. Mi bebé. Nuestro bebé.

—¿Qué voy a hacer? —le pregunto a mi reflejo en el espejo.

El rostro de Roman aparece en mi mente.

¿Qué hará él con esta noticia?

¿Se alegrará?

¿O será este niño otra complicación en nuestras ya de por sí complicadas vidas?

Pienso en Angelica, que acaba de empezar a coger confianza conmigo. ¿Cómo se sentirá ella con un hermano?

Luego está el cuaderno, la investigación, el FBI. Todo ello se arremolina a nuestro alrededor. ¿A qué clase de mundo estoy trayendo a este niño?

Más que nunca, desearía que mi madre estuviera aquí. Ella sabría qué hacer. O al menos estaría a mi lado para guiarme.

Una parte de mí quiere llamarlo ahora mismo, soltarle esta noticia que lo cambia todo.

Quizá así volvería a casa.

Quizá le recordaría lo que hemos estado construyendo juntos.

Pero otra parte de mí duda. ¿Y si piensa que lo he planeado?

¿Y si cree que estoy usando a este niño como moneda de cambio, como protección?

Me doy cuenta de que este embarazo lo cambia todo.

Ya no se trata solo de que yo busque justicia para mi madre o de que Roman proteja a su familia.

Ahora hay una vida inocente de por medio.

—¿Isabella? —La vocecita de Angelica llama desde el pasillo—. ¿Vas a hacer la comida pronto? Tengo hambre.

—Ya voy, cariño —respondo. Me echo agua fría en la cara y respiro hondo.

Tengo tiempo para decidir qué hacer.

Por ahora, hay una niña esperándome, la hermanastra de mi bebé, y necesita comer.

El resto —el cuaderno, el FBI, la ausencia de Roman y ahora este bebé— puede esperar.

25

ROMAN

Jodido Salvatore.

No ha hecho los sobornos correspondientes. Por suerte, he llegado a tiempo para asegurarme de que nuestros cargamentos pasaran.

Pero, por supuesto, en cuanto se ha apagado ese fuego, se ha encendido otro.

Llevo despierto… Dios, ya ni sé cuánto tiempo.

De verdad que necesito caer rendido.

Y más que eso, necesito encargarme de Isabella.

Isabella.

La imagen de ella sentada con ese agente del FBI mientras Angelica juega cerca hace que me hierva la sangre de nuevo. ¿En qué coño estaba pensando?

Con mi hija justo ahí.

La Corona ya vigila todos sus movimientos, ¿y va y hace esta mierda?

Me da igual que diga que le tendieron una emboscada. Debería haberse ido y haberme llamado.

—Ginetti, necesitamos que firmes estos manifiestos. —Uno de los supervisores del muelle desliza unos papeles por el escritorio improvisado.

Asiento, garabateando mi firma sin leer de verdad. Mi mente está en otra parte.

La libreta.

Isabella había dicho que su madre lo llamaba su seguro.

¿Qué demonios hay en esas páginas que podría haberla protegido?

Mi teléfono vibra. Otro problema que necesita mi atención. Me bebo el café frío de un trago y me levanto.

Cuanto antes termine aquí, antes podré ir a casa y averiguar exactamente qué ha descubierto Isabella.

Estoy cogiendo la chaqueta para irme cuando Salvatore aparece en el umbral de la oficina improvisada.

Tiene el ceño fruncido permanentemente, el que pone siempre que sale el nombre de Isabella.

—Ginetti, tenemos que hablar. —No espera una invitación, simplemente cierra la puerta tras de sí.

Reprimo un gemido. —Me voy, Sal. Sea lo que sea, puede esperar.

—Es sobre tu mujer. —Escupe la palabra como si tuviera mal sabor —. Corre el rumor de que sigue viéndose con los federales.

Aprieto la mandíbula. —Me estoy encargando de ello.

—¿Ah, sí? Porque desde mi punto de vista, estás dejando que una traidora viva en tu casa. Que duerma en tu cama. —Se acerca más —. Empiezo a preguntarme dónde están tus lealtades.

La acusación me cae como una bofetada. Me meto en su espacio, bajando la voz. —Ten cuidado con lo que dices, Sal. He derramado

más sangre por esta familia que tú. No cuestiones mi lealtad, especialmente después de que casi jodieras el cargamento de anoche.

—¿Por qué la proteges? No es más que un lastre.

—No tienes ni puta idea.

Los ojos de Salvatore se entrecierran. —¿No me digas que te has enamorado de la hija de Ferraza? —Me da un golpecito en el pecho con el dedo—. La Corona necesita que actúes. Que sirva de ejemplo. Demuéstrale a todo el mundo lo que les pasa a los traidores.

—¿Como alguien hizo con Ernie? —replico, observando su cara con atención.

Salvatore palidece ligeramente. —Cierra la puta boca y no hables de mi hermano. Eso no tiene nada que ver con esto.

—Eso demuestra lo que sabes, que es una mierda.

—Si no haces lo que es necesario…

—¿Harás qué? —lo interrumpo—. ¿Ir en contra de las órdenes de Marco? Porque fue él quien aprobó este acuerdo. Habla con él si tienes algún problema.

La mandíbula de Salvatore se tensa en silencio. Ambos sabemos que no desafiará a Marco.

—Eso me parecía.

—Eres un gallina, Roman. Tienes que tomar la iniciativa.

—Basta ya. —La voz de Marco resuena en la habitación, haciendo que Sal y yo demos un paso atrás.

Marco está en el umbral, con una expresión indescifrable. ¿Cuánto tiempo lleva ahí?

La actitud de Salvatore cambia de desafiante a deferente en un instante. —Don Calabresi, yo solo estaba…

—He oído lo que «solo estabas» haciendo. —Marco entra en la habitación, cerrando la puerta tras él—. El cargamento de los Vitale necesita supervisión. Encárgate personalmente.

No es una sugerencia. Salvatore sabe que no debe discutir. Asiente con rigidez, lanzándome una última mirada asesina antes de irse.

Cuando la puerta se cierra, Marco suspira. —Tienes una cara de mierda, Roman.

—No he dormido.

—Ya me doy cuenta. —Señala la silla que yo había dejado vacía—. Siéntate antes de que te caigas redondo.

No discuto. Siento el cuerpo como si funcionara con la reserva.

Marco se apoya en el escritorio, estudiándome con la misma mirada penetrante que ha tenido desde que éramos niños. —¿Qué pasa contigo e Isabella?

—No he tenido la oportunidad de hablar con ella. Me llamaron para que…

—No me refiero al vídeo. Me refiero a ti y a ella. —Se cruza de brazos—. Si no me equivoco, tienes sentimientos por ella. Necesito saber si te está nublando el juicio.

Me paso la mano por la cara, ganando tiempo.

¿Cómo explico algo que apenas entiendo yo mismo?

Decido no intentarlo. —No es nuestra enemiga. Solo es una mujer que quiere respuestas sobre el asesinato de su madre. Un asesinato al que ni su padre ni La Corona le prestaron atención.

—Pareces muy seguro.

Dudo porque, aunque me siento seguro, también estoy privado de sueño y preocupado de que me estén tomando el pelo.

—¿Y qué hay del agente del FBI con el que se reunió ayer? ¿Con tu hija presente?

Aprieto la mandíbula. —Eso fue un error.

—Un error que podría costárnoslo todo.

—Dice que le tendieron una emboscada. El agente tenía la libreta de su madre… la usó como cebo. —¿Qué significa que la defienda a pesar de mis propias dudas?—. Isabella dice que se negó a dar información, que le echó en cara al agente que intentara manipularla.

—¿Y tú la crees?

¿La creo? —No lo sé —admito—. Pero la libreta podría tener respuestas sobre el asesinato de la esposa de don Ferraza.

—¿El que crees que es parte de un plan más grande?

—Sí.

—¿Qué hay en esa libreta que sea tan importante? —pregunta Marco, su tono cambiando de preocupación a escepticismo.

Me inclino hacia delante. —Isabella dice que su madre lo llamaba su seguro. Se reunía con Ernie Abruzzo, y apuesto a que esa información estará ahí. Ernie era un gilipollas, pero no era tonto. La estaba utilizando, pero no tiene sentido, a menos que haya algo más grande en juego, como el acceso a La Corona. Ernie no estaba lo suficientemente enterado como para orquestar algo así, así que alguien más está moviendo los hilos.

Marco me mira, su expresión indescifrable. —Estás yendo demasiado lejos, Roman.

—Quizá, pero mi trabajo es protegerte a ti y a La Corona. Tengo que llegar hasta el final.

Marco niega con la cabeza. —Al consejo no le interesan las teorías de conspiración sobre el pasado. Estamos lidiando con amenazas inmediatas, infiltración del FBI, disputas territoriales, seguridad de los cargamentos.

—Pero...

—No. —Su voz se endurece—. La Corona ha dejado clara su posición. Tu trabajo es mantener a raya a Isabella y averiguar qué les ha dicho a los federales. Nada más.

Aprieto la mandíbula, la frustración creciendo en mi interior. —Estás cometiendo un error.

—El error sería desviar recursos para perseguir fantasmas cuando tenemos enemigos de verdad a la puerta. —El tono de Marco se suaviza ligeramente—. Entiendo que quieras respuestas por el bien de Isabella. Pero las prioridades de La Corona son lo primero. Siempre.

La firmeza en su voz me dice que esta conversación ha terminado. Marco no apoyará mi investigación, al menos no oficialmente.

—Como desees.

Me observa, probablemente preguntándose si voy a obedecer. —¿No has respondido a mi pregunta sobre ti e Isabella?

Me pongo tenso. —¿Qué quieres decir?

—No me insultes. —Entrecierra los ojos—. Te conozco desde que teníamos ocho años. Sé cuándo estás comprometido.

—No estoy…

—¿Te estás enamorando de ella? —me interrumpe.

Isabella es… complicada. Hermosa. Terca. Vulnerable de maneras que me hacen querer protegerla incluso cuando me está volviendo loco.

—No es tan sencillo —digo finalmente.

—Tiene que serlo. —La voz de Marco se endurece—. Eres mi sicario. Necesito que tu juicio no esté nublado.

—Mi juicio está bien.

—¿Lo está? Porque Dominic Vitale está pidiendo su cabeza.

Siento un nudo en el estómago. —¿Qué?

—Cree que es un lastre que no podemos permitirnos. Dice que la reunión con el FBI fue la gota que colmó el vaso. —Marco me observa con atención—. Y no es el único que opina así.

Mis manos se cierran en puños. —Es mi mujer.

—Solo porque yo lo organicé por deferencia a don Ferraza. —Los ojos de Marco se suavizan ligeramente—. Los he estado conteniendo, pero no puedo hacerlo para siempre. No si les da motivos.

—Si Vitale o cualquier otro se acerca a ella…

—¿Entonces qué? —me interrumpe Marco—. ¿Irías en contra de La Corona? ¿En mi contra?

¿Lo haría? ¿Por una mujer que todavía podría estar tomándome el pelo?

—Es más que tu mujer, Roman —continúa Marco, su voz tranquila pero firme—. Es la hija de Leonardo. Es una informante del FBI. Quizá es una pieza de ajedrez en un juego que aún no entendemos del todo.

Odio que tenga razón.

Odio que a pesar de todo, a pesar de las noches en mi cama y los momentos de vulnerabilidad, Isabella siga siendo un interrogante.

Asiento con rigidez, tragándome la rabia que se acumula en mi garganta. —Entendido.

—¿De verdad? —Marco me estudia, sus ojos buscando en los míos una seguridad que no estoy seguro de poder dar—. Porque esto ya no es solo sobre Isabella. Es sobre tu lugar en esta familia.

¿Pero qué coño? He dado mi vida por la familia Calabresi. Mi sangre, mi lealtad, todo.

—Es bueno saber a qué atenerme. —Me levanto de la silla. Siempre he sabido que la lealtad de Marco tenía un límite.

Sí, dice que soy su hermano, pero no puede tenerme cerca si voy en su contra, igual que yo no puedo tener a Isabella si va en contra de La Corona.

Nadie está a salvo de La Corona.

—Roman. No es así.

—¿Ah, no? —Cojo mi abrigo—. Tengo que revisar un cargamento.

Marco suspira pero asiente. —Bien. Pero, Roman… —Me agarra del hombro, bajando la voz—. Anda con cuidado.

—Siempre.

El aire frío de los muelles me espabila un poco, pero no aplaca la ira.

La amenaza de don Vitale resuena en mi mente. Quiere a Isabella muerta. A mi mujer muerta. Y no es el único.

He matado por la familia sin dudarlo. Hombres que nos traicionaron, nos amenazaron, nos desafiaron. Siempre fue claro, blanco o negro.

Pero Isabella, ella existe en tonos de gris por los que no parezco poder navegar.

La idea de verla fría e inerte, con esos ojos fieros vacíos, no es algo que pueda soportar.

No dejaré que pase. A ella no. No mientras me quede aliento en el cuerpo.

Pero ¿qué significa eso para mí? ¿Para mi posición? ¿Para Angelica?

Joder, Angelica. Mi hija, que ya ha perdido a una madre. La idea de que se encariñe de Isabella solo para perderla, o peor, para perderme a mí porque elegí a Isabella por encima de la familia, es insoportable.

¡Joder! ¿Cómo se ha complicado todo tanto?

Hace un mes, mi vida tenía sentido. Ahora estoy atrapado entre el deber y lo que sea que sienta por Isabella.

¿Protección? ¿Deseo? ¿Algo más profundo que soy demasiado cobarde para nombrar?

Sea lo que sea, me está consumiendo. Cambiándome. Es una debilidad que no me puedo permitir.

ISABELLA

Estoy sentada en mi mesa de costura con Angelica mientras le ayudo a coser una corbata para Roman.

No es la que yo había planeado hacer.

Ha elegido una tela verde con bastones de caramelo. Será la típica corbata hortera de padre, pero no dudo de que a Roman le encantará porque la ha hecho Angelica.

Se me revuelve el estómago otra vez, la tercera en lo que va de mañana, pero fuerzo una sonrisa y mantengo las manos firmes mientras guío sus deditos por la máquina de coser.

—¿Así? —pregunta Angelica con el ceño fruncido por la concentración.

—Perfecto —consigo decir, tragando saliva para contener la náusea —. Se te da de maravilla.

El resultado de la prueba de embarazo me distrae.

Un bebé. El bebé de Roman.

La idea me provoca otra oleada de náuseas que no tiene nada que ver con las matutinas.

—¿Podemos hacer otra cosa? —Angelica me mira con esos ojos grandes, tan parecidos a los de Roman.

—¿Qué tienes en mente? —pregunto, agradecida por la distracción.

—Un calcetín de Navidad con nuestros nombres. El tuyo, el mío y el de papá.

Un calcetín familiar, como si de verdad fuéramos una familia de verdad y no una especie de acuerdo extraño.

—Es una idea maravillosa —digo.

Cojo otro trozo de tela, pero el movimiento hace que me dé vueltas la cabeza. Cierro los ojos, cuento despacio hasta diez, deseando que las náuseas pasen.

—¿Estás enferma? —pregunta Angelica, con voz queda y preocupada.

—Solo estoy cansada. —Abro los ojos y fuerzo un tono alegre en mi voz—. Vamos a elegir los colores para nuestro calcetín.

Parece satisfecha con mi respuesta y empieza a revolver los retales de tela con renovado entusiasmo.

Un golpe seco en la puerta me hace dar un respingo. —Espera aquí —le digo a Angelica mientras me levanto para abrir—. Elige la tela que quieras para el calcetín.

Me dirijo a la puerta. La mirilla muestra una visión de ojo de pez distorsionada del pasillo, pero aun así consigo distinguir quién está ahí.

Salvatore.

Su mandíbula cuadrada está tensa y dura. Detrás de él hay otro hombre que reconozco como uno de sus secuaces. Están hablando en voz baja.

—Roman no está —masculla Salvatore—. El momento perfecto.

—¿Y la cría? —pregunta Vito.

—Primero nos encargamos de la mujer. La cría no será un problema.

Me llevo la mano a la boca para ahogar un grito. Están aquí por mí. Y con Angelica en el piso…

—Nos encargaremos de esto sin hacer ruido —continúa Salvatore—. Haz que parezca que se ha fugado. Sin dejar rastro.

Retrocedo de la puerta con la mente acelerada. La señora Rossi se ha ido. Necesito encontrar un teléfono para llamar a Roman.

Otro golpe, esta vez más fuerte. El pomo de la puerta tiembla.

—Isabella, abre —dice Salvatore con una voz falsamente agradable —. Necesito hablar contigo sobre Roman.

Miro a mi alrededor frenéticamente. Un teléfono. Necesito un teléfono. Pero, aunque llame a Roman, no llegará a tiempo ni de broma.

Salvatore vuelve a llamar, y el sonido resuena en el apartamento como si fueran disparos.

Corro al dormitorio, con el corazón latiéndome tan fuerte que apenas puedo respirar.

—¿Qué pasa? —Los ojos de Angelica se abren de miedo.

—Escúchame —le digo, arrodillándome a su altura—. Hay unos hombres malos en la puerta. Tienes que esconderte.

Le tiembla el labio inferior. —Tengo miedo.

—Lo sé, cariño. —Le aparto el pelo de la cara, intentando mantener la voz firme—. Pero eres muy valiente, como tu papá. ¿Puedes ser valiente por mí?

Asiente con la cabeza y los ojos se le anegan en lágrimas. Agarro el cuaderno de mi madre de la cómoda y lo meto bajo el colchón; me

tiemblan tanto las manos que casi se me cae.

Se oyen unos disparos ahogados y oigo cómo se abre la puerta.

—Debajo de la cama —la apremio—. Quédate muy quieta. No salgas hasta que venga a buscarte tu papá o la señora Rossi. Oigas lo que oigas, quédate escondida.

La ayudo a meterse bajo la cama, empujándola contra la pared. Sus ojos se ven enormes en su pálida cara.

—¿Dónde vas a estar tú? —susurra.

—No hagas ruido. ¿Vale? —Corro hacia la puerta del dormitorio para cerrarla con llave, pero estalla hacia dentro con tal fuerza que salgo despedida hacia atrás y caigo despatarrada sobre la alfombra.

Un dolor agudo me recorre el hombro al chocar contra el suelo.

—Ahí estás —dice Salvatore, llenando el umbral de la puerta.

Retrocedo a rastras, con la mirada fija en la cama donde está escondida Angelica. —¿Qué quiere?

Salvatore entra en la habitación, con su esbirro pegado a él. —Parece que te has convertido en un lastre.

—Roman lo matará por esto.

Salvatore se ríe. —Roman está ocupado. Para cuando llegue a casa, nos habremos ido hace mucho.

Mis ojos se desvían involuntariamente hacia el espacio bajo la cama. Angelica se ha echado tan atrás que es casi invisible en la penumbra, pero si miran de cerca…

Salvatore me agarra del brazo y me levanta del suelo con una fuerza que me deja un moratón.

El hombro me duele a rabiar, pero reprimo un grito, aterrorizada de llamar la atención de Angelica.

—¿Qué le dijiste a los federales? —gruñe, con la cara a centímetros de la mía. Su aliento huele a tabaco y a café.

—Nada —jadeo—. Se lo juro, no les dije nada.

—Mentirosa. —Su mano me abofetea la cara con tanta fuerza que se me nubla la vista. El sabor metálico de la sangre me llena la boca—. Te vimos con esa agente. ¿Qué le diste?

Me tambaleo hacia atrás, llevándome instintivamente la mano al vientre. Mi bebé. El bebé de Roman. —No le di nada. Se me acercó, pero la despaché.

Salvatore se ríe, con un sonido frío y sin alegría. —Claro que sí. —Me aprieta más el brazo—. Última oportunidad. ¿Qué le dijiste a los federales?

Pienso en Angelica bajo la cama, en la diminuta vida que crece dentro de mí. Tengo que mantenerlos a salvo, aunque eso signifique sacrificarme.

—Nada —repito, sosteniéndole la mirada.

Su mano vuelve a golpearme la cara. La cabeza se me va hacia atrás y caigo en la cama, boqueando, invadida por el terror. —Pare. Por favor.

—Respuesta equivocada —gruñe Salvatore, agarrándome del brazo y levantándome de nuevo.

La cabeza todavía me retumba por el golpe, pero me obligo a mantenerme concentrada para proteger a Angelica.

—¿Dónde están la cría y la criada? —exige Salvatore, con voz baja y peligrosa.

Trago saliva con dificultad, notando el sabor de la sangre. —Han salido. No volverán hasta más tarde.

Salvatore me escudriña la cara. Le sostengo la mirada, esperando que me crea.

—Registra la casa —le espeta a su compañero—. Asegúrate de que no están aquí.

Él asiente y desaparece en el pasillo. Oigo cómo se abren puertas, cómo registran armarios.

—Los papeles —sisea Salvatore, zarandeándome—. ¿Qué te dio la federal?

—Nada —jadeo—. Intentaban engañarme con información falsa sobre mi madre. Los tiré.

Entrecierra los ojos. —¿Y esperas que me crea eso?

—Es la verdad. —Fuerzo la convicción en mi voz—. ¿Por qué iba a guardar algo que pudiera poner en peligro a mi familia? Roman es mi marido ahora.

Salvatore me aprieta con fuerza. —Tu lealtad es conmovedora. Lástima que no me crea ni una sola palabra de lo que dices.

Se acercan unas pisadas fuertes y el otro hombre aparece en la puerta. —La casa está vacía. Ni rastro de la cría ni de la criada.

Me invade una sensación de alivio, pero mantengo una expresión neutra. No han mirado debajo de la cama. Gracias a Dios.

—Bien —dice Salvatore—. Vámonos. Tenemos que irnos antes de que vuelva Roman.

Cierro los ojos un instante y elevo una plegaria silenciosa. Angelica está a salvo. Por ahora.

Salvatore me arrastra hacia la puerta, con los dedos clavados en mi brazo. —Tú vienes con nosotros. Un solo ruido, un movimiento en falso, y te mato aquí mismo.

—Lo entiendo, Salvatore.

—Chica lista —se mofa Salvatore—. Sigue así.

Me arrastra por el apartamento, pasando por la puerta de entrada con agujeros de bala y el marco astillado.

Tropiezo en el umbral y me endereza de un tirón, lo que me provoca otro dolor agudo en el hombro.

—Por favor. Estoy cooperando.

—Cállate —sisea Salvatore, comprobando el pasillo—. Despejado.

Me conducen a toda prisa hacia el ascensor de servicio, lejos del vestíbulo principal donde alguien podría vernos. Mi mente se acelera frenéticamente. ¿Debería gritar? ¿Luchar?

—Recuerda —me susurra Salvatore al oído mientras esperamos el ascensor—, un solo ruido y te meto una bala en la cabeza. Roman encontrará trozos de ti.

Las puertas del ascensor se abren. Me empujan dentro. La mano de Salvatore me tapa la boca y su pistola se clava en mis costillas.

Salimos por la entrada de servicio, al aire frío de diciembre. En el callejón nos espera una furgoneta negra con el motor en marcha. Las piernas me flaquean al verla.

—Muévete —ordena Salvatore, empujándome hacia delante.

La puerta lateral de la furgoneta se abre. Unas manos rudas me agarran y me meten dentro. Aterrizo con fuerza en el suelo metálico, y el impacto me deja sin aire.

—Átala —ordena Salvatore, subiendo detrás de mí.

Alguien me agarra las muñecas y me las ata con fuerza con unas bridas que se me clavan en la piel. Otro par de manos me sujetan los tobillos.

—Amordázala —dice Salvatore, y me meten un paño entre los dientes, atado con fuerza detrás de mi cabeza.

La furgoneta arranca con una sacudida, con un chirrido de neumáticos al salir del bordillo. Estoy tumbada en el frío suelo metálico, el cuerpo sacudiéndose con cada bache y cada curva.

Angelica está a salvo, me digo a mí misma. Eso es lo que importa. Roman la encontrará.

Sabrá que no he huido.

Que no le estoy traicionando ni a él ni a La Corona.

Entonces se me ocurre. Yo no le estoy traicionando ni a él ni a La Corona, pero ellos podrían estar traicionándome a mí.

Salvatore es un capitán de los Calabresi.

No haría esto sin órdenes, ¿verdad? ¿Acaso Marco… La Corona decidió que yo era un lastre demasiado grande?

¿Lo sabe Roman?

¿Es por eso que se ha ido?

Él no ha sido capaz de hacerlo, así que han enviado a Salvatore.

Una parte de mí duda de ello. Roman no estaría de acuerdo en que me cogieran mientras Angelica estaba en casa, dejándola sola.

Así que puede que no lo sepa.

Cuando se entere, ¿le importará? No será como perder a Emilia.

Al menos me queda el consuelo de saber que no sabrá que, con mi muerte, él también ha perdido un hijo.

ROMAN

Mi mente ya está en casa mientras don Vitale perora sobre las rutas de envío. Al menos no estoy en otra reunión de La Corona en la que me estén poniendo en mi sitio.

Pero joder, ¿por qué estoy aquí? El agotamiento me pesa en los huesos después de haber pasado toda la noche en el muelle.

El móvil me vibra en el bolsillo. Lo ignoro. La Corona no es un grupo en el que uno pueda salir para atender una llamada.

—¿Cuál fue el retraso con el pago? —pregunta don Monti.

El móvil me vuelve a zumbar, e inmediatamente una tercera vez.

Saco el móvil del bolsillo, dispuesto a silenciarlo, cuando Marco asiente en mi dirección. —Contesta, Roman. Podría ser sobre el asunto del muelle.

Me aparto del grupo y deslizo el dedo para aceptar la llamada sin mirar quién es.

—¿Qué? —ladro.

Lo primero que me llega es el sonido de un sollozo. Luego, la voz aterrorizada de mi hija.

—¡Papá! —chilla Angelica con la respiración entrecortada por los sollozos—. ¡Unos hombres malos se han llevado a Isabella! Tenían pistolas y… y han roto la puerta y—

Se me hiela la sangre. —¿Angel, dónde estás? ¿Estás a salvo?

—Debajo de la cama. Isabella me dijo que me escondiera. ¡Tengo miedo, papá!

—Quédate ahí. No te muevas. Voy para allá ahora mismo.

Termino la llamada y me giro hacia la mesa donde los dones están sentados observándome. La rabia me hierve tan deprisa que apenas puedo ver con claridad.

—¿Qué coño habéis hecho? —gruño, acechándolos—. ¿Acaso esta reunión era una puta artimaña para quitarme de en medio mientras os llevabais a Isabella?

Marco se pone en pie, con la alarma cruzándole el rostro. —¿De qué estás hablando?

—Alguien acaba de llevarse a mi mujer de nuestra casa. —Quiero coger mi pistola y borrarlos a todos de la faz de la tierra—. Mi hija estaba allí. Podrían haberla matado.

Don Vitale niega con la cabeza. —Nosotros no hemos autorizado esto.

—¡Y una mierda! —golpeo la mesa con la palma de la mano—. Me dijeron que La Corona estaba dispuesta a dejarla ir. ¿Y ahora, de repente, unos hombres armados se la llevan mientras yo estoy convenientemente atrapado en esta reunión?

Marco se acerca a mí con las manos en alto. —Roman, te juro que no hemos sido nosotros. —Aun así, mira a su alrededor como si le preocupara que alguien se hubiera tomado la justicia por su mano.

Paseo la mirada de un rostro a otro: la preocupación de Marco, la confusión de Vitale, la conmoción de Monti, el horror de Ferraza.

O son todos actores dignos de un Óscar o de verdad no lo sabían.

Pero si no han sido ellos, ¿entonces quién?

Cruzo la mirada con Marco, conteniendo a duras penas mi furia. —Tengo que irme. Mi hija está sola y aterrorizada.

—Roman… —empieza don Vitale, pero yo ya me dirijo hacia la puerta.

—Para mí, esta reunión se ha acabado.

No espero permiso. No hago una reverencia ni muestro respeto.

Mi niña está escondida debajo de una cama mientras unos hombres armados se han llevado a mi mujer.

Nada más importa.

La voz de Marco me sigue cuando llego a la puerta. —¡Roman! Recuerda cuál es tu lugar.

Me detengo y me giro lentamente para mirarlo. La sala se sume en un silencio sepulcral.

—¿Mi lugar? —Mi voz sale peligrosamente suave—. Te he dado mi vida, Marco. Lealtad. Sangre. Sudor. Cadáveres enterrados. Nunca he cuestionado una orden. —Doy un paso hacia él, sin importarme las consecuencias.

—Pero no te daré la vida de Angelica. Ni la de Isabella, ya que estamos. —Le sostengo la mirada sin pestañear—. Tendrás que matarme aquí y ahora para detenerme.

Este momento podría acabar con mi vida. Desafiar a un don delante de La Corona es imperdonable.

Finalmente, los hombros de Marco se relajan ligeramente. —No voy a matarte, Roman.

Se vuelve hacia los otros dones. —Caballeros, nos reuniremos más tarde.

Sin esperar respuesta, se acerca a mí a grandes zancadas. —Voy contigo. Tenemos que averiguar qué demonios está pasando.

Asiento una vez, sacando ya el móvil para pedir refuerzos mientras nos dirigimos a la puerta.

—Si no ha sido La Corona —digo—, entonces alguien está a punto de tener un día muy malo.

Me salto todas las normas de tráfico habidas y por haber para volver a mi piso, con Marco justo detrás.

El ascensor parece ir demasiado lento mientras sube a mi planta.

Salgo de él con la pistola ya en la mano.

El marco astillado de la puerta me indica que alguien ha forzado la entrada.

¿Los conocía? ¿Sabía que estaba en peligro y por eso no les abrió la puerta?

—¡Angelica! —grito, barriendo el salón, comprobando las esquinas, con el corazón martilleándome en las costillas.

Ninguna respuesta.

—¡Angel, soy papá! ¡Ya puedes salir!

Sigue sin haber nada. El pánico amenaza con ahogarme mientras avanzo hacia el dormitorio, con Marco cubriéndome las espaldas.

—Registra las otras habitaciones —le digo, abriendo la puerta del dormitorio.

La habitación parece intacta, excepto por la puerta, que ha sido derribada de una patada. Me arrodillo y miro debajo de la cama.

Dos ojos aterrorizados me devuelven la mirada desde la esquina más alejada.

—Angel —respiro, invadido por el alivio—. Ven aquí, cariño.

Sale gateando lentamente, con el rostro surcado de lágrimas, y se lanza a mis brazos.

La abrazo tan fuerte que temo hacerle daño, pero no puedo soltarla.

—Tenía mucho miedo, papá —solloza en mi cuello.

—Lo sé, cariño. Lo sé. Ya estás a salvo. —La mezo suavemente, besándole la coronilla—. Lo has hecho muy bien llamándome. Muy valiente.

Marco aparece en el umbral, enfundando su arma. —El resto del piso está despejado.

Asiento, sin soltar a Angelica. —¿Qué ha pasado, Angel? Cuéntamelo todo.

Ella se aparta, con hipo. —Isabella me dijo que me escondiera debajo de la cama y que no hiciera ruido. Me dijo que no saliera hasta que llegaras tú o la señora Rossi.

—¿Viste quién se la llevó?

Angelica asiente. —S-salí cuando se fueron. Necesitaba el móvil para llamarte.

El corazón se me para. —¿Saliste de tu escondite?

—Solo un momento. Luego volví a meterme debajo de la cama, como dijo Isabella.

Cierro los ojos brevemente, imaginando lo que podría haber pasado si hubieran vuelto y la hubieran encontrado.

Menos mal que Isabella tuvo el buen juicio de esconder a Angelica, de pensar en mi hija incluso cuando debía saber que a quienquiera

que fuese la buscaba a ella.

—¿Reconociste a los hombres?

—No, pero él le estaba gritando a Isabella.

Presiono mi frente contra la de Angelica, tratando de mantener la voz firme. Mis emociones están a punto de vencerme en este momento. —¿Qué quería el hombre malo? ¿Dijo algo?

—Le estaba gritando a Isabella por hablar con una señora. No paraba de preguntarle qué le había contado.

Se me encoge el estómago. La agente del FBI.

—¿Dijo algo sobre unos papeles? ¿Documentos?

—Sí. —Angelica sorbe por la nariz—. No paraba de preguntar por unos papeles. Estaba muy enfadado.

Marco se acerca, con expresión sombría. —¿Isabella le dio algo?

Angelica lo mira y luego vuelve a mirarme a mí. —No lo sé. Pero… —Se inclina, susurrando como si compartiera un secreto—. Antes de que entraran, Isabella puso algo debajo del colchón. Lo hizo muy rápido.

Intercambio una rápida mirada con Marco. Tienen que ser los papeles.

—Yo lo compruebo —dice Marco, rodeando la cama. Levanta el extremo del colchón—. Aquí está. —Saca la carpeta—. ¿Es esto? —empieza a hojear las páginas.

—Sí. —Examino a Angelica, necesitando asegurarme de que está bien, al menos físicamente.

—Joder —masculla Marco.

—¿Qué? —exijo.

Niega con la cabeza mientras me mira. —Tenemos que encontrar a Isabella antes de que Salvatore haga lo que sea que esté planeando.

—¿Salvatore? —La vocecita de Angelica atraviesa la tensión—. Así lo llamó Isabella.

La sangre se me hiela en las venas. —¿Salvatore se la llevó?

Angelica asiente. —Dijo su nombre cuando se la robó.

Marco y yo cruzamos una mirada.

—Voy a matarlo, joder —digo, sin preocuparme por mi lenguaje delante de Angelica.

Marco me agarra del hombro. —Primero tenemos que llevar a Angelica a un lugar seguro.

Tiene razón. —Angel, tenemos que ir a casa de Elena. Te quedarás con ella mientras encuentro a Isabella.

Se seca las lágrimas con el dorso de la mano. —¿Isabella va a estar bien?

La respuesta sincera la aterrorizaría. —Voy a asegurarme de que lo esté. —No es la primera vez que tengo que mentirle, pero esta es de órdago.

Saco el móvil y marco el número de Elena. Contesta al segundo tono.

—Elena, necesito un favor. ¿Puedo llevar a Angelica para que se quede contigo? Es una emergencia.

—Por supuesto —dice sin dudar—. ¿Está todo bien?

—No. Pero no puedo entrar en—

—Entiendo. Trae a Angelica ahora mismo. La mantendremos a salvo.

Termino la llamada y me vuelvo hacia Angelica. —Vamos a hacer la maleta con algo de ropa y lo que necesites.

Incapaz de perderla de vista, la sigo mientras corre a su cuarto. La ayudo a buscar algo de ropa y la meto en una bolsa. —Coge algunos juguetes, ¿vale?

Mientras Angelica recoge su peluche favorito y algunos de sus materiales de arte, Marco me entrega la carpeta. —Lee esto.

La abro y ojeo las páginas fotocopiadas del cuaderno de la madre de Isabella.

No es un diario corriente.

Enumera lugares a los que Isabella puede ir. Cómo puede conseguir un cambio de nombre.

Pero luego hay notas sobre sus reuniones con un hombre llamado E que solo puede ser Ernie.

Echo un vistazo rápido hasta principios de noviembre.

E no para de hacer comentarios de que La Corona es débil. Necesita un nuevo liderazgo o ser destruida para que surja uno nuevo. ¿Cómo puede saber lo que pasa dentro a menos que S se lo esté contando? Tengo que contárselo a Leo. Quiero que Isabella esté a salvo, pero no puedo formar parte de esto.

Entrecierro los ojos. S. ¿Salvatore?

Miro a Marco, con la rabia creciendo en mi interior. —Salvatore estaba organizando un golpe de Estado. Nos ha estado tomando el pelo todo este tiempo.

Marco coge la carpeta de nuevo, releyéndola. —Y ahora tiene a Isabella.

El corazón se me convierte en plomo en el pecho. La imagen de Isabella en manos de Salvatore me da ganas de hacer pedazos el mundo.

—La matará —digo.

—No lo sabemos —dice Marco, pero sé que no se lo cree.

—¿Ah, no? —espeto—. Está atando cabos sueltos. Isabella consiguió el cuaderno de su madre, la prueba de que Salvatore traicionó a La Corona. No puede dejarla con vida. —Mierda. Mierda. Mierda—. Estuvo en mi despacho antes diciéndome que me la cargara. Debería haberlo matado entonces.

—¿Papá? —Angelica me mira, abrazando su conejo de peluche favorito y sosteniendo su bolsa.

Oh, joder. No puedo permitir que Angelica oiga todo esto.

Me obligo a suavizar la expresión, arrodillándome a su altura. —¿Sí, Angel? ¿Estás lista?

Asiente, pero sus ojos siguen muy abiertos por el miedo. —¿Vas a matar al hombre que se llevó a Isabella?

—Voy a encontrar a Isabella. —Quiero prometerle que sí, pero no encuentro las palabras.

—Señor Ginetti. —La señora Rossi entra corriendo, con un aspecto tan aterrorizado como yo me siento—. Don Calabresi me ha llamado. Puedo llevar a Angelica a casa de la señorita Vitale.

Miro a Marco, que se encoge de hombros. Me siento mal por haber dudado antes de su lealtad hacia mí.

—Gracias —les digo a ambos. Me arrodillo de nuevo—. Angel, cariño, la señora Rossi te va a llevar a casa de Elena, ¿vale? Yo voy a encontrar a Isabella.

Angelica me rodea con sus brazos. La abrazo y por primera vez soy consciente de lo jodido que es crecer en una familia como la mía siendo una niña, una mujer. Angelica no se merece pasar nunca tanto miedo.

—Papá te quiere, lo sabes, ¿verdad?

Asiente y sorbe por la nariz, usando la manga para limpiársela. Se la entrego a la señora Rossi, y solo cuando la pierdo de vista dejo que el ejecutor Roman tome el control por completo. Salvatore está a punto de descubrir el verdadero significado de la ira.

Corro a mi despacho, abro la caja fuerte y saco todas las armas que tengo. Pistolas, cuchillos, incluso puños americanos. Mi bate no. No, eso es demasiado delicado para lo que tengo planeado. Salvatore no va a salir de esta por su propio pie.

—He llamado a refuerzos —dice Marco desde el umbral.

—Nada me impedirá despedazar a Sal, pedazo a pedazo.

—Aun así, no sabemos cuántos hombres tiene con él.

Sigo a Marco hacia la puerta y, al hacerlo, veo un trozo de tela en el suelo. Isabella debe de haberlo dejado caer cuando apareció Salvatore.

Perder a Emilia había sido lo peor de mi vida. Odiaba que, con todo mi poder y mi fuerza, no pudiera protegerla del cáncer.

Y ahora podía perder a Isabella.

Qué irónico que esto sucediera justo cuando me estaba dando cuenta de lo mucho que significa para mí. De lo mucho que me destrozará perderla.

Me meto la pistola en la cintura y sigo a Marco hacia la fría noche.

Una cosa es cierta.

Al final de la noche, o Salvatore estará muerto, o lo estaré yo.

ISABELLA

La oscuridad es absoluta. No sé si tengo los ojos abiertos o cerrados mientras me acurruco en un catre contra lo que parece una pared de hormigón.

Me arden las muñecas por las bridas que se me clavan en la piel, y el sabor metálico de la sangre persiste en mi boca, del golpe que me ha dado Salvatore.

Dios, espero que Angelica esté a salvo.

Seguro que Roman ya está en casa.

Me rodeo el estómago con los brazos en un gesto protector, un instinto nuevo que no tenía hasta hoy.

Un bebé.

La idea de un bebé, de una familia con Roman, parece imposible en esta oscuridad, como un sueño que tuve en otra vida.

El viaje en la furgoneta ha sido brutal; cada bache y cada curva me hacían deslizarme por el suelo de metal. Salvatore no dejaba de preguntar por los papeles, por lo que le dije al FBI. Como no le contestaba, volvía a pegarme.

—Tiré los papeles —le había escupido. Una cosa está clara: esos papeles contienen algo que Salvatore no quiere que nadie vea.

Con suerte, Roman los encontrará y descubrirá de qué se trata. La pregunta es: ¿llegará a tiempo para salvarme?

Recuerdo las lecciones de defensa personal de Roman.

No he intentado ni un solo movimiento.

Claro que podría haberlo hecho si no me hubiera preocupado Angelica. Pero dudo que hubiera conseguido asestarle ningún puñetazo.

La oscuridad cambia cuando una puerta se abre con un crujido, dejando entrar una rendija de luz cruda que me hace entrecerrar los ojos.

Una silueta llena el umbral de la puerta, de hombros anchos y aspecto amenazador.

Salvatore.

Enciende una bombilla desnuda que cuelga del techo, y su débil luz amarilla revela una habitación de hormigón sin nada más que una mesa y una silla de metal en una esquina.

Su cara está tranquila, casi aburrida, mientras arrastra la silla por el suelo con un chirrido.

—Intentémoslo de nuevo —dice, sentándose e inclinándose hacia delante, con los codos en las rodillas—. Tu madre y Ernie Abruzzo. ¿Qué te contó de él?

Se me seca la boca. —Nada. Ya se lo he dicho, no conozco a ningún Ernie.

Suspira como si yo fuera una alumna decepcionante. —Isabella, Isabella. Tu madre se estuvo reuniendo con él durante semanas antes de morir. ¿De verdad esperas que me crea que nunca lo mencionó?

—Mi madre no hablaba de sus asuntos conmigo.

—¿Nada sobre que quería alejarte de la familia? ¿Nada sobre su pequeño plan con Ernie?

—No sé de qué me habla —insisto, apretando más la espalda contra la pared—. Si mi madre conocía a ese tal Ernie, nunca me habló de él.

Salvatore se acerca más, y su colonia me revuelve el estómago. —Tu madre estaba planeando algo que habría demostrado lo débil que es tu padre. Lo débil que es La Corona. Necesito saber lo que sabes.

—¡Nada! —grito, y la desesperación tiñe mi voz—. ¡Lo juro, no sé nada de Ernie ni de ningún plan!

Mis palabras tocan un punto sensible. La cara de Salvatore se transforma, su fachada de calma se resquebraja para dar paso a algo primario y aterrador.

Antes de que pueda reaccionar, su mano vuela por el espacio que nos separa y conecta con mi mejilla con tal fuerza que la cabeza se me va hacia un lado y golpea la pared de hormigón.

Veo las estrellas. El dolor se irradia por todo mi cráneo.

—¿Te crees que estoy jugando? —ruge, ahora de pie sobre mí—. Puede que tu padre sea el Don, ¡pero ya ni él puede protegerte! Ninguno de ellos puede. Ni siquiera tu adorado Roman. Nunca entenderé por qué ese hijo de puta no te mató cuando el agente Ricci contactó contigo.

La habitación da vueltas, pero me obligo a mirarlo. —¿Conoce al agente Ricci?

—No, las preguntas no las haces tú. Las hago yo.

—Puede seguir preguntando…, seguir pegándome, pero eso no cambiará la verdad. No sé nada de Ernie ni de lo que mi madre estaba planeando.

Me agarra del pelo y me echa la cabeza hacia atrás. —Todo el mundo tiene un límite, Isabella. Incluso tú.

Lo miro directamente a los ojos, canalizando cada gramo de la fuerza de Roman que he presenciado. —Cree que sé algo que puede comprometerlo.

Su agarre se tensa, pero no me estremezco.

—Pero si supiera algo que me ayudara a entender por qué murió mi madre, ¿no cree que ya lo habría utilizado?

Algo parpadea en sus ojos; duda, quizá. Me suelta el pelo de un empujón.

—Roman no vendrá a por ti —dice, con la voz de nuevo fría—. Es leal a La Corona por encima de todo. Siempre lo ha sido.

Puede que tenga razón, pero también sé que la lealtad familiar de Roman se extiende a Angelica y, creo que hasta cierto punto, a mí.

Todavía no estoy muerta gracias a él.

Porque me ha protegido.

—¿Qué cree que sé?

Me mira como si me hubiera vuelto loca por hacerle esa pregunta.

—Me va a matar de todas formas, ¿verdad? Me gustaría saber por qué murió mi madre. ¿Quién la mató?

Su sonrisa es siniestra, como si fuera a disfrutar explicando con todo lujo de detalles cómo murió mi madre.

—¿Qué estaba planeando? —pregunto, preparándome para lo que pueda decir.

Salvatore se ríe, un sonido hueco que me provoca un escalofrío. —Un nuevo orden. La Corona tiene cuatro cabezas, pero solo necesita una. La más fuerte.

Pienso en mi padre, en Marco Calabresi, en Dominic Vitale y en Antonio Monti, las cuatro cabezas de La Corona. Las implicaciones son abrumadoras.

Esto no era solo por mi madre.

Se trata de desmantelar toda la estructura de poder que ha mantenido unidas a las familias durante generaciones.

—Mi madre lo descubrió, ¿y por eso la mató?

Entrecierra los ojos. —A Ernie le entró el pánico. Dijo que iba a contárselo todo a La Corona. No podíamos permitir que eso ocurriera.

El corazón me martillea en las costillas. Ya está, la confesión que llevo un año buscando.

—¿Así que Ernie mató a mi madre? —Frunzo el ceño—. E hizo que pareciera que lo habían hecho los Calabresi.

Se encoge de hombros. —¿Por qué no sembrar la discordia?

—¿Mató a Ernie?

El ceño de Salvatore se ensombrece. —Nunca mataría a alguien de mi propia sangre. No, ese fue tu padre. Estoy seguro.

Quizás sean todos los golpes en la cabeza, pero esa historia no tiene sentido. —¿Por qué? Si mi padre supiera lo que planeaba mi madre o que Ernie la mató, se lo habría dicho a los otros Dones.

Se inclina hacia mí. —La sobredosis es el *modus operandi* de tu padre.

—Ernie mató a mi madre usando el *modus operandi* de otro. ¿No es posible que alguien matara a su hermano e incriminara a mi padre?

Salvatore hace una pausa como si se lo estuviera pensando. Su rostro se contorsiona. —Hijo de puta.

No sé en qué está pensando, y a juzgar por su expresión, tengo demasiado miedo para preguntar.

Resopla e inclina la cabeza de un lado a otro hasta que le cruje el cuello. Luego, clava su mirada letal en mí. —Haya matado tu padre a Ernie o no, La Corona tiene que desaparecer. Cuando acabe contigo, el siguiente será Leo. O quizás Roman. ¿Quieres que te deje elegir?

Un miedo glacial me recorre las venas. Tengo que ser fuerte. Mi madre murió protegiendo a La Corona de él. Fue valiente, igual que yo necesito serlo ahora. —La Corona no dejará que se salga con la suya.

—La Corona ya se está desmoronando —responde con una confianza escalofriante—. Y tú, Isabella, has ayudado.

—No ganará. Roman lo descubrirá. Ya ha estado atando cabos.

Un atisbo de duda cruza el rostro de Salvatore antes de endurecerse en rabia. —Roman es leal a Marco. No arriesgará todo por ti.

Pero yo sé que no es así. Puede que Roman sea leal a Marco, pero también es un hombre que protege lo que es suyo. Y me quiera o no, yo soy su mujer.

Salvatore mira su reloj con impaciencia. —He terminado con esta conversación.

Le hace un gesto brusco a su secuaz, que ha estado de pie en silencio en la esquina. El hombre da un paso adelante y me doy cuenta de que lleva una jeringuilla llena de un líquido transparente.

El corazón me da un vuelco violento en las costillas. —¿Qué es eso? —exijo, incapaz de evitar el temblor en mi voz.

—Solo algo para que cooperes más —dice Salvatore con una frialdad escalofriante.

El pánico se apodera de mí cuando el secuaz se acerca. Intento escabullirme, pero mis manos atadas me impiden moverme. Mi

espalda golpea la pared. No hay a dónde ir.

—Por favor —jadeo, odiando la debilidad de mi voz, pero incapaz de evitarla—. Estoy embarazada.

Los ojos de Salvatore se abren un poco y luego se ríe. —Por supuesto que lo estás. En el fondo, Roman es un blando.

Le hace un gesto con la cabeza a su secuaz, que me agarra del brazo y me sube la manga.

Lucho con cada gramo de fuerza que me queda, pateando y retorciéndome, pero mi cuerpo se siente cada vez más pesado, mis movimientos lentos por la paliza de antes.

—Roman lo matará por esto —alcanzo a decir.

—Que lo intente.

La aguja se cierne sobre mi piel. El frío pinchazo de la aguja me atraviesa la piel. Mis músculos se tensan y luego comienzan a relajarse en contra de mi voluntad a medida que la droga que Salvatore me ha inyectado se extiende por mis venas.

—No —intento decir, pero noto la boca llena de algodón, la lengua pesada y poco cooperativa. La habitación de hormigón empieza a moverse, las paredes se funden con el suelo.

La cara de Salvatore se cierne sobre mí, luego se duplica, luego se triplica.

Mis pensamientos se dispersan. Intento aferrarme a ellos, mantenerme presente.

Intenta pensar en cosas buenas. Roman. Angelica. Nuestro bebé.

Pero los pensamientos se me escapan.

La oscuridad me arrastra hacia abajo. Soy incapaz de luchar contra ella. El último pensamiento coherente que tengo es de Roman.

Su fuerza, su protección, su inesperada ternura.

Mi consciencia se fractura y se disuelve en la oscuridad.

ROMAN

En el coche, estaba claro que Marco y yo no sabíamos adónde ir.

—Revisa el cuaderno —sugiere Marco mientras conducimos hacia el almacén, porque era el único sitio en el que se nos ocurría que pudiera haber llevado a Isabella.

Con la luz de mi móvil, paso una página tras otra.

Y entonces, ahí está. Una dirección que usaba Ernie cerca del aeropuerto JFK. Me alegro de que Marco conduzca, pero, aun así, no va lo bastante rápido.

—¡Sáltate el puto semáforo! —le grito.

—No quiero que la palmemos antes de salvar a Isabella —dice con los dientes apretados.

Más rápido, más rápido, más rápido es lo único en lo que puedo pensar.

El cuaderno lo dejaba todo claro: la conspiración de Salvatore y Ernie, su manipulación de la madre de Isabella, su intento de fracturar La Corona desde dentro.

La señora Ferraza descubrió su plan y pagó con su vida.

Ahora Isabella podría pagar con la suya.

La imagen de Isabella me viene a la mente.

Su sonrisa cuando cose con Angelica, la forma en que me mira cuando no está enfadada o asustada. Como si yo hubiera colgado la luna en el cielo.

—Más rápido, Marco.

La zona es residencial y Marco tiene que reducir la velocidad. Estoy a punto de saltar del coche y echar a correr.

Se mete de golpe en un hueco a media manzana y recorremos el resto del camino a toda prisa.

—Hay dos guardias fuera —susurra Marco mientras nos acercamos, manteniéndonos en las sombras—. Tú decides cómo nos encargamos de esto.

Saco mi pistola y le enrosco el silenciador. —Rápido y en silencio. No sabemos cuántos más hay dentro.

Nos separamos, acercándonos desde ángulos distintos. El primer guardia ni me ve venir. Lo abato de un solo disparo en la cabeza. Al otro lado del jardín, Marco se encarga del segundo con la misma eficacia.

Arrastramos los cuerpos hasta las sombras y nos dirigimos a la entrada trasera. Pruebo la puerta. Cerrada con llave. Marco saca un juego de ganzúas del bolsillo.

—Como en los viejos tiempos —murmura mientras manipula la cerradura.

De adolescentes, nos colábamos en sitios por diversión. Ahora nos colamos para salvar a mi esposa.

La cerradura hace clic. Marco abre la puerta y nos deslizamos dentro, con las pistolas preparadas.

Avanzamos en silencio por el oscuro pasillo de la casa. Nos detenemos, a la escucha de cualquier movimiento. Nada.

Marco asiente hacia una puerta y articula sin voz: «*Sótano*». Si Salvatore esconde a Isabella en una casa, el sótano es el mejor lugar para asegurarse de que los vecinos cotillas no se enteren.

Abre la puerta y yo bajo primero por las escaleras, con nuestros pasos apenas audibles.

Una voz resuena más adelante, el carraspeo característico de Salvatore. Me hierve la sangre al oírla.

Le hago una seña a Marco señalando una puerta por debajo de la cual se filtra luz.

Nos colocamos a cada lado. Hago la cuenta atrás con los dedos, tres, dos, uno, y abro la puerta de una patada, con el arma en alto.

Salvatore está de pie, hablando con un hombre. Isabella está inconsciente y desplomada en un catre frente a él.

Tiene la cara amoratada, con un hilillo de sangre que le corre de un labio partido.

Los hombres echan mano a sus armas. —Ni se os ocurra —advierte Marco.

—Roman —dice Salvatore, recuperándose rápidamente de la sorpresa—. Y el mismísimo gran don Calabresi. Qué honor. —Levanta las manos, sonriendo—. Estáis cometiendo un error. La traidora es ella, no yo.

—Lo sabemos todo, Sal —dice Marco—. El cuaderno de la señora Ferraza. Tu pequeño chanchullo con Ernie.

La sonrisa de Salvatore vacila, pero vuelve rápidamente. —¿Y qué? La Corona se ha ablandado. Don Ferraza mató a mi hermano y no hicisteis nada.

—Leo no mató a tu hermano —digo—. Lo más probable es que lo hicieras tú para cubrirte las espaldas.

—No sabes nada de mi hermano —escupe—. Sois todos unos débiles. La Corona es un chiste y todo el mundo lo sabe. Mucha palabrería y poca acción. Las viejas costumbres se están muriendo.

Miro a Isabella, buscando señales de vida. Su pecho sube y baja. Está respirando.

—¿Qué le has dado? —exijo.

—Solo algo para que estuviera calladita. Sobrevivirá. No iba a matarla. Sería un desperdicio. Hay compradores en el extranjero que pagarían generosamente por una mujer como ella. Podríamos expandir el negocio, ganar dinero de verdad.

Mi dedo se tensa en el gatillo. —¿Ibas a traficar con mi esposa?

—¿Tu esposa? —Se ríe—. Es un medio para un fin, Roman. Igual que lo fue su madre. Igual que lo eres tú para Marco.

—Todos tus planes se han ido al traste, Sal —dice Marco.

—¿Qué? ¿Vas a pedirle a La Corona que me mate? —se mofa.

Marco niega con la cabeza. —No necesito el permiso de La Corona para matar a uno de los míos. Por suerte para mí, tengo a mi sicario aquí.

La fanfarronería de Sal flaquea. Sus ojos se desvían hacia otra puerta de la habitación.

En el mismo instante, el otro hombre hace su movimiento, lanzándose hacia delante en una embestida desesperada.

Marco maldice y se lanza tras él, desapareciendo por la puerta en su persecución.

—Ahora solo quedamos tú y yo, Roman —dice Salvatore, con la mano acercándose sigilosamente a su pistola.

—Con eso me basta —replico, vigilando cada uno de sus movimientos.

Tengo que jugar bien mis cartas. Lo último que necesito es que una bala perdida alcance a Isabella.

Su mano agarra su pistola. Disparo, dándole en el hombro. Grita y se cae hacia atrás, pero aun así consigue levantar su arma.

Le doy una patada fuerte a la mesa, estampándosela en las entrañas. La pistola se dispara y la bala me pasa zumbando junto a la oreja. Salto por encima de la mesa, arrancándole el arma de la mano. Su puño impacta en mi mandíbula, enviando un dolor punzante a través de mi cráneo.

Forcejeamos y nos estrellamos contra la mesa.

De alguna parte, Salvatore saca un cuchillo y lanza puñaladas a lo loco. Le agarro la muñeca, pero la punta me corta el antebrazo.

—Vas a ver cómo desangro a tu esposa —sisea, con la saliva volando de sus labios—. Luego me encargaré de tu preciosa hija.

Una neblina roja me nubla la vista. Le doy un cabezazo, sintiendo y oyendo cómo su nariz se rompe bajo el impacto.

Mientras se tambalea, le clavo la rodilla en la entrepierna. Se dobla por la mitad, y yo le agarro un puñado de pelo, estampando su cara contra el suelo de hormigón.

Una. Dos. Tres veces.

La sangre se encharca bajo él, pero sigue consciente, sigue luchando. Le doy la vuelta y le rodeo el cuello con las manos.

—Esto es por la madre de Isabella —gruño, apretando.

Sus dedos arañan mis manos, sus piernas se agitan.

—Por mi esposa —continúo, apretando más fuerte, usando los pulgares contra su tráquea.

Su cara se vuelve morada, los ojos desorbitados.

—Y esto —susurro, acercándome a su oído—, es por amenazar a mi hija.

Le agarro la cabeza y se la retuerzo con saña. El crujido de su cuello al romperse resuena en la habitación, y su cuerpo se queda flácido bajo el mío.

Lo suelto, respirando con dificultad, con la sangre de mi brazo goteando sobre su cara sin vida.

Corro al lado de Isabella. Su cara está pálida, amoratada. Verla inconsciente me provoca un terror absoluto. Otra vez no. No puedo perder a otra esposa.

—Isabella —susurro, cogiendo su cuerpo inerte en mis brazos. Su cabeza se apoya en mi hombro—. Isabella, despierta.

No hay respuesta. Su piel se siente húmeda y fría bajo mi tacto.

Le pongo los dedos en el cuello y encuentro un pulso, débil pero constante.

Está viva, pero lo que sea que le haya dado Salvatore la ha dejado completamente inconsciente.

—Isabella, por favor —murmuro, apartándole el pelo de la cara—. Vuelve a mí.

Marco aparece en el umbral de la puerta, con la pistola todavía en la mano. Su mirada recorre la escena: el cuerpo destrozado de Salvatore en el suelo, yo acunando a Isabella.

—Deberíamos irnos. No hay nadie más, pero quién sabe quién podría venir —dice—. Llamaré a nuestro médico para que nos vea en tu casa de camino.

Asiento, incapaz de hablar más allá del nudo en mi garganta. Me pongo de pie, levantando a Isabella. No pesa casi nada.

—¿Los otros? —pregunto, recuperando la voz.

—Me he encargado —responde Marco simplemente—. Vámonos.

Fuera, el aire de la noche es frío contra mi cara. Marco abre la puerta del coche y me deslizo en el asiento trasero con Isabella todavía en mis brazos. No voy a soltarla. No puedo soltarla.

Mientras Marco conduce, la abrazo con fuerza, susurrando palabras que ya debería haberle dicho. Presiono mis labios contra su frente.

—Vas a ponerte bien —le digo, esperando que no sea mentira—. Tienes que ponerte bien.

La mirada de Marco se encuentra con la mía en el espejo retrovisor.

—No puedo perder a otra esposa.

—No lo harás. —Marco nunca me ha fallado, pero sé que esta es una promesa que puede que no sea capaz de cumplir.

Miro el rostro de Isabella, recordando cómo se me enfrentó, cómo luchó por la verdad sobre su madre, cómo protegió a Angelica.

Me inclino hacia ella y hablo como si mis palabras pudieran obligarla a despertarse. —No puedo perderte. No lo sobreviviría.

30

ISABELLA

Me despierto de un sobresalto, con el pánico recorriéndome las venas. La habitación da vueltas mientras parpadeo deprisa, intentando entender dónde estoy.

Un hombre de mediana edad con una bata blanca está de pie a mi lado, ajustando algo junto a mí. Veo que un tubo va desde el aparato hasta mi brazo.

—¡No! —digo con una sacudida, intentando desconectarme.

—Ya está a salvo, señora Ginetti —dice, posando con firmeza una mano sobre la mía para evitar que me arranque la vía—. Intente mantener la calma.

Tardo un instante más en darme cuenta de que estoy en casa… o en la casa de Roman. Estoy a salvo.

Justo cuando estoy a punto de sentirme aliviada, una nueva oleada de pánico me invade. «Mi bebé». Roman ni siquiera lo sabe. ¿Y si es demasiado tarde? ¿Y si la violencia de Salvatore y la droga que me inyectaron ya han…?

—Por favor —le ruego al médico, agarrándome a su manga—. Estoy embarazada. ¿Mi bebé está bien?

—¿Está usted embarazada? ¿De cuánto tiempo? —pregunta el médico, con una expresión amable pero indescifrable.

—No lo sé con exactitud. ¿Unas pocas semanas? Me acabo de enterar. Por favor, solo dígame si mi bebé está bien.

El médico me quita suavemente la mano del brazo y la vuelve a colocar sobre la cama. —Señora Ginetti, comprendo su preocupación. —Se ajusta las gafas—. No dispongo aquí del equipo adecuado para confirmar el estado de su embarazo con absoluta certeza.

Se me corta la respiración. Siento que estoy colgando de un hilo.

—Pero sus constantes vitales son buenas y no veo ningún signo inmediato de aborto espontáneo.

—Pero no está seguro —insisto, escrutando su rostro en busca de cualquier atisbo de certeza.

—Solo puedo decirle lo que sé por ahora —explica con tono mesurado—. Ha sufrido usted un trauma importante y el sedante que le administraron era potente. Le he puesto suero y medicación que no deberían dañar a un feto en desarrollo, pero para estar completamente seguros, necesitaremos una ecografía y un análisis de sangre.

Cierro los ojos, tratando de asimilar sus palabras. No es un sí rotundo, pero tampoco un no. Solo este terrible limbo de no saber.

—¿Cuándo podremos hacer esas pruebas?

—Haré los arreglos para que traigan el equipo. Eso debería darnos una buena idea de lo que está pasando, pero querrá ir a una clínica o a un hospital cuando esté más fuerte —dice—. Por ahora, intente descansar. El estrés no ayudará ni a su estado ni al embarazo.

Asiento, tratando de calmarme. —¿Cómo he llegado hasta aquí?

—El señor Ginetti insistió en traerla aquí en lugar de a un hospital. Soy el doctor Montano. Trabajo exclusivamente para las familias de La Corona.

Claro. Sin hospitales, sin historiales, sin preguntas. Debería haberlo sabido.

—¿Qué me ha pasado? —pregunto, intentando recomponer los fragmentos de mis recuerdos. El rostro de Salvatore, desfigurado por la rabia. La aguja. Y luego, nada más que oscuridad.

El doctor Montano me coge la muñeca para tomarme el pulso. —Su marido sabrá más. Ha estado inconsciente durante casi dieciocho horas.

¿Dieciocho horas?

—La droga se está metabolizando correctamente. —Me suelta la muñeca—. Sus constantes vitales son fuertes, lo que es alentador tanto para usted como para el posible embarazo.

Miro alrededor de la habitación y, de repente, me doy cuenta de que estamos solos.

Me hundo de nuevo en las almohadas, sintiendo una mezcla de alivio y una nueva ansiedad. Roman aún no lo sabe.

Y después de todo lo que ha pasado con Salvatore, la revelación de que su hermano y mi madre estaban conectados de alguna manera en esta red de traición, me pregunto qué debe de pensar.

—¿Dónde está? —pregunto, necesitando verlo, entender qué pasó después de que perdiera el conocimiento.

—Ha estado a su lado casi todo el tiempo —dice el doctor Montano, guardando los instrumentos en su maletín—. Pero también va a ver a su hija. Debería volver enseguida.

Mi alivio por el bebé se ve momentáneamente ensombrecido por otro pensamiento aterrador.

Angelica.

El recuerdo me golpea, el de esconderla debajo de la cama, decirle que no hiciera ruido, rezar para que Salvatore no la encontrara.

—Angelica —jadeo, intentando incorporarme a pesar de que la habitación da vueltas—. ¿Está bien? ¿Le han hecho daño?

El doctor Montano me pone una mano en el hombro, instándome suavemente a que me recueste en las almohadas. —Señora Ginetti, por favor, intente mantener la calma. Que yo sepa, Angelica está perfectamente.

—¿Está seguro?

—El señor Ginetti la encontró exactamente donde usted le dijo que se escondiera —me asegura con voz firme—. Estaba asustada, como es natural, pero no sufrió ningún daño físico. Fue ella quien llamó a su padre cuando los intrusos se la llevaron a usted.

Exhalo con un temblor y las lágrimas de alivio me recorren las mejillas.

Esa niña valiente e inteligente.

Hizo exactamente lo que le dije y se mantuvo escondida hasta que fue seguro.

—Gracias a Dios —susurro, cerrando los ojos un instante—. Debe de haber pasado mucho miedo.

—Los niños suelen ser más resistentes de lo que creemos —dice el doctor Montano, ofreciéndome una pequeña sonrisa—. Por lo que tengo entendido, ha estado preguntando por usted.

La idea de que Angelica se preocupe por mí me arranca nuevas lágrimas.

En estas pocas semanas, a pesar de mi torpeza inicial y su comprensible resistencia, hemos forjado un vínculo que nunca esperé.

La idea de que pudiera haberle pasado algo por mi culpa, por mi conexión con toda esta locura, es insoportable.

—Intente descansar, señora Ginetti. Volveré a verla en unas horas.

Se dirige hacia la puerta y, al abrirse, la voz de Roman resuena en el silencioso pasillo, baja e intensa, pero no consigo distinguir las palabras.

Me quedo tumbada en la cama, intentando decidir cómo voy a contarle lo del bebé. ¿Se alegrará?

Hubo un tiempo en que Roman me prometió que me ayudaría a marcharme cuando todo esto terminara. Me ofreció lo mismo que yo ansiaba desde que mi madre murió.

Libertad. Borrón y cuenta nueva. Una nueva vida lejos de la violencia y el control de La Corona.

Pero ya no lo quiero.

Quiero desayunos con Angelica, enseñarle a coser, ver cómo se le ilumina la cara cuando domina una nueva puntada.

Quiero los brazos de Roman rodeándome por la noche, sus conversaciones susurradas en la oscuridad.

Quiero estar ahí cuando Angelica empiece el instituto, cuando le rompan el corazón por primera vez.

Quiero ver la cara de Roman cuando le hable de nuestro bebé.

Estoy enamorada de él. De los dos.

De alguna manera, en medio de todo este caos y peligro, he encontrado una familia que no sabía que quería.

Pero ¿y si él no siente lo mismo? ¿Y si ahora que este asunto de Salvatore y el asesinato de mi madre está resuelto, Roman se siente aliviado de cumplir su promesa y enviarme lejos?

La idea me oprime el pecho.

Mis pensamientos se desvían hacia las fotos que había visto en el álbum familiar. Roman y Emilia, con los rostros iluminados por una felicidad genuina.

Ella era guapa de una forma natural y sencilla. El tipo de belleza que nace del interior.

En cada foto, Roman la miraba con una adoración palpable. Un matrimonio por amor, como lo había llamado Elena.

Probablemente ella nunca lo traicionó, nunca le ocultó secretos, nunca le hizo dudar de su lealtad.

No como yo.

Emilia fue la esposa que Roman eligió, la mujer a la que amó lo suficiente como para construir una vida con ella. Yo solo soy la mujer que le han impuesto las circunstancias. Una carga, un deber, una amenaza potencial que le han encargado vigilar.

¿Qué pensaría ella de que yo durmiera en su cama? ¿De que llevara el anillo de su marido? ¿De que esperara un hijo suyo?

¿Me odiaría por ocupar la vida que le arrebataron demasiado pronto? O peor aún, ¿se compadecería de mí por amar a un hombre cuyo corazón le pertenecerá siempre a ella?

Las lágrimas brotan sin que pueda evitarlo, calientes y silenciosas. ¿Cómo voy a poder estar a la altura de un fantasma?

Un recuerdo perfecto conservado en la mente de Roman, sin que el tiempo ni la decepción lo empañen.

Emilia será siempre la mujer que le dio a Roman su mayor tesoro, Angelica.

Siempre será su primera opción, su verdadero amor.

Y yo siempre seré la segunda. El reemplazo. La solución de compromiso.

¿Y si Roman siente resentimiento por este bebé? ¿Y si, en lugar de verlo como una bendición, lo considera una traición a la memoria de Emilia? ¿Y si mira a nuestro hijo y solo desea que, en su lugar, fuera de ella?

Qué irónico que haya pasado tanto tiempo luchando contra las ataduras de esta vida, pero que ahora deseara poder quedarme en este mundo y tener un futuro con Roman, con Angelica y con este niño que crece dentro de mí.

Pero ahora parece demasiado tarde. Si le hablo del bebé, él hará lo correcto, como siempre.

Pero eso significará que nunca sabré si se queda porque quiere o porque siente que debe hacerlo.

La idea de atarlo a mí por deber en lugar de por deseo es insoportable.

Roman merece elegir su propio camino, igual que yo siempre he querido elegir el mío.

Me armo de valor para el desamor que sé que se avecina. Para la posibilidad de criar a este niño sola, lejos del único hombre al que he amado de verdad.

Por no poder ver crecer a Angelica.

Por construir una vida separada de la que acabo de descubrir que deseo más que nada.

ROMAN

Llevo las últimas dieciocho horas paseando por el pasillo de fuera de nuestro dormitorio, esperando a que Isabella se despierte.

Cada segundo se me ha hecho una eternidad.

Mi mente no deja de reproducir el momento en que la encontré inconsciente, pálida como la muerte. Ya he perdido a una esposa… No. No puedo pensar en eso.

La puerta por fin se abre. Me detengo en seco cuando el médico sale, con un rostro indescifrable.

—¿Cómo está? —exijo, haciendo que se estremezca y dé un paso atrás.

—La señora Ginetti se pondrá bien. Necesitará descanso, líquidos y tiempo para recuperarse del trauma.

—Bien. Eso es bueno. —El alivio me inunda, pero algo en su expresión hace que se me encoja el estómago—. ¿Qué es lo que no me está diciendo?

Él duda. —Estaba preocupada por el bebé. Le he asegurado que no hay signos inmediatos de complicaciones, pero necesitaremos equipo especializado para un examen adecuado.

¿Un bebé?

El pasillo parece inclinarse bajo mis pies.

¿Isabella embarazada? ¿De un hijo mío?

La noticia me ha pillado totalmente por sorpresa.

Inesperada, aunque no sé por qué.

No había usado protección con ella. Ni una sola vez.

—¿Cuándo puede hacerle las pruebas adecuadas?

—No muestra ningún signo de problemas, así que haré los arreglos para que la vea un obstetra mañana. Pero como le he dicho, mientras tanto, necesita descansar.

Asiento, aunque más le vale que no me esté diciendo que no puedo verla. Tengo que verla. A menos que…

—¿Quiere verme? —Dios, ¿es posible que me culpe de todo esto, de no haberla protegido?

Mis pensamientos vuelven a nuestra conversación, cuando le dije que la ayudaría a salir de esta vida, costara lo que costara. Lo decía en serio.

Nuestro acuerdo era un negocio, una solución para mantenerla con vida. Sin ataduras. Ese era el trato.

Pero ahora todo es diferente. Y no es solo que haya un niño. Ella es mía, joder. Y más que eso, yo soy suyo. Tiene mi corazón, mi alma, con la misma certeza con la que los tuvo Emilia.

Mientras me dispongo a entrar en la habitación, se me ocurre que no había dicho ni una palabra sobre el embarazo.

¿Había planeado no decírmelo?

¿Iba a marcharse con mi hijo sin decir ni una palabra?

Me aprieto las palmas de las manos contra los ojos, obligándome a respirar a través de la ira que amenaza con estallar.

Poco a poco, la comprensión se filtra a través de la ira. Por supuesto que no me lo diría.

A sus ojos, soy un monstruo que mata por profesión. El hombre que se casó con ella solo por deber. Cuyo trabajo era evitar que perjudicara a La Corona.

El recuerdo de sus palabras vuelve a mi mente. «Te elegiré a ti, Roman, pero no es porque confíe en ti. Es porque no tengo otra opción si quiero vivir».

Le han arrebatado todas las decisiones: su padre, La Corona, yo. ¿Por qué iba a creer que este bebé cambiaría algo? ¿Que no lo usaría como otra cadena para atarla?

La compasión que siento por ella crece. Pienso en el miedo que debe de sentir, atrapada en un matrimonio que no eligió, esperando un hijo que no planeó, perteneciente a un hombre en el que no confía del todo.

Respiro hondo y me limpio las manos en los pantalones una vez más. Ahora están limpias, pero todavía siento la sangre de Salvatore en ellas.

¿A cuántos hombres he matado en mi vida?

A demasiados para contarlos.

Sin embargo, nada me ha aterrorizado más que atravesar esta puerta para enfrentarme a mi mujer.

Mi mujer. La madre de mi hijo.

Empujo la puerta del dormitorio para abrirla. Isabella está recostada sobre las almohadas, con el rostro pálido pero los ojos alerta. Esos ojos. Siguen cada uno de mis movimientos mientras entro, recelosos y vigilantes.

—¿Cómo te encuentras? —Mi voz sale áspera, como si hubiera estado haciendo gárgaras con grava.

—Estoy viva. —Intenta una sonrisa que no le llega a los ojos—. Gracias por eso.

Dios, ¿cree que lo hice solo por deber? Me acerco y me detengo a los pies de la cama. —No tienes que darme las gracias. No por eso. Nunca.

Sus manos descansan protectoras sobre su vientre, un gesto tan sutil que probablemente no se da cuenta de que lo está haciendo. Pero yo sí. ¿Cómo podría no darme cuenta?

—Isabella… —empiezo, y luego titubeo. ¿Qué se supone que debo decir? ¿«Enhorabuena»? ¿«Lo siento»? ¿«Por qué no me lo dijiste»?

Me mira a los ojos, con la barbilla ligeramente levantada. Incluso maltrecha y agotada, hay en ella una fuerza silenciosa que me deja sin aliento. Ha pasado por un infierno y ha sobrevivido.

Por mi culpa, a pesar de mí.

Me acerco a la cama lentamente, como si fuera un animal herido que podría salir huyendo si me muevo demasiado deprisa. El corazón me martillea contra las costillas.

Este no soy yo. Yo no dudo. No titubeo.

Y sin embargo, aquí estoy, aterrorizado por decir algo equivocado.

—Isabella. —Me siento con cuidado en el borde del colchón, manteniendo una distancia entre nosotros—. Necesito que entiendas una cosa.

Me observa, con esos ojos oscuros que no revelan nada.

—Todo lo que he hecho desde el momento en que Marco ordenó este matrimonio ha sido para protegerte. Incluso cuando pensaba que me estabas traicionando, incluso cuando estaba furioso, intentaba mantenerte a salvo.

Su mirada parpadea con duda. —Porque es tu trabajo.

—No. —Cojo su mano, sorprendido de que no la aparte—. No solo por eso. Ya no. —Respiro hondo, sintiéndome más expuesto de lo que he estado en toda mi vida. Más vulnerable que enfrentándome a una pistola.

—He pasado años convencido de que nunca volvería a sentirme así. Después de que Emilia muriera, cerré esa parte de mí. Tenía que criar a Angelica, proteger a la familia. No había sitio para nada más.

Mi pulgar traza círculos en su palma. —Entonces llegaste a nuestras vidas, y sucedió algo que nunca esperé. Me enamoré de ti, Isabella.

Sus ojos se abren de par en par, sus labios se separan por la sorpresa. —Pero yo no soy como ella.

—No. —Me río suavemente, pensando en los contrastes entre mis esposas—. No, no eres como ella. Cuando me enamoré de Emilia, fue como deslizarse por un río tranquilo. Fue fácil, suave y sereno.

Frunce el ceño como si la estuviera insultando.

—Tú. —La miro a los ojos, queriendo que vea los míos—. Tú me pillaste por sorpresa y me desafiaste. Estar contigo es un trabajo, pero eso es bueno, Isabella. El amor debería requerir esfuerzo. Si no, ¿cómo vas a saber que estoy loco por ti si me dejo llevar en esta relación?

Empieza a hablar, pero necesito terminar.

—Sé que tú no me quieres. ¿Cómo podrías quererme? Soy el monstruo que te amenazó, que te asustó, que representa todo de lo que quieres escapar. —Odio tener que recordarle esto, pero es necesario—. Sé que no confías en mí, y que quizá nunca lo hagas. Pero necesitaba que supieras lo que siento. Cómo lo has cambiado todo… para mejor.

Me siento desnudo, con el alma al descubierto. Esta mujer que lleva a mi hijo me mira como si estuviera hablando un idioma que no entiende.

—Te quiero —repito, solo para asegurarme de que entiende lo que estoy diciendo.

Miro el rostro de Isabella, su conmoción ante mi confesión es evidente en esos ojos grandes y oscuros. Antes de que pueda responder, antes de que pueda rechazar lo que acabo de dejar al descubierto, levanto la mano.

—No hace falta que digas nada. —Lo último que quiero oír es que me diga que no me quiere—. Sé lo que quieres. Lo que siempre has querido. Libertad. Una vida lejos de todo esto. —Hago un gesto vago hacia el mundo más allá de las paredes de nuestro dormitorio, el mundo de La Corona.

—Lo que dije antes iba en serio. Cuando esto acabe, cuando te hayas recuperado del todo, te ayudaré a marcharte. Haré los preparativos, te instalaré en un lugar seguro. Un lugar donde nadie de esta vida pueda encontrarte.

Sus ojos se llenan de lágrimas, pero no sé si son de alivio o de otra cosa. No importa. He hecho mi promesa y la mantendré.

—Pero hay una cosa que ha cambiado. —Dejo caer mi mirada hacia donde sus manos todavía descansan protectoras sobre su vientre, dispuesto a luchar por ser padre.

—Roman. —Me tapa la boca con los dedos—. Ahora me toca a mí.

—Pero…

Me aprieta los labios. —Ahora me toca a mí. No quiero irme. No quiero una vida lejos de ti y de Angelica.

Me gustan estas palabras. Me preocupa un poco estar soñándolas.

—Y de nuestro bebé.

Se me corta la respiración. Me está hablando del niño. No lo está ocultando.

—Es solo que… —Baja la mirada—. No quiero que sientas que tienes que quedarte conmigo o con el bebé por deber.

—¿Deber? —Casi me atraganto con la palabra—. ¿Me has estado escuchando?

Sorbe por la nariz, y me siento mal por haberle ladrado.

—Lo siento. Es solo que… No te quiero por deber y tampoco quiero que renuncies a tus sueños por deber. No te impediré que te vayas. Pero tampoco abandonaré a mi hijo. No puedo.

—Roman, ¿me quieres?

—¡Sí! ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

Sonríe, y eso derrite el frío miedo de mi corazón. —Todos los días. Y yo también te lo diré todos los días. Te quiero.

—Gracias a Dios. —Con cuidado, la cojo en brazos y la acomodo en la cama para que pueda descansar. —Te tengo —murmuro en su pelo—. Siempre te he tenido, Isabella.

La puerta del dormitorio se abre de golpe y Angelica irrumpe, un torbellino de energía. —¡Papi! ¡Isabella! —Sus rizos oscuros rebotan alocadamente alrededor de su cara mientras se lanza a la cama.

Se mete entre nosotros. —¿Has pillado a los hombres malos, papi? ¿Has hecho que lo lamenten?

Me muevo, haciéndole sitio en nuestro abrazo. —Sí, ángel. Los hombres malos ya no pueden hacerle daño a nadie.

Angelica se vuelve hacia Isabella. —Me alegro de que estés en casa.

—Y yo también, cariño —dice Isabella, levantando la mirada de Angelica hacia mí.

En esos ojos veo por fin todo lo que necesito.

Confianza. Amor. Una familia.

ISABELLA

Estoy de pie junto a Roman ante La Corona, con un nudo de ansiedad retorciéndoseme en el estómago.

Nunca he estado en el círculo íntimo de una reunión de La Corona y es un poco abrumador.

Preferiría estar en cualquier otro sitio en esta Nochebuena, pero esta reunión es importante.

La mano de Roman descansa protectora sobre la parte baja de mi espalda, un gesto que me calma. Sé que estoy a salvo con él, incluso en una habitación llena de Dones.

Los cuatro Dones, Marco, Leonardo, Dominic y Antonio, nos observan con ojos calculadores. No me querían aquí, pero Roman insistió, les dijo que merecía estar presente.

Don Vitale rompe el silencio, su voz rasgando la tensión. —Nos ha traído aquí afirmando que hay una conspiración. Lo escuchamos.

Roman se aclara la garganta. —El asesinato de la señora Ferraza no fue al azar, y no se trataba solo de ella. Las pruebas que he reunido sugieren que fue el primer movimiento de un plan a largo plazo contra La Corona.

Desliza una carpeta sobre la mesa.

Contiene todo: los casquillos de bala colocados para implicar a la familia Calabresi, las conexiones con el FBI, el papel de Ernie como informante y la confesión de Salvatore antes de que Roman lo matara.

—Está incompleto —admite—, pero el patrón está claro. Alguien lleva años manipulándonos para que nos enfrentemos. La señora Ferraza descubrió una parte y por eso la mataron.

Sus ojos se desvían hacia mí. Le dedico una sonrisa de ánimo.

Él me guiña un ojo y luego continúa: —Basándome en todo lo que hemos descubierto, creo que Ernie Abruzzo mató a la señora Ferraza por orden de Salvatore.

El rostro de mi padre se endurece como la piedra, sus ojos se oscurecen de rabia.

—Salvatore se lo confesó a Isabella —continúa Roman—. La señora Ferraza descubrió sus planes y la silenciaron. —Roman respira hondo —. Plantaron pruebas que apuntaban a la familia Calabresi. Casquillos de una de nuestras operaciones, un coche registrado a nombre de una de nuestras empresas fantasma. Fue deliberado, diseñado para fracturar La Corona desde dentro.

Se encuentra con la mirada de cada Don por turnos. —El objetivo final era enfrentarnos unos a otros. Hacer que nos destruyéramos a nosotros mismos.

Intento mantener una expresión impasible, pero por dentro estoy radiante por mi marido, muy orgullosa de cómo se desenvuelve ante estos hombres poderosos.

Don Monti niega con la cabeza. —¿Pero por qué? ¿Cuál es el objetivo final de desestabilizar La Corona? ¿Quién se beneficia de nuestra destrucción?

—Poder, lo más probable —responde Roman—. Salvatore dijo que La Corona era débil. Le sugirió a Isabella que quería consolidar todo el

poder bajo su mando.

—Sí, claro. —Dominic pone los ojos en blanco—. Sal no se encontraba la polla ni con un mapa.

—Con La Corona fracturada, alguien podría entrar y tomar el control de nuestros territorios, de nuestras operaciones. Pero… —Roman duda—. No puedo estar seguro de que eso sea todo.

Me mira de nuevo y yo asiento. Le levantaría el pulgar, pero probablemente no sea apropiado para una reunión de La Corona.

—Este Ernie Abruzzo, ¿cuál era exactamente su relación con el FBI? —pregunta Vitale, con un tono falsamente despreocupado.

—Ernie era un informante —responde Roman—. Pero jugaba a dos bandas. Él y Sal trabajaban juntos.

—Sin faltar al respeto, Leo, pero ¿por qué hablaba su esposa con alguno de esos hombres? —pregunta Antonio, ojeando la carpeta de Roman.

—Intentaba proteger a Isabella —dice Roman, poniendo su mano sobre la mía—. Según su cuaderno y lo que hemos reconstruido, la señora Ferraza esperaba evitarle un matrimonio concertado a Isabella y quería ayudarla a vivir una vida fuera. Pero en el proceso, descubrió los planes de Ernie y Sal. Tenía la intención de contárselo a Leo, pero la mataron antes de que pudiera hacerlo.

El rostro de mi padre se descompone ligeramente ante esta revelación. Me siento mal por él y quiero consolarlo, pero sé que eso sería peor.

Ningún Don quiere parecer débil.

Así que me quedo con Roman.

—¿Y la muerte de Ernie? —pregunta Marco—. Ha explicado el asesinato de la señora Ferraza, pero ¿y el suyo?

Este es el punto débil de la teoría que Roman y yo hemos elaborado. Sal pensaba que había sido mi padre, pero no fue así.

—No puedo decirlo con certeza —admite Roman—. El informe oficial habla de una sobredosis, pero el momento es demasiado conveniente. O bien Don Ferraza descubrió la traición de Ernie y ordenó su muerte…

—No lo hice —dice mi padre con indignación—. Aunque habría estado en mi derecho de haberlo hecho.

—O el FBI limpió su propio desastre. Si Ernie se volvió inestable, se habría convertido en un lastre.

La idea de que el FBI forme parte de esto me inquieta.

Una idea que Roman ha barajado conmigo, pero que no ha revelado aquí, es que yo podría haber sido un objetivo de Sal o del FBI la noche que me atacaron cuando intentaba huir de mi compromiso forzado.

Roman me salvó esa noche, en más de un sentido.

Don Monti se recuesta en su silla. —Así que tenemos nuestras respuestas. Salvatore y Ernie mataron a la señora Ferraza. Ernie está muerto, sin importar quién lo mató. Salvatore está muerto. Parece que la situación está resuelta.

Roman niega con la cabeza, y sé que le preocupa que los Dones no se tomen nuestra teoría en serio.

—Con el debido respeto, Don Monti, esto está lejos de terminar. Mire el patrón. La muerte de la señora Ferraza puso a Isabella en contra de Marco y la familia Calabresi. La muerte de Ernie implicó a Don Ferraza, alimentando la sed de venganza de Salvatore. Cada muerte, cada acusación ha sido calculada para enfrentarnos. Creo que Sal y Ernie eran peones y que todavía hay alguien ahí fuera, moviendo los hilos, esperando a que nos destruyamos mutuamente. Y hemos estado cayendo de lleno en su juego.

La habitación se queda en silencio mientras las palabras de Roman quedan suspendidas en el aire. Aprieto la mano de Roman para darle mi apoyo.

—¿Alguna idea de quién? —pregunta Marco.

—No. Tenemos que estar alerta —advierte Roman—. Esto no ha terminado. Ni de lejos.

—Bueno, lo de siempre, ¿eh, chicos? —Dominic se encoge de hombros—. ¿Desde cuándo no estamos mirando por encima del hombro?

—Toda la razón —dice Antonio.

—Creo que lo que Roman e Isabella quieren decir es que debemos estar atentos a que no nos manipulen. Qué fácil habría sido para nosotros ordenar la muerte de Isabella por hablar con los federales —dice Marco—. O que tú ordenaras la mía si hubieras creído que maté a tu esposa, Leo.

Mi padre asiente. —Nuestro vínculo debe permanecer fuerte.

Dominic levanta su whisky. —Por La Corona.

—La Corona —repiten los hombres.

Roman y yo entramos por la puerta, y nunca he sido más feliz de estar en casa.

—¡Están en casa, están en casa! —Angelica corre desde la cocina para recibirnos—. Tenemos que dejar galletas para Papá Noel. Viene esta noche, ¿verdad?

—Viene, Angel. —Roman la coge en brazos y con la otra mano, toma la mía y nos dirigimos a la cocina.

La señora Rossi está terminando de fregar los platos.

—Gracias por quedarse en Nochebuena —le digo—. Sé que tiene planes con su hermana.

—Nunca es una molestia. Ya me voy. —Le da un beso a Angelica—. Sé buena. Recuerda, Papá Noel te está mirando.

—Soy buena, ¿verdad, papi?

—La mejor.

Angelica se zafa de los brazos de Roman y corre hacia la mesa donde hay montones de galletas. —A Papá Noel le van a encantar. ¿Crees que se las comerá TODAS?

Roman se ríe. —Quizá deberíamos sacar solo unas pocas. Guardar algunas para el desayuno de mañana.

Ayudo a Angelica a poner unas cuantas galletas en un plato y las llevamos al salón.

La repisa de la chimenea tiene cinco calcetines.

Uno para cada uno de nosotros, el familiar que Angelica y yo terminamos de coser, y un quinto para el bebé Ginetti con el que Roman me sorprendió la semana pasada.

Angelica coloca con cuidado las galletas en una mesa cerca del árbol. —Papi dice que a Papá Noel le gusta la leche, pero creo que el chocolate caliente sería mejor —me informa seriamente.

—Un punto excelente —acepto, cruzando una mirada con Roman por encima de su cabeza. Su sonrisa hace que mi corazón se dispare.

—¡Y no podemos olvidar a los renos! —declara Angelica, corriendo a la nevera. Vuelve con unas zanahorias que coloca en otro plato—. Necesitan energía para volar toda la noche. Además, las zanahorias ayudan a ver, ¿verdad, papi?

—Así es, Angel. —Se arrodilla frente a ella—. Si quieres que venga Papá Noel, vas a tener que irte a la cama.

—¿Me despertaréis en cuanto sea de día? —pregunta Angelica, mirándonos a ambos—. ¿Lo prometéis?

—Lo prometemos —digo, increíblemente feliz de ser parte de sus tradiciones, creando nuevas juntos.

Sigo a Roman por el pasillo hasta el dormitorio de Angelica.

—¿Podemos tener dos cuentos esta noche? —pregunta Angelica, acurrucándose bajo su edredón de princesas.

Roman levanta una ceja. —Ya es más de la hora de dormir.

—¿Porfa? —Me mira con ojos esperanzados—. Isabella también puede leer uno.

Me siento en el borde de su cama, alisándole el pelo. —¿Qué tal si te leo uno mañana por la noche?

Angelica lo considera, luego asiente.

Mientras Roman empieza a leer sobre la aventura navideña de un ratón, los observo juntos; su voz profunda se suaviza para los diferentes personajes, los ojos de ella, muy abiertos por el asombro.

Nunca imaginé encontrar este tipo de paz en un matrimonio concertado, especialmente en uno que comenzó como un encarcelamiento.

Cuando el cuento termina, Angelica me mira con ojos serios. —¿Isabella?

—¿Sí, cariño?

—Como ahora estás casada con papi… —Juguetea con su manta—. ¿Puedes ser mi segunda mami?

Se me corta la respiración. La pregunta me atraviesa directamente el corazón.

Miro a Roman, insegura de cómo reaccionará a que Angelica me conecte con el recuerdo de Emilia de esta manera.

Sus ojos se encuentran con los míos, suaves de emoción. No hay celos ahí, ni dolor, solo calidez y amor.

—Sería un honor. —Tomo su mano entre las mías—. Más de lo que imaginas.

Sonríe, revelando el hueco donde se le ha caído un diente recientemente. —¿Cómo llamas a las segundas mamis?

—Como tú quieras, supongo.

Se aprieta el dedo en la comisura de la barbilla mientras piensa. —¿Mamá-Isabella?

—Es un poco largo —comenta Roman.

—¿Mamá-Bella? —sugiere Angelica.

—Me encantan los dos. Tú eliges.

—Vale. Buenas noches, papi. Buenas noches, Mamá-Bella.

La mano de Roman encuentra mi hombro, un suave apretón que dice todo lo que las palabras no pueden.

—Buenas noches, Angel.

Después de que Angelica finalmente se queda dormida, Roman y yo volvemos de puntillas al salón.

—Creo que Papá Noel está aquí —dice, sacando la gigantesca bolsa de regalos.

—Espero que le guste esta máquina de coser de juguete —susurro, colocando una caja grande bajo las ramas más bajas.

Roman asiente. —Le va a encantar.

Por un momento, lo observo, la forma cuidadosa en que maneja los regalos con las mismas manos que usó para matar a Sal.

Estas contradicciones todavía me sorprenden.

El protector feroz que lee cuentos para dormir.

El sicario despiadado que hornea galletas de Navidad.

—¿Qué? —Roman me pilla mirándolo.

—Nada. —Sonrío, colocando un paquete más pequeño junto al suyo —. Es que… esto es agradable. Normal. Nunca pensé que tendría algo así. —La emoción aflora, tomándome por sorpresa.

Me coge la mano, su alianza de boda refleja la luz. —Nunca pensé que volvería a tener esto.

Me siento tan bendecida de que este hombre que había perdido un amor maravilloso pudiera abrir su corazón de nuevo por mí. Por nosotros.

Trabajamos en silencio para colocar todos los paquetes bajo el árbol.

Cuando terminamos, se para detrás de mí, sus brazos me acercan mientras admiramos nuestro trabajo. —Escucha, Isabella. Yo… ah… he estado pensando que quizás podrías adoptar a Angelica.

Mis ojos se abren de par en par por la sorpresa y me giro entre sus brazos.

—No quiero que Angelica olvide nunca a Emilia—

—Por supuesto que no. Es su madre.

—Pero siento que a ella le gustaría que tuvieras a Angelica como su segunda madre, no solo en el afecto, sino legalmente. Si algo me pasa a mí, necesita estar contigo.

—Absolutamente, Roman. La protegeré con mi vida.

—Ya lo has hecho. —Sus ojos se llenan de gratitud—. También he estado pensando. Este sitio se está quedando pequeño.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que deberíamos mudarnos. Comprar una casa. Algo con un jardín para Angelica y el bebé Ginetti. —Hace una pausa, sus ojos se encuentran con los míos—. Y un estudio apropiado para ti.

Mi corazón da un vuelco. —¿Un estudio?

—Para tus diseños. —Señala hacia nuestro dormitorio, donde está mi mesa de costura—. Necesitas un espacio de verdad para trabajar, especialmente si vas a lanzar tu propia línea.

—¿Querrías eso? —pregunto, incapaz de ocultar mi sorpresa.

—Isabella. —Me toma las manos—. Quiero que tengas todo lo que no pudiste tener antes. Tus diseños. Más hijos, si los quieres. Una vida de verdad. Quiero decir, por supuesto, hay limitaciones por razones de seguridad, pero puedes perseguir tus sueños.

El futuro se extiende ante mí, de repente vasto y lleno de posibilidades. Me aterroriza y me emociona.

—Hay un regalo más que me gustaría desenvolver esta noche. —El hambre juguetona en su mirada envía una oleada de calor a través de mí.

—¿Ah, sí, señor Ginetti?

Tira de mí hasta que estamos sentados en la base del árbol de Navidad. Unos adornos tintinean suavemente con el movimiento.

—Cuidado —susurro, riendo en voz baja—. Vas a despertar a Angelica.

—Entonces tendrás que estar muy callada, ¿no crees? —Sus labios encuentran mi cuello, dejando un rastro de besos hasta mi oreja.

Me muerdo el labio mientras sus manos se deslizan bajo mi jersey, cálidas contra mi piel. —¿Aquí? —respiro, medio escandalizada, medio emocionada por su audacia.

—Aquí. —Tira del botón de mis pantalones—. Bajo nuestro primer árbol de Navidad.

Su énfasis en «nuestro» hace que mi corazón cante.

—¿Y si Angelica se levanta a por agua? —bromeo, incluso mientras le ayudo a quitarme el jersey.

—No lo hará. —La sonrisa de Roman se vuelve pícara mientras me baja a la mullida alfombra bajo el árbol—. Confía en mí.

Confianza. Algo que una vez fue tan imposible entre nosotros. Ahora tan natural como respirar.

Las luces de Navidad parpadean sobre nosotros, rojas, verdes y doradas reflejándose en sus ojos mientras se mueve sobre mí. Su tacto es reverente, sin prisas, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Jadeo mientras los dedos de Roman dejan rastros de calor por mi piel.

—Eres tan hermosa —susurra, bajándose hasta que nuestros cuerpos se presionan bajo el árbol.

Alzo la mano para tocarle la cara, todavía asombrada de que este hombre, temido por tantos, pueda ser tan tierno conmigo.

Sus labios se mueven de mi boca a mi cuello, bajando hasta el hueco de mi garganta. Cuando entra en mí, es dulce pero intenso.

Roman se mueve lentamente, su frente presionada contra la mía, nuestras respiraciones se mezclan.

—Isabella —murmura, mi nombre es una oración en sus labios. Sus manos encuentran las mías, los dedos se entrelazan mientras las sujeta suavemente sobre mi cabeza.

Me arqueo contra él, atrayéndolo más profundamente, queriendo estar lo más cerca posible.

—Te quiero —susurro, las palabras fluyen libremente ahora—. Te quiero, Roman.

Sus ojos, oscuros de deseo, se suavizan ante mis palabras. Me besa profundamente mientras nuestros cuerpos se mueven en un ritmo perfecto, cada embestida acercándonos más al clímax y el uno al otro.

—Feliz Navidad, Isabella, mi amor.

EPÍLOGO

ROMAN

Me he levantado a las 5:30. Con una taza de café bien llena calentándome las manos, me siento en el sofá a esperar lo inevitable.

Efectivamente, a las 5:47, el correteo de unos piececitos anuncia la llegada de Angelica.

—¡Papá! ¡Ha venido Papá Noel! —se lanza a mis brazos, todavía calentita por el sueño.

—Vamos a esperar a Isabella —le susurro, sentándola en mi regazo.

—¡Voy a buscarla! —Antes de que pueda detenerla, Angelica corre a nuestro dormitorio.

La sigo y me apoyo en el marco de la puerta mientras mi hija sacude suavemente a Isabella para despertarla. Mi mujer, mi mujer de verdad ahora, no solo sobre el papel, parpadea adormilada.

—Es Navidad, mamá Bella. —La sonrisa de Isabella es radiante. El corazón se me desborda al ver así a mi mujer y a mi hija.

¿Qué coño he hecho yo para tener tanta suerte?

Nunca he sido religioso. Nunca he creído en los ángeles.

Pero me pregunto si tal vez Emilia está detrás de mi nueva felicidad. Me la imagino perfectamente uniéndonos a Isabella y a mí, dos almas perdidas y testarudas que necesitaban amor.

Isabella se ríe y deja que Angelica la saque de la cama. Nuestras miradas se cruzan por encima de la cabeza de nuestra hija y la felicidad que veo en la suya es un puto milagro. Después de todo, hemos encontrado esto.

El salón se sume en el caos mientras Angelica rasga sus regalos. Isabella hace fotos con el móvil, capturando la alegría de Angelica al descubrir el material de dibujo que Isabella eligió y la casa de muñecas personalizada que escogimos juntos.

—Papá, esto es para ti. Isabella me ha ayudado a comprarlo. — Angelica me entrega una cajita.

La agito.

—¿Es un coche?

—¡No, papá! Ábrela.

Abro la caja y encuentro un reloj muy caro.

—Vaya. No sabía que te daba una paga tan alta.

—Puede que yo haya aportado algo —dice Isabella.

—Me encanta. —Les doy un beso a las dos.

Cuando el suelo desaparece bajo el papel de regalo, cojo el último regalo escondido detrás del árbol.

—Para ti —le digo a Isabella, poniendo el paquete cuidadosamente envuelto en sus manos.

Lo desenvuelve lentamente, revelando un álbum de fotos encuadernado en cuero. En la portada, grabado en oro, *La familia Ginetti*.

—Ábrelo —la animo en voz baja.

Las primeras páginas contienen fotos de Emilia y Angelica de bebé, recuerdos que quiero conservar. Observo con atención, esperando que no disgusten a Isabella. Si le afecta, no lo demuestra al pasar a la página siguiente, llena de instantáneas que he estado tomando en secreto: Isabella enseñando a coser a Angelica, Isabella durmiendo en el sofá con muestras de tela esparcidas a su alrededor, Isabella riendo con Elena. Y la primera ecografía del bebé Ginetti.

El resto del álbum está vacío, a la espera.

—Para nuestro futuro —le explico—. Quiero documentarlo todo. El bebé, Angelica creciendo, todos nosotros juntos.

A Isabella se le llenan los ojos de lágrimas.

—Me encanta. Y te quiero. Gracias. —Me besa.

Dos horas más tarde, me ajusto la corbata, esa en la que Isabella y Angelica pasaron horas trabajando juntas, mientras entramos en la grandiosa casa de Marco para las celebraciones navideñas.

La Navidad con las familias de La Corona siempre ha sido un acontecimiento por todo lo alto. Este año le toca a Marco ser el anfitrión.

—¡Mira, papá! ¡Ya están aquí los trillizos! —Angelica me tira de la mano y su vestido nuevo, la mejor obra de Isabella hasta la fecha, se arremolina alrededor de sus piernas.

—Adelante, ángel. —Le suelto la mano y la veo correr por el suelo de mármol.

Isabella me aprieta el brazo.

—Está preciosa, ¿verdad?

—Como su mamá Bella. —Le doy un beso en la sien, saboreando el rubor que todavía le sube a las mejillas cuando le demuestro cariño en público.

La grandiosa sala brilla con una opulencia de buen gusto. Marco no ha reparado en gastos, lo cual es de agradecer teniendo en cuenta que nunca está muy dispuesto a organizar eventos navideños.

Recorro la reunión con la mirada, haciendo inventario mental por costumbre. Marco está de pie cerca de la chimenea, inmerso en una conversación con don Monti, cuya mujer coloca los regalos bajo el árbol.

Dominic Vitale merodea cerca del bar, observando a su prima Elena reunir a sus trillizos con Angelica.

La risa de los niños se eleva por encima de la música navideña de jazz que suena suavemente de fondo.

—¡Roman! —Marco se separa y se dirige hacia nosotros con los brazos abiertos—. Y la encantadora Isabella. —Le da dos besos antes de darme una palmada en el hombro—. Vaya corbata.

Me la enderezo con orgullo.

—La han hecho mis chicas.

—Es horrible. —Marco sonríe—. Me encanta.

La corbata, verde esmeralda con rayas irregulares de bastón de caramelo, es objetivamente espantosa. Isabella me dijo que había elegido otra tela, pero Angelica insistió en esta. Las diminutas puntadas de Angelica y la paciente guía de Isabella están entretejidas en cada centímetro. La llevaría hasta la tumba.

—Feliz Navidad, viejo amigo —le digo, con un sentimiento más profundo que en años. Es increíble lo que el amor de una buena mujer puede hacer por la perspectiva de un hombre. Si tan solo Marco se planteara darle una oportunidad al amor.

—Ven, tómate algo. —Marco me sirve un whisky mientras Isabella va a charlar con Elena. Las manos de mi mujer se mueven animadamente mientras habla, tocándose de vez en cuando el vientre de esa forma inconsciente que tienen las madres primerizas.

—Es buena para ti —dice Marco, apareciendo a mi lado—. No te había visto sonreír tanto desde…

—Desde Emilia —termino—. Lo sé.

—Me preocupaba que me guardaras rencor por haber arreglado el matrimonio.

Enarco una ceja.

—Sé que harías cualquier cosa por evitar el matrimonio. Pero es algo bueno, Marco. Deberías planteártelo.

Se estremece.

—No seas cruel.

Don Monti levanta su copa hacia mí desde el otro lado de la habitación. Le devuelvo el gesto con un asentimiento respetuoso. Incluso don Ferraza, el padre de Isabella, parece a gusto esta noche, observando a su hija con algo parecido al orgullo.

—Míralos —murmuro, señalando a los niños.

Angelica está sentada en el suelo con las piernas cruzadas junto a los trillizos de Elena, ayudando a la pequeña Adalina a montar una torre de bloques mientras los niños parlotean excitados sobre camiones. El rostro de mi hija resplandece de felicidad.

—Será una buena hermana mayor —observa Marco.

—Ya lo es —digo, viéndola mostrar pacientemente a Adalina cómo equilibrar los bloques—. Isabella también ha sido buena para ella.

De repente, me doy cuenta de lo mucho que ha cambiado todo.

Hace seis semanas, era un viudo que actuaba por inercia, entregado a mi hija y a mi trabajo, pero vacío por dentro.

Ahora tengo una mujer que me desafía, un bebé en camino y un futuro que nunca imaginé que tendría.

Nunca pensé que volvería a amar, y mucho menos con esta intensidad.

—Parece que Luca y Gabriella por fin han llegado —dice Marco sobre los hijos mayores de don Monti. A Luca apenas lo veo, ya que se ocupa de los negocios de su padre en Italia. Gabriella es una mujer sorprendentemente alegre, con una pasión por la vida que su padre nunca ha podido impedirle vivir.

—Discúlpame, Roman. —Observo cómo Marco va a darles la bienvenida.

Me dirijo a reunirme con Isabella cerca del imponente árbol de Navidad. Observo mientras lo hago, pero hoy no tanto para evaluar riesgos y peligros potenciales. Hoy, solo observo a las personas más cercanas de mi vida.

—¿Te has dado cuenta de algo? —le murmuro a Isabella, manteniendo la voz baja—. Elena no se ha acercado a menos de seis metros de Luca en toda la noche.

Isabella sigue mi mirada.

—¿Crees que hay algo ahí?

—No lo sé. Una vez pensé que quizás, hace años —bebo un sorbo de mi whisky—. Antes de que tuviera a los trillizos. Antes de que él se fuera a Italia.

Los trillizos gritan ahora, Rocco y Elio discutiendo por un juguete mientras Adalina media con la autoridad de una pequeña dictadora. Elena se arrodilla entre ellos mientras negocia la paz.

—Quizá es que está ocupada con los niños —sugiere Isabella, apoyándose en mi costado—. Tres niños de cuatro años no dejan mucho espacio para los formalismos sociales.

Lo considero, viendo a Elena apartarle el pelo de la cara a Adalina.

—Probablemente tengas razón. Ser padre te cambia las prioridades —digo, apretando mi brazo alrededor de la cintura de Isabella—. Todo lo demás se convierte en ruido de fondo.

—¿Incluso los negocios de La Corona? —pregunta con una sonrisita.

—Incluso eso. —Le doy un beso en la sien—. No se lo digas a Marco.

Se ríe.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Mi atención se desvía hacia Marco, que está solo a un lado, con la atención fija en Gabriella Monti. *Interesante*. Peligroso, pero interesante.

—¿Le está prestando Marco una atención especial a Gabriella esta noche? —pregunto en voz baja.

—¿Desde cuándo te interesas tanto por la vida amorosa de tus amigos?

Me encojo de hombros.

—Solo estoy siendo observador.

—Sí, bueno, Marco es casi veinte años mayor que ella.

No puedo evitar la risa que se me escapa.

—Yo soy veinte años mayor que tú, que lo sepas.

—Eso es diferente —dice ella, pero sus mejillas se sonrojan ligeramente.

—¿Ah, sí? —La acerco más a mi costado, disfrutando de su calor—. Marco se merece la felicidad tanto como cualquiera. Lleva mucho tiempo solo.

Isabella se apoya en mí.

—Tienes razón. Supongo que estoy sorprendida. Gabriella siempre ha parecido tan… independiente.

—Quizá eso es exactamente lo que le atrae de ella —sugiero, observando cómo el rostro de mi viejo amigo se suaviza mientras Gabriella se ríe de algo.

—¿Sabes? —le digo en voz baja a Isabella—, tu padre quería al principio que Marco se casara contigo. El Don de la familia calabresi habría sido un partido de más prestigio que yo.

Isabella sigue mi mirada hacia su padre, luego vuelve a mirarme a mí.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que a mí me tocó la peor parte del trato?

—Habría asegurado mejor tu posición. La mujer de un Don en lugar de su mano derecha.

Se vuelve para mirarme de frente, y una de sus manos se alza para enderezar mi ridícula corbata de Navidad.

—Roman Ginetti, no te cambiaría por todos los Dones de Italia. Tú me diste la verdad cuando todos los demás me ofrecían mentiras. Y me diste tu corazón cuando juraste que no volverías a hacerlo. —Se pone de puntillas para presionar suavemente sus labios contra los míos—. No es que me tocara la mejor parte del trato. Conseguí más de lo que jamás podría haber soñado.

—Bueno, visto así, soy todo un partidazo.

—Sí que lo eres.

Me inclino y la beso. Por un momento, veo nuestro futuro. Más Navidades como esta, pero con más niños. Más alegría. Más amor.

Cuando Marco me dijo que me casara con Isabella, no me encargó una tarea.

Me devolvió la vida.

Y pienso aferrarme a ella, saborearla, hasta mi último aliento.

EPÍLOGO EXTENDIDO

DON MARCO CALEBRESI

Recorro la sala con la mirada, con un vaso de whisky en la mano, mientras observo a las familias de La Corona celebrar la Navidad.

El gran salón de baile de mi mansión, transformado con luces parpadeantes y guirnaldas de hoja perenne, bulle de conversaciones y risas.

Roman está con Isabella, con la mano protectora en la parte baja de su espalda. Es agradable verlo feliz de nuevo.

Esta alegría navideña me rodea, pero no me cala.

Me gusta más observar que participar.

No tengo esposa. Ni hijos. Y no pienso tenerlos.

Fiestas como esta parecen ser específicamente para esposas e hijos.

—¿No vas a unirte, Marco? —se acerca Dominic Vitale, señalando con la cabeza la reunión.

—Estoy exactamente donde debo estar. —Mis ojos recorren la sala y se posan en Gabriella Monti.

Está de pie cerca del árbol de Navidad, elegante con un vestido verde oscuro que acentúa sus impresionantes curvas.

Tiene veintiocho años y posee toda la elegancia de la que carece su padre. Y también personalidad.

Es como un rayo de sol mezclado con burbujas de champán. Ambas son cosas que creo odiar, excepto en ella.

Su pelo oscuro cae en ondas salvajes más allá de sus hombros y, cuando se ríe de algo que dice Elena, me descubro deseando poder oírla con claridad.

No debería fijarme en estas cosas. La hija de Antonio Monti está fuera de mis límites, no por ninguna regla formal, sino por las complicaciones que crearía.

Las relaciones entre familias deben ser estratégicas, controladas.

Lo que siento cuando miro a Gabriella no es ninguna de las dos cosas.

Levanta la vista y me pilla mirándola. En lugar de apartar la mirada, levanto ligeramente mi vaso. Me sostiene la mirada un instante antes de volver a su conversación.

—¿Algo interesante en la hija del don Monti? —pregunta Dominic, siguiendo mi mirada.

—Solo observo. —Mi tono zanja la pregunta.

Doy otro sorbo de whisky, dejando que el ardor me distraiga. Esta atracción es inoportuna, mal recibida. Sin embargo, mientras la veo moverse por la sala con discreta confianza, sé que no es algo que pueda desechar sin más.

Me obligo a apartar la mirada de Gabriella y me centro en Angelica, la hija de Roman, que persigue a los trillizos Vitale alrededor de un enorme árbol de Navidad.

—Don Calabresi. —se acerca Leonardo Ferraza, dándome una palmada en el hombro—. Notable transformación la de su ejecutor. El matrimonio le sienta bien.

—Algunos hombres están hechos para eso —respondo. Hace diez años, no podría haber imaginado a Roman casado. Luego conoció a Emilia y fue un hombre nuevo.

Cuando ella murió, algo murió con él hasta que apareció Isabella. El matrimonio le sienta bien. Lo hace ser más él mismo.

Pero yo no. He mantenido fuertes a La Corona y a la familia Calabresi precisamente porque no me he atado a nadie.

Ninguna esposa que se convierta en un objetivo.

Ningún hijo que se convierta en una baza.

Solo la fría claridad del poder y el propósito. Claro, no tengo herederos, pero Roman es como un hermano. Si yo muriera, sería un gran don.

Me acabo el whisky y le hago una seña a un camarero para que me traiga otro mientras mis ojos vuelven a posarse en Gabriella en contra de mi voluntad.

Ahora está ayudando a los niños, con el rostro animado mientras organiza algún juego.

Esa perpetua alegría suya debería repelerme. Siempre he preferido a las mujeres con una oscuridad que se corresponda con la mía. No esta luz efervescente.

Y, sin embargo, no puedo apartar la mirada.

Vuelve a reír, su rostro entero transformado por la alegría. Me resulta tan ajena esa felicidad despreocupada... Es molesto. Irritante. Y, de algún modo, magnético.

—Estás mirando fijamente, Marco —dice Antonio Monti, materializándose a mi lado—. ¿Algo interesante en mi hija?

Mantengo la compostura, aunque por dentro maldigo mi falta de vigilancia. —Solo consideraba lo diferentes que son nuestros enfoques familiares, Antonio. La mayoría de los dones habrían

mantenido a sus hijas enclaustradas y las habrían casado al llegar a la edad de Gabriella.

Se ríe. —Conoces a mi hija, ¿verdad? Encerrarla sería como intentar ponerle puertas al campo. Qué va, ya tengo a Luca para que continúe con el negocio familiar. Deja que Gabriella sea Gabriella.

Me mira con una mezcla de sospecha y diversión. —Gabriella siempre ha sentido curiosidad por ti. El misterioso don Calabresi.

Asimilo la información, aunque no dejo que se me note. En lugar de eso, asiento educadamente y me disculpo, necesitando distanciarme tanto de Monti como de la hija en la que no debería estar pensando.

Me muevo entre la multitud, haciendo ver que me estoy relacionando o que estoy haciendo de anfitrión o la mierda que sea que debería estar haciendo. Mis invitados se apartan a mi paso, ofreciéndome respetuosos asentimientos que apenas reconozco.

Mi atención está en otra parte. Gabriella ha desaparecido de la reunión principal.

No debería importarme. No es asunto mío.

Sin embargo, me encuentro alejándome de la celebración, buscando su risa característica por los pasillos de mi casa. Cuanto más me alejo del salón de baile, más silencioso se vuelve todo.

La puerta de mi biblioteca está entreabierta, dejando escapar una cálida luz hacia el pasillo. Me detengo en el umbral, observándola sin ser visto.

Gabriella está de pie ante mi colección de primeras ediciones, trazando con los dedos el lomo de un Maquiavelo encuadernado en piel.

Se ha quitado los tacones y está descalza sobre la alfombra persa. Su vestido capta la luz del fuego mientras se mueve, revelando destellos de piel a través de la abertura lateral.

—¿Has encontrado algo interesante? —pregunto, entrando en la habitación.

Se gira, sorprendida pero no avergonzada. —Don Calabresi. Espero que no le importe la intromisión.

—Marco —la corrijo—. Y depende de tus intenciones con mis libros.

Una sonrisa asoma a sus labios. —¿Eres tan protector con tu biblioteca como con tu territorio?

—Más. —Me acerco, situándome más cerca de lo que dicta el decoro —. Estos son irremplazables.

—Como muchas cosas que vale la pena tener. —Su mirada se encuentra con la mía, desafiante.

Cojo el libro de sus manos y nuestros dedos se rozan. —Maquiavelo. Interesante elección.

—Tenía curiosidad por saber qué lee el don más temido de Nueva York en sus momentos de intimidad.

—¿Temido? —Enarco una ceja—. ¿Así es como me ves?

Inclina la cabeza, estudiándome. —Veo muchas cosas.

—¿Como cuáles?

—Que tu reputación te sirve de mucho, pero no es toda la verdad. —Se acerca un paso, su perfume se mezcla con el olor a libros antiguos—. Mantienes las distancias, pero ¿eres engreído o socialmente torpe? Un moderno señor Darcy.

—Los libros de Jane Austen están allí —señalo otra estantería, pero sin apartar los ojos de ella.

—Desviando el tema. No quieres que nadie te conozca... al verdadero tú.

—Son conclusiones peligrosas —murmuro, dejando el libro a un lado sin apartar la vista de ella—. Especialmente a solas conmigo.

—Y, sin embargo, aquí estoy —su sonrisa se vuelve juguetona—. Sin miedo.

—Quizá deberías tenerlo. —Me acerco, le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja y dejo que mis dedos se demoren en su piel. Es increíblemente suave.

—Quizá el que debería preocuparse eres tú —replica, posando una mano con ligereza sobre mi pecho—. No soy fácil de controlar, Marco.

—¿Quién dice que quiero controlarte?

Se ríe. —Todos los dones quieren controlarlo todo a su alrededor, incluso a sus mujeres. Especialmente a sus mujeres. ¿Por qué? ¿Son los dones secretamente inseguros?

—Siempre has sido demasiado atrevida para tu propio bien, Gabriella —digo, bajando la voz a medida que me acerco. La biblioteca parece de repente más pequeña, el aire entre nosotros cargado de electricidad.

Sus dedos permanecen en mi pecho y puedo sentir su calor a través de la cara tela de mi traje.

—Y tú siempre has sido demasiado controlado para el tuyo —replica, mirándome a través de sus oscuras pestañas—. Siempre observando, nunca participando. ¿No te cansas nunca de permanecer al margen? ¿No quieres nunca formar parte de la vida? ¿De vivir?

Le cojo la muñeca con delicadeza, con la intención de quitarle la mano del pecho, pero en lugar de eso me encuentro sujetándola allí. —Observar tiene sus ventajas. Veo cosas que otros pasan por alto.

—¿Qué ves cuando me miras? —Su pulso se acelera bajo mis dedos.

—Problemas —respondo con sinceridad—. Hermosos problemas.

Ríe suavemente, el sonido íntimo en la silenciosa biblioteca. —Al menos admites que soy hermosa.

—Eso nunca ha estado en duda. —Le suelto la muñeca, pero ella no retira la mano. En lugar de eso, me alisa la solapa lentamente.

—Sabes —murmura—, mi padre cree que debería tenerte miedo.

—Tu padre es un hombre sabio.

Gabriella se acerca aún más. —Siento muchas cosas aquí contigo, Marco Calabresi, pero el miedo no es una de ellas.

Recorro la línea de su mandíbula con mi pulgar, inclinando su rostro hacia el mío. —¿Qué sientes, entonces?

Sus ojos se oscurecen mientras se inclina hacia mi caricia. —Curiosidad. Anticipación. —Hace una pausa, sus labios se separan ligeramente—. Calor.

La palabra queda suspendida entre nosotros, honesta y provocadora.

—Estás jugando con fuego, Gabriella Monti —le advierto, aunque mi mano ahora le ahueca la mejilla.

—Quizá —asiente, alzándose para rozar con sus dedos mi nuca—, pero hay llamas por las que merece la pena quemarse.

Joder. Me rindo al impulso, atrayendo a Gabriella hacia mí y reclamando su boca con la mía.

El control que he mantenido toda mi vida se fractura cuando sus labios se abren bajo los míos, ansiosos y receptivos.

Sabe a champán y a posibilidad, una combinación peligrosa.

Sus dedos se enredan en mi pelo, sus uñas raspan ligeramente mi cuero cabelludo mientras se aprieta contra mí.

El beso se intensifica, pasando de la exploración a la exigencia.

En algún lugar de mi mente, las alarmas están sonando, pero no les hago caso.

En lugar de eso, la empujo contra la estantería, mi mano se desliza por su cintura, sintiendo el calor de su piel a través de la seda de su vestido hasta que encuentro la abertura y presiono mi mano a lo largo de su muslo.

Cuando nos separamos, sus ojos están oscuros por el deseo, su respiración agitada. Debería alejarme. No lo hago.

—Tenía ganas de hacer eso desde hace más tiempo del que me gustaría admitir —confieso con voz ronca.

La sonrisa de Gabriella es triunfante. —Lo sé. —Me traza el labio inferior con el pulgar—. He visto cómo me miras cuando crees que nadie te ve.

—¿Y qué más crees que sabes sobre lo que quiero?

Su risa es grave, seductora. —Que quieres descubrir cada centímetro de mí. Que quieres saber si soy tan intrépida en la cama como cuando me enfrento al don más peligroso de Nueva York.

Le ahueco el rostro, mi pulgar roza su pómulo. —Entiendes que no busco una esposa. No me van los cuentos de hadas ni los finales felices.

—¿Quién ha hablado de matrimonio? —Sus ojos brillan desafiantes —. Quizá solo quiero saber si el gran Marco Calabresi está a la altura de su reputación.

—Cuidado, Gabriella. Podrías llevarte más de lo que esperas.

Se inclina hacia delante, sus labios rozan mi oreja. —O podrías llevártelo tú. —Sus dientes rozan el lóbulo de mi oreja, enviando una oleada de calor por todo mi cuerpo—. Vive un poco, don Calabresi.

Sus palabras encienden algo primario en mí. La empujo contra el escritorio de caoba. —¿Eso es lo que haces, vivir un poco?

—Ah, no. Yo vivo mucho. Normalmente, vuelo en globo aerostático por Nuevo México o esquío en los Alpes o busco hadas en Escocia.

—Así que no te acuestas con hombres al azar por aventura. —La levanto sobre la superficie pulida, mis manos se deslizan por sus muslos mientras su vestido se sube.

Libros y papeles se esparcen por el suelo.

Debería importarme.

Son raras primeras ediciones, pero solo puedo concentrarme en cómo se entrecorta la respiración de Gabriella cuando mis dedos rozan el borde de encaje de su ropa interior.

—No. Aunque te decepcionarás si esperas una virgen. A decir verdad, nunca antes he intentado seducir a un hombre.

—No me imagino que te haga falta. —La polla se me ha puesto dura de cojones. Puede que acabe haciendo el ridículo y corriéndome en los pantalones. Le chupo el labio inferior—. ¿A qué debo el honor?

—Me intrigas. Desde hace años. —Sus dedos se afanan en desabrocharme el cinturón—. Me preguntaba qué haría falta para quebrar ese famoso control tuyo.

La silencio con un beso brutal. Enredo una mano en su pelo, tirando lo justo para dejar al descubierto su garganta. Dejo un rastro de besos ardientes por su cuello mientras ella se arquea contra mí.

—Silencio —ordeno cuando gime demasiado alto—. A no ser que quieras que todo el mundo se entere de lo que le estoy haciendo a la hija de Antonio Monti.

El peligro de ser descubiertos solo parece excitarla más. Sus piernas se enroscan en mi cintura, atrayéndome hacia ella mientras sus manos me quitan la chaqueta de los hombros.

Fuera de esta habitación, una fiesta navideña está en pleno apogeo, pero todo mi mundo se ha reducido a esta habitación, a esta mujer,

a este momento de locura.

Le bajo la cremallera del vestido y le chupo las tetas con avidez, como si fuera un hombre hambriento y ella mi primera comida.

Es jodidamente irritante cómo esta mujer me ha desarmado.

Mis dedos encuentran su coño y está mojado. Gimo al anticipar mi polla hundiéndose en ella. La toco, disfrutando de cómo su cuerpo se mece al ritmo de mis caricias. Saco el dedo y me lo llevo a la boca, absorbiendo su esencia.

—Jodidamente bueno. —Cojo un condón porque, a diferencia de Roman, no quiero tener hijos. Así que siempre llevo condones encima. Lo abro de un tirón y me lo pongo.

Entonces desgarro la delicada barrera de encaje que nos separa. —Dime que quieres esto —exijo.

Sus ojos brillan con ardor y desafío. —¿Estás dudando, don Calabresi?

Me hundo en ella, con fuerza. Jadea, el sonido ahogado contra mi hombro. El escritorio cruje bajo nosotros mientras la embisto, abandonando toda pretensión de contención. He perdido todo el control. Solo existe una necesidad al rojo vivo mientras embisto una y otra y otra vez.

Gabriella iguala mi intensidad, respondiendo a cada embestida con la misma fuerza.

Su cabeza cae hacia atrás, dejando al descubierto la elegante línea de su garganta, sus labios entreabiertos en un éxtasis silencioso.

—Mírame —ordeno, necesitando ver sus ojos cuando se venga.

Lo hace, su mirada se clava en la mía mientras el placer se apodera de ella.

La visión de ella, poderosa, hermosa, completamente entregada, me empuja al abismo tras ella.

Cuando acaba, me digo a mí mismo que esta es la única y última vez.

Dos meses después, sigo diciéndome que esta vez que me la folle será la última. Sin embargo, sigo volviendo a por más como un adicto que necesita otra dosis.

Gabriella duerme en mi cama, su pelo oscuro desparramado sobre mis almohadas. La luz del amanecer se refleja en su hombro desnudo, y resisto el impulso de recorrer su curva con mis dedos.

Dos meses desde aquella primera noche en mi biblioteca, y no he conseguido poner fin a esta peligrosa indulgencia.

—Estás mirando fijamente otra vez —murmura sin abrir los ojos, con una sonrisa asomando en las comisuras de sus labios.

—Planeando mi huida —miento, aunque ambos sabemos que no es verdad.

Se estira lánguidamente, la sábana se desliza más abajo. —Mentiroso. Podrías haberte ido hace una hora.

Tiene razón. Llevo despierto desde el amanecer, viéndola respirar, memorizando los contornos de su rostro como si no fuera a verlo más. Pero lo haré. A pesar de todos los argumentos racionales, a pesar de las complicaciones que esta aventura crea, la buscaré de nuevo esta noche.

—Tu padre llamó ayer —le digo, cambiando de tema—. Quiere hablar de ajustes territoriales.

Gabriella se gira sobre un costado, apoyándose en un codo. —¿Y le mencionarás que has estado ajustando el territorio de su hija a conciencia?

Frunzo el ceño ante su broma grosera, pero ella solo se ríe, intrépida como siempre. Eso es lo que me atrae de ella, su absoluta negativa a dejarse intimidar por quién y qué soy.

Pero necesito mantenerme centrado. No sé si se ha dado cuenta, pero su padre está empezando a flaquear y eso podría causar todo tipo de problemas para Antonio y su familia, sobre todo porque su hijo Luca no muestra signos de querer volver a Nueva York desde Italia.

Ya estoy planeando hablar con Roman sobre cómo podemos proteger el territorio de Antonio o quizá absorberlo si Luca no regresa.

—Esto no es sostenible —digo, y no es la primera vez.

Se levanta de la cama, gloriosamente desnuda, y se acerca a donde estoy, junto a la ventana. —Nada que merezca la pena lo es, Marco.

Cuando me rodea con sus brazos por detrás, presionando su calor contra mi espalda, siento que algo dentro de mí se resquebraja.

Esta mujer brillante, audaz y efervescente se ha abierto paso a través de mis defensas.

Pero no puedo permitirlo.

Tengo que parar esta locura.

Si su padre se enterara de lo nuestro, me vería obligado a casarme con ella o arriesgarme a que La Corona me impusiera un castigo que podría incluir la muerte.

—Estás pensando demasiado otra vez —susurra contra mi omóplato.

Me giro entre sus brazos, ahuecándole el rostro entre las manos. —Se suponía que esto iba a ser simple. Físico.

Su sonrisa es cómplice, triunfante. —Pero no lo es, ¿verdad?

No, no lo es. Lo que empezó como lujuria se ha convertido en algo a lo que no quiero ponerle nombre.

Algo que me hace buscar su compañía incluso cuando el sexo no es el objetivo.

Algo que me lleva a escuchar sus opiniones sobre asuntos de negocios, a valorar su perspectiva, a anhelar su risa.

—Me aterrorizas.

Los ojos de Gabriella se abren un poco y luego se suavizan. —Bien —dice simplemente, poniéndose de puntillas para besarme—. Ya era hora de que algo lo hiciera.

Dos semanas después, estoy casi convencido de que voy a perder esta batalla. De que el sentimiento que tengo en el pecho podría ser amor.

Gabriella irrumpe en mi despacho. —Espero que te vayas al infierno, Marco Calabresi. —No es la primera vez que me grita, pero sí la primera que sus ojos echan chispas de odio—. Se acabó. Se acabó lo nuestro. —Hace un gesto entre nosotros, sus movimientos son bruscos, poco característicos de su gracia habitual—. Sea lo que sea esto, se ha terminado.

Me recuesto en mi escritorio, con los brazos cruzados y el rostro cuidadosamente neutral a pesar del inesperado golpe. —¿Puedo preguntar qué ha provocado este repentino cambio de opinión?

—Eres una persona terrible.

Algo parecido al dolor me oprime el corazón, pero si algo soy es frío y distante. Oculto el impacto que sus palabras me causan.

—Ya veo. —En realidad, no. Ayer mismo estaba en mis brazos, susurrándome cosas que harían sonrojar hasta a mí.

—Sabes lo que hiciste. Simplemente me usaste para…

—Cuando me follé contigo por primera vez, te dije que no había futuro para nosotros.

—Sí, lo hiciste. Pero pensé que me follabas porque me deseabas, no porque planeabas usarme.

Una parte de mí quiere exigir respuestas, cogerla del brazo y obligarla a explicarse. La otra parte, la más fría y racional, me dice que esto es lo mejor.

—Si eso es lo que quieres —digo finalmente, con voz firme.

—Me equivoqué tanto contigo. No es que no quieras que la gente te conozca. Es que no quieres que se den cuenta de que no tienes alma.

Es jodidamente irritante lo mucho que duelen esas palabras. —Nunca hice ninguna promesa.

Se ríe con amargura. —No significarían nada si lo hicieras. —Y entonces se va, la puerta se cierra de un portazo tras ella.

Me sirvo una copa, agradeciendo el ardor del whisky al bajar por mi garganta.

Esto es bueno, me digo a mí mismo.

Más limpio así.

Nunca estuve hecho para lo que fuera que ella empezaba a esperar de mí.

Soy el don Marco Calabresi. No me van las relaciones ni los compromisos. No me va la vulnerabilidad.

Lo que tuvimos fue una locura temporal, nada más. Una debilidad momentánea que debía terminar antes de que lo complicara todo.

Repito estos pensamientos como un mantra mientras miro por la ventana, viendo desaparecer el coche de Gabriella por el camino de entrada. Esto es lo mejor. Para los dos.

Entonces, ¿por qué siento como si hubiera perdido algo irremplazable?

¿Y qué coño he hecho para que se vaya?

Continuará.

Lee aquí la historia de Marco y Gabriella.

Consigue aquí la edición completa de Naughty List: Mafia Edition.